

IEN DEIGHTON

¿Qué mujer abandonaría marido, hijos y hogar para ir a trabajar para el KGB?
La tercera novela de la magistral trilogía *Anzuelo, Sedal y Plomo*.

**PLOMO PARA
ESPIAS**

Lectulandia

Desde la extraordinaria licenciada por Oxford que aprende el juego del espionaje mejor que sus homólogos masculinos, hasta la seducción fémica que utiliza sus encantos e inteligencia para engañar a todos, Fiona Samson presenta un fasciante enigma. A través de la aventura con un amante misterioso, o en su trabajo en el KGB, la vemos desgarrada por imperativos contradictorios y complejos, impulsada por una ambición insaciable y obsesa por unas pasiones que no se atreve a expresar.

Lectulandia

Len Deighton

Plomo para espías

Anzuelo - Sedal - Plomo 3

ePub r1.0

Titivillus 26-04-2019

Título original: *Spy Sinker*
Len Deighton, 1990
Traducción: Francisco Martín

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

1

INGLATERRA. SETIEMBRE de 1977

—Bret Rensselaer, eres un malnacido sin corazón.

Era la voz de su esposa. Hablaba bajo pero con energía, como si fuese una conclusión a la que había llegado tras largo y complicado razonamiento.

Bret entreabrió los ojos. Se encontraba en esa especie de duermevela placentera que tan pesado hace el despertar. Pero Bret Rensselaer no era un hedonista, sino un puritano que se consideraba descendiente directo de aquellos inconformistas tenaces y temerosos de Dios, colonizadores de Nueva Inglaterra. Abrió los ojos.

—¿Qué has dicho? —inquirió, mirando el reloj de la mesilla.

Era todavía muy pronto. La luz del sol inundaba el cuarto con un tinte amarillento fuerte producido por la persiana holandesa. Su mujer estaba incorporada en la cama, agarrándose una rodilla con la mano y un cigarrillo en la otra. No le miraba. Era como si ignorase que estaba allí, a su lado. Dio una calada al cigarrillo, mirando al infinito, sin apartárselo de la boca, sosteniéndolo ante los labios al tiempo que exhalaba unas espirales de humo amarillas como el techo y su propio rostro.

—Tienes una increíble sangre fría —añadió—. Tu trabajo te cuadra perfectamente.

No había bajado la vista para comprobar si estaba despierto. Igual daba. Estaba diciendo algo que tenía bien decidido; cosas que se las había pensado bien, pero que hasta aquel momento no se había atrevido a expresar. Poco importaba que su marido las oyese o no.

Sin contestarle, él apartó las sábanas y bajó de la cama. No había sido un movimiento violento; lo había hecho despacio para no molestarla. Ella volvió la cabeza y le vio cruzar la alfombra. Desnudo, parecía delgado, casi flaco; por eso resultaba tan elegante en sus trajes de corte perfecto. A ella también le gustaría ser delgada.

Bret pasó al cuarto de baño, descorrió las cortinas y abrió la ventana. Hacía una espléndida mañana de otoño y el sol iluminaba los árboles, proyectando sombras sobre la hierba de puntas doradas. Nunca había visto los parterres tan llenos de flores. Al fondo del jardín, donde el follaje temblón de los sauces llorones besaba el agua, el apacible río casi parecía azul. Dos barcas amarradas al embarcadero se mecían suavemente entre un tapiz de hojas muertas. Le encantaba aquella casa.

Era una zona aguas arriba del Támesis en la que muchos londinenses acomodados se habían asentado a partir del siglo XVIII y en la que había una serie de casas desde Chiswick a Reading con jardín hasta la orilla y tapia de ladrillo anodino que las ocultaban. Son de todos los tamaños, formas y estilos, desde mansiones palaciegas estilo veneciano a modestas viviendas de tres dormitorios, como aquélla.

Bret Rensselaer hizo diez profundas aspiraciones, tal como acostumbraba antes de comenzar sus ejercicios gimnásticos. Era un ritual. Nunca había sido anglófilo, pero en cuanto fue a vivir a aquella tierra se dio cuenta de que era incapaz de sustraerse al afecto que sentía por todo lo relacionado con ella. No era un arroyo cualquiera lo que discurría al fondo del jardín, ¡era el Támesis! El Támesis con las imágenes asociadas de la Torre de Londres, el palacio de Westminster, el puente de Londres y el teatro Globe de Shakespeare, naturalmente. Sin embargo, tras tantos años de vivir allí, apenas podía dar crédito a su fortuna y le habría gustado que su esposa norteamericana compartiese aquel placer, pero ella decía que Inglaterra estaba «atrasada» y no veía más que los aspectos negativos de residir en aquel país.

Se contempló en el espejo mientras se peinaba; conservaba la misma barbilla prominente y aquel pelo rubio que él y su hermano habían heredado de la madre. También la excelente salud, y eso sí que era un legado que no tenía precio. Se puso el batín de seda roja y, a través de la puerta del cuarto de baño, oyó movimiento y tintineo de vidrio: su mujer tomaba un vaso de agua mineral. Padecía insomnio, él se había acostumbrado a aquel desvelo crónico y ya no le sorprendía despertarse a medianoche y encontrársela bebiendo agua, fumando un cigarrillo o leyendo un capítulo de aquellos novelones románticos.

Al regresar al dormitorio, ella seguía igual: sentada en la cama con las piernas cruzadas, el camisón de seda abierto mostrando los muslos y el cuello de encaje revuelto en la nuca. Tenía un cutis blanco porque no tomaba el sol, era llena de carnes, aunque no gorda, y estaba despeinada. Ella notó que la miraba y alzó la vista hacia él. En otro tiempo, aquella pose, con aquella

mirada enfurecida y el cigarrillo en la boca, le habría excitado. Quizá fuese un impúdico capricho cuyo sentido otrora trataba de descubrir, pero había resultado una vana esperanza de poca duración.

Entró en el cuarto que servía de vestidor y abrió la puerta con luna del armario para elegir un traje de las dos docenas que había colgados, todos en la correspondiente bolsa de papel de seda y plástico con que los entregaba la tintorería.

—¡No tienes sentimientos! —exclamó ella.

—No empieces, Nikki —replicó él.

Se llamaba Nicola y no le gustaba que la llamasen Nikki; pero ahora ya no se lo reprochaba.

—Hablo en serio —añadió ella—. Envías hombres a la muerte como quien envía cartas. No tienes corazón. Nunca te he amado; es imposible amarte.

Ya empezaba a decir tonterías. El puesto de Bret Rensselaer en el SIS era el de supervisor delegado del departamento de economía para Europa. Aunque sí había ocasiones en que tenía que dar el visto bueno final a algún trabajo peligroso y, cuando había que afrontar aquellas decisiones drásticas, él no se amilanaba.

—Pues sí que has tardado en decírmelo —replicó cautamente, al tiempo que colgaba junto a la ventana un traje de lana ligera y moer, poniendo los tirantes a los pantalones.

Hizo una bola con el envoltorio de fino papel azul y la arrojó al cesto de la ropa. Luego seleccionó camisa y ropa interior. Estaba preocupado porque, en aquel estado quisquilloso, Nikki era capaz de desahogarse con aquella historia melodramática con el primero con quien se tropezase. Y no es que lo hubiera hecho nunca, pero tampoco la había visto en una tesitura igual.

—Lo he estado pensando últimamente —replicó ella—. Y mucho.

—¿Y esa fase reflexiva ha tenido comienzo antes o después del almuerzo del miércoles?

Ella le dirigió una mirada glacial y expulsó humo antes de contestar:

—Joppi nada tiene que ver en esto. ¿Acaso crees que iba a hablarlo con él?

—No es la primera vez.

Le sacaba de quicio el nombre que daba a aquel embustero bávaro. Y ello a pesar de que casi todos le llamaban así.

—Eso es distinto. Fue hace diez años y tú me habías dejado.

—Joppi está chalado —replicó él, irritado por dejar traslucir sus sentimientos.

La miró y sintió, y no por primera vez, una cólera homicida. La habría estrangulado sin el menor remordimiento, pero de nada habría servido porque ella habría reído la última.

—Joppi es un auténtico príncipe —replicó ella, provocadora.

—En Baviera hay príncipes a punta de pala.

—Y tienes celos de él —añadió ella sin disimular el placer que le producía el hecho.

—¿Por qué corteja a mi esposa?

—No seas absurdo. Joppi está casado.

—Se casa a diario, según tengo entendido.

—¡Qué crío eres a veces, Bret!

No contestó y se limitó a mirarla con feroz rencor. Detestaba aquella actitud reverencial que las norteamericanas como su mujer adoptaban ante los aristócratas europeos de pacotilla. Habían conocido a Joppi en Ascot en junio, porque él tenía un caballo que corría en el premio de la Coronación y había acudido con un nutrido grupo de amigos alemanes. Luego los había invitado a pasar un fin de semana en una casa que tenía alquilada en las afueras de París, pero Bret disfrutó bien poco, pues había tenido que aguantar todo el tiempo a aquel grasiento Joppi mirando a Nikki de un modo que a él no le gustaba nada por parte de otros hombres, y Nikki ni siquiera lo había advertido. O es lo que le había dicho cuando él se lo comentó después. Y ahora el tal Joppi invitaba a comer a su mujer, saltándose el formalismo de extender la invitación a él. A Bret le ponía frenético.

—El príncipe Joppi —añadió, recalcando el título para mostrar su desprecio— es un timador de pacotilla.

—¿Acaso has ordenado que abran una investigación?

—Le pasé por el ordenador y está mezclado en muchos chanchullos. Por eso no quiero que nos tratemos con él.

—Yo no trabajo en tu puñetera agencia —replicó ella—. Por si lo olvidas, soy una ciudadana libre que elige sus propias amistades y habla con ellas de lo que quiere.

Notaba que quería provocarle, pero no acababa de decidirse por telefonar al oficial de guardia nocturna. Bastaría con un telefonazo a Seguridad Interna, pero no le apetecía en absoluto dar explicaciones de su vida conyugal a un joven subordinado que las anotaría para incorporarlas a un expediente.

Fue a abrir los dos grifos de la bañera para prepararla a la temperatura de agua que le agradaba. Echó gel y revolvió furiosamente el agua para hacer espuma y dejó que se llenara mientras volvía con Nikki. Dadas las circunstancias, le pareció más conveniente tratar de razonar con ella.

—¿Es que te he hecho algo? —dijo con estudiada suavidad, sentándose en la cama.

—¡Oh, no! —replicó ella, sarcástica—. Tú no.

Se oía el chasquido del agua cayendo a borbotones. Nikki estaba tensa, con los brazos aferrados a las rodillas y olvidada por un instante del cigarrillo. Él la miró tratando de leer en su rostro algún signo que le diera una pista sobre el origen de su enfado. Pero no descubría nada.

—Entonces, ¿qué? —inquirió—. ¡Por Dios, Nikki! Tengo que ir al despacho —añadió acto seguido, aunque en tono más conciliador.

—Tengo que ir al despacho —repitió ella, intentando imitar el acento británico que él había adquirido desde que vivían allí; pero no era buena imitadora, y ella sí que no había podido deshacerse de aquel deje gangoso que tanto le había intrigado a él cuando la conoció. ¡Qué absurdo había sido pensar que ella llegaría a aceptar Inglaterra y todo lo inglés con tanto entusiasmo como él!—. Eso es lo único que te importa, ¿no? Y a mí que me parta un rayo. Te da igual que me vuelva loca en este maldito país tan húmedo —añadió, echando la cabeza hacia atrás para librarse del pelo, que volvió a caerle sobre la cara, obligándola a retirárselo con los dedos.

Bret seguía sentado a los pies de la cama, sonriendo.

—¡Nikki, querida, vamos, vamos! Dime a qué viene todo esto.

Era aquel paternalista «dime» lo que la irritaba. Su impertérrita flema era un muro infranqueable. Su hermana le llamaba entre risitas el «bandido tímido», pero a ella le había resultado fácil enamorarse de Bret Rensselaer: le recordaba perfectamente. Nunca había tenido un pretendiente como él, esbelto, guapo, de voz dulce y considerado. Y, además, con aquel estilo de vida. A Bret los trajes le caían como sólo sientan los de un sastre caro, los coches que llevaba los tenía relucientes como si se los cuidara un chófer y su madre vivía en una casa con servidumbre de solera. Le quería, desde luego, pero su amor siempre había ido unido a una especie de admiración, o quizá fuese temor. Ahora ¡qué más daba! De repente se sentía capaz de decirle todo lo que pensaba.

—Mira, Bret —dijo con gran naturalidad—, cuando me casé contigo creí que ibas a...

Él levantó la mano y dijo:

—Espera que cierre los grifos, querida; no vaya a inundarse abajo el despacho.

Entró en el cuarto de baño y dejó de oírse el ruido del agua. La corriente de aire que entraba por la ventana impulsó una vaharada de vapor a través de la puerta, que Bret cruzó ajustándose el cinturón del batín con un fuerte nudo, en un gesto que tenía algo de neurótico. Ella alzó la vista hacia él y notó que había pasado el momento de sincerarse. Se sentía de nuevo amordazada; él sabía arreglárselas para hacerla sentirse como una niña, y se regodeaba.

—¿Qué decías, querida?

Ella se mordió el labio y trató de enfocarlo de otra manera:

—Aquella noche en que por primera vez me confesaste que trabajabas en el servicio de inteligencia, yo no me lo creí. Pensé que era otro de tus cuentos románticos.

—¿Otro?

—Siempre fuiste un fantasioso, Bret. Yo creí que te lo inventabas a título de compensación por tu aburrido trabajo en el banco.

Bret entornó los ojos —único signo de que estaba enojado— y miró la alfombra. Estaba casi dispuesto a hacer sus ejercicios gimnásticos, pero ella no iba a dejar de atosigarle, y no le apetecía. Los haría en la oficina.

—Pensabas hacérselas pasar canutas, recuerdo que me dijiste. Un día me contaste que tenías un agente en el Kremlin —le quería hacer ver la confianza que habían tenido—. ¿Te acuerdas? —tenía la boca seca y dio otro sorbo de agua—. Decías que los ingleses podían hacerlo porque no habían crecido desmesuradamente; opinabas que podían, pero que no sabían y que tú estabas precisamente para eso.

Bret se puso en pie, con los puños cerrados en los bolsillos del batín rojo. Realmente, no la escuchaba; quería ir a lo suyo, bañarse, afeitarse y vestirse, y pasar un rato leyendo el periódico mientras desayunaba en el jardín café con tostadas esperando que llegara el chófer a recogerle. Pero sabía que si le volvía la espalda y ponía fin de pronto a la conversación, ella se crecería en su crispación.

—Puede que sí —dijo, con la esperanza de que ella no siguiera incordiando.

Alzó la vista hacia el pequeño óleo que había sobre la cabecera de la cama. Tenía varios cuadros buenos de pintores ingleses contemporáneos, pero aquél era su preferido: un Stanley Spencer con unas campesinas inglesas pechugonas jugueteando en un huerto. Podía pasarse horas seguidas contemplándolo como si sintiese el olor a hierba fresca y el aroma del

manzano en flor. Nikki no apreciaba lo interesante que era tener una obra de arte entronizada en el dormitorio; ella prefería las fotografías, como había llegado a confesar durante una turbulenta discusión a propósito de las facturas de la peluquería.

—Dijiste que infiltrar un agente en el Kremlin era la ambición de tu vida.

—¿Ah, sí? —replicó él, mirándola y parpadeando, molesto por lo indiscreto e ingenuo de la afirmación—. Lo diría en broma.

—¡No me vengas con ésas, Bret! —La enfurecía que descartase tan simplonamente la única conversación verdaderamente íntima que recordaba haber tenido con él—. Lo decías en serio. Ya lo creo que lo decías en serio.

—Puede que sí —replicó él con una mirada que luego dirigió a la mesilla de noche para ver qué es lo que había bebido; pero no había alcohol, sólo una botella de litro de agua Malvern. No quebrantaba su rigurosa dieta de tres semanas sin probar pan, mantequilla, azúcar, patatas, pasta y alcohol. Era de una disciplina admirable en eso de la dieta. Y, por otra parte, alcohol no bebía gran cosa, porque enseguida lo mantenía a raya. En la primera investigación que Seguridad Interna había realizado sobre ella, se mencionaba su abstinencia y él se había sentido orgulloso.

Se levantó y dio la vuelta hasta su lado para darle un beso. Ella le presentó la mejilla. Era una especie de armisticio, pero su irritación no había mitigado: se la reprimía.

—Hoy hace también un día espléndido. Voy a tomar el café en el jardín. ¿Te traigo uno a ti?

—¡Santo cielo! —exclamó ella, cogiendo el reloj—. Aún falta una hora para que llegue la asistenta.

—Soy perfectamente capaz de hacerme yo el café y las tostadas.

—Para mí es muy pronto. Ya lo pediré cuando tenga ganas.

Bret la miró a los ojos. Estaba a punto de llorar. Rompería en lágrimas en cuanto él saliera del dormitorio.

—Vuelve a dormirte, Nikki. ¿Quieres una aspirina?

—No, no quiero ninguna puñetera aspirina. Siempre que te pincho me dices si quiero una aspirina; como si hablar fuera de tono fuese una especie de enfermedad femenina.

Él le había reprochado muchas veces ser soñadora, con lo que se sobrentendían sus ínfulas de realista práctico, cuando, en realidad, él era aún más soñador romántico. Incluso había comentado renunciar a la nacionalidad norteamericana, por abrigar esperanzas de que le concediesen uno de aquellos

títulos nobiliarios que daban los ingleses en lugar de dinero. Tamaña obsesión sólo le acarrearía complicaciones.

Había trabajo de sobra en la oficina para que Bret Rensselaer estuviese ocupado una hora larga. Tenía un despacho estupendo en el último piso de un edificio moderno; grande, comparado con los parámetros de la construcción actual, y decorado con arreglo a sus propios criterios, traducidos en realidad por uno de los mejores decoradores de interior de Londres. Tomó asiento tras la gran mesa de sobre de vidrio. El cromatismo dominante en paredes, alfombra y el enorme chester de cuero era el gris y el negro, con excepción del teléfono blanco. Bret había querido que el despacho guardase una armonía con la panorámica de tejados de pizarra del centro de Londres.

Pulsó la tecla de la secretaria y se puso a trabajar. A media mañana, una vez que el botones hubo recogido el papeleo de la bandeja de salida, optó por descolgar el teléfono y dedicar veinte minutos a los ejercicios de gimnasia. Formaba parte de su naturaleza y formación puritana no mantener reyertas con su esposa ni faltar al trabajo o saltarse la gimnasia.

Estaba en mangas de camisa, efectuando una treintena de flexiones de brazos, cuando Dicky Cruyer —candidato a la inminente vacante del puesto de supervisor de los destacamentos en Alemania— asomó la cabeza por la puerta y dijo:

—Bret, su esposa no ha podido hablar por teléfono con usted.

Él continuó con las flexiones, despacio y metódicamente.

—¿Y bien? —inquirió, procurando no resoplar.

—Parecía enojada —contestó Dicky— y dijo algo así como: «Dígale que se busque su hombre en Moscú, que yo voy a buscar el mío en París». Le rogué que me lo repitiese, pero me colgó —añadió, observando cómo Bret ponía fin a sus ejercicios con dos últimas flexiones.

—Ya hablaré con ella luego —gruñó Bret.

—Llamaba desde el aeropuerto, a punto de tomar el avión. Y me encargó que le dijera adiós. «Adiós para siempre», concretamente.

—Pues ya me lo ha dicho —replicó Bret, volviendo la cabeza sonriente desde su posición, estirado en el suelo—. Mensaje recibido y entendido.

Dicky musitó algo a propósito de una mala comunicación telefónica, asintió con la cabeza y cerró la puerta con mala conciencia por haber sido portador de una mala noticia. Algo había oído de que el matrimonio de Bret Rensselaer no iba muy bien, pero, por muchas ganas que un hombre tenga de dejar a su mujer, eso no quiere decir que le guste que sea ella quien le

abandone. Tenía Dicky la sensación de que Bret Rensselaer no iba a perdonarle que hubiese sido el mensajero de la noticia de aquella separación y que eso iba a traducirse en una antipatía residual que empañaría sus relaciones permanentemente. Suposición absolutamente correcta. Y cifró sus esperanzas en que la adjudicación del puesto de supervisor de los destacamentos en Alemania no dependiera exclusivamente de Bret.

Una vez que la puerta se hubo cerrado, Bret reanudó sus flexiones. Se había impuesto aquel ritual mortificante de que, en caso de interrumpirlas, tenía que volver a empezar.

Acabada la gimnasia, Bret Rensselaer abrió una puerta que ocultaba un pequeño fregadero, se lavó la cara y manos y rememoró con todo detalle la conversación que había sostenido con su mujer por la mañana. Se dijo que más valía no perder el tiempo pensando en el foso que se abría entre los dos y que se había acabado, acabado estaba. Buen viaje. Bret Rensselaer siempre había alardeado de no perder el tiempo en recriminaciones ni lamentaciones; pero se sentía ofendido y muy resentido.

Para ocupar su mente con otras cosas, comenzó a pensar en la época en que él ansiaba entrar en Operaciones. Había esbozado ciertas ideas sobre cómo minar la economía de Alemania del Este, pero nadie se lo había tomado en serio. La reacción del director general a la ingente masa de documentación recopilada había sido encargarle del departamento de Economía Europea. Desde luego, no era nada despreciable, y él había convertido el departamento en un formidable imperio, pero el cometido del departamento económico se reducía estrictamente a procesar datos del servicio, y Bret lamentaba que no hubieran tomado en consideración la idea básica más importante: la de fomentar el cambio en la Alemania comunista.

El plan de Bret no consistía en situar un agente en las altas esferas del KGB moscovita; él prefería colocar un agente excepcional en Berlín Este, capital de la RDA, en misión informativa y disruptiva a largo plazo, y no era una tarea para efectuarla a toda prisa, como sucedía en no pocas operaciones del SIS.

Claro que el departamento contaría con docenas de «topos» de una u otra especialización bien afianzados, leales agentes con experiencia colocados en los distintos regímenes comunistas del Este, pero él tendría que dar con una persona idónea sin fisuras, y el largo y laborioso proceso de selección tenía que llevarlo a cabo con discreción y habilidad para que nadie se percatara de lo que hacía. Y una vez hallado el hombre, tendría que convencerle para que arriesgase el pellejo de un modo que normalmente no se exigía a los topos. Muchos de aquellos agentes a quienes se encargaban misiones de infiltración

se limitaban a aceptar el dinero confiando en que no se les volviera a pedir nada más.

No iba a ser fácil, ni fructífero, porque al principio la colaboración sería poca o nula, por la simple razón de que no podía explicar a nadie lo que estaba haciendo. Pero después vendrían las mieles del reconocimiento y de la recompensa. Al departamento le interesaba mucho ese tipo de acciones y era natural que los que trabajaban en tal anonimato ansiaran vehementemente la admiración y el respeto de sus iguales si las cosas salían bien. Y si las cosas no salían bien, cosecharía las ásperas recriminaciones propias de los desastres.

Finalmente, había que tener en cuenta el efecto que una operación como aquélla ejercería sobre quien se encargase de realizar el trabajo sucio. Los agentes no volvían. Y si volvían, ya no podían reincorporarse al trabajo. De los supervivientes que él había conocido, pocos regresaban con capacidad para otra cosa que no fuera estar sentados con una manta en las rodillas, de consulta con el psiquiatra del departamento, tratando en vano de recomponer sus nervios y rehacer sus destrozadas relaciones.

Era fácil entender por qué no podían recuperarse. Pides a un hombre que abandone lo que más quiere para espiar en un país extranjero, y años después le haces regresar —si Dios quiere— para que el resto de sus días los viva en paz y feliz; pero no hay paz ni felicidad, porque al pobre diablo le es imposible hallar a nadie a quien no haya traicionado o dejado en la estacada en un momento u otro. Son personas destrozadas como si hubiesen pasado por la experiencia de haberse visto ante un piquete de fusilamiento.

Por otra parte, era imprescindible sopesar la destrucción de un hombre — y quizá de algunos miembros de su familia—, con lo que fuera a conseguir con semejante iniciativa: el principio general del bien común. Combatían a un sistema que mataba a cientos de miles de personas en campos de trabajo, que utilizaba corrientemente la tortura en los interrogatorios policiacos, que internaba a sus disidentes en clínicas mentales: absurdo mostrarse escrupuloso cuando lo que estaba en juego era tanto.

Bret Rensselaer cerró la puerta que ocultaba el lavabo y se acercó a la ventana. Pese a la neblina, desde allí se veía todo: la aguja gótica de Westminster, la de St. Martin's in the Fields, y Nelson, curiosamente empinado en su columna. Había cierta unidad. Incluso la incongruente torre de Correos quedaría aceptable tras un siglo de pátina. Aproximó el rostro al vidrio para atisbar la cúpula de Wren de San Pablo. El despacho del director general tenía muy buena vista al norte, y Bret le envidiaba por ello. Quizá

algún día él ocupase aquel despacho. Nikki le gastaba bromas al respecto y él fingía reírse las, pero no había perdido la esperanza de que algún día...

En aquel momento recordó las notas que había redactado a propósito del plan, y tuvo una gran idea: ahora que tenía más tiempo, y disponía de un equipo de economistas y analistas, lo pondría todo al día. Con el ordenador se podrían realizar mapas, diagramas, gráficos y figuras fáciles comprensibles hasta para el director general. ¿Cómo no se le habría ocurrido antes? Gracias, Nikki.

Y eso le hizo recordar a su esposa. Una vez más se dijo que había que ser inflexible. Ella le había dejado y asunto concluido. Se repitió que hacía muchos años que lo veía venir, aunque, en realidad, no se lo había esperado, pues siempre había dado por sentado que ella se adaptaría a todas las cosas de que se quejaba —igual que él había contemporizado con ella— por conservar el matrimonio. La echaría de menos, eso desde luego, pero se prometió no ir a buscarla.

No era justo: él no le había sido infiel durante aquellos años de casados. Lanzó un suspiro. Ahora tendría que empezar a partir de cero: concertar la cita, cortejar, persuadir, halagar, estar de non en las fiestas. Tendría que aprender a aguantar calabazas cuando invitase a cenar a mujeres más jóvenes. Eso nunca le había sido fácil y era una perspectiva que le aterraba. A lo mejor la semana próxima invitaba a cenar a la secretaria, que había dicho que había acabado con su novio.

Se sentó ante el escritorio y cogió unos papeles, pero las letras flotaban ante su vista y su mente regresaba a Nikki. ¿Cómo había comenzado aquella crisis matrimonial? ¿Qué le había llamado ella? ¿Malnacido sin corazón? Lo había dicho con auténtica frialdad y convencimiento; es lo que le había conmovido. Aunque, ahora que volvía a pensar en ello, estaba seguro de que tanto frialdad como convencimiento eran fingidos. ¿Malnacido sin corazón? Las mujeres eran capaces de decir cosas absurdas impulsadas por sus enfados irrazonables. Le quedaba ese consuelo.

2

ALEMANIA del Este. Enero de 1978

—Alcánzame el espejo —dijo Max Busby, sin pretender que su voz sonase como un graznido. Bernard Samson fue por el espejo y lo puso en la mesa para que Max pudiese verse el brazo sin doblarlo hacia adentro—. Ahora quítame el vendaje —añadió.

La manga de la astrosa camisa estaba arrancada completamente. Bernard fue quitando la venda del brazo para, finalmente, levantar una compresa llena de pus y sangre reseca. Era repugnante. No pudo evitar un silbido y a Max no se le escapó el gesto de horror.

—No está tan mal —dijo Bernard para ocultar lo que pensaba.

—Las he visto peores —añadió Busby, mirándole y tratando de aparentar tranquilidad. Era una herida grande y profunda, infectada y con pus. Bernard se la había cosido con una aguja corriente y sedal de pesca del botiquín de supervivencia, pero algunas puntadas habían desgarrado la carne, y la piel en torno a ellas tenía la coloración del arco iris y estaba tan tumefacta que daba pena verla. Bernard se puso a unirla para que no volviera a abrirse. El pañuelo viejo que hacía de venda estaba sucio; el lado que cubría la herida tenía un color marrón oscuro y estaba empapado de sangre, y por todo el brazo se veían costras—. Podía haber sido la mano con que manejo la pistola —añadió.

Max Busby inclinó la cabeza para ver su rostro en el espejo a la luz de la lámpara. Él entendía de heridas y sabía que la hemorragia provoca pulsaciones aceleradas por el esfuerzo del corazón de aportar oxígeno y glucosa al cerebro. Estaba pálido a causa de la constricción vascular que secunda al corazón en ese intento, y éste latía con mayor fuerza por la pérdida de plasma y el espesamiento sanguíneo. Trató de tomarse el pulso en vano, aunque a sabiendas de lo que comprobaría: pulsación irregular y baja temperatura corporal: los signos negativos.

—Pon algo al fuego y luego apriétamelo bien con la tira de toalla. Me lo envolveré en papel antes de marcharnos para no dejar manchas de sangre — dijo esforzándose por sonreír—. Les haremos perder otra hora.

Max Busby estaba asustado. Se encontraban en una cabaña de montaña, era invierno y ya no era joven.

Expolicía neoyorquino, Busby había llegado a Europa en 1944 con las barras de teniente del ejército norteamericano y no había vuelto a cruzar el Atlántico más que para un conato de reconciliación con su exmujer en Chicago y un par de visitas a su madre en Atlantic City.

Después de que Bernard hubiese vuelto a poner el espejo en su sitio y algo en el fuego, Max se levantó y él le ayudó a ponerse el abrigo. Luego observó como volvía a sentarse con cuidado. Estaba malherido y Bernard se preguntaba si lograrían alcanzar la frontera.

Max leyó sus pensamientos y sonrió. Ni su mujer ni su madre le habrían reconocido en aquel estado, con aquel abrigo andrajoso, tejanos desgastados y una camisa rota. Había cierto formalismo absurdo en el gesto con que mantenía un grasiento sombrero flexible en sus rodillas. En sus papeles ponía que era ferroviario; pero sus papeles, y otras muchas cosas que necesitaba, estaban en la estación. Y allí le aguardaba una patrulla soviética para detenerle.

Max Busby era bajo y fornido, sin ser grueso. El poco pelo que le quedaba era negro y el rostro surcado de arrugas. Tenía los ojos enrojecidos de cansancio, cejas pobladas y un gran bigote negro revuelto y desmochado por el lado en que se lo atusaba constantemente.

Más viejo, más receloso, herido y enfermo; pero, a pesar de ello, y del cambio de ambiente y ropa, Max Busby no se sentía tan distinto a aquel policia de verde que había patrullado por las oscuras y peligrosas calles y callejones de Manhattan. No todos los malhechores llevaban sombrero negro. A algunos se los veía comiendo caviar con los comisarios. Igual que aquí, aunque en tonalidades grises en lugar de blanco y negro. Max Busby sentía desprecio por el comunismo —o «socialismo», según la terminología favorita de sus partidarios— y todo lo que representaba, y con un celo poco frecuente incluso entre los que lo combatían. Pero él no era ningún cruzado simplista.

—Dos horas —comentó Bernard Samson. Bernard era alto y fuerte, con pelo ondulado y gafas. Llevaba una desgastada cazadora de cuero con cremallera, pantalones de pana con rodilleras y un cinturón ancho adornado con insignias metálicas del partido comunista. Se tocaba con una ajustada gorra de visera, modelo inevitablemente asociado al malogrado Afrika Korps.

Era un detalle acertado, pensó Max mirándola. Con aquella gorra se podía dormir y luchar sin temor a perderla. Contempló a su compañero: él seguía indemne y era lo bastante joven para aguantar sin perder los nervios ni sentir sequedad de boca. Quizá fuese preferible dejarle seguir solo. Pero ¿podría Bernard arreglárselas solo? No estaba Max muy seguro de ello—. Tienen que pasar por Schwerin —le recordó Bernard—, y puede retrasarlos alguna patrulla móvil.

Max asintió con la cabeza y se humedeció los labios. La pérdida de sangre minaba sus fuerzas, y la idea de que los enlaces fuesen interceptados por una patrulla militar rusa le revolvió el estómago. Su documentación no era lo bastante buena para superar un escrutinio más minucioso que el de un simple policía a la luz de una linterna. Pocas documentaciones falsas lo son.

Sabía que Bernard no captaría el signo de asentimiento con la cabeza porque en la habitación no había más luz que la del débil fulgor de aquel apestoso quinqué de petróleo y el reverbero rosado de la lumbre de la estufa que hacía brillar las punteras de sus botas como si fuesen de satén, pero Qui tacet, consentire videtur. Quien calla otorga. Max, como tantos otros policías neoyorquinos antes que él, se había sacrificado asistiendo a clases nocturnas de derecho; todavía recordaba algunos rudimentos. Pero lo que más le preocupaba era el hecho de tener que cruzar ciento cincuenta kilómetros a campo través por Sajonia, a la luz de la luna, con la triple alerta más una orden de busca y captura de Moscú que daba carta blanca a cualquier soldado o policía para disparar sin contemplaciones contra cualquier extranjero con que se tropezaran.

Bernard dio una patada con su pesada bota a la estufa cilíndrica y se sorprendió al ver que la puertecilla se abría y caía al suelo carbonilla al rojo vivo. Se produjo una instantánea llamarada dorada por efecto del aire que reavivó el fuego, y a su fulgor se vieron las hojas ennegrecidas de periódico que tapaban las rendijas del marco de la puerta, el lavabo desconchado y las mochilas cerca de la puerta por si tenían que salir apresuradamente. Y vio a Max, blanco como el papel, con aspecto de... viejo que ha perdido mucha sangre y habría debido estar en una unidad de cuidados intensivos y no dando una caminata en pleno invierno por el norte de Alemania. El fulgor se extinguió y la habitación volvió a quedar en penumbra.

—¿Dos horas? —inquirió Bernard.

—Eso creo.

Max masticaba el último bocado de pan de centeno. Era una delicia, pero tenía que masticarlo con cuidado y tragarlo poco a poco. El mejor centeno del

mundo se criaba en Mecklemburgo, y hacían un pan estupendo. Pero era el último que quedaba y los dos tenían hambre.

—Eso cambia la cosa —dijo Bernard, afable.

Rara vez discutían. A Max le gustaba que el joven Bernard diera su opinión. Sobre todo en aquellos momentos.

—No pienso enemistarme con quien va a hacerse cargo del departamento alemán —dijo en voz baja, retorciéndose la punta del bigote y procurando no pensar en el dolor.

—¿Eso es lo que tú crees?

—No bromees, Bernard. ¿Qué otro hay?

—Dicky Cruyer.

—¡Ah, ya! —replicó Max—. Le guardas rencor, ¿eh?

Bernard siempre mordía aquel anzuelo y a él le gustaba tomarle el pelo.

—Él podría servir.

—¡Bah, no tiene la menor posibilidad! Es demasiado joven y sin experiencia. Tú estás propuesto y te concederán lo que pidas.

Bernard no contestó. Le complacía la idea. Tenía treinta y cinco años y, pese a su desprecio por los burócratas, no le apetecía acabar como el pobre Max, que no era ni una cosa ni otra: demasiado viejo para enfrentamientos armados, irrupciones furtivas en casas ajenas y huidas a la carrera de guardias fronterizos, pero no servía para otra cosa. Nada con lo que poderse ganar la vida. Los intentos de Bernard para convencer a su padre de que le consiguiese un puesto de instructor en la escuela habían sido recibidos con malévolo desdén. Max se había ganado enemistades donde menos le convenía y el padre de Bernard nunca se había llevado bien con él. ¡Pobre Max! Bernard le admiraba muchísimo y le había visto desempeñar su cometido como nadie, pero sólo Dios sabía cómo acabaría sus días. Sí, un puesto en un despacho de Londres sería lo oportuno en aquella fase de la carrera de Bernard.

Permanecieron un rato en silencio. En los últimos kilómetros era Bernard quien había llevado toda la carga y los dos estaban agotados. Como soldados en combate, habían aprendido a descansar a la menor oportunidad y los dos dormitaban sin dejarse vencer por el sueño. Era lo único que podían concederse hasta después de cruzar la frontera, una vez a salvo.

Una media hora después, el zumbido de un helicóptero les hizo abrir los ojos desafortadamente. Era un aparato de tamaño medio, no uno de transporte; y volaba despacio a unos mil pies, a juzgar por el sonido. Otro detalle poco propicio, porque la República Democrática de Alemania no disponía de tantos

medios como para utilizar aparatos tan costosos en misiones que no fuesen de importancia.

—¡Mierda! —exclamó Max—. Esos hijos de puta nos andan buscando.

A pesar de la indignación, lo había dicho en voz baja como si los del helicóptero pudieran oírle.

Siguieron los dos sentados sin moverse ni hablar. A la escucha. Era una tensión casi insoportable. El aparato no volaba en línea recta y eso era muy mala señal, porque significaba que habían localizado la zona de búsqueda. Estaba efectuando un vuelo sinuoso, como si sobrevolara los pueblos de los alrededores para detectar cualquier tipo de movimiento. Afuera había mucha nieve y, cuando amaneciese, no habría ser humano capaz de moverse sin dejar huellas visibles.

En aquel rincón del mundo, salir de casa bastaba para levantar sospechas. No había a quien visitar ya de noche y la población de la zona era gente sencilla, campesinos; personas que no iban a cenas ni a fiestas, ni tenían medios para salir a un restaurante. En cuanto a los hoteles, ¿quién iba a pasar la noche en un hotel pudiendo hacer camino?

El ruido del helicóptero cesó de pronto como si hubiesen cruzado las colinas de bosques, y la noche quedó en silencio.

—Vámonos de aquí —dijo Max.

Marchar tan apresuradamente iba contra todo lo previsto, pero Max, más aún que Bernard, era un hombre impulsivo que tenía sus «repentes». Se forró el brazo con papel de periódico por si la sangre filtraba la toalla y se ató la manga del abrigo con un cordel, que Bernard apretó lo más que pudo.

—*Okay*.

Hacía tiempo que Bernard había aceptado el hecho de que Max —pese a ser un negado para lograr la felicidad conyugal o transformar sus capacidades profesionales en algo parecido a un brillante historial— poseía un singular instinto para oler el peligro. Sin vacilar y sin levantarse de la silla, se inclinó hacia delante, cogió el hervidor y, quitando la tapadera de la estufa con el gancho, vertió el agua en el fuego despacio y con cuidado, aunque sin poder evitar una nube de vapor.

Max estuvo a punto de impedirse, pero pensó que el muchacho hacía bien. Mejor ahora, que el maldito helicóptero no podía avistar la chimenea. Una vez extinguido el fuego, Bernard lo cubrió con ceniza. No serviría de mucho si llegaban allí, porque verían los rastros de sangre en el suelo. Para enfriar la estufa habría necesitado mucha agua, pero al menos serviría para

simular que se habían marchado mucho antes y salvarse si tenían que esconderse en las cercanías.

—Vamos —apremió Max, sacando su pistola modelo Sauer 38, una arma pequeña automática de la época nazi, en que la usaban los oficiales de alta graduación del ejército. Era una pistola estupenda que Bernard había conseguido en los medios del hampa londinense, en los que tenía casi más contactos que en la de Berlín.

Vio cómo Max desplazaba con gran esfuerzo el cargador para introducir una bala en la recámara, cambiando de manos y con una mueca de dolor. Era una pena, pero no dijo nada. A continuación apretó la palanca del martillo para dejarla a punto de disparar sin riesgo de accidente, y se la guardó en el bolsillo.

—¿Llevas pistola? —inquirió.

—La dejamos en la casa porque dijiste que Siggi podía necesitarla —contestó Bernard, echándose la mochila al hombro. Pesaba porque llevaba las cosas de los dos, incluido un garfio con cuerda de nilón, una pala y una cizalla fenomenal capaz de cortar tuercas.

—¡Ah, sí! ¡Maldita sea! Bueno, lleva tú los prismáticos.

Bernard se los descolgó del cuello, con cuidado para no rozarle el brazo, y se puso en bandolera aquellos Zeiss 7 × 40 forrados de goma, iguales que los que usaba la policía de fronteras. Le apretaban, pero si tenían que correr, no quería que el chisme le golpease en la cara.

Dio un papirotazo a la despabiladora y apagó el quinqué. Quedaron en la más completa oscuridad hasta que abrió la puerta y entró una luz azulada y el cortante frío nocturno.

—¡Vamos allá! —exclamó.

Max barruntaba peligro y Bernard no encontraba motivo de ánimo. Él había aprendido a enfrentarse a los ocasionales momentos de tensión de su trabajo del mismo modo que los veteranos como Max, que los aceptaban con aquel mismo espíritu aun estando heridos. ¿Tendría algo que ver con el ejército o la guerra, o ambas cosas?

La cabaña de madera estaba aislada. Si al menos volvía a nevar, las huellas quedarían borradas, pero no parecía que fuera a hacerlo. Después de salir de ella, Max olfateó el aire para comprobar si había riesgo de que el humo de la estufa se propagase y llamase la atención de alguna patrulla. Bueno, al menos había sido un acierto optar por aquel cobijo tan alejado. Era una de esas cabañas que utilizan los vaqueros en verano cuando llevan el ganado a los pastos altos. Desde aquella posición elevada veían el valle por el

que habían llegado y en el que algunas luces dispersas señalaban las aldeas de aquel paisaje desértico y oscuro. Era buen terreno para avanzar de noche, pero cuando amaneciese estarían en situación desfavorable y serían muy visibles. Max maldijo la mala suerte que los había perseguido. Ya tenían que haber estado al otro lado de la frontera, indemnes y durmiendo, después de haberse dado un baño caliente y haber hecho una buena cena con buen vino.

Miró hacia arriba. Por el este brillaban unas estrellas, pero el resto del cielo estaba oscuro. Si se mantenían aquellas espesas nubes y no salía el sol, les vendría bien; pero no estaban lo bastante bajas para impedir la búsqueda en helicóptero. Volverían.

—Seguiremos por las alturas. Estos senderos suelen ser muy transitables, porque los conservan marcados y cuidados para los excursionistas de verano —dijo, emprendiendo decidido la marcha para demostrar a Bernard que estaba bien, pero aminorando el paso al cabo de un rato.

El bosque de hayas les ocultó durante varios kilómetros la vista del valle, y caminaban a oscuras bajo los árboles como por un túnel; bajo sus pies crujían la maleza y las hojas muertas. Conforme ascendían, la nieve iba haciéndose más dura. Los árboles resguardaban el sendero y, al ser más firme el terreno, avanzaban más de prisa. Habrían andado cosa de una hora y media, cuando, ya a cobijo de los árboles de hoja perenne, hicieron un alto. Ahora ya estaban muy arriba y, por un cortafuegos, vieron ante ellos la línea sinuosa del valle; más allá, tras una depresión entre las montañas, brillaba levemente un lago a la luz de las estrellas con sus aguas salpicadas de espuma como la buena cerveza alemana. Resultaba difícil calcular a qué distancia se encontraba, pues no había casas, carreteras ni tendidos de alta tensión que sirvieran de referencia. De nada valían los árboles, pues eran bajos y de todos los tamaños.

—Cinco minutos —dijo Max, sentándose de un modo que daba a entender lo cansado que estaba y apoyando la espalda en las raíces de un árbol.

Tenía al lado un cubo de los que sirven para echar comida a los ciervos en beneficio de los cazadores, y en él apoyó la cabeza, reclinándose de costado. El esfuerzo había llenado su rostro de sudor y parecía en las últimas. La sangre había empapado el papel de periódico, formando una mancha en la manga del grueso abrigo. Más valdría seguir adelante que entretenerse en arreglar el vendaje.

Bernard cogió los prismáticos, quitó los cubrelentes y oteó con detenimiento hacia el lago. Era la neblina de la superficie lo que producía aquel efecto de ebullición que difuminaba los contornos.

—¿Qué tal los pies? —inquirió Max.

—Bien, Max.

—Llevo un par de zapatos de repuesto.

—No seas mi madre, Max.

—¿Sabes dónde estamos?

—Sí, en Alemania —contestó él, sin dejar de mirar por los prismáticos.

—¿Estás seguro?

—Ahí está nuestro lago —contestó Bernard—. Lago Ratón.

—O lago Muda —añadió Max.

—O incluso lago Renegado —replicó Bernard, dando una tercera y posible traducción del nombre alemán.

—Algo así —añadió Max, lamentando aquel arrebató de intrascendencia y decidido a no tratar a Bernard como a un niño.

Pero no era tan fácil, porque le conocía hacía mucho tiempo y le costaba recordar que era ya un hombre hecho y derecho con mujer e hijos. ¡Y qué mujer! Fiona Samson era una de las estrellas ascendentes del departamento. Algunos de los más excitables decían que era muy probable que fuese la primera mujer que alcanzase el cargo de director general, cosa que a Max le parecía una exageración. Los peldaños más altos del departamento eran monopolio de ciertos personajes ingleses que parecían haber ido juntos al colegio.

Max Busby se preguntaba muchas veces por qué Fiona se habría casado con Bernard. Él no era nada del otro mundo y, si conseguía el departamento alemán en Londres, sería sobre todo por la influencia de su padre, pero no llegaría más alto. Y quien asumiera aquel departamento, estaría a las órdenes de Bret Rensselaer, y éste quería situar allí a un hombre de paja. No sabía Max si Bernard se avendría a ser un simple mandado.

Cogió los prismáticos que le tendía Bernard y miró hacia el lago. Sujetarlos con una sola mano le obligaba a apoyarse en el árbol, y la mano levantada le temblaba. Se preguntaba si no sería una septicemia; él había visto heridas que se gangrenaban enseguida. Pero desechó la idea y pensó en lo que veía. Sí, era el Mause See, tal como lo recordaba del mapa. Siempre había sido un fetichista de los mapas, y a veces se pasaba horas seguidas mirándolos, del mismo modo que otros leen libros. Y no sólo mapas de sitios conocidos, lugares en que había estado o que había previsto visitar, sino mapas de todo tipo. En cierta ocasión en que le habían regalado el atlas de la Luna del Times, se lo había llevado de vacaciones como única lectura.

—Tenemos que llegar por la orilla sur —dijo Bernard—, y no muy pegados al agua para no tropezamos con el chalet de algún miembro del comité central.

—Lo mejor sería una barca —replicó Max, devolviéndole los prismáticos.

—Vamos a acercarnos —añadió Bernard, a quien no satisfacía la idea de la barca.

Demasiado riesgo desde cualquier punto de vista. Él no manejaba muy bien los remos y Max no estaba para remar. Además, en invierno se nota la falta de una barca en el amarre y, aunque el lago estuviera en calma como un estanque —que no lo estaría—, no le acababa de gustar exponerse de tal modo a que los descubriesen. Era una idea muy de Max, partidario de aquellos métodos que había empleado en otros tiempos. La caminata se presentaba larga y por terreno difícil, y pronto amanecería.

Bernard tenía ganas de decir algo respecto a los dos enlaces con quienes habrían debido entrar en contacto el día anterior por la tarde, pero se lo calló. No había nada que decir: habrían caído. Suerte habían tenido ellos de escapar. Ahora lo único que importaba era volver. Si no lo lograban, toda la operación «Reisezug» se iría al agua, después de más de tres meses de preparativos, riesgos y esfuerzos. Era su padre quien la dirigía y se llevaría una gran decepción. Hasta cierto punto, la reputación de su padre dependía de él.

Se levantó y se sacudió la tierra de los pantalones. Era gruesa y con un extraño olor a moho.

—Huele mal, ¿verdad? —dijo Max, como leyéndole el pensamiento—. Cosas de la llanura norte alemana. Demasiado montañosa para ser llanura.

—Cuando yo iba al colegio la llamábamos la llanura polaca alemana —replicó Bernard.

—Sí, claro; estamos mucho más cerca de Polonia que cuando yo estudiaba geografía —añadió Max, sonriendo de su propia ingeniosidad—. Mi mujer Helma nació cerca de aquí. Bueno, mi exmujer. En cuanto cogió el pasaporte norteamericano, se fue a vivir a Chicago con su prima.

Vio el animal mientras ayudaba a Max a ponerse en pie. Estaba totalmente estirado en un trozo de tierra detrás del árbol en que él se había recostado. Tenía el pelaje lleno de barro y la helada lo había dejado tieso. Lo miró con mayor atención y vio que era una liebre adulta con las patas apresadas en un primitivo lazo de alambre. El pobre bicho había muerto royéndose las patas traseras hasta el hueso.

Se acercó a mirarlo, sin que ninguno de los dos dijese nada. Para Max era mal augurio, y él siempre había sido muy supersticioso. En silencio

reemprendieron la marcha. Ahora sí que sentían el cansancio; aquellos cinco minutos les habían servido para recuperar aliento, pero habían entumecido sus músculos. A Max le costaba mantener el brazo doblado, pero, si lo dejaba colgar, le dolía mucho y sangraba más.

—¿Por qué no volvería? —dijo Max en un momento en que el sendero se ensanchaba y Bernard se ponía a su altura.

—¿Quién?

—El cazador furtivo. ¿Por qué no habrá vuelto a recoger los lazos?

—¿Quieres decir que ya estamos en la Sperrzone? No hemos visto valla ni indicadores.

—Los lugareños saben dónde empieza —contestó Max—. Son los forasteros los que la traspasan —añadió, desabrochándose el abrigo y tocando la pistola.

No había motivo para ello, salvo el deseo de hacer ver a Bernard que no había hecho todo aquel camino para entregarse al primero con quien se tropezasen. Ya había escapado a tiro limpio otras veces: dos en concreto. Y había quien comentaba que aquellas dos ocasiones de asombrosa suerte le habían imbuido un criterio equivocado sobre lo que había que hacer ante la posibilidad de ser capturado; Max pensaba que los ingleses con quienes trabajaba eran excesivamente considerados con quienes se entregaban manos en alto.

Se detuvo un instante para mirar otra vez el lago. Sería mucho más fácil y rápido avanzar por el valle en vez de continuar por aquel sendero, pero se tropezarían con las aldeas y granjas y los inevitables perros. En aquellos senderos de montaña no corrían ese riesgo, aunque el hielo de las umbrías los obligaba a veces a ir más despacio, y de tiempo no andarían muy sobrados.

La siguiente colina era más alta, pero a continuación el sendero descendía para cruzar el valle en Besen. Quizá fuese mejor cruzarlo por otro punto, pues, si la policía local estaba alertada, seguro que habría alguien de guardia en el puente de piedra en que el sendero desembocaba en la carretera. Miró a la cumbre de la colina al otro lado del río. No lo lograrían. Los lugareños llamaban «montañas» a aquellos montes, como sucede con la gente de regiones en que no hay montañas, pero ahora comenzaba a entender por qué. Pues cuando se pone uno a andar por ellos son montañas. Todo es relativo: cuanto más viejo era, más montañoso se volvía el mundo.

—Vamos a intentar cruzar el Besen por esa zona amplia en que se ven piedras —dijo.

Bernard lanzó un gruñido poco entusiasta. De haber tenido más tiempo, lo habría discutido con Bernard para que él diese su opinión, pero no había margen para formalismos.

La bajada por entre los helechos muertos y las piedras sueltas les hacía perder el equilibrio de vez en cuando. En determinado momento, Max estuvo a punto de caerse y, al recuperar el equilibrio, se golpeó en el brazo herido y sintió un dolor tan vivo que lanzó un gemido. Bernard le ayudó y él no dijo nada ni le dio las gracias. Había que ahorrar energías.

Max había elegido cuidadosamente aquel punto. A lo largo de toda la cara este, el Muro ocupaba una amplia franja de territorio comunista y ya sólo para acercarse unos kilómetros hacía falta un permiso especial. En toda aquella zona bien vigilada y continuamente patrullada, llamada la Sperrzone, no había árboles ni matorrales que pudieran servir de escondite a un hombre ni a un niño. Todo trabajo agrícola autorizado se hacía de día y bajo constante vigilancia de los guardias de las torres vigía, unas torres de estilo muy distinto en altura y forma, desde las bajas tipo «búnker de observación», hasta aquellas atalayas modernistas de cemento parecidas a torres de control de aeropuerto.

Pero en la Sperrzone de aquel tramo de la frontera, bautizada en sus diversos sectores con nombres cifrados de la OTAN, la buena o mala fortuna había hecho que la RDA tuviera que habérselas con el lago. Era la presencia del lago junto a un tramo del Muro en curso de reparación lo que había llamado la atención de Max Busby en el llamado Cuarto Secreto.

Para el régimen era un sector difícil, pues, al coincidir allí el Elba y su pequeño afluente el Besen, aparte el lago Mause, el terreno era muy pantanoso, y se trataba de una zona que siempre les daba problemas con el Muro por mucho que impermeabilizasen los cimientos. En aquel momento estaban haciendo obras en siete puntos distintos en un tramo de tres kilómetros. Debía de hallarse en muy mal estado porque, si no, habrían esperado al verano.

Cruzar la Sperrzone no era más que el principio. La auténtica frontera estaba marcada por una valla alta, demasiado endeble para treparla y llena de alarmas, focos y armas automáticas. Después estaba la Schutzstreifen, o franja de seguridad, de unos quinientos metros de ancho, por la que circulaban los perros entrenados para el ataque —Hundelaufleine— sorteando los campos de minas. Luego estaban los fosos de cemento y, a continuación, una franja de ocho metros con alambre de espino y una serie de dispositivos que variaban de un sector a otro para sorprender al posible fugitivo.

Al llegar al lago no se tropezaron con ninguno de los obstáculos previstos. Se habían mojado hasta la rodilla vadeando el lento Besen y las obligadas inmersiones en el lago Mause —para rodear las boyas rojas que Max interpretó como obstáculos sumergidos— los obligaron a volver a mojarse hasta la cintura. Y aquello era distinto: las musculosas piernas habían recuperado vida con la rápida caminata, pero aquellas aguas glaciales del lago cubriéndole hasta la cintura apagaban parte de la resolución de Max. Le dolía el brazo, pero además le hacía daño el vientre, y aquel frío era como un cuchillo cortante.

Comenzaron a caer unos copos dispersos y poco después era una cortina de nieve.

—¡Qué espectáculo más precioso! —exclamó Bernard, mientras Max lanzaba un gruñido de asentimiento.

Vieron un leve resplandor al este cuando cortaban la primera barrera de alambre de espino.

—¡No te pares! —exclamó Max, castañeteándole los dientes—. No hay tiempo para poner en práctica los trucos aprendidos en la escuela. ¡Al diablo las alarmas, sigue cortando!

Bernard manejaba las enormes cizallas con maestría y rapidez. El único ruido que oyeron durante los primeros momentos fue el chasquido del alambre. Luego los perros comenzaron a ladrar.

No era normal que Frank Harrington, el «residente» del SIS en Berlín, aguardase en el punto convenido en el lado de la República Federal a altas horas de la noche a dos agentes que cruzaban el Muro; pero se trataba de una operación especial y, además, Frank había prometido al padre de Bernard ayudarle en lo posible, y Frank cumplía con todo rigor sus promesas.

Estaba en un cuarto subterráneo con no menos de cuatro metros de hormigón sobre su cabeza, alumbrado por tubos fluorescentes, pero no era una vigilia muy sufrida, pues, aunque aquellos búnkeres de mando en vanguardia eran algo espartanos —dado que la OTAN daba por hecho que las fuerzas del Pacto de Varsovia rebasarían las defensas fronterizas en las horas previas a la declaración de guerra—, no eran instalaciones frías ni húmedas y él aguardaba acomodado en un buen sillón con una copa de excelente whisky en la mano.

La pieza en que se encontraba era el despacho del oficial de mando, o al menos la dependencia asignada como tal en caso de alarma bélica. Entre los que acompañaban a Frank había un corpulento y joven oficial de la

Bundesgrenzschutz —fuerza de la policía antidisturbios de Alemania occidental encargada de los aeropuertos, embajadas y fronteras— y un inglés mayor con el curioso uniforme náutico que viste la policía inglesa de fronteras que actúa de guía con las patrullas del ejército en misiones por tierra, aire o río. El alemán estaba recostado contra un radiador, y el inglés, sentado en el borde de un escritorio.

—¿Cuánto falta para el amanecer? —inquirió Frank.

No se había quitado la trinchera marrón con la que cubría su traje de tweed marrón, y lucía una camisa caqui con corbata de un tenue color amarillo. Para un inopinado observador, habría pasado por un militar de uniforme.

—Una hora y ocho minutos —contestó el inglés tras consultar su reloj de pulsera. No se fiaba de los relojes, ni siquiera de los que había en aquel búnker, perfectamente sincronizados y revisados.

Encorvado en una silla en un rincón, con un abrigo Melton sobre el traje de estambre de Savile Row, había un cuarto hombre: Bret Rensselaer, recién llegado de Central Londres para efectuar una gira de supervisión, que estaba llevando a cabo al pie de la letra. Ahora consultaba su reloj. Él ya se sabía de memoria la hora del amanecer, y no entendía que Frank no se tomara la molestia.

Llevaban trabajando juntos mucho tiempo y eran viejos amigos. Frank Harrington consideraba aquella engreída actitud y aquel despotismo necio de la Costa Este como características de los jefazos de la CIA que él conocía de Washington, mientras que Bret veía en Frank a un funcionario de eficacia mínima con el que congeniaba, comparable a los modestos propietarios rurales que habían nutrido el funcionariado del imperio británico. Descripciones que, debidamente matizadas, ambos habrían aceptado y merced a las cuales habían alcanzado su *modus vivendi*.

—Los alemanes que viven en zona fronteriza tienen un pase especial y pueden cruzarla nueve veces al año en visita a parientes y amistades —dijo Frank, impulsado de pronto por la cortesía, para que Bret tomase parte en la conversación—. Ayer por la tarde cruzó uno, porque no les permiten pasar la noche al otro lado, y nos contó que había un ambiente muy fuera de lo normal por las obras del Muro y todo eso...

Bret asintió con la cabeza. El zumbido del aire acondicionado sonaba fuerte en aquel silencio.

—Ha elegido muy bien la zona —añadió Frank.

—No hay ninguna zona buena —terció el oficial alemán en voz alta.

Tenía aspecto de rufián con aquella cicatriz en la cara y su panza de bebedor de cerveza, pensó Frank. Tal vez debiesen ser así los policías antidisturbios. Al no obtener respuesta de ninguno de los extranjeros, el alemán apuró su whisky, se enjugó la boca, eructó, se despidió con una inclinación de cabeza y salió del despacho.

Sonó el teléfono del cuarto contiguo y oyeron cómo el telefonista gruñía, colgaba y decía en voz alta:

—Ahora ladran los perros y se nota cierto movimiento.

Bret miró a Frank y éste hizo un guiño sin moverse.

El guía inglés dio el último sorbo de whisky apresuradamente y se bajó del escritorio.

—Más vale que salga —dijo—, no sea que me necesiten. Tengo entendido que van a tratar de cruzar dos de sus filibusteros.

—Puede —replicó Frank.

—No lo conseguirán —añadió el inglés—. Técnicamente es una invasión de su territorio.

Frank se lo quedó mirando sin decir nada. No le gustaba que calificasen de filibusteros a sus hombres, y menos gente desconocida. El guía, olvidando que tenía el vaso vacío, trató de dar un trago, volvió a dejarlo en la mesa y salió.

Ya a solas, Bret dijo:

—Si el joven Samson sale con bien de ésta, voy a recomendarle para el departamento alemán.

Estaba plácidamente arrellanado en el sillón con los brazos cómodamente apoyados y las manos juntas, como un tutor que despide a un alumno.

—Sí, eso dijiste.

—¿Estará a la altura, Frank?

Lo había dicho como si plantease a Frank una pregunta de examen y no un simple ruego de ayuda en una decisión difícil.

—Tonto no es.

—Pero sí tozudo —añadió Bret—. ¿Es eso lo que querías decir?

—¿De verdad que no quieres una copa? —inquirió Frank, levantando la botella de whisky que tenía en el suelo junto a su sillón. La había traído Bret de la tienda libre de impuestos del aeropuerto de Londres, pero no había probado gota.

Bret meneó la cabeza.

—¿Y su esposa? —inquirió en tono entre jocoso y serio—. ¿Será la señora Samson la primera directora general?

—Es muy tajante en sus puntos de vista. Todas las mujeres lo son. Carece de la flexibilidad para desempeñar la tarea del viejo, ¿no crees?

—También los tubos de plomo son flexibles —replicó Bret.

—Elásticos, querrás decir.

—Sí, elástico es el término que define la cualidad de recuperar la forma y estado primitivos —dijo Bret.

—¿Lo consideras el principal requisito para un DG? —inquirió Frank con frialdad.

Él había servido con sir Henry Clevemore en la guerra y eran amigos desde entonces. No estaba bien que hablase con Bret de sus posibles sucesores.

—El principal requisito son muchas cosas —replicó Bret con ganas de concluir la discusión—. Muchos de los que desempeñan ese cargo acaban inútiles —añadió, pese a que no quería hablar del tema.

—Los agentes en activo, desde luego.

—¿Es lo que te preocupa en el caso de Bernard Samson? ¿Que quede inevitablemente marcado por tantas misiones arriesgadas? ¿Te refieres a eso?

—No. En absoluto.

—Bernard haría un buen trabajo en Londres. Dale una oportunidad, Bret. Yo le apoyo.

—Lo tendré en cuenta.

—¡Filibusteros! —exclamó Frank—. ¡Qué descaros! Lo decía por mi equipo de recepción.

—¡Han conectado los reflectores! —exclamó el telefonista desde el otro cuarto.

—Dícales que conecten la interferencia radárica —dijo Frank— y que no pongan objeciones: la Piraña. ¡Ya!

Al ejército le fastidiaba utilizar las Pirañas porque trastornaban el sistema de radar a ambos lados de la frontera.

El primer reflector sobrevino chisporroteando y silbando, barriendo con su haz la superficie de tierra allanada que tenían delante. Ya no había esperanzas de poder cruzar sin que los detectasen.

Bernard se echó cuerpo a tierra, pero Max era un veterano con muchas horas de vuelo y se puso a correr detrás del haz, sabiendo que la zona en torno al círculo de luz era la más oscura para la visión de los guardias.

Aquello dejó sorprendidos a los de la Grenzpolizei de la torre, dos jóvenes reclutas del otro extremo del país, destinados allí y recomendados para aquel puesto por su buena conducta en las Juventudes Libres Alemanas. Había habido una primera alerta —dos en realidad—, y el sargento les había leído en voz alta el télex para que lo entendieran bien. Pero las alertas eran una rutina y ningún Grepo se las tomaba en serio. Desde seis meses antes, en que los muchachos habían llegado allí, se habían producido nueve alertas y todas por culpa de pájaros o conejos que pisaban los cables. Actualmente, nadie en su sano juicio intentaba cruzar por allí.

Simultáneamente, en el lado occidental del Muro, el equipo de recibimiento de Frank —Tom Cutts y «Gabby» Green— se había ya aproximado mucho. No servían directamente a las órdenes de Frank, sino que eran especialistas y, pese a tener treinta y tantos años, según su documentación, figuraban como suboficiales del cuerpo de transmisiones. Los acompañaba un militar de verdad, el sargento Powell, técnico en radar, cuyo cometido consistía en asegurar que funcionase el material, aunque, como les confesó con toda sinceridad, si algo se averiaba, poco probable era que él pudiese arreglarlo sobre la marcha: habría que trasladarlo al taller y luego, posiblemente, a la fábrica.

Aquellos «filibusteros» llevaban ya buen rato agazapados allí, con sus trajes de combate y camuflaje, la cara llena de pintura y con el gorro de punto calado hasta las orejas, pues los cascos eran demasiado pesados y hacían un ruido muy peligroso en caso de caída. Era curioso que fuesen más seguros vestidos de soldado que de paisano, debido a que los Grepos del otro lado tenían buen cuidado de no disparar contra los militares, pues el uniforme a ambos lados del Muro era casi idéntico.

No hablaban mucho porque de noche los ruidos se propagan muy lejos y, además, estaban acostumbrados a trabajar juntos para saber de sobra lo que había que hacer. La tarde anterior, nada más oscurecer, habían llevado el aparato de radar, situando la antena en posición de favorable avanzada, y luego se habían pasado toda la noche observando con el monitor los movimientos de guardias y vehículos. Ambos llevaban auriculares sobre los gorros de punto y Gabby, cuya taciturna actitud le había valido aquel nombre, no quitaba ojo del intensificador de imagen Hawklite.

—Sí —dijo de pronto al micrófono forrado de goma que tenía pegado a la boca—. ¡Uno! No: dos. Uno va a la carrera y el otro está cuerpo a tierra. ¡Santo Dios!

Habían conectado el reflector, pero no ayuda en nada para ver lo que sucedía.

—Y ahora ponen las luces infrarrojas. ¡Dios, Dios, la cosa se pone seria! —añadió Gabby sin perder la calma—. ¿Interferimos? —Tom tenía ya acoplado el interceptor a la correspondiente longitud de onda, pero era un aparato de poca intensidad que sólo afectaría a los dispositivos pequeños—. Tengo que avanzar. Desde aquí no lo capto.

Tom no dijo nada. Los dos habían abrigado la esperanza de que no fuese necesario penetrar en territorio de la RDA. El año anterior les habían «afeitado» un par de veces, y sus competidores —un equipo de otros dos especialistas responsable del tramo del Muro más al norte— habían muerto al pisar una mina dejada «accidentalmente» en zona aliada después de concluidos los trabajos de reparación en la Alemania del Este.

Los presentimientos de Tom Cutts se habrían confirmado de haber podido ver un vehículo ruso de apoyo al combate electrónico, aparcado detrás de las perreras. En su oscuro interior, un alto oficial del KGB llamado Erich Stinnes se acomodaba precariamente entre el profuso instrumental electrónico. Su rostro reflejaba tensión y en sus gafas se reflejaba la pantalla de un radar de campaña mucho más perfeccionado que el modelo «portátil» de infantería que habían colocado en avanzadilla los «filibusteros».

—Uno de ellos está avanzando —dijo el operador militar a Stinnes. El blip que representaba a Gabby lanzó un destello más fuerte en el momento en que salía de la trinchera, exponiendo más superficie del cuerpo a la detección del radar.

El vehículo de guerra electrónica facilitaba bastantes más señales de lo que sucedía en la zona. Disponía de imagen térmica —un dispositivo que transformaba el calor del cuerpo humano en manchas blancas— y ahora que estaban conectadas las luces infrarrojas, las cámaras infrarrojas automáticas tomaban una foto cada cinco segundos. De ese modo, si se abría una investigación, se podría explicar a la RDA lo que había sucedido.

—Déjele que avance —dijo Stinnes—. A ver si se anima también el otro y los cogemos a los dos.

—Si aguardamos demasiado, se nos escapan los dos espías —replicó el oficial de la Grepco asignado a Stinnes para facilitarle la labor.

—Los cogeremos a todos, pierda cuidado. Llevo siguiéndolos paso a paso y no pienso perderlos ahora.

Los oficiales ignoraban hasta qué extremo Stinnes se ceñía al reglamento sin quebrantar ninguna regla, pero lo cierto es que había montado lo que

habría cabido calificar de operación modélica. Los dos enlaces detenidos en Schwerin habían revelado los detalles de la cita al cabo de dos horas de interrogatorio y, además, el método seguido para obtener la «confesión» había sido moderadamente severo con arreglo a los parámetros del KGB. Luego habían localizado a los «ingleses» en la cabaña, manteniéndolos observados durante toda la huida. Salvo el desvío de un helicóptero, por culpa de algún necio controlador aéreo, había sido una operación de manual.

—El segundo avanza —dijo el operador.

—¡Fantástico! —exclamó Stinnes—. Cuando llegue al alambre, dispare.

La brecha no reparada del Muro les había permitido planificar los campos de tiro, y era como una galería de entrenamiento: cuatro hombres atrapados en el polígono configurado por el Muro, el alambre de espino y los materiales de construcción.

Fue Gabby quien puso fuera de juego el reflector de un disparo. Luego Bernard dijo que había sido Max, pero era porque él quería creérselo. La muerte de Max le había abatido como pocas. Y, desde luego, nunca se sobrepuso a aquella mala conciencia de haber sido el único que salió con vida de aquello. Había visto morir a los otros tres: Max, Tom y Gabby. Destrozados por una ametralladora pesada, una antigua y competente Degtyarev de 12,7 mm. La descarga sonó estrepitosamente en la noche y se pudo oír en kilómetros a la redonda. ¡Así aprenderían los ingleses!

—¿Y el otro? —inquirió Stinnes, con los ojos clavados en la pantalla del radar.

—Ha caído de un tropezón. ¡Maldita..., maldita sea! ¡Acaban de conectar el aparato de interferencia!

Vieron cómo desde la base de la pantalla subía basura electrónica formando una interferencia parecida a una nevada.

—¿Dónde está? —gritó Stinnes dando con la palma de la mano en la pantalla—. ¿Dónde?

Los que le acompañaban se pusieron en pie de un salto, firmes y mirando al frente, como buenos soldados rusos cuando les chilla un superior.

Y así fue como Bernard Samson quedó camuflado por la tempestad electrónica y pudo escapar indemne, corriendo como en su vida, para ir a caer en brazos del sargento Powell.

—¡Mierda! —exclamó Powell—. ¿De dónde sales, muchacho? —Por un instante, Powell pensó que había capturado a un prisionero, y se llevó una desilusión al ver que era un fugitivo del Este—. Dijeron que erais dos. ¿Y el otro?

3

CAMBRIDGESHIRE, INGLATERRA. Febrero de 1978

Sir Henry Clevemore no era precisamente famoso por su hospitalidad; y con razón. Siendo director general del Servicio Secreto de Inteligencia, elegía con cautela sus amistades y el lugar de encuentro. Era poco probable que los recibiese en su casa, una magnífica mansión de piedra y madera, construida en su mayor parte en el siglo XVI. En cualquier caso, a la señora Clevemore no le gustaba mucho recibir y nunca lo hacía. Si su marido quería dar una fiesta, que lo hiciera en el Cavalry Club de Picadilly. Mucho mejor a todos los efectos.

Por ello fue una halagadora excepción cuando una fría tarde de febrero invitó a Bret Rensselaer, un veterano empleado del departamento, a que fuese a cenar a Cambridgeshire.

Sir Henry debió de subestimar, sin duda, el que Rensselaer fuese el tipo de norteamericano al que le gustaba vestir ropa de etiqueta. Bret había estado padeciendo por el dilema de si ir de esmoquin, pero finalmente optó por un traje oscuro con ese corte entallado tan afín a los sastres de Savile Row, una camisa blanca levemente almidonada y corbata gris de seda. Sir Henry lucía un traje formal azul que había conocido mejores tiempos, camisa de cuello blando a la que faltaba un botón y relucientes zapatos negros, a los que buena falta hacía cordones nuevos.

—¡Por Dios bendito! ¿Y por qué una mujer? —dijo Bret Rensselaer con mayor calma de lo que sus palabras daban a entender—. ¿Cómo se le ha ocurrido elegir a una mujer?

Para el personal del departamento no era el modo habitual de dirigirse a sir Henry Clevemore, pero Bret Rensselaer tenía amistad con el director general, cimentada hasta cierto punto en su propio país de origen y en sus influyentes amistades del State Department americano, y, también hasta cierto punto, en el hecho de que sus ingresos le permitían la independencia económica del Servicio Secreto de Inteligencia y muchas otras cosas.

—Fume si quiere. ¿Me acepta un puro?

—No, gracias, sir Henry.

Sir Henry Clevemore se arrellanó en el sillón y dio un sorbo de whisky. Estaban en el salón contemplando los troncos que ardían en la chimenea, después de una cena con langosta a la plancha y haber despachado la última botella de un Montrachet de inmejorable calidad, obsequio a sir Henry del subsecretario.

—No se trata de mí, Bret —replicó sir Henry. Se mostraba muy contemporizador, pues los dos sabían cómo funcionaba el departamento, pero el DG estaba decidido a mostrarse afable. Los modales encantadores eran lo suyo, a menos que tuviese prisa—. Yo no buscaba una mujer —añadió—, puede estar seguro. Pensábamos en una serie de personas... Ya sé que no necesita que entre en detalles... Bien, varios hombres y mujeres que llevamos presentando pacientemente durante años como señuelo a los rusos, con la esperanza de que algún día se decidiesen a hacer algo extraordinario con uno de ellos.

—¿Y para ella ha llegado ese día? —inquirió Bret, alargando la mano abierta hacia el fuego para comprobar el calor.

Desde que había salido del coche no había entrado en calor. Éste era el inconveniente de aquellas casas solariegas, que nunca se caldeaban bien. Ahora sentía no haber imaginado qué clase de velada iba a ser y no haberse puesto ropa menos formal; una chaqueta de tweed, probablemente. A sir Henry seguramente le habría dado igual o ni lo habría advertido.

El DG miró a Bret para comprobar si lo había dicho con sarcasmo, pero vio que no; era simplemente una muestra más de aquella franqueza yanqui que hacía de Bret el mejor candidato al puesto de un prometedor agente doble. Sir Henry optó por volver a mostrarse encantador.

—Usted inició este asunto, Bret. Cuando planteó la idea, hace unas semanas, no le di mucha importancia, si he de serle sincero; pero comencé a considerar los posibles candidatos y vislumbré otros aspectos que fueron cobrando mayor entidad. Digamos que el flotador se ha movido, y eso puede ser señal de que en la punta del sedal están dispuestos a morder el anzuelo. Es muy posible.

Bret contuvo la tentación de decir que, en innumerables ocasiones parecidas, los rusos habían devorado la carnada y el departamento se había quedado con el anzuelo vacío. Todo daba a entender que los soviéticos sabían pervertir a un agente mucho mejor que sus adversarios.

—Pero una mujer... —balbuceó Bret para recordar al DG su anterior objeción.

—Una mujer extraordinaria, una mujer brillante y hermosa —replicó el director general.

—La señorita x —añadió Bret, molesto por la tenaz reticencia de sir Henry a dar más detalles de la candidata.

Él había contado con dar su opinión en el escrutinio definitivo.

—La señora x, más exactamente.

—Razón de más para que los rusos no la quieran para ellos. En la sociedad rusa rige la hegemonía masculina y el KGB sería el último baluarte al cambio.

—No sé si estar de acuerdo con usted, Bret —replicó el DG, concediéndose una sonrisita—. Su actitud está cambiando. Igual que aquí, imagino —añadió, sin poder ocultar cierta añoranza—. Pero tengo la impresión de que nos favorecen sus anticuadas actitudes conservadoras, pues jamás sospecharán que vamos a intentar infiltrar a una mujer en el comité.

—No, supongo que tiene razón, sir Henry.

Ahora era Bret quien reflexionaba. Le gustaba el método de razonamiento del viejo. Había quien decía que el director general estaba pasado —y el propio sir Henry hacía a veces lo posible por dar esa impresión—, pero él sabía por experiencia que, en la estrategia de conjunto, el viejo hilaba muy fino, aunque a veces resultara enrevesado y hasta desfasado. Era él, Bret, quien le había propuesto aquella idea de «colocar un hombre en el Kremlin».

El viejo se inclinó hacia adelante. Los preliminares corteses, igual que la velada, tocaban a su fin. Ahora hablaban de hombre a jefe.

—Los dos sabemos los peligros e inconvenientes de trabajar con dobles, Bret. El departamento está abarrotado de cadáveres de agentes que se han vuelto chalados.

—Gajes del oficio —replicó Bret—. Conforme pasan los años, al agente doble le resulta cada vez más difícil distinguir en qué bando está.

—Y acaba por no saber distinguir un bando de otro —añadió el DG, cogiendo una chocolatina de menta y desenvolviéndola cuidadosamente. Era un tormento pasar sin fumar un puro después de la cena—. Por eso necesitan a alguien que los frene y se introduzca en su cerebro para mantenerlos políticamente concienciados. De los rusos aprendimos eso, Bret, y estoy convencido de que es acertado.

—Pero yo no había pensado en ser el oficial del caso —replicó Bret—. Me falta experiencia —añadió como quien no quiere la cosa y sin el énfasis

con que habría hablado de haber estado realmente decidido a no asumir el nuevo encargo del DG.

A Clevemore no se le escapó aquella actitud contemporizadora. Superado el primer obstáculo.

—Podría darle mis razones para justificar que no queremos en esto un oficial de caso con experiencia.

—Ya —dijo Bret.

La perspectiva de asignar un oficial de caso conocido a los contactos periódicos con una agente haría saltar todos los timbres de alarma del KGB.

Pero no fue el razonamiento a que recurrió el DG.

—Yo lo que quiero es un agente cuya posición y circunstancias sean excepcionales. Por tanto es una tarea para alguien con mucha experiencia, Bret. Alguien que tenga una visión generalizada y en cuyo criterio pueda confiar plenamente —dijo, llevándose la chocolatina a la boca y arrugando minuciosamente el envoltorio antes de ponerlo en el cenicero.

—Bueno, yo no sé si soy la persona que reúne esos requisitos, sir Henry —replicó Bret, adoptando curiosamente la actitud que se supone en un inglés que recibe tales elogios.

—Sí, Bret, los reúne totalmente —replicó el viejo—. Dígame, Bret, ¿cuáles son las pegadas más importantes que anticipa?

—¿Pegadas? ¿De los ingleses? ¿Del departamento?

Bret no quería contestar preguntas de tal cariz, y su gesto lo daba a entender.

—Claro, es usted demasiado cortés para decirlo, pero un individuo menos inhibido, hablando no hace mucho de los defectos de los ingleses, me dijo que mis compatriotas adoran el diletantismo y carecen de la maestría intuitiva de los yanquis. Resultado: desastre.

Bret continuó callado.

—Cierta o falsa tal afirmación —prosiguió sir Henry—, estoy decidido a que esta operación sea algo profesional al ciento por ciento y que, al mismo tiempo, cuente con la ventaja de esa improvisación que caracteriza a sus compatriotas. —Alzó la mano en gesto de prevención—. Tengo todavía que estudiar en detalle el plan, pues hay una serie de puntos que me plantea un tanto polémicos. No me cabe duda de que lo entenderá.

—Es un plan a diez años vista —replicó Bret—. En el Este están muy mal. Con un ataque bien planificado a su economía, el maldito castillo de naipes comunista se vendría abajo.

—¿Abajo? Explíquese.

—Yo creo que podríamos forzar al gobierno de la Alemania del Este a que autorizase los partidos políticos y la libre emigración.

—¿En serio? —Al viejo le parecía una idea irracional, pero tenía sobrada experiencia en estrategias de Whitehall para descartar de plano la tesis—. ¿Quiere decir que el Muro desaparecería en mil novecientos ochenta y ocho? ¿Es eso? —añadió con una sonrisa.

—No voy a hacer afirmaciones tajantes, pero tómelo en ese sentido. Durante la segunda guerra mundial dos escuadrillas de bombardeo de la RAF efectuaron vuelos nocturnos para atacar grandes ciudades, y el análisis ulterior evidenció que pocos aparatos habían alcanzado el objetivo asignado y los pocos que lo hicieron habían bombardeado lagos, parques, iglesias... En resumen, que sólo una bomba de cada diez había causado daños de consideración.

Sir Henry tamborileaba sobre las tarjetas de color con gráficos y diagramas correspondientes a diversas estadísticas, relativas en su mayoría a población laboral especializada y no especializada de la República Democrática de Alemania.

—Continúe, Bret.

—Cuando Spaatz y Jimmy Doolittle se hicieron cargo de la Octava Fuerza aérea de Estados Unidos para iniciar la ofensiva de bombardeo, la hicieron volar de día con visores Norden. Era un bombardeo de precisión planificado en el que sólo se atacaban fábricas de aviones y de gasolina sintética. No se derrocharon esfuerzos y el resultado fue devastador para el enemigo.

—¿No los llamaban objetivos panacea?

—Eso era a los que resultaban erróneos —contestó Bret, tajante.

—Creo recordar otros aspectos estratégicos de la ofensiva de bombardeos —dijo pensativo el viejo, a quien no se le había escapado el paradigma de que la RAF lo había hecho mal y los norteamericanos bien. Tampoco se le escapaba la implicación de que los esfuerzos del SIS habían sido inútiles en un 90 por ciento hasta aquel momento.

—No quiero insistir en la comparación —continuó Bret, que acababa de darse cuenta de que su ejemplo sobre inferioridad de la RAF en cuestiones de bombardeo con respecto a la fuerza aérea norteamericana no resultaría tan palmario ante un auditorio inglés, y optó por otro enfoque—. Ese gráfico de «Salud y hospitalización» que tiene ahí muestra el número de médicos con edades comprendidas entre veinticinco y treinta y cinco años, base de la estructura sanitaria. Yo calculo que la pérdida del veintiocho por ciento de la fuerza de trabajo (que es el sector rojo en el gráfico) obligaría al régimen a

iniciar el cierre de hospitales o departamentos hospitalarios a un ritmo políticamente insostenible. O, si no, en ingeniería civil. Mire usted el gráfico que hay en esa mesa...

—He mirado los gráficos —dijo sir Henry, a quien nunca le habían gustado los diagramas.

—Tenemos que marcarnos como objetivo la mano de obra especializada. Sería un enorme agobio para la sociedad comunista, porque el régimen pide a la gente que aguante bajos salarios y una vida monótona a cambio del mantenimiento de empleo y buenos servicios sociales: hospitales, transporte urbano, etcétera. Y una fuga de cerebros es algo que no podrán contrarrestar. Se tarda siete años en formar a un médico, a un ingeniero o a un químico, y para empezar hace falta que sean muchachos listos.

—Menciona usted la oposición política —dijo el DG, apartando los gráficos.

—Sí —contestó Bret—. Tenemos también que prescindir de nuestra desdeñosa actitud a propósito de los modestos grupos de oposición en la Alemania del Este. Hay que darles cierto apoyo, ayudándolos y asesorando a las asociaciones de la Iglesia y los reformistas, contribuyendo a que se unan. ¿Ha visto las cifras que doy en el capítulo de grupos religiosos? La alentadora perspectiva que demuestran es que hay que prescindir de las zonas rurales: los protestantes de las ciudades importantes nos proporcionarían el contingente humano que necesitamos para llegar más fácilmente a la población urbana.

—Bombardeo estratégico. ¡Hummm! —musitó el DG.

Hasta el secretario del ministerio entendería la lógica de tal enfoque cuando se le comunicara el presupuesto extra necesario.

—Y las personas que necesitamos son aquellas de las que mayor demanda existe en Occidente. No hay necesidad de inventar bonitos empleos bien remunerados para atraerlas. Son empleos que ya existen —dijo Bret, sacando otra hoja—. ¿Y sabe en qué sentido nos favorece la cifra de natalidad? —añadió, alzando el gráfico y señalando la curva de principios de los ochenta.

—¿A éstos cómo los atraemos?

—Éstos son los que salen de la Alemania del Este para pasar las vacaciones en el extranjero —dijo Bret, cogiendo otro gráfico—. Los he subdividido con arreglo al país de destino. Según la constitución de la Alemania occidental, todos estos alemanes del Este tienen derecho a un pasaporte de la República Federal si lo solicitan.

El DG detuvo la exposición de Bret con un gesto de la mano.

—¿Es que propone que manadas de turistas de la Alemania del Este abandonen sus autocares en Marruecos para cambiar de pasaporte? ¿Qué dirían las autoridades marroquíes de inmigración?

Bret le dirigió una mirada impávida. Era costumbre del viejo nombrar un país al azar y empezar con minucias.

—De momento, mejor sería no entrar en detalles —replicó—. Los alemanes del Este disponen de muchos medios para solicitar permiso de viaje, y las cifras van en aumento estos últimos años. El gobierno de la República Federal presiona para que les concedan un poco más de libertad cada vez que desembolsa algún donativo para ese asqueroso régimen. Y no olvide usted que nuestro objetivo son las clases medias (respetables padres de familia y esposas universitarias que trabajan), no hippies con vaqueros y pelo largo que saltan el Muro. Y por eso precisamente necesitamos a la señora X allá, para que acceda a los archivos de la policía secreta y nos diga dónde está la verdadera oposición, a quién hay que visitar, dónde hay que dirigirse y cómo aplicar la presión.

—Vamos a ver. ¿Tendrá que...?

—Tiene que tener acceso a los archivos del KGB sobre grupos de oposición (cuáles son y dónde operan), grupos de la Iglesia, demócratas, liberales, fascistas y hasta los reformistas comunistas. Es el mejor medio para evaluar con quién debemos alinearnos y prepararlos para una auténtica oposición. Y necesitamos saber cómo reaccionaría el ejército rojo ante un caso de discrepancia política generalizada.

—Usted es el hombre ideal para la señora X —dijo sir Henry, recordando que el primer ministro decía que todo ruso es en el fondo de su corazón un jugador de ajedrez y todo norteamericano un relaciones-públicas. Pues sí, el entusiasmo de Bret Rensselaer lo corroboraba. La audacia del plan y tal como lo exponía bastaban para convencerle de que valía la pena probar.

Bret hizo una inclinación de cabeza por el cumplido, aunque sabiendo que existían factores que influían en la decisión del viejo. Él era norteamericano, y si sir Henry asumía su tesis sobre la economía de la Alemania del Este, él era la persona más cualificada para dirigir al agente por disponer de un equipo de especialistas en estadística, banca, economía y hasta de un experto en «teoría de grupos y permutaciones» que había arrebatado a los criptoanalistas. El departamento de análisis económico que él dirigía había cosechado buenos éxitos y él sería el oficial secreto ideal para aquel caso. Y otra de las ventajas era el hecho de que el agente fuese una mujer, pues, separado ahora de su

esposa, Bret podía dejarse ver en compañía de una «mujer inteligente y hermosa» sin que nadie sospechase que hablaban de trabajo.

—Imagino que la señora x se las habrá arreglado mucho tiempo sin un oficial encargado del caso —dijo Bret.

—Sí, porque lo ha llevado Silas Gaunt. Ya sabe cómo es Gaunt. Me hizo prometerle que no habría nada por escrito y que el único contacto fuese él.

—¿El único contacto, tal como suena? —inquirió Bret, sin pensar ni por asomo que la respuesta sería afirmativa.

—Tal como suena.

—¡Santo Dios! ¿Y por qué...?

—¿Hacer que ahora intervenga otra persona? Bien, se lo diré. Gaunt sólo viene por el departamento una vez al mes y no sé si esto es suficiente aun en su caso.

Y, claro, Silas Gaunt era un relevante exponente de la clase de diletantismo que el DG parecía dispuesto a erradicar.

—¿Acaso ha sucedido algo? —inquirió.

La reacción de Bret reforzó la convicción del DG de que se trataba del hombre idóneo para aquel asunto: Bret tenía instinto.

—Sí, Bret, ha sucedido algo. Hay un condenado ruso que quiere desertar.

—¿Y?

El DG dio un sorbo de whisky antes de contestar:

—Y ha entrado en contacto con la señora x. Hizo un aparte con ella durante una de esas extrañas reuniones que a los de Asuntos Exteriores les gusta organizar con nuestros amigos rusos, las cuales, que yo sepa, aún no han dado fruto alguno.

—Uno del KGB que quiere desertar —dijo Bret, riendo.

—Sí, tiene mucha gracia —replicó serio el DG—. Me gustaría poder participar de su diversión.

—Lo siento, señor —dijo Bret—. ¿Es un oficial de alta graduación?

—Bastante —contestó el DG, precavido—. Se llama Blum y es tercer secretario en el negociado del agregado; casi seguro que es del KGB. El contacto tuvo lugar en circunstancias herméticas —añadió.

—Tendrá que delatarle —dijo Bret sin pensárselo dos veces—. Hermetismo o no, tendrá que delatarle.

—¡Hummm! —musitó el DG, pensando en la absoluta sangre fría de aquel Bret Rensselaer.

No era una cualidad atractiva, pero para aquel trabajo resultaba indispensable.

—A no ser que quiera tirar por la borda todos estos años de trabajo.

—Bret, usted no conoce todas las circunstancias.

—No necesito conocerlas —replicó Bret—. Si no hace usted que denuncie a ese ruso, minará la confianza que se haya ganado el agente.

—Esta señora x en concreto...

—Ahórrese el informe del psicólogo —le interrumpió Bret—. Ella se dará cuenta de que usted ha calculado el riesgo, poniendo en la balanza en un platillo a ella y en el otro al ruso.

—Yo no lo veo así.

—Es igual cómo usted lo vea. En realidad, poco importa cómo sea. Estamos hablando de un agente, calificado de «excepcional», ¿no es así?

—Cuya situación y posibilidades pueden ser excepcionales.

—Excepcionales. ¡Okay! Pues yo le digo que si la compromete en el más mínimo detalle por cortejar a un agente ruso, la señora x nunca rendirá al ciento por ciento.

—Puede resultar lo contrario. Quizá se sienta abrumada si sacrificamos a ese Blum —replicó con voz pausada el DG—. Ya ha manifestado su preocupación. No olvide que es mujer.

—No lo olvido, pero lo que debe hacer es ponerse inmediatamente en contacto con ellos y contarles ese acercamiento de Blum. Si muestra usted la menor vacilación en recomendárselo, nunca olvidará esa pasividad. Una mujer puede manifestar su preocupación, pero no le gusta que se le dé de lado por un rival. Y, visto en retrospectiva, puede ponerse furiosa. Claro, sir Henry, que no olvido que es mujer.

—Ese Blum puede facilitarnos algo muy interesante —replicó el director general.

—Igual me da que nos facilite una línea intervenida del Politburó. Tiene usted que elegir entre una cosa y otra: las dos es imposible. —Ambos intercambiaron una mirada—. Me imagino que esa señora x estará separada del marido —añadió Bret.

El DG no contestó a la pregunta. Se arrellanó en el sillón y lanzó un resoplido.

—Seguramente tiene usted razón, Bret —dijo al cabo de un momento.

—En esto sí, señor. No se preocupe porque no conozca a la señora x; de mujeres sé mucho.

—¡Oh, sí que la conoce!

—¿Yo?

—Usted conoce a la señora x. La conoce muy bien.

Los dos permanecieron mirándose, conscientes de que el DG sólo accedería a decir el nombre a condición de que Bret Rensselaer aceptase la responsabilidad de dirigir la misión.

—Si usted cree que soy la persona idónea para ello —dijo Bret, aviniéndose a lo inevitable, ya que ambos sabían desde un principio que iba a aceptar. Aquello no era la clase de trabajo que se anuncia en el tablero de la oficina.

—¡Estupendo! —exclamó el director general en aquel tono rotundo y ronco que era lo más aproximado en que expresaba su entusiasmo, mirando su reloj de pulsera—, ¡Dios mío, ha sido tan agradable la velada que el tiempo ha pasado volando!

Bret continuaba a la espera de que le dijera el nombre, pero le siguió la corriente y se puso en pie.

—Sí, tengo que irme.

—Creo que su chófer está en la cocina, Bret.

—¿Cenando? Muy amable por su parte, sir Henry.

—Por aquí no hay ningún restaurante —respondió el DG tirando de un cordón de seda que hizo sonar una campanilla lejana—. Esto es el campo, y ya estará cerrada hasta la tienda del pueblo. No sé cómo vamos a arreglárnoslas en el futuro —añadió sin ningún gesto que expresara real preocupación por la perspectiva.

—Esta casa antigua es sensacional.

—Tiene usted que venir en verano —replicó sir Henry—. El jardín es una hermosura.

—Me encantaría —respondió Bret.

—Venga en agosto, que lo abrimos a los feligreses del pueblo.

—Muy atractivo —comentó Bret, con su entusiasmo frustrado al percatarse de que le estaba invitando a recorrer el jardín con un grupo de admirados forasteros.

—¿Usted pesca? —inquirió sir Henry, acompañándole hasta la puerta.

—Nunca encuentro tiempo —respondió Bret. Oyó al chófer fuera. No tardarían en aparecer los criados y sería demasiado tarde—. ¿Quién es, señor? ¿Quién es la señora x?

El DG le miró, deleitándose en aquellos últimos instantes y anticipando su sorpresa.

—La señora Samson.

En aquel momento se abrió la puerta.

—Está listo el coche del señor Rensselaer —dijo el mayordomo del director general, advirtiendo el gesto de decepción de Bret y pensando si se encontraría bien. Quizá le hubiera sentado mal algo, o fuese cosa del vino, se dijo, reflexionando en que en aquella caja de Montrachet habían salido un par de botellas que sabían a corcho.

—Ya entiendo —contestó Bret Rensselaer, que no entendía nada y que acusaba mayor sorpresa de la que sir Henry esperaba.

Su cerebro era un revoltijo de reflexiones y deducciones. La esposa de Bernard Samson. ¡Dios santo! La señora Samson tenía marido e hijos pequeños. ¿Cómo la habían elegido a ella?

—Buenas noches, Bret. Mire qué estrellas... Esta noche, si no nos viene esa lluvia que no paran de anunciar los imbéciles de la televisión, tendremos helada.

Bret casi volvió a bajarse del coche. Tenía ganas de pedirle que dedicasen otra media hora a hablar del asunto, pero se limitó a comentar muy sumiso:

—Sí, eso parece, señor. Mire, posiblemente no podremos encargar a Bernard Samson, del departamento alemán, en vista de lo que acaba de decirme.

—¿Eso cree? Samson fue el único que logró pasar vivo la otra noche, ¿no es cierto?

—Así es.

—¡Qué mala suerte! Con quien teníamos que hablar era con el otro, ese tal Busby. Sí, eso es, Samson. Desde luego carece de los estudios adecuados, pero posee olfato y se merece el departamento alemán.

—Yo iba a comunicarlo oficialmente mañana.

—Lo que usted decida, Bret, muchacho.

—Es impensable teniendo ese otro asunto en juego. Desde cualquier punto de vista..., impensable. Es preferible dárselo a Cruyer.

—¿Lo considera capacitado?

—Podrá dirigirlo, teniendo a Samsbn de ayudante —contestó Bret, cambiando de postura en el asiento.

Comenzaba a pensar que el DG lo tenía todo planeado al darse cuenta de que Bernard Samson estaba a punto de ascender; le había invitado a cenar para impedir que nombrara a Samson, poniendo con ello en peligro el asunto primordial: la infiltración de la señora Samson en «el Kremlin». El viejo zorro...

—Lo dejo a su criterio —dijo el DG.

—Muy bien, señor. Gracias y buenas noches.

Sir Henry se inclinó sobre el coche y añadió:

—¡Ah, sí! Y de lo que hemos hablado ni una palabra a Silas Gaunt. De momento es mejor que no sepa que usted interviene.

—¿Lo cree usted prudente, señor? —replicó Bret, picado porque el DG hubiese, con toda evidencia, presentado el plan como idea suya al hablar con «Tío» Silas.

El director general sabía lo que Bret estaba pensando y se tocó un lado de la nariz.

—No se puede bailar en dos bodas con una sola botella de vino. ¿Conocía ese refrán?

—No, señor.

—Es húngaro.

—¡Ah, ya!

—O rumano, o croata. De uno de esos puñeteros países en que bailan en las bodas. Arranque, muchacho, que le espera un largo viaje y yo empiezo a sentir frío.

Sir Henry cerró la portezuela de golpe, dio una palmadita en el techo y el automóvil arrancó en la grava con una serie de crujidos, mientras él, sin entrar en la casa, se lo quedaba mirando hasta que desapareció en la curva del largo camino de entrada.

El DG se restregó enérgicamente las manos camino de la casa. Todo había salido bien. Sí, habría que hablar largo y tendido para obtener autorización, pero a él siempre se le habían dado bien esas conferencias. Bret Rensselaer era el más indicado. Su tesis era convincente: ése era el modo de dar la puntilla a la República Democrática de Alemania. Y había sido idea de Bret. Era un hombre bien dotado para aquel asunto: reservado, obseso, patriota, ingenioso y rápido de reflejos: había comprendido enseguida la imposibilidad de situar a Samson en el departamento alemán, habiéndose pasado su esposa a los rusos. Sí, habría sido demasiado. Bret dirigiría bien la operación.

Si así era, ¿por qué, entonces, el DG consideraba con ciertas reservas lo que ya había puesto en marcha? Sus dudas procedían del hecho de que Bret era condenadamente eficiente; se le daba una orden y la cumplía por encima de todo. Ya había visto él esa decisión inquebrantable en otros casos de hijos de hombres ricos, a título de desmedida compensación de algún complejo de culpabilidad o algo así. No sabían parar. Sir Henry tiritó. La noche era fría.

Cuando el coche entró en la carretera general, Bret Rensselaer se arrellanó en el asiento de suave cuero y cerró los ojos para reflexionar más tranquilo. Así que la señora Samson había estado jugando el papel de agente doble Dios

sabía cuántos años y nadie tenía la menor idea... ¿Sería posible? Era algo increíble, pero lo aceptaba. En lo que a la señora Samson respectaba, Bret era capaz de creer cualquier cosa. Fiona Samson era la mujer más radiante y preciosa del mundo. La amaba en secreto desde el primer día en que la conoció.

4

KENT, INGLATERRA. Marzo de 1978

—Vivimos en una sociedad llena de trastornos evitables, enfermedades evitables y dolor evitable; de rigor y crueldades irreflexivas —tenía acento galés. Hizo una pausa pero no dijo nada—. No lo digo yo, sino el señor H. G. Wells.

Estaba sentado junto a la ventana, con un canario enjaulado, que parecía dormido, encima de la cabeza. Faltaba poco para el mes de abril y oscurecía rápidamente. Se oyó una voz que ordenaba irse a la cama a los niños que jugaban en el jardín de la casa de al lado; sólo algunos pájaros inquietos seguían revoloteando en los árboles. El ruido del mar, oculto por un promontorio, llegaba débilmente. El hombre, llamado Martin Euan Pryce-Hughes, estaba de perfil contra las cortinas baratas, y su pelo casi blanco, largo y ondulado en los extremos, le enmarcaba el rostro como un casco. Sólo cuando aspiró la pipa se iluminó aquel rostro viejo y profusamente arrugado.

—Creo que la frase me suena —dijo Fiona Samson.

—Del movimiento fabiano. Buena gente. Wells era el teórico. ¡El gran George Bernard!... Los Webb, Dios los bendiga, Laski y Tawney. Mi padre los conocía a todos; recuerdo que muchos de ellos venían a casa. Eran, por supuesto, gente soñadora que pensaba que podía cambiar el mundo a base de escritores, poetas y panfletos —sonrió, sin mirarla, pensando en ello y Fiona advirtió el desdén en sus palabras. Era una voz baja y atractiva con el eco sonoro de los valles galeses, aquel mismo deje que había notado en Dilwys, la sobrina de aquel hombre, con la que había compartido la habitación en Oxford. El departamento había recomendado fomentar aquella amistad y a través de ella había conocido a Martin.

Por una fotografía del padre de Martin que veía en la estantería de libros comprendía por qué tantas mujeres se habían arrojado a sus brazos. Tal vez el amor libre formase parte de la filosofía fabiana que con tanto entusiasmo

había suscrito de joven. ¿De tal palo tal astilla? También Martin poseía un carácter resuelto, enérgico y cruel; y cuando quería, podía imitar bastante bien el famoso encanto de su padre. Era una mezcla que a ambos les hacía irresistibles a cierto tipo de mujeres jóvenes. Mezcla que había llamado la atención del aparato de espionaje soviético antes de pasar a denominarse KGB.

—Hay gente que ha nacido para la acción —dijo Fiona, dando la clase de respuesta que él parecía esperar—. Otros hablan y escriben. El mundo siempre ha sido así. No hay que subestimar a los soñadores, Martin.

—Sabía que dirías eso —replicó él de un modo que a ella la asustó.

Muchas veces parecía existir un doble sentido —como una advertencia— en lo que decía. Quizá hubiera querido decir que sabía que ella iba a replicar eso porque era la trivialidad adecuada, lo que diría un enemigo de clase. Prefería cien mil veces tratar con rusos. A los rusos los entendía —eran consumados profesionales—, pero a aquel idealista amargado, dispuesto a hacerles el trabajo sucio, no acababa de entenderle. Y sin embargo no le detestaba.

—Lo sabes todo, Martin —dijo.

—Lo que no sé es por qué elegiste ese marido que tienes —replicó él.

—Bernard es un hombre maravilloso, Martin. Es valiente, decidido y listo.

Él aspiró la pipa antes de contestar:

—Valiente, puede; decidido, sin duda. Pero ni sus amigos más tontos le calificarían de listo, Fiona.

Ella lanzó un suspiro. No era la primera vez que hablaban del tema. Pese a doblarle en edad, Martin sentía la necesidad de competir por ella. Primero le había hecho proposiciones, aunque de eso hacía mucho tiempo y parecía haber desistido; pero tenía que hacer valer su superioridad, e incluso había mostrado una especie de amargos celos de su padre cuando ella le mencionó el fabuloso abrigo de pieles que le había regalado. Cualquiera imbecil puede ganar dinero, había rezongado. Y ella le había dado la razón para halagar su ego y calmarle.

Sólo últimamente había llegado a comprender que era tan importante para él, como él para ella. Cuando el agente del KGB de la delegación comercial asignó a Martin la tarea de hacer de figura paterna, factótum y modelo para ella, jamás se les habría ocurrido pensar ni por asomo que ella acabaría trabajando para el Servicio Secreto de Inteligencia inglés. La sorprendente captación se había llevado a cabo bajo el constante asesoramiento y recomendación de Martin en cada paso que daba, y, ahora que era oficial

superior en la Central de Londres, Martin podía mirar en retrospectiva los diez años anteriores con suma satisfacción. De ser un simple peón de los rusos, Martin había pasado a ser el tutor de su mejor inversión; se hablaba de concederle una recompensa o un grado en el KGB, y él fingía poco interés por esas cosas, pero sólo el pensarlo le producía una especie de estremecimiento de gozo. Y podía ser una ventaja a la hora de tratar con los de Londres, porque los rusos respetaban semejantes distinciones.

Fiona miró su reloj. ¿Cuánto tardaría en llegar el correo? Venía ya con diez minutos de retraso y eso no era normal. En sus escasos contactos con los del KGB siempre habían sido puntuales.

Fiona era agente doble, pero no sentía miedo. Ciertamente Moscú Central había organizado la ejecución de varios agentes a lo largo del año y medio anterior —uno de ellos en el segundo piso de un autobús en Fulham, muerto por un dardo envenenado—, pero eran todos rusos. Si descubrían su duplicidad, era difícil que la matasen, pero la obligarían a confesar todo lo que sabía y la perspectiva de un interrogatorio a manos del KGB sí que la aterraba. Pero para una mujer con las motivaciones de Fiona peor era aún considerar que años y años de concienzudo trabajo se vinieran abajo; años de preparación, de creación de antecedentes favorables, años de engañar a su marido, hijos y amigos. Y años de aguantar las saetas envenenadas que lanzaban las mentes de hombres como Martin Euan Pryce-Hughes.

—No —insistió Martin, como recreándose—. Ni sus mejores amigos pueden decir que el señor Bernard Samson sea listo. Suerte tenemos en que te casaras con él, querida muchacha. Un hombre realmente inteligente se habría dado cuenta de tu juego.

—Un marido suspicaz, sí; pero Bernard me quiere y me tiene confianza. Martin lanzó un gruñido. Aquella contestación no le gustaba.

—¿Sabes que le veo? —dijo.

—¿A Bernard? ¿Ves a Bernard?

—Es preciso por tu bien, Fiona. Hay que vigilarlo todo. Establecemos contacto de vez en cuando. No sólo yo, sino otros.

¡Maldito canalla engreído! No lo sabía; pero, claro, el KGB debía estar verificando sus relaciones y controlando a Bernard, claro. A Dios gracias que nunca le confiaba nada. No es que Bernard fuese incapaz de guardar un secreto, porque tenía la cabeza atiborrada de secretos, pero él formaba parte de su hogar, y de la ayuda de Bernard era algo de lo que debía abstenerse.

—Supongo que sabes que me han dado un contacto directo de urgencia con un oficial encargado del caso —dijo en un tono de voz suave y sugerente,

como quien inicia el relato de un cuento de hadas ante una absorta audiencia de niños de cinco años.

—Lo sé —respondió él, volviéndose y dirigiéndole una sonrisa paternalista. La clase de sonrisa que dirigía a todas las mujeres que aspiraban a ser camaradas suyas—. Y es una buena idea.

—Sí, y pienso utilizar ese contacto. Así que si tú, Chesty o alguno de esos incompetentes cretinos de la delegación comercial entra en contacto con alguien de los que me rodean para comprobar, o hacen algún truco idiota, les arranco los huevos, ¿entiendes, Martin?

Casi se echó a reír al ver la cara que ponía: boquiabierto, con la pipa en la mano y los ojos desencajados. Él no conocía bien aquella faceta en ella, pues ante Martin siempre hacía el papel de dócil ama de casa.

—¿Entendido? —repitió, esta vez con voz ronca y despectiva.

Estaba decidida a que contestase para disipar cualquier duda de que lo hubiese dicho en broma.

—Sí, Fiona —contestó él, sumiso.

Debían haberle dado instrucciones para que no la enojase, o quizá supiese lo que le esperaba por parte de Moscú si ella se quejaba. La perdería y perdería todo lo que más quería.

—Y manteneos bien apartados de Bernard. Vosotros sois unos aficionados y no estáis a su altura. Bernard lleva en el oficio desde que era niño, y a la gente como tú y Chesty se los toma de desayuno. Suerte tendremos si no está ya alerta.

—Me mantendré apartado de él.

—A Bernard le gusta que la gente piense que es tonto. Es su método para engañarlos. Si Bernard llegase a sospechar... Estaría perdida. Me haría pedazos —hizo una pausa—. Y Moscú preguntaría por qué.

—Quizá tengas razón —replicó él, fingiendo indiferencia y poniéndose en pie; lanzó un fuerte suspiro y miró por la ventana a través de la cortina de red como si tratase de ver la calle por la que vendría el mensajero.

Aquel viejo podía suscitar pena. Hijo excepcional de un hombre que había tratado inútilmente de compaginar su ideología socialista, públicamente reiterada, con un gran tren de vida y honores políticos, Martin nunca había sido capaz de asumir el hecho de que aquel padre era un pillo sin escrúpulos favorecido por una suerte excepcional, un hombre al que le gustaba relacionarse a nivel mundano. Martin era sumisamente sincero en sus creencias políticas, diligente y torpe en sus estudios, carente de humor y muy exigente en cuestiones de amistad. Al morir su padre, en un lujoso hotel de

Cannes, estando en la cama con una rica dama socialista que se apresuró a volver con su marido, Martin, hijo único, se vio con una modesta herencia e inmediatamente dejó su empleo en una biblioteca pública para recluirse en casa a estudiar historia política y economía. Aquella pequeña renta difícilmente le permitía llegar a fin de mes, y aún más difícil habría sido de no haberse terciado un mitin político en el que había conocido a un intelectual sueco que le convenció de que servir a la URSS era lo mejor que podía hacer por el proletariado, el socialismo internacional y la paz mundial.

Quizá la ironía más cruel del destino fue que, después de ver medrar a su progenitor en los círculos de la clase media en los que se había abierto camino, él —acostumbrado al dispendio— tuviera que ganarse la vida entre la clase trabajadora de la que procedía su padre. Su rebelión había sido sorda, y los rusos le facilitaron la oportunidad de trabajar clandestinamente por la destrucción de una sociedad que aborrecía. Eran aquellos conocimientos adquiridos en secreto lo que le daba fuerzas para soportar aquella vida austera. Los rusos secretos y, naturalmente, las rusas secretas. En realidad, todo formaba parte del mismo deseo, pues si no había un marido o un amante a quien engañar, sus aventuras apenas le procuraban placer sexual o espiritual.

De la casa de al lado llegó el inesperado sonido de un piano. Eran unos chalecos adosados, construidos el siglo pasado para trabajadores agrícolas de los campos de Kent, y las paredes eran finas. Al principio parecía el rasgueo despreocupado con el que los pianistas de pub inician su actuación, pero luego la melodía se transformó en la canción de la primera guerra mundial Rosas de Picardía, el indisciplinado sonido discordante de aquel piano aumentaba la curiosa sensación que invadía a Fiona de hallarse en un tiempo pasado, a la espera, atrapada. Vivían la apacible y venturosa primavera eduardiana que todos pensaban duraría eternamente y no había signo alguno que desmintiera la impresión de hallarse en aquel salón a principio de siglo, quizá en 1904, cuando Europa era aún joven e inocente, los autobuses de Londres iban tirados por caballos, aún no se había botado el Dreadnought y el octubre ruso estaba por venir.

—Nunca llegan tarde —dijo, mirando otra vez su reloj y tratando de encontrar una explicación que dar a su marido que llegaría a casa antes que ella.

—Tú no tratas mucho con ellos —replicó él—; lo haces conmigo, que nunca llego tarde.

No le contradijo. Tenía razón. Ella veía muy pocas veces a los rusos, porque existían muchas posibilidades de que los siguieran los agentes del MI5.

—Y cuando tienes que establecer contacto con ellos, mira lo que sucede.

Le complacía demostrar lo importante que él era como intermediario en los contactos con los rusos.

Fiona no podía evitar su preocupación por el asunto de aquel agente soviético que quería desertar; había esperado a verla sola para acercársele en una especie de arranque impulsivo. ¿No se trataría de una artimaña preparada por el KGB? Solamente había hablado con él en aquella ocasión, pero le había parecido un hombre decente y sincero.

—Tiene que resultar difícil para una persona como Blum —dijo.

—¿Difícil? ¿En qué sentido?

—Por estar trabajando en un país extranjero. Es joven, está solo y debe de echar de menos a su mujer. Y quizá por ser judío.

—Lo dudo mucho —replicó él—. Era tercer secretario del agregado, le otorgaban confianza y recibía un buen sueldo; pero el cerdo estaba decidido a demostrar lo importante que era.

—Judío ruso con apellido alemán —añadió Fiona—. ¿Qué es lo que le habrá motivado?

—No volverá a repetir su hazaña —dijo Martin—. Y el agregado recibirá un buen rapapolvo de Moscú —añadió, sonriendo satisfecho al pensarlo—. Ahora todo pasará a través de mí, como se había hecho siempre antes de Blum.

—¿Y no será un truco?

—¿Para comprobar si tú les eres leal y comprobar si no eres en realidad un agente doble que trabaja para el SIS?

—Sí —replicó ella—, para probarme a mí —añadió, mirando de hito en hito a Martin.

Bret Rensselaer, su oficial de caso, que la asesoraba en su falsa personalidad, decía que estaba seguro de que Blum actuaba siguiendo órdenes de Moscú. Pero aunque no lo hiciese, Rensselaer había dicho que era preferible perder la oportunidad de captar a un agente bien situado que ponerla a ella en peligro. En ocasiones, a ella le habría gustado mirar la vida con igual distanciamiento flemático que Bret Rensselaer. En cualquier caso, no había manera de llevarle la contraria, ni tampoco estaba muy segura de querer hacerlo. ¿Qué sucedería ahora?

Martin esbozó una astuta sonrisa, pensando en la posibilidad, y dijo muy ufano:

—Bueno, si era una prueba, has salido muy airosa.

En aquel momento comprendió ella por primera vez el partidario incondicional que tenía en él. Martin estaba de su parte, ella era obra suya y él haría cualquier cosa antes de dar el menor pábulo a la idea de que su pupila no fuese el mejor agente soviético de la historia.

—Se hace tarde.

—¡Vamos, vamos! Te llevaremos al tren a tiempo. Bernard vuelve hoy de Berlín, ¿verdad?

No contestó. Martin no tenía por qué preguntarle esas cosas, ni siquiera en amistosa conversación.

—Ya estoy al tanto de la hora. No te impacientes —añadió él.

Fiona sonrió. Ahora lamentaba el modo tajante en que le había hablado. Era decisión de los rusos que los dos se relacionaran por un fuerte vínculo afectivo, y aquella actitud paternalista de Martin y su inflexible convicción política constituían parte esencial de la obediencia de Fiona; y ella no quería darles motivos para que reconsiderasen su tesis.

Miró en derredor del saloncito y se preguntó si Martin viviría continuamente allí o sería un simple piso franco para reuniones como aquélla. Parecía estar habitado normalmente, pues había comida en la cocina, carbón en la chimenea, correspondencia abierta detrás del reloj que hacía tictac sobre la repisa de la chimenea y un gato bien alimentado que correteaba por el jardín. Contempló la estampa de un clíper con las velas desplegadas bajo un cristal muy limpio y vio que había numerosos libros de Lenin, Marx y hasta de Trotski, junto con otros de los reverenciados fabianos, una enciclopedia del socialismo y obras de Rousseau y John Stuart Mill. Incluso las aburridas obras de su padre. Era una buena artimaña, pues era muy poco probable que incluso un buen agente de seguridad sospechase que alguien tan abiertamente familiarizado con las teorías de disidentes, revisionistas y traidores fuese agente del KGB. Era la coartada de Martin: teórico izquierdista anticuado y estrictamente inglés, al margen de los acontecimientos de la política internacional.

—Es por mi hijo Billy. Amaneció con la garganta inflamada —dijo Fiona, mirando de nuevo el reloj—. La niñera estará ahora con él en el médico. Es una muchacha muy abnegada.

—Claro —comentó Martin, que no aprobaba tener niñeras ni ningún tipo de esclavos domésticos, pues le remitía a su propia infancia y a los ambiguos sentimientos que tanto detestaba respecto a su padre—. No será nada.

—Espero que no sean paperas.

—Yo estoy al tanto de la hora —repitió él.

—El bueno de Martin, que está en todo —dijo ella.
Él sonrió y aspiró la pipa. Era el comentario que esperaba.

Fue un joven melencólico el que llegó en bicicleta. La dejó apoyada contra la valla y cruzó el jardín hasta la puerta principal para hacer sonar la aldaba. El canario se despertó y saltó de un palito a otro, haciendo balancearse la jaula. Martin fue a abrir y regresó con una hoja que acababa de extraer de un sobre lacrado, y que tendió a Fiona. Era la factura de una floristería del barrio; sobre ella se leía, escrito con rotulador: «El ramo que encargó ha sido enviado», y un gran sello rojo que decía «PAGADO».

—No lo entiendo —dijo Fiona.

—Blum ha muerto —dijo él en voz baja.

—¡Dios mío! —exclamó Fiona.

Él la miró y vio que estaba demudada.

—No te preocupes —dijo Martin para calmarla—. Tú has quedado más limpia que la nieve. —E inmediatamente se dio cuenta de que era la noticia de la muerte de Blum lo que la había impresionado—. Nuestros camaradas son muy dados a gestos operísticos —añadió en un desesperado intento por tranquilizarla—. Seguramente le habrán hecho regresar a Moscú.

—¿Y por qué...?

—Para tranquilizarte. Para que te sientas importante —respondió él cogiendo un trapo de la estantería y envolviendo cuidadosamente la jaula para que el canario tuviera oscuridad.

Ella le miró, tratando inútilmente de dilucidar lo que realmente pensaba.

—Créeme —añadió él—, yo los conozco.

Optó por creerle. Quizá fuese una reacción femenina, pero no podía asumir la responsabilidad de la muerte de Blum. No era valiente en cuestión de sufrimientos infligidos a otros, pese a que su trabajo se basaba en eso.

Llegó a casa a las ocho y media, y apenas habían transcurrido diez minutos cuando Bret Rensselaer la telefoneó, abriendo la conversación con un lacónico:

—¿Todo bien?

—Sí, todo bien —contestó ella.

—¿Qué sucede?

Bret había notado algo en su voz. Detectaba tan bien sus estados de ánimo, que Fiona le temía. Bernard jamás habría notado su preocupación.

—No sucede nada —contestó despacio, controlando su tono de voz—. Nada que podamos hablar ahora.

—¿Está sola?

—Sí.

—A la hora de costumbre, en el mismo sitio.

—Bernard, que regresaba hoy, no ha llegado aún.

—He organizado algo... para retrasar la entrega de su equipaje en el aeropuerto. Quería asegurarme de que estaba en casa y todo había ido bien...

—Sí, buenas noches, Bret —respondió ella, y colgó a continuación.

Bret lo hacía por su bien, pero sabía que a él le gustaba demostrarle lo fácilmente que podía manipular a su marido en ese aspecto. Era otro de los hombres que se sentían obligados a demostrarle alguna faceta de su poder. Y además había una implicación latente que no le gustaba.

SOMERSET, INGLATERRA. Verano de 1978

El director general era una figura enigmática, objeto de acerba polémica entre el personal. Ejemplo de ello fue la Navidad en que en la pared de su despacho apareció un cuadro junto a su escritorio que rezaba en letra gótica: «Sólo la ignorancia es invencible», y los comentarios que suscitó no quedaron temperados, precisamente, por el hecho de que fuese un regalo de su esposa.

En aquel despacho reinaba un caos fenomenal sobre el que las mujeres de la limpieza efectuaban escasos intentos de arreglo. Había libros amontonados por todas partes, la mayoría con tiras de papel de colores a guisa de señal en ricos filones de investigación nunca proseguida tras el primer impulso que suscitaba en él su inveterado y paciente ayudante.

Sir Henry Clevemore era elocuente paradigma del estudio antropológico que Bret Rensselaer había emprendido tiempo atrás a propósito de la raza inglesa. Bret consideraba al director general un miembro característico de las clases altas. Aquel personaje de buena estatura que andaba arrastrando los pies, y cuyos lujosos trajes parecían monos de trabajo deformados, era totalmente distinto a ningún otro que Bret pudiera conocer de Estados Unidos, y, además de sus otras excentricidades, el DG fomentaba entre el personal la creencia de que era débil, sordo y distraído, la imagen de una falsa personalidad que, sorprendentemente, le valía para ganarse una acendrada lealtad que muchos líderes de personalidad más entera le habrían envidiado.

Uno de los aspectos desagradables de trabajar en estrecha colaboración con sir Henry era su manía de deambular por el país de una manera desconcertante e imprevista, que obligaba a Bret a trotar tras su persona a lugares distantes y molestos. Aquel día se encontraban en Somerset. En pro de la intimidad, el DG le había conducido hasta una cabaña en el bosque, desde la que se dominaba el campo de deporte de un modesto colegio privado del que el propio sir Henry era cumplidor presidente de la junta rectora y al que había acudido a pronunciar un discurso ante el alumnado para después

almorzar con el director. Y allí, avisado en el último momento, tuvo que llegarse Bret en coche a velocidades suicidas y sin poder almorzar, aunque, en un día tan caluroso como aquél, no le había costado mucho pasarse sin comer.

Los alrededores del colegio estaban suntuosamente poblados de magníficos árboles, colinas ondulantes y campos de labor. Era la campiña inglesa inspiradora de los grandes paisajistas, melancólica y misteriosa, pese a su vivo colorismo. La yerba recién cortada difundía en el aire un fuerte aroma y, aunque generalmente no era proclive a ataques de fiebre del heno, Bret notaba los efectos en su pituitaria; era, por otra parte, una dolencia agravada por la tensión, y no era de descartar la posibilidad de que la perspectiva de aquella entrevista con el DG hubiese influido en el recrudecimiento del mal.

Por las ventanas llenas de telarañas se veía a los equipos de colegiales vestidos de blanco entregados a la extraña gimnasia de un partido de críquet. Para adaptarse al espíritu del acto, el DG llevaba pantalones blancos, chaqueta de lino amarilleada por el tiempo y canotier. Se había acomodado en una silla desde la que podía seguir el partido, gracias a haber limpiado un trozo de la ventana; pero Bret lo veía todo borroso por aquella bruma de suciedad. Él estaba de pie por haberse negado a tomar asiento en el bidón de aceite con cojín indicado por el director general, y observaba el juego de reajo porque, de vez en cuando, sir Henry lo comentaba y solicitaba su opinión al respecto.

—Si se lo explicamos al marido, adiós el secreto —dijo Clevemore, sacudiendo con pesimismo la cabeza.

Bret se tomó su tiempo para contestar. Miró cómo un jugador zurdo golpeaba el suelo con el bate en espera de que le llegase la bola. Muy desperdigados estaban los jugadores, señal de que el juego era movido. Se volvió hacia el DG. Ya había él dejado claramente expuesta su opinión de que al marido de Fiona habría que contárselo todo: que ella era agente doble y estaban preparándola para que se pasase a los rusos.

—Yo voy a verla más tarde —dijo.

Esperaba que el DG lo aprobase para luego él explicárselo a Bernard Samson, y así aquel mismo día quedaría todo resuelto.

—¿Qué está haciendo usted con ella en este momento? —inquirió el director general.

Bret dio unos pasos y se volvió. Por aquel movimiento característico, el DG comprendió que, a menos que cortase por lo sano, se le venía encima una de las célebres conferencias de Bret; se arrellanó en la silla y aguardó el momento de interrumpirle. Bret no tenía con quién hablar de aquel asunto y

bien sabía él que hacerle comparecer periódicamente ante una comisión era algo que estaba descartado.

—Si vamos a situarla en el puesto en que pueda desencadenar la clase de golpe que esperamos, no podemos dejar las cosas al azar.

—¡Bravo! —exclamó el DG al ver un tiro que había hecho llegar a la bola hasta el extremo del campo—. No tenemos mucho tiempo, Bret —añadió volviéndose hacia él.

—Señor director, necesitamos diez años, doce quizá.

—¿Verdaderamente lo cree así?

Bret miró al viejo. Los dos sabían qué estaba pensando. Lo que él pretendía es que Fiona Samson estuviera infiltrada antes de jubilarse él, pues, pese a sus acostumbrados modales discretos y modestos, lo que deseaba era apuntarse el tanto.

—Sí, sir Henry.

—No esperaba yo que tardásemos tanto.

—Sir Henry, Fiona Samson no es más que un agente «colocado» entre nosotros por lo que a Moscú respecta. Nunca ha hecho nada. No ha entregado nada.

—¿Qué tiene usted previsto?

—Hay que destinarla a Berlín. Quiero que la vean más de cerca.

—Eso aceleraría las cosas y comenzarían a pensar en hacer que se pasara a ellos.

—No, ellos la prefieren en Londres, donde están los secretos importantes —replicó Bret, sacando el pañuelo para sonarse con cierta inhibición y haciendo el menor ruido posible—. Perdona, sir Henry, esa hierba recién cortada...

—¿Y por qué en Berlín?

—Porque tendrá que hacerles algún servicio.

El DG le miró e hizo una mueca. No le gustaban aquellas hazañas que requerían la entrega de algo a los del KGB. Siempre estaban dándoles cosas interesantes, cosas convincentes, cosas que el departamento debía conservar.

—¿Como qué?

—Eso no lo he decidido aún, señor, pero tendremos que hacerlo y antes de fin de año.

—¿Por qué no me lo amplía un poco? Un momento, que tira el más rápido.

Bret aguardó. Hacía calor. La hierba era de un verde brillante y los chicos, con sus uniformes de críquet, configuraban una especie de postal inglesa que

en otras circunstancias le habría resultado deliciosa. La bola salió disparada con gran fuerza, pero rebotó y desvió su trayectoria. Bret dijo:

—La señora Samson va a Berlín y durante su estancia allí les entrega algo sustancioso... —hizo una pausa, mientras el DG repetía aquella mueca de desagrado—, y nosotros efectuamos una investigación concienzuda de la que ella sale limpia. Preferentemente, contando con su propia ayuda.

—¿Quiere decir que ellos finjan cargar la responsabilidad a uno de sus agentes?

—Bueno, sí. Eso sería lo ideal, por supuesto —contestó Bret.

El director general seguía mirando el partido.

—Me gusta —dijo sin volver la cabeza.

Bret sonrió desmayadamente. Le estaba costando, pero el comentario era halagüeño viniendo de sir Henry Clevemore; aunque, claro, tal vez lo originaba alguna jugada de críquet que él no había apreciado bien.

—La señora Samson vuelve a Londres —añadió—, y ellos le ordenan que se esté quieta y no haga nada.

—Eso supone un año —dijo el DG.

—Mire, señor —replicó Bret—, podemos hacer que se pase a ellos ahora mismo, desde luego. Ella es como una caja de repuestos, un agente todo terreno que ellos pueden utilizar en cualquier parte, pero eso no es suficiente.

—No —asintió el DG, sin dejar de mirar el partido y en espera de una buena jugada.

—Tenemos que coger a esa mujer y borrar de su mente todo lo que sabe.

—¿De asuntos reservados?

—Ya me estoy ocupando de que no tenga acceso a nada que afecte al departamento.

—¿Y cómo se lo toma ella?

—Tenemos que esbozar el plan como si fuese a sufrir un interrogatorio... en las celdas de la Normannenstrasse.

En el silencio que siguió, un moscardón zumbó insistentemente contra los vidrios de la ventana.

—Repulsiva idea.

—Hay mucho en juego, sir Henry, pero tenemos que jugar a ganar.

Miró la cabaña. Hacía un calor insoportable y olía a aceite de linaza y a insecticida. Abrió la puerta para que entrase un poco de aire.

El director general lo vio y comentó como si fuese cosa susceptible de organizarse:

—Una buena tormenta limpiaría la atmósfera. Me está usted haciendo cavilar si, después de todo, habrá sido acertado elegir a una mujer.

—Ahora ya es tarde para cambiar el plan.

—¿Está seguro?

El DG comenzaba a sentir el calor y se enjugó las cejas con un pañuelo de seda rojo que asomaba por el bolsillo superior de la chaqueta.

—La señora Samson sabe lo que nos proponemos y, si cambiamos el plan para situar otro agente, ella estará al corriente. Le he mostrado las figuras y los gráficos y sabe que la fuerza de trabajo especializada y profesional es nuestro objetivo. Sabe que queremos sangrarles en el vector laboral que les es esencia; y conoce los grupos de la oposición que nos proponemos ayudar.

—¿No ha sido algo prematuro, Bret?

—Todo dependerá de ella una vez que esté allá. Tiene que entender tan perfectamente nuestra estrategia, que sea capaz de improvisar sus reacciones.

—Imagino que tiene usted razón. ¡Ojalá se lo pudiese explicar usted mismo al secretario del ministro la semana que viene! Con gráficos y demás... Mire, Bret, si no conseguimos convencerle para que apruebe la idea básica... ¿Ha dado ya un nombre a la operación?

—Consideraré preferible no pedir nombre operacional en el departamento.

—No, no, claro. Ya pensaremos uno. Algo que sugiera el debilitamiento de la economía sin que perjudique a la seguridad de la operación. ¿Se le ocurre algo?

—Había pensado Operación Hemorragia... U Operación Sangría...

—Sangre, bajas. No. Eso de la sangre suena algo impúdico en inglés. Otra cosa.

—¿Chorro?

—Es un vulgarismo que guarda connotaciones con el acto de orinar. Plomo iría bien. Como en la pesca.

—Pues plomo, sir Henry. Naturalmente.

—¡Oh, Dios mío, ese chico es un desastre! Zurdo que es, y mire cómo agarra el bate... ¿Me entiende lo que quiero decir con lo de convencerle en la idea básica? —añadió, volviéndose hacia Bret.

Este lo entendía perfectamente. Si el secretario no aprobaba el objetivo económico, comenzarían a tener reservas con él y a la señora Samson le asignarían otro oficial de caso.

—Subsiste el problema de que los soviéticos la captan para el servicio operacional aquí —añadió el DG—. Eso sí que no podemos dejarlo al azar.

—El agente x debemos crearlo a partir de cero —replicó Bret, pensando en que pronunciar el nombre de la señora Samson podía motivar la indecisión del DG—. Tengo que entregarles un agente bien instruido y experto en un determinado campo de actividad, de manera que ellos le sitúen en el puesto que queremos.

—Ahora me despista usted —replicó el DG sin apartar la vista del juego.

—Me he dedicado todo este año a estudiar los vínculos de los rusos con la policía de seguridad de la Alemania del Este, en particular en el mando conjunto operacional del KGB y la Stasi en Berlín. Ya le enseñaré un diagrama completo de sus puntos fuertes y débiles.

—¿Eso ha hecho?

—Me he pasado casi toda la semana revisando Instrucciones Operacionales, y, con una imagen más concreta de la estructura de mando que existe allí, mis analistas pueden trazar un diagrama ajustadísimo. Tardaremos, pero tendremos lo que nos hace falta.

—Allí el sistema de seguridad es francamente bueno —dijo el DG.

—Pero trataremos de descubrir qué es lo que más necesitan..., lo que no saben. Dispongo de un personal excelente acostumbrado a cotejar cifras y a esbozar en diagramas la situación real.

—En economía, sí. Es posible hacerlo con las estadísticas de banca, exportación, importación, créditos, etcétera, porque se trabaja con hechos concretos, pero eso que me dice es mucho más complejo.

—Con todo respeto, sir Henry, creo que se equivoca —replicó Bret Rensselaer en un tono levemente ronco que traslucía su tensión.

El director general se olvidó del críquet y le miró. Bret le sostuvo la mirada, con una sonrisa fija y una onda de su rubio pelo desplazada. Hasta aquel momento no se había dado cuenta el DG hasta qué extremo se hallaba Bret obsesionado con su nueva tarea.

Y por primera vez sir Henry empezó a pensar que su absurda tesis podía dar resultado. Sería un golpe espectacular si Bret conseguía colocar a la señora Samson en la estructura de mando de Berlín Este posibilitando su acceso a los archivos secretos sobre grupos de protesta, disidentes y otros sectores anticomunistas que sirvieran para orientar al departamento en aquel plan de hundir la economía del régimen.

—El tiempo lo dirá, Bret.

—Sí, claro, señor.

El DG asintió con la cabeza. ¿Sería la perspectiva de pasar del ambiente vitalmente importante, aunque algo aburrido, de los comités al más dinámico

y apasionante de las operaciones lo que le enardecía? ¿O acaso por el abandono de su esposa, que ya parecía irreversible, le quedaba más tiempo? ¿O sería el hecho de que otro hombre le hubiera arrebatado la esposa lo que le impulsaba a demostrar su valía? Quizá todo a la vez. Y eso que en las consideraciones del director general no entraban la señora Samson y la influencia que su intervención ejercían en la resuelta actitud de Rensselaer.

—Deme usted carta blanca, señor.

—Es que diez años...

—Tal vez no habría debido mencionar ningún plazo.

Le molestaba la nariz; sentía la acuciante necesidad de volver a sonarse, y así lo hizo.

El DG le observaba con curiosidad. No sabía nada de las aflicciones pituitarias de Bret.

—Ya veremos cómo funciona el asunto. ¿Y la financiación? —dijo, volviéndose para contemplar el partido de críquet.

El zurdo acababa de efectuar un tiro sensacional —la bola seguía la trayectoria curva de un mortero— y, por suerte para él, no había ningún adversario al quite. Uno de ellos echaba ahora a correr, pero sin saber bien a dónde iba a aterrizar. Al caer la bola a tierra se oyó un clamor general.

—Necesitaré dinero y no debe tramitarse a través de pagaduría.

—Hay muchos métodos.

—Yo tengo una empresa.

—Hágalo como quiera, Bret. Sé que no lo malgastará. ¿De qué cifra hablamos? Aproximadamente...

—Un millón de libras esterlinas el primer año. El doble, el segundo y en años sucesivos, revisado con arreglo al índice de inflación y a la tasa de cambio. Sin albaranes, recibos ni contabilidad.

—Muy bien. Habrá que pensar una ruta para el dinero. —El DG se protegió los ojos con un periódico doblado. El sol daba de frente en la ventana—. ¿Se me olvida algo?

—No, señor.

—Pues no le retengo. Seguro que tiene cosas que hacer. Mire, mire: el capitán ha puesto otro tirador rápido y es bastante bueno. ¿No le parece, Bret?

—Sí que es bueno. Muy rápido. Se planteará un problema cuando enviemos a la señora Samson a Berlín. ¿Vamos a seguir utilizando de contacto a ese socialista galés? Porque, en caso contrario, habrá que buscar con sumo cuidado uno nuevo. Berlín es muy distinto a Londres, y allí todos se conocen.

—Y se odian —añadió el DG—. Mejor será que haga usted que ella deje esa posibilidad al paio a ver cómo reaccionan.

—El galés es muy entregado —dijo Bret—. Es como si se creyera un superespía del KGB y ella fuese su pupila; podría cometer un error garrafal y él seguiría confiando en ella. Pero cuando la destinemos a Berlín, ellos sospecharán. Ya sabe lo que sucede cuando el tesoro de alguien lo fiscaliza otro: el KGB la someterá a observación.

—¿Debo interpretarlo como un modo indirecto de manifestar su reserva, Bret? —dijo el DG, frunciendo el ceño.

—No, señor. Estoy convencido de que la estancia en Berlín es parte esencial del plan. Lo que quiero decir es que estará sometida a una fuerte tensión.

—Explíquese —dijo el director general incorporándose y mirando por encima de las gafas.

—Vamos a exigirle que deje marido e hijos. Sus colegas la despreciarán...

—¿Cuándo le ha comentado a usted todo eso?

—No me ha comentado nada.

—¿No le ha manifestado ningún titubeo?

—A mí, no. Es convencida patriota y posee un magnífico sentido práctico.

—Patriotas hemos conocido que cambiaron de opinión, ¿no es cierto, Bret? —replicó el DG con un resoplido.

—Ella no —contestó Bret con palmaria seguridad.

—¿Pues de qué se trata, entonces?

—Del marido. Hay que decírselo. Él le daría la clase de ayuda y estímulo que necesita. Y así iría al Este sabiendo que su marido se ocupa de los niños, y tendrá una tabla a qué asirse.

—Vamos, Bret, no empiece con eso —dijo el DG, dándole la espalda.

—Me ha dicho usted que tengo carta blanca.

El DG giró sobre sus talones y contestó con voz áspera:

—No recuerdo haber dicho semejante cosa, Bret. Usted me pide carta blanca, cosa que casi todos en el departamento me piden en un momento u otro, y yo me pregunto si se les ocurrirá pensar que a mí me pagan para algo. Naturalmente que le daré la mayor libertad posible y le ahorraré los inconvenientes de la horrorosa repercusión oficial; le autorizo la financiación sin recibos y estoy dispuesto a escucharle cualquier idea absurda que me exponga, pero un secreto es un secreto, Bret. Y la única posibilidad de que ella salga con bien de esto es que su marido reaccione con horror cuando se

pase a los rusos. Eso será la carta que la salve. Déjese de ayuda y estímulos: quiero que Bernard Samson se vuelva loco de rabia —dijo, utilizando el periódico para sacudir al moscardón, que cayó al suelo—. ¡Loco de rabia!

—Muy bien, señor. Lo que usted diga.

Miraron los dos cómo el nuevo jugador giraba tambaleándose, dando una especie de respingo hacia atrás hasta los palos, partiéndolos. Una bola rápida le había alcanzado en el vientre. El muchacho cayó al suelo retorciéndose de dolor.

—El zurdo —dijo el DG.

El resto de los jugadores se arremolinó en torno al caído, pero nadie hizo nada. Se limitaban a mirarle.

—Sí —dijo Bret—. Bueno, señor, me marchó.

—Tal vez muestre alguna indecisión, Bret. A los agentes suele sucederles eso cuando llega el momento. Si se da ese caso, asegúrese de que se doblega. Hay demasiado en juego para un cambio de programa en el último momento.

Bret aguardó un instante por si el DG decía algo, más, pero Clevemore chasqueó los dedos para despedirle.

Una vez fuera, Bret volvió a sonarse. ¡Maldita yerba! En el futuro se mantendría bien lejos de los partidos de críquet y de los céspedes recién cortados. Bien, el viejo aún podría darle un par de sorpresas, pensó. ¡Era un condenado cabronazo! Que a Bernard no se lo dijeran bajo ningún concepto... Así que eso era lo que quería decir: «Sólo la ignorancia es invencible». Cuando llegó al coche, su pituitaria se había recuperado. Era la tensión lo que provocaba el mal.

6

LONDRES. AGOSTO de 1978

Fiona Samson, una profesional de treinta y un años, era una mujer con muchos secretos y siempre lo había sido. Tal circunstancia había constituido motivo de complacencia con su exigente trabajo en la Central de Londres, pero, conforme se fue desarrollando y haciendo más complejo su papel de agente doble, comprobó que había veces en que aquello la excedía. No era ninguna novedad lo de que los agentes dobles pierden al final el sentido de orientación sin saber distinguir el bando para el que trabajan, pero en el caso de Fiona era distinto. Ésta era incapaz de imaginar la posibilidad de llegar a convertirse en partidaria de un régimen comunista. Su patriotismo estaba bien arraigado como consecuencia de su educación burguesa, y lo que la atormentaba no era ninguna indecisión política: su preocupación nacía de la posibilidad de no ser capaz de desempeñar la tremenda tarea que se le encomendaba. Bernard habría sido la persona ideal para aquella misión de agente doble, pues, como la mayoría de los hombres, él sí que era capaz de compartimentar su cerebro para mantener su problemática familiar al margen de su trabajo. Ella no podía. Sabía que su tarea iba a exigirle tanto que se vería obligada a descuidar a marido e hijos cada vez más, para al final — posiblemente sin previo aviso— abandonarlos a su suerte. Quedaría marcada por traidora, y ellos, salpicados por la infamia. Y la perspectiva era abrumadora.

De haberlo podido hablar con Bernard, habría sido distinto; pero las altas esferas habían decidido que su marido no supiera nada. En cualquier caso, a ella no se le daba bien hablar con Bernard. No menos animosa que su extrovertida hermana Tessa, los bríos de Fiona eran más apagados y rara vez los exteriorizaba. A veces, e incluso con frecuencia, a ella le habría gustado ser como Tessa, porque de ese modo habría sentido un profundo e inmediato alivio y satisfacción con aquella especie de actuación cara al público —

escenas de furor o de exacerbada hilaridad— por las que su hermana era famosa; pero ella carecía de aquel recurso.

Fiona era hermosa en un matiz que a veces la distanciaba de las otras mujeres. Su belleza se resumía en una radiación fría impecable, al estilo de la que trasuntan las etéreas modelos que con tanto aplomo posan en las revistas. También su cerebro era frío y perfecto y los pedantes profesores de universidad lo habían encauzado para que razonara según los parámetros masculinos, obligándola a sacrificar muchas de las vanidades femeninas para convertirse en una especie de extraordinaria sustituta del varón. Sus cuitas, tensiones y esporádicas alegrías sólo las compartía con los que la rodeaban, a regañadientes y gruñendo a veces. Se veía obligada a ocultar las emociones de todo tipo, como le había enseñado su padre, un hombre terco e insensible, cuyo anhelo había sido tener hijos varones, circunstancia que mencionaba a sus dos hijas siempre que se terciaba, diciéndoles que los niños no lloraban.

El matrimonio de Fiona con Bernard Samson había cambiado totalmente su vida. Había sido un flechazo. Ella no había conocido a nadie como Bernard. Fornido como un oso, Bernard era el hombre más varonil que había conocido. Al menos poseía todas las cualidades en que ella cifraba la masculinidad: era práctico, capaz de reparar cualquier máquina y de tratar con toda clase de gente. Por supuesto que era un machista radical y empedernido al que nunca se le ocurría echar una mano en casa e incapaz de freír un huevo. Pero, por el contrario, siempre mostraba buen ánimo, casi nunca estaba decaído y no era en absoluto malévol. Proclive a la dejadez, no atribuía importancia a su ropa o aspecto personal, jamás se daba aires de suficiencia ni hacía aspavientos, y, cuando se deleitaba con el arte o la música, no adoptaba una pose de «intelectual» o de «artista», como era el caso de muchas de sus amistades masculinas.

El marido de Fiona era la única persona que ella conocía a quien le trajeran sin cuidado las opiniones de los demás sobre su persona. Bernard era un padre bonachón, más considerado con sus hijos de lo que en puridad lo era ella. Y sin embargo no era un pelele abúlico, como a ella le había advertido su padre. Bernard actuaba movido por una fuerza o una inspiración, como sucede con los grandes artistas y ¡ay de quien se interpusiera en su camino! No era fácil vivir con Bernard. Se había criado en el Berlín de la posguerra — su padre había ocupado un alto cargo en el servicio de espionaje— en un ambiente de violencias y traiciones, y era por naturaleza duro y retraído. Era un hombre que había matado en acto de servicio y lo había hecho sin

escrúpulos: un individuo bien adaptado y con aplomo, que en Fiona despertaba asombro y envidia.

La dificultad de su matrimonio radicaba en que Bernard era muy parecido a ella, pues a ninguno de los dos les resultaba fácil decir las cosas que los cónyuges se ven obligados a decirse para mantenerse unidos. Ni aun el «te quiero» salía fácilmente de los labios de Bernard. A él lo que le habría hecho falta era una esposa bullanguera y extrovertida como su hermana Tessa, pues ella habría sabido cómo hacerle salir de su concha. Si su Bernard fuese capaz de mostrarse alocado y frívolo de vez en cuando... capaz de expresar dudas, temores y recurrir a ella para que le consolase... Ella no necesitaba un hombre fuerte y reservado: ya lo era ella. Para una persona como Bernard resultaba difícil aceptar risueñamente el punto de vista de una mujer, y él nunca llegaría a entender que las mujeres pudiesen llorar «por nada».

Últimamente había habido muchas ocasiones en que la complicada maraña de la vida laboral de Fiona la excedía. Recurría a tranquilizantes y somníferos con una regularidad inopinada en ella, y Bernard la había sorprendido llorando en varias ocasiones en que había vuelto a casa de repente. Ella había alegado que estaba tratándola el ginecólogo, y el bueno de Bernard, turbado, no había preguntado nada más.

Cuando sus negros pensamientos la deprimían y las preocupaciones no se desvanecían, Fiona hallaba una excusa para salir de la oficina y dar un paseo hasta la estación de Waterloo. Era un recurso al que había llegado a encontrarle gusto. La amplitud de aquel espacio transmitía una sensación de seguridad y el sobrio diseño, con aquella estructura de vigas, le conferían anonimato: era una inmensa sala de espera hecha como un mecano. La luz que filtraban los vidrios era grisácea, polvorienta y misteriosa. Aquel día, a pesar de la lluvia, le había sentado bien el paseo desde la oficina. Sentada ahora en un banco junto al andén número uno, lloraba a lágrima viva en silencio. Allí nadie parecía advertir aquellos desahogos emocionales; sólo en una esporádica ocasión se le había acercado una mujer del Ejército de Salvación a ofrecerle un refugio para la oración en Lambeth. No eran cosa infrecuente los sollozos en la estación de Waterloo, por tratarse de un sitio en el que se prodigaban las separaciones y ser centro de reunión de vagabundos y menesterosos. Seguramente el aeropuerto sería también un lugar idóneo para llorar, pero allí corría el riesgo de encontrarse a alguien conocido. O, más concretamente, de que alguien conocido la viese. Mientras que en la estación de Waterloo estaba cerca de la oficina, había té y periódicos, taxis y

aparcamiento de pago. Por eso se había llegado al andén número uno para ponerse a llorar.

Aquello lo motivaba, naturalmente, la perspectiva de dejar a Bernard y a los niños. Acabarían odiándola. Aunque hiciese todo lo que le encomendaban y regresara como una heroína, la odiarían por haberlos abandonado. Y lo mismo su padre y su hermana Tessa. ¿Y qué sería de los niños? Se lo había planteado a Bret, pero él la había tranquilizado: los niños estarían bien atendidos en justa compensación al mérito de su sacrificio y heroísmo, le había dicho con aquel estilo teatral que él podía permitirse dada su absoluta seguridad. Pero ¿hasta qué extremo era sincero? Es lo que a veces la preocupaba. Porque, sincero o no, ella no podía desechar la idea de que sus hijos se viesan desvalidos cuando ella pasase al Este. Billy saldría con bien del internado —y quizá le viniera bien—, pero Sally no lo soportaría. Y Fiona se había prometido no dar a sus hijos la odiosa niñez que ella había padecido.

Bret había comentado que lo único que la asustaba, por encima de la perspectiva de ver que su marido y sus hijos fueran a ser incapaces de arreglárselas sin ella, era la posibilidad de que sí fueran capaces. ¡Malnacido! Aunque quizá hubiese algo de verdad en ello. Tal vez fuese aquella problemática impotencia producto de la maternidad...

Ella nunca había sido buena madre, y ese convencimiento la obsesionaba. No había buscado la maternidad de esa manera tan ofuscada como su hermana Tessa. A Fiona nunca le habían gustado los niños pequeños, y los hijos de sus amistades la soliviantaban con sus caprichos y aquel modo de revolver la casa. Los niños pequeños eran seres que lloraban a voz en grito, vomitaban a menudo y ensuciaban pañales. Incluso al abrazar a sus propios hijos de pequeños, lo hacían con recelo por temor a que la manchasen. Era algo que la niñera había advertido enseguida, y a Fiona no se le habían olvidado sus miradas de reproche; unas miradas que decían: la verdadera madre soy yo; usted no sabe cuidarlos.

Fiona era una nulidad con los niños, pero tampoco había querido no tenerlos. Había optado por la maternidad como un requisito más y siempre estaba ocupándose de ellos. Le complacía que fuesen listos en el colegio y, sobre todo, aspiraba a compartir su vida con ellos cuando fuesen mayores. Y era precisamente ahora cuando más la necesitaban. Quizá no fuese demasiado tarde; tal vez podría dejar la Central de Londres y dedicarse a sus hijos del mismo modo que se había consagrado al estudio y a su trabajo.

No pasaba día que no se dijera que tenía que hablar con Bret y decirle que había cambiado de idea. Pero cada vez que se disponía a hacerlo, antes de que

podiera orientar la conversación hacia el tema, él la convencía de que su primer deber era el país y el departamento. Hasta el director general había hablado con extraordinaria seriedad de aquel plan para ascenderla a agente de campo, un agente activo de primordial importancia. Desde luego, eso demostraría que las mujeres son capaces de llevar a cabo una misión de espionaje tan bien como los hombres. Y era lo que, más que nada, la había ayudado a seguir adelante cuando la depresión la vencía.

Desde principios de aquel año se habían multiplicado sus roces y diferencias con Bernard. No era del todo culpa de él, pues también Bernard había tenido sus problemas, dado que la operación «Reisezug» se había saldado poco menos que con un desastre; se decía que habían muerto tres agentes, y Max Busby, que sabía muchos datos de memoria, no había regresado. Bernard no hablaba de ello, pero los que le conocían notaban cuánto le había afectado.

Y ahora Bernard está oficialmente «de permiso» en su trabajo activo, y, en lo que parecía ser un gesto por consolarla, Bret Rensselaer había dejado filtrar el dato de que el departamento había decidido que pasase toda su vida en un despacho, pero no en el del departamento alemán. Ése se lo daban a Dick Cruyer, un vanidoso de poca entidad. Bernard, que era el candidato con más posibilidades, habría desempeñado el cargo con mucha más aptitud e inteligencia, pero, según el criterio del departamento, Dick tenía experiencia administrativa y una personalidad con antecedentes más adecuados para aquel importante puesto. Bernard decía que Dicky lo único que tenía era la vieja corbata de la universidad; pero Bernard en cosas así era muy quisquilloso. Fiona se preguntó si no se habría opuesto Bret al ascenso de Bernard a causa de la misión que a ella le encomendaban, mas Bret porfiaba en que era una decisión de arriba.

Ella estaba convencida de que su difícil vida conyugal acusaría un buen cambio si Bret la dejaba contárselo a su marido, porque ahora resultaba problemático explicar sus movimientos. Ya se había visto en un brete por culpa de aquella extraña entrevista con Martin Euan Pryce-Hughes, y ahora tenía incontables citas de aleccionamiento con Bret y muchas cosas que estudiar. Estudios qué atañían a material que a Bernard le estaba vedado; pero Bernard era listo y rápido, y bastaría con que ella cometiese un par de errores para que se sospechase lo que se traían entre manos. Y el propio DG había dicho que si Bernard descubría el plan, habría que dejarlo todo.

¡Pobre Bernard, pobre Billy, pobre Sally! Permaneció sentada en aquel banco de la estación pensando en ellos, hasta que se sintió agotada e

indispuesta. El llanto había relajado sus nervios, pero no había paliado su dolor. Lloró un poco más con aquel estilo reprimido, discreto y digno que le habían enseñado en el internado y miró a la gente que se apresuraba a tomar los trenes de cercanías y se despedía. Pensó que tal vez los problemas de aquella gente fuesen más graves que los suyos, pero no le sirvió de consuelo y la hizo sentirse más afligida.

Tampoco el tiempo que hacía contribuía a animarla. Era uno de esos días lluviosos horrendos, tan habituales en el verano inglés, y todo el mundo andaba con gabardina y pañuelo, en un ambiente húmedo que acentuaba la tristeza. Llegaban y salían trenes, una joven le preguntó la hora y una pareja de ancianos pasó a su lado discutiendo a voces. Las palomas y los gorriones bajaban volando en picado desde la bóveda hasta un banco en el que un barbudo les echaba migas. Se sentó en él, y estuvo mirando un buen rato los pájaros.

—Perdone, señora —Fiona alzó la vista y vio a dos hombres: un policía uniformado de ferrocarriles y otro de paisano—. ¿Habló usted hace un momento con una joven?

Era el hombre de uniforme el que se había dirigido a ella.

Al principio creyó que iban a decirle que circulara, detenerla por prostitución o incordiarla con algo, pero advirtió que el de paisano no era policía.

—Sí.

—¿Era una muchacha con abrigo azul y un pañuelo rojo en la cabeza? Guapa, pelo moreno...

Ahora hablaba el del abrigo de pelo de camello. Se había quitado el sombrero en un cortés gesto que la sorprendió, y advirtió el modo en que lo sujetaba con su mano tostada por el sol. Parecía inquieto.

—Me preguntó la hora y subió al tren de Southampton... —contestó Fiona. El anuncio por el altavoz de un tren, estentóreo e ininteligible, la interrumpió, y aguardó a que acabara—. Bueno eso es lo que me dijo.

—Y llevaba una bolsa verde de plástico con tirante —dijo el hombre.

Fiona lo interpretó como una pregunta.

—Sí que llevaba una bolsa —contestó—, pero no me fijé bien.

—¿Se encuentra bien, señora? —inquirió el policía al advertir sus ojos enrojecidos y llorosos.

—Estoy bien —replicó ella muy entera; miró su reloj y se puso en pie para darles a entender que se marchaba.

El policía asintió con la cabeza. La creía y no buscaba más complicaciones.

—Es la hija de este señor —dijo.

—Me llamo Lindner. Adam Lindner —dijo el hombre—. Es que, aunque parece mayor, sólo tiene dieciséis años.

Tenía un leve acento del otro lado del Atlántico que no acababa de localizar.

—Telefonearemos a Southampton —dijo el policía, con decisión— y la detendrán al bajar del tren.

—¿Iba alguien con ella? —inquirió autoritariamente el padre.

Fiona se lo quedó mirando. Era alto y atlético y no tendría los cuarenta. Gran bigote, muy bien recortado, cejas tristes y una nariz algo chata en un rostro curtido. Era guapo con aire natural, como los artistas de cine que ella pegaba en la pared a la cabecera de la cama en el colegio. Vestía ropas caras y muy cuidadas, al estilo de las que se compran los extranjeros cuando quieren parecer ingleses: un magnífico abrigo de pelo de camello, corbata de dibujo de cachemir con nudo cruzado por un alfiler de oro que lo sujetaba al cuello y resplandecientes zapatos Oxford.

—Sí, la acompañaba un hombre —respondió.

—¿Negro?

—Tal vez. No me fijé. Creo que sí.

—Eso nos facilita las cosas —añadió el policía.

Una ráfaga de viento levantó papeles de periódico y otros residuos, espantando a los pájaros. La conversación llegaba a un punto muerto, como sucede entre ingleses cuando alguien inicia el delicado y extraño ritual de marcharse.

—Tenemos su número de teléfono, señor Lindner —dijo el policía—. En cuanto haya noticias de Southampton, el sargento de servicio le llamará a usted.

Y allí concluyó la escena. Por lo visto, el policía tenía otras cosas que hacer.

—Yo voy a Maida Vale —dijo el hombre a Fiona—. ¿Quiere que la deje en algún sitio?

Seguía sin poder identificar aquel acento. Pensó que sería un comerciante o un trabajador del petróleo que acababa de cobrar tras un largo contrato y se lo estaba gastando.

—No se moleste —contestó ella.

—Por favor, no es molestia. Lleve a cántaros y me gustaría acompañarla.

Los dos la miraban con curiosidad. Detestaban esa manera que tienen los hombres de esperar una explicación por parte de las mujeres, como si fueran ciudadanas de segunda.

—He venido a despedir a una persona, pero vivo en Marylebone y voy a tomar un taxi.

—Yo la llevaré a Marylebone. ¡Gracias, agente! Ha sido muy amable —añadió, dirigiéndose al policía.

—Las chicas jóvenes hacen cosas de éstas —dijo el policía antes de marcharse—. Ya verá como todo se arregla.

—Ha sido mala suerte —añadió el hombre—. Un cuarto de hora antes y la habríamos alcanzado. —Fiona se dirigió a la cola de taxis y él la siguió—. ¡Fíjese cómo llueve! Deje que la acompañe.

Había al menos cincuenta personas esperando taxi y ni uno a la vista.

—Muy bien. Gracias.

Se dirigieron al coche hablando del malhadado clima inglés. Ahora sus modales eran excesivamente considerados y la voz distinta en cierto matiz que Fiona no lograba captar. Le sonrió. Él le abrió la portezuela y la ayudó a montar. Era un Jaguar XJS convertible, gris, reluciente, muy nuevo.

—Imagino que la señora Lindner estará preocupada —dijo Fiona en el momento en que se encendía el motor y el estéreo emitía un par de compases de un vals de Strauss antes de que él lo apagase, torciera la cabeza y saliera con cuidado en marcha atrás.

—No hay tal señora Lindner —respondió él, alargando el cuello para ver detrás del coche—. Hace cinco años que me divorcié. Y, además, la chica no es mi hija, sino mi sobrina.

—Ya veo.

El hombre superó la rampa y se internó resueltamente en el tráfico de coches y autobuses. Conducía como alguien acostumbrado al tráfico de Londres.

—Sí; mire, no he querido decir que era sobrina mía, porque la policía habría pensado automáticamente que era una chavala con la que me acostaba.

—¿Ah, sí?

—Claro. Los polis son así. Y, en cualquier caso, yo soy canadiense y vivo aquí sin permiso de trabajo —añadió, mordiéndose el labio—. No puedo tener líos con la policía.

—Y les ha dado un nombre falso.

Él volvió la vista hacia ella y sonrió admirado.

—Pues sí, efectivamente.

Fiona asintió con la cabeza.

—¡Oh! No será usted policía del Departamento de Inmigración... Sería un auténtica mala suerte.

—Sí, ¿verdad?

—Claro que sí. —Pausa—. Pero usted no es policía. Vamos, quiero decir que no va a denunciarme.

—¿Habla usted en serio?

—Completamente en serio. Cuando trabajaba en Sydney, Australia, el portero del hotel me denunció, y un día en que volvía a mi habitación me encontré con dos jefazos de Inmigración esperándome. Me habían revuelto el correo y a los trajes les cortaron el forro. Son duros los australianos. Aunque, le digo una cosa, en Uruguay antes era aún peor. Allí sí que lo ponían todo patas arriba.

—Parece que tiene usted experiencia en inmigración ilegal —dijo Fiona sonriendo.

—¡Así me gusta! Creí que no iba a arrancarle una sonrisa. ¿Inmigración? Pues, sí; mi primo se dedica a la compraventa de aeroplanos y de vez en cuando soy yo quien hace la entrega de un aparato. Hay veces en que me da la tentación de contratar unos cuantos vuelos chárter para ganarme alguna pasta.

—¿Es eso lo que está haciendo en Londres?

—¿Aeroplanos? No, eso lo hago por deporte. Aprendí a volar en la fuerza aérea y sigo haciéndolo. Mi profesión es psiquiatra.

—¡Ah, qué bien!... ¿Lo de la chica ha sido otra invención? —inquirió Fiona.

—No, no; tan loco no estoy. Es hija de mi primo Greg y yo la tengo a mi cargo en Londres. Supongo que tendré que telefonar a Winnipeg para decirle que se ha escapado.

—¿Se enfadará?

—Claro que se enfadará, pero no será ninguna sorpresa porque él ya sabe cómo las gasta la niña.

—¿Y cómo es que usted...?

—Es que Greg estuvo conmigo en la aviación y es dueño de una buena porción de un negocio a comisión de compra y venta de aviones.

—¡Ah, ya!

—Y como soy psiquiatra, cree que yo puedo enderezar a la chica. El médico de allí la tenía en tratamiento y la dopaba con amitriptilina y porquerías parecidas.

—¿Y usted tampoco puede con ella?

—Las chicas que... —no concluyó la sorprendente respuesta—. ¿De verdad quiere usted saberlo? Bien, puede que esté pasando por una crisis esquizofrénica púber, pero sería preciso alguien con mucha mayor especialización que lo diagnostique.

—¿Y el padre conoce lo que usted opina?

—No sé por qué le cuento esto... No, es demasiado pronto para decírselo a Greg. Sería un golpe para los padres. Me gustaría hablar del caso con otra persona. Yo estaba tratando de que la viera un especialista sin que ella lo supiera —dijo, dirigiéndole otra mirada—. Bueno, ahora me toca a mí adivinar a qué se dedica usted. Seguro que es estudiante de filosofía. ¿Me equivoco, señorita...? —añadió con una sonrisa.

—Señora Samson. Casada y con dos hijos.

—¡No me diga! ¡No puede ser! Dos hijos... Serán muy pequeños. Mi verdadero nombre es Harry Kennedy. Encantado de conocerla, señora Samson. Sí, es posible que la chica se cure; no es el primer caso que veo, pero no llamaré a los padres para no preocuparlos. Cosa de drogas no es. Al menos, ruego a Dios que no sea cosa de drogas. En el colegio, no va muy bien. La chica no sirve para el estudio. A ella lo que le gusta es ir a fiestas, la música y el baile. Desde pequeña. No le gusta leer. Yo, sin libros, no podría vivir.

—Yo tampoco.

—No estaba despidiendo a nadie, ¿verdad? —dijo él de pronto sin apartar la vista de la conducción.

—No.

—¿Y por qué estaba en la estación?

—Qué importancia puede tener...

—Soy muy entrometido, pero ha sido una suerte que Patsy hablara con usted. No puedo desvincularla a usted de ese hecho.

—Quería pensar.

—¿Sobre cosas tristes?

—Todo es relativo. Vivo bien, de eso no puedo quejarme.

—Necesita una copa.

Fiona se echó a reír.

—Puede que sí —dijo.

Cruzó Marylebone sin parar; no había mucho tráfico. Ella habría debido decir algo para que la hubiese llevado directamente a casa, pero no lo hizo. Simplemente miraba el tráfico y la lluvia, los conductores de cara triste y los

peatones en gabardina. Pararon en el aparcamiento de un edificio muy cuidado de Maida Vale.

—Suba a tomar una copa —dijo.

—Creo que no —respondió ella sin moverse.

—Pierda cuidado. Como le he dicho, me llamo Harry Kennedy. Tengo reacción alérgica a los permisos de trabajo, pero, aparte eso, soy inofensivo. Trabajo en el departamento de psiquiatría de St. Basil en Fulham. Allí conseguiré por fin un permiso de trabajo, lo que me hará eternamente feliz.

—O buscará otro campo...

—Puede.

—¿De veras que es usted psiquiatra?

—Eso no puede inventarse.

—¿Por qué no?

—Porque es la disuasión definitiva a toda relación social. Fíjese en el efecto que ya está causando en usted.

—Una sola copa.

—Y después se va a casa con su marido y sus hijos —añadió él.

—Sí —contestó ella, pese a que de los niños se encargaba la competente niñera y Bernard había ido tres días a Berlín a hacer un trabajo.

Kennedy vivía en la segunda planta y ella le siguió escaleras arriba. Era un edificio de los años treinta y, aparte algunos desconchones producto de la metralla en los bloques de granito de la fachada, había quedado indemne de la guerra.

—Me lo alquila un pudiente otorrino de la clínica que está en Nueva York, en el Bellevue, hasta el mes de abril. Si le renuevan el contrato, quiere venderlo. —Era un apartamento grande; los arquitectos de los años treinta distinguían la diferencia entre un armario empotrado y un dormitorio. La ayudó a despojarse de la gabardina mojada y la colgó en un perchero de madera curvada del vestíbulo. Luego se quitó el abrigo y arrojó el sombrero sobre un montón de cartas sin abrir que había junto a un florero con un ramo artificial—. Tengo que remitirle todo este correo, aunque la mayor parte son cartas con ofertas de vacaciones y enciclopedias que envían las compañías de tarjetas de crédito.

Su traje con chaleco de estambre gris oscuro con una rayita era de corte cuadrado americano que le hacía parecer más delgado de lo que era. Por el bolsillo del chaleco asomaba una cadena de reloj de oro con dijes también de oro.

La invitó a pasar al salón, una habitación lo bastante espaciosa para dar amplia cabida a un piano pequeño de cola, dos sofás y una mesa de centro.

—¡Adelante! Bienvenida a Disneylandia. Siéntese. ¿Ginebra, whisky, vodka, vermut..., un martini? Usted dirá.

Fiona miró el mobiliario y vio que se habían empeñado en la difícil tarea de armonizarlo todo con el estilo art-decó de la época de construcción del edificio.

—Un martini. ¿Toca usted el piano?

Él fue a la cocina y le oyó abrir el refrigerador. Volvió con dos copas escarchadas para martini, ginebra fría y vermut, y una caja de galletitas bajo el brazo. Sirvió cuidadosamente las dos copas.

—Se me han acabado las aceitunas —dijo al acercar los vasos—. Tengo una asistente española que se las come conforme las compro. Sí, toco algo.

—Una copa y me marchó.

—Pierda cuidado, yo la llevo a casa.

—El salón es muy bonito —dijo ella, cogiendo la copa por el pie y arimándose a la cara para deleitarse sintiendo el frescor.

—¿Le gusta esta porquería art-decó? —inquirió él, dando un sorbo al martini y dejando cuidadosamente la copa sobre un salvamanteles—. El otorrino lo heredó de sus padres, que eran refugiados vieneses de profesión médica; pudieron huir a tiempo y se trajeron los muebles. Me ha hecho jurar que no dejaría ningún vaso de Coca-Cola en las mesas y que no fumaría. Pero si se queda allí, se los llevará a Nueva York.

—Son preciosos.

—Es una persona bastante sentimental. Yo no digo que estén mal, pero prefiero algo más de ahora. Tome de esto —añadió, señalando las galletitas de queso que había en una caja roja recién abierta, con cromo de un barco antiguo de vapor en el Rin.

—No tengo apetito.

—¿No le vendría bien desahogarse?

—No. No creo.

—Es usted muy guapa, señora Samson. Su marido es un hombre afortunado.

Lo decía con toda naturalidad y sin ninguna cortedad. Fiona no conocía a ningún inglés capaz de decir tales cumplidos sin enrojecer y turbarse.

—Yo también soy afortunada —replicó ella con voz pausada, algo preocupada porque la estuviese viendo con aquel pelo y los ojos enrojecidos.

—Naturalmente. ¿Está bien de ginebra el martini?

—En el punto en que a mí me gusta —contestó ella, dando un sorbo para demostrárselo.

Estaba incómoda. Al cabo de diez minutos de charla intrascendente, durante los cuales Kennedy había estado desvelando las delicias de la ópera, dijo:

—Podría ir llamando a un taxi... A veces tardan mucho a esta hora.

—Yo la llevaré.

—Usted tiene que aguardar la llamada de la policía.

—Es cierto. Pero ¿tan pronto tiene que marcharse?

—Sí.

—¿Podríamos volver a vernos?

—No estaría bien.

—La semana que viene, el viernes o el sábado, tengo que entregar un Cessna en Niza, para recoger un Learjet. Un buen trabajo como salen pocos. Conozco un restaurante estupendo a veinte minutos de Niza por la autopista. La dejaría en el centro de Londres a las seis de la tarde. No, no diga que no ahora. Quizá le apetezca venir con su marido y los niños. Es un avión de cuatro plazas.

—Creo que no.

—Piénseselo. Tal vez sea la clase de cambio de panorama que necesita.

—¿Es una opinión facultativa?

—Naturalmente.

—No, mejor que no.

—Le daré mi teléfono —añadió Kennedy, y, sin aguardar a que ella diese su opinión, le tendió una tarjeta—. Si continúa este asqueroso tiempo, quizá le venga bien un poco de sol de la Costa Azul. —Fiona leyó la tarjeta: «Doctor H. R. Kennedy», la dirección de Maida Vale y un número de teléfono—. Me las hicieron el mes pasado en una imprenta rápida, porque había pensado abrir consulta aquí, pero luego desistí.

—Comprendo.

—Habría supuesto transgredir las cláusulas del contrato y además habría habido lío si los pacientes ocupaban las plazas del aparcamiento —dijo, acercándose al teléfono a pedir un taxi—. Suelen venir enseguida y yo tengo cuenta. Además, recibir aquí a los pacientes habría llamado la atención de los de Inmigración —se apresuró a añadir pensativo.

—Espero que vuelva pronto su sobrina.

—No será nada.

—¿Sabe quién es el que la acompaña?

Kennedy hizo una pausa.

—Es un paciente de la clínica. Le conoció una tarde en que estaba esperándome.

—¡Ah!

—Puede ser un individuo violento; por eso se tomó interés la policía.

—Ya entiendo.

—Me ha prestado usted ayuda, señora Samson. Y le agradezco que me haya hecho compañía. De verdad. —Sonó el teléfono para anunciar que el taxi aguardaba; él la ayudó a ponerse la gabardina, apartándole el pelo de la nuca para que no quedara bajo el cuello—. Me gustaría también ayudarla —añadió, reteniendo su mano mientras se despedía cortésmente.

—No necesito ayuda.

—Usted va a las estaciones de ferrocarril a ocultar su insatisfacción. ¿No cree que un matrimonio en el que la esposa teme mostrar su tristeza al marido no deja algo que desear?

A Fiona la desarmaba aquella sencilla franqueza. No confiaba ella gran cosa en la psiquiatría ni en los psiquiatras en general, pero aquel hombre tan particular y divertido la atraía. Y era evidente que ella le atraía a él; pero no por ello la adulaba. Y le gustaba que Kennedy le hubiese manifestado con tal naturalidad y confianza sus temores a propósito del Departamento de Inmigración. La hacía sentirse como compinche suya en algo ilegal.

—¿Es ése el tipo de problemas que le plantean las pacientes como yo?

—Señora Samson, créame que ni tengo pacientes que se le parezcan en lo más mínimo, ni las he tenido.

Ella se soltó despacio la mano y cruzó el umbral. Él no la siguió al rellano, pero cuando miró hacia arriba, antes de montar en el taxi, vio su rostro en la ventana.

Miró el reloj y vio que era tarde: la hora en que Bernard procuraba telefonar.

—Hola, cariño.

Para su gran sorpresa, llegaba a casa y se encontraba con Bernard, la niñera y los dos niños en la mesa pequeña de la cocina. Aquella escena jamás se le borraría de la mente. Reían y charlaban cenando. En la mesa se advertía aquel desorden habitual de casa de la madre de Bernard: té en tazas sin platillo, la tetera sobre un plato desconchado, trozos de envase del congelado en el mantel, azúcar en el paquete y un trozo de tarta en su envoltorio. Las risas cesaron al entrar ella.

—No sabíamos dónde podías estar —dijo Bernard.

Llevaba pantalones de pana y un viejo jersey de cuello de cisne, que ella ya le había tirado dos veces.

—El señor Samson dijo que los niños podían comer aquí —terció la niñera, nerviosa.

—Bien, bien —contestó Fiona, dando un beso a sus hijos.

Estaban recién bañados y olían a polvos de talco.

—Tienes la nariz fría —dijo Billy con una risita.

Cuánto se parecía a Bernard.

—Maleducado —replicó su hermanita.

La habían ayudado a llegar a la altura de la mesa con un cojín de seda azul del sofá del salón, en el que Fiona advirtió una mancha de salsa de tomate. Quería mucho a su pequeña Sally, quien a su vez parecía tener con ella una dependencia muy distinta a los demás.

Fue a dar un abrazo a Bernard.

—¡Qué sorpresa tan estupenda! No te esperaba hasta el fin de semana.

—He podido escaparme —dijo Bernard rodeándola con el brazo no sin cierta reticencia.

Para otra, aquello habría constituido signo de alarma, pero Fiona sabía que simplemente denotaba que algo había ido mal en Berlín. ¿Habría habido tiroteo y algún muerto? Le miró para cerciorarse de que no estaba herido. No le preguntaría qué había pasado; ellos no hablaban de cosas del departamento a menos que les afectasen a los dos; pero de lo que sí estaba segura era de que tendría que pasar cierto tiempo para que Bernard pudiese tener contacto físico con ella.

—¿Te encuentras bien?

—Claro que estoy bien —replicó él con una sonrisa, sin lograr ocultar una leve irritación. No le gustaba que ella demostrase preocupación por su persona.

—¿Vas a tener que volver?

Los niños los miraban con sumo interés.

—Ya veremos —contestó él, fingiendo animación—. De momento tendré unos días tranquilos. Piensan que ando por Baviera.

Dio otro casto beso. Ojalá no fuese tan intratable. Que desobedeciera el reglamento para volver antes a casa era halagador, pero era justamente el comportamiento que el departamento juzgaba inadmisibles. Pero no era el momento de decirlo.

—Es una agradable sorpresa —repitió.

—Come algo, mami —dijo Sally—. Hay mucho.

—Mami no come congelados, ¿verdad, mami? —terció su hermano.

La niñera, quien sin duda había comprado el «delicioso almuerzo casero rural listo para consumir», se sentía turbada.

—Depende —contestó ella.

—No es de carne —dijo Billy, como recomendádoselo—. Es pasta con salsa —añadió, metiendo una cuchara en lo que quedaba para demostrarlo.

—Está muy salado y a mí no me gusta —dijo Sally.

La niñera quitó a Billy la cuchara de la mano y fue por una taza y un platillo para que Fiona los acompañase a tomar el té.

Se quitó la gabardina y el sombrero y cogió un trozo de papel de cocina para ver lo que podía hacer para quitar la mancha del cojín de seda; sabía que limpiándola rompería el buen ambiente que ya acababa de interrumpir pero era incapaz de sentarse a charlar y reírse con ellos sin haberla limpiado. Era más fuerte que ella. Quizá fuera eso lo que envenenaba su vida conyugal.

Antes de que pudiera poner manos a la obra, la niñera sirvió el té y comenzó a limpiar la mesa, mientras Bernard se inclinaba, diciendo a los niños:

—A ver, ¿quién es el primer pasajero del tren de los sueños?

—¡Yo, papi, yo! —gritaron los dos pequeños.

Poco después Fiona, ya a solas, limpiaba la mancha del almohadón. Arriba oía las excitadas voces de los niños, sentados en Bernard, camino de la cama. Chucuchú, chucuchú, chucuchú...

Su querido Bernard. ¡Cuánto deseaba que fuese el padre ideal que era sin hacer que ella se sintiese una madre inepta!

LONDRES. SETIEMBRE de 1978

Sylvester Bernstein era un norteamericano de cincuenta años que vivía con su esposa en una casa victoriana de ladrillo rojo y con terraza en Battersea. En cada uno de los tres pisos, la casa tenía un cuarto pequeño con cocina y baño añadidos por el dueño anterior, a primeros de los setenta. Ahora que aquella zona sur del río había sido invadida por parejas jóvenes acomodadas —que habían descubierto lo cerca que estaba del centro de Londres—, la calle entera experimentaba una auténtica transformación. Había puertas pintadas de amarillo y hasta de color rosa con aldabas de bronce, y la mayor parte de los coches aparcados en fila presentaban impecable aspecto. El reglamento del «departamento de planificación» del barrio prohibía montar oficinas en las casas, pero los Bernstein confiaban en que nadie fuese a quejarse de que ellos hubiesen transformado la buhardilla en despacho, con una máquina de escribir, un par de escritorios, dos teléfonos y un télex. Los detectives privados no pasan mucho tiempo en la oficina; al menos, Sylvester Bernstein.

Bernstein había trabajado veinte años en la CIA, para retirarse cuando las heridas recibidas en una pierna no acababan de curársele. Después se casó con una muchacha que había conocido en Saigón, una enfermera inglesa que servía en Ayuda Cristiana, quien de pronto decidió que tenían que vivir en Inglaterra. En aquel entonces el dólar era alto al cambio con la libra esterlina y la paga de retiro les sobraba para vivir en Londres. Pero al bajar el dólar, Bernstein se vio obligado a trabajar de nuevo. Sus contactos en Grosvenor Square le habían servido para obtener el difícil permiso de trabajo y así montó la agencia de detective privado. Pero, a decir verdad, la mayoría de sus clientes los conseguía gracias a su dilatada carrera en la CIA. Algunos seguían siendo personas de ese sector «entre dos luces» de la seguridad, gente que necesitaban que les hiciese un trabajo, quedando ellos al margen. El trabajo que Bernstein estaba haciendo para Bret Rensselaer era de éstos y, dado que

conocía a Rensselaer hacía mucho tiempo y Bret era un cliente exigente, Bernstein no delegaba en nadie y lo hacía él personalmente casi todo.

Estaban sentados en el cuarto de la planta baja. Colgaban de las paredes estampas victorianas baratas con escenas de las novelas de Walter Scott. Unos baldosines con dibujo de lirios recubrían la elaborada chimenea que contaba con su correspondiente pantalla de latón y juego completo de morillos y hierros al uso. Sin embargo, en el hogar no había brasas, sino un adorno de flores artificiales. Prácticamente todo, incluidos los muebles, era de la casa; sólo la colección de porcelana de su mujer, la moqueta beige, el cuarto de baño estilo americano y objetos como el televisor de enorme pantalla sobre un carrito, eran nuevos. El cuarto era diminuto, pero a través de una puerta de madera se veía un comedor aún más pequeño, y la ventana daba a un pequeño jardín trasero. Bret estaba sentado en el sofá con los papeles que Bernstein le había preparado esparcidos para tenerlos bien a la vista.

—¿Y es Martin Euan Pryce-Hughes su verdadero nombre? —inquirió Bret, que no estaba muy al corriente de los apellidos galeses, y había tenido que mirar la documentación para recordarlo.

—Es hijo de Hugh Pryce-Hughes. —Bernstein era un hombre bajo, panzudo, y vestía un traje con chaleco, la «vestimenta indígena», según él, y más o menos como el que llevaba Bret Rensselaer, que le confería aquel aspecto de diplomático o cirujano, pero a Bernstein le sentaba mal. Dada su fisonomía, color de piel y actitud, el detective más parecía un obrero manual, o quizá un soldado de infantería. En cualquier caso, ahora no conservaba una buena forma física para ninguna de las dos cosas; tenía el rostro congestionado con ese color propio de los hipertensos y sufría una sibilancia agravada por el tabaco. Le quedaba bastante pelo gris con indicios de haber sido castaño y ondulado, sus manos eran fuertes con dedos gruesos, y en uno de ellos lucía un sello de universidad y un fulgurante diamante en otro. Más tieso que una vara, estaba sentado con las piernas abiertas en una silla de madera curvada. Se le había caído un calcetín que le dejaba al descubierto un trozo de pierna, y era consciente de su rígida y antinatural postura, pero gracias a ella descansaba sus piernas sembradas de fragmentos de metralla vietnamita. Su voz era baja y forme, inequívocamente norteamericana, aunque no exageradamente—. El famoso Pryce-Hughes.

Bret bajó la vista, frunciendo el entrecejo.

—El escritor —añadió Bernstein—. Perteneciente a ese círculo internacionalmente famoso. Fueron sus memorias las que levantaron todo aquel revuelo sobre Wells y Shaw. Habrás oído hablar de ello.

Bernstein era muy aficionado a la lectura y en su biblioteca había obras de Dreiser, Stendhal, Joyce, Conrad y Zola, que había leído varias veces; sin embargo, la novela rusa no le atraía demasiado. Estaba orgulloso de haberse graduado en Princeton, pero también sabía que Bret y personas como él le consideraban elocuente ejemplo de que una formación a la sombra de la Ivy League no era garantía de triunfo en lo que el propio Bret denominaba «el mundo real».

—No, Sylvy, nunca lo he oído —contestó Bret—. Para estos ingleses, internacionalmente famoso significa conocido en Inglaterra, Escocia, Irlanda y Gales. ¿Cuántos libros escribió?

—Puede que media docena —dijo Bernstein con escueta sonrisa.

—Consíguemelos.

—¿Las obras del padre? ¿Para qué? ¿Vas a leerlos?

—Por supuesto —replicó Bret, tajante, para que le resultara obvio a Bernstein.

—Con tal que no me pidas que los lea yo... —añadió éste.

—No, Sylvy, no estás obligado —dijo Bret.

—No te habrá dado de pronto nada contra el tabaco, ¿verdad?

Viendo que Bret negaba con la cabeza, Bernstein sacó un paquete de Lucky Strike, del que sacó un cigarrillo y lo sacudió.

—¿Podrías empezar a confeccionarme un expediente? —inquirió Bret.

Bernstein abrió un encendedor Zippo muy gastado en el que había grabado «Rung Sat Special Zone», y que era recuerdo de un mal viaje por un manglar al sudeste de Saigón durante la guerra de Vietnam. Lo conservaba para no olvidar y que los demás recordaran que no hacía tanto que había llevado otro tipo de vida.

—¿Qué tipo de expediente? —inquirió después de entretenerse en encender el pitillo.

—Un expediente secreto, con reuniones, informes, pagos, etcétera. Un archivo de datos relativos a uno de los nuestros.

—Nosotros no trabajamos así. Nadie lo hace. La información sobre un agente no se recopila en un mismo expediente. Los de Coordinación reparten los datos, cerciorándose de que no figuran nombres ni ninguna indicación sobre la fuente informativa.

—No te he preguntado cómo trabajamos —replicó Bret.

Bernstein expulsó humo sin dejar de mirarle, al tiempo que Bret le sostenía la mirada.

—¡Ah! Ya entiendo lo que quieres. Un falso expediente. —Bret asintió con la cabeza—. Un expediente que demuestre que alguien era de los nuestros, cuando en realidad nunca lo ha sido.

—No entres tan a fondo en el concepto del existencialismo —dijo Bret.

—¿Un expediente con nombres reales?

—Unos pocos.

—¿Quieres implicar a Martin Pryce-Hughes y hacer creer a alguien que es informador nuestro?

—Exactamente.

Sylvy expulsó más humo.

—Claro. Puede hacerse. Todo es posible. ¿A qué fecha quieres remontarte?

—¿Diez años...?

—Eso nos pondría en la época de las máquinas de escribir.

—Puede.

—No estarás pensando en algo que puedan llevarse a Moscú para mirarlo con microscopio...

—No. Un documentación para enseñársela a alguien por encima.

—Porque las buenas falsificaciones son caras. Necesitaríamos papel auténtico con membrete y nombre de departamentos de verdad.

—No quiero tanto.

—¿Y se me devuelve?

—¿Para qué?

—Para pasarlo por la guillotina.

—Sí, por supuesto —contestó Bret.

—Entonces, ¿qué te parece si montamos algo entre los dos? Algo así como unas fotocopias con una serie de documentos tal como estarían compilados en nuestros archivos; así podemos mirarlo y comentarlo. Y cuando esté como tú quieres, buscaré un buen falsificador.

—Estupendo —contestó Bret, molesto porque Bernstein utilizase la palabra falsificación—. Dale un tono muy circunstancial. No necesitamos la prueba A de Perry Mason.

—Una implicación sutil y discreta. Muy bien, ¿por qué no? Pero necesito más datos.

—Y luego se lo enseñas a ese tipo y le presionas.

—¿Cómo?

—Presionándole. Le dices que eres periodista, de la CIA... Lo que sea con tal de asustarle.

—¿Para qué?

—Quiero ver cómo reacciona.

—No sé qué pretendes. Se dará cuenta de que es una falsificación.

—Tú hazlo.

Bernstein se lo quedó mirando. Conocía a Bret porque conocía a otros como él, y sabía que no había ningún motivo operacional para asustar a aquel hombre. Era pura venganza.

—Resultaría más barato darle una paliza —dijo.

Bret le dirigió un gesto airado. Sabía exactamente lo que Bernstein pensaba.

—Tú hazlo, Sylvy. No me busques las vueltas.

—Lo que tú digas, doctor.

Bret sonrió cortésmente.

—¿Algo más de la mujer?

—No. Hace una semana que no ve al novio. A lo mejor han reñido.

—¿Novio? ¿Es eso lo que es? —inquirió Bret con la mayor tranquilidad de que fue capaz.

—Pues claro; no va a ir a ese precioso apartamento de Maide Vale a jugar al ajedrez.

—Él es psiquiatra —adujo Bret.

—Sí, claro.

A Bret aquello le pareció ofensivo. No le gustaban las cuchufletas; se trataba de un trabajo serio.

—Atento, Sylvy, llamada al orden —fue la única reprimenda que osó formular.

Bernstein siguió fumando sin responder. Así que no era simple cuestión de trabajo... Había algo más. ¿Sería aquel Kennedy pariente de Bret Rensselaer o qué?

—Si quisiera que le pasara consulta, ¿por qué no va a verle al hospital?

—Cualquier tipo de tratamiento médico está obligada a comunicarlo, y más una visita al psiquiatra —replicó Bret—. ¿No recuerdas el reglamento?

—¿Quieres decir que aprovecha para ver a un médico a escondidas?

—Se halla sometida a una gran tensión.

Bernstein dio una breve aspiración al cigarrillo.

—Bien, de acuerdo; no voy a hacer más preguntas sobre ella porque me has dicho que es delicado, pero...

—Pero ¿qué?

—Kennedy no es esa clase de médico. No lo es ya. En la clínica trabaja en histeria y alucinación de masas y no atiende a pacientes; él se dedica a analizar cifras, a dar conferencias y a escribir sobre el instinto de la horda y temas similares. La clínica la financia una importante fundación norteamericana y los trabajos que editan sirven de materia de estudio en diversos departamentos de policía.

—Dime, pues, tu teoría —dijo Bret.

—¿Y qué quieres que te diga? Él es un tipo bien parecido al que le gustan los aeroplanos, canadiense, con voz agradable, bien calzado, bien vestido, muy listo y muy simpático. ¿Te haces idea? Y esa Samson... es una mujer muy guapa. —Hizo una pausa. Una conversación con Bret, tan susceptible como estaba, era para andarse con pies de plomo. Aspiró el cigarrillo como tratando de decidir lo que iba a seguir diciendo—: Tal vez sea el hombro que ese encantador canadiense le ofrece lo que ella necesita.

—¿Tiene buen físico?

—Tú has visto las fotos, Bret.

—A mí me pareció un muñeco de plástico ensamblado.

—Le gusta acicalarse, no digo que no, pero hasta las personas a las que les cae mal admiten que es un tipo brillante. Buen piloto, buen médico y quizá también buen amante. Es de esos tipos que siempre sacan mejor nota en los exámenes, adaptable y sofisticado.

—¿Y en el aspecto negativo?

—Imagino que es neurótico, inquieto y desgraciado. Es un individuo incapaz de vivir seguido en un mismo sitio. Pero hay muchas mujeres a quienes les gusta esa clase de hombre. Y mira su marido. Yo le he visto un par de veces y es una especie de diamante en bruto, ¿no?

—Pues tú decías...

—Que me caía bien. Y, sí, hasta cierto punto. Pero es muy estricto; no me gustaría tener que habérmelas con él. —Viniendo de Bernstein era un cumplido—. Es un tío muy hombre; no la clase de marido que cabe esperar en una mujer con collar de perlas como ésa.

Bret guardó silencio un instante antes de objetar:

—A veces las cosas no son...

—Sí, ya sé lo que quieres decir, Bret. Pero yo llevo haciendo este trabajo mucho tiempo, y dos personas como ellos... Ella acude a su piso sola, nunca con el marido... Y él nunca va a casa de ella. Y basta con verlos juntos para darse cuenta de que él está loco por ella —dijo Bernstein, echando la ceniza en un cenicero antiguo de cerámica, en cuyo borde se leía a duras penas:

«Largo reinado. Coronación, 1937». Formaba parte de la colección de porcelana conmemorativa de su esposa, y lo desplazó para que no corriese peligro de romperse, mientras aguardaba la reacción de Rensselaer.

—Es improbable —dijo éste.

—Tú dices que es improbable. ¡Okay! Tú eres el jefe. Pero haz mi trabajo unos días y quizá empieces a pensar que no se puede aplicar la palabra «improbable», porque cuando las chicas van con los chicos nada es improbable.

Bret sonrió, pero con la muerte en el alma. Amaba y adoraba fútilmente a Fiona Samson y no quería admitir que tuviese una aventura.

—De acuerdo, Sylvy; tú sueles tener razón.

—Siempre se empieza por algo. Quizá sólo se dediquen a tomar el té, ver fotos de aeroplanos y a hablar del sentido de la vida. Pero de verdad que yo no lo creo, Bret.

Bret Rensselaer se puso en pie enfurecido. Lanzó una mirada hosca en derredor como si escapar de aquel cuarto fuese a procurarle la huida de aquella realidad que se negaba a admitir. Se negaba a desterrar de su imaginación la maravillosa relación que él estaba convencido se había establecido entre Fiona y él en aquellos meses que llevaba preparándola para lo que, sin lugar a dudas, iba a ser la hazaña del siglo de los servicios de inteligencia. Fiona era la alumna perfecta. Quizá «alumna» no fuese la palabra adecuada, y, desde luego, no sería la que él utilizara para definir la relación. «Protegida», quizá; aunque tampoco era el vocablo apropiado. La verdad es que su relación era más bien la que mantiene un campeón con su entrenador, patrocinador o promotor.

Ella necesitaba ahora su apoyo. La tensión comenzaba a hacer mella en ella; pero era de esperar. A él le gustaba ayudarla y, desde luego, que no iba a negar que existía cierto morbo en el modo que tenían de verse a escondidas para que el marido no sospechase, porque Bret comenzaba a aceptar la idea del DG de que supondría una ventaja el impacto psicológico que la deserción de su esposa causaría en Bernard Samson.

—¿Cómo será capaz?

Sólo cuando advirtió la mirada de Bernstein se dio cuenta de que lo había dicho en voz alta. Giró sobre sus talones y se acercó a la mesa del comedor para apoyarse en ella; tenía que pensar.

Estaban los dos tan unidos últimamente, que él había empezado a alimentar la ilusión de que le iba gustando. En todas sus entrevistas, él disponía flores y ella lo notaba. Las escasas pero encantadoras sonrisas de

ella, aquel curioso dulce gesto al servir muy despacio las bebidas y aquellos regalitos absurdos que a veces le traía, como el sacacorchos automático en sustitución del viejo que se le había roto... Y, además, la tarjeta de felicitación en el día de su cumpleaños, en un gran sobre verde con la dedicatoria de «Con todo cariño, Fiona». Fallo de seguridad le había dicho él en la reunión siguiente, pero la había conservado junto al reloj de la mesilla y era lo primero que veía al despertarse por la mañana. Cerró los ojos.

Bernstein le miraba luchar consigo mismo, paseando de arriba abajo, pero no decía nada. No le sorprendía; a él no le sorprendían las cosas por las que no le pagaban para que se sorprendiera. A lo largo de los años había descubierto lo impenetrables que pueden ser los hombres y las mujeres, y las idas y venidas de Bret Rensselaer, secundadas con irrefrenables murmuraciones, ni le alarmaban ni le sorprendían.

Bret se dio un puñetazo en la palma de la mano. Era inconcebible que Fiona tuviese una aventura con aquel Kennedy. Tenía que haber una explicación. Bret había dado por sentado el hecho de que cuando Fiona Samson se despedía de él se marchaba a casa con su marido y sus hijos. Era lo lógico y normal. A Bret le caía bien Bernard. Pero ¿quién demonios era aquel Kennedy? ¿Le sonreiría y le gastaría bromas ella? Y lo que era aún más horrible de imaginar: ¿se acostaría con él?

Llegado a ese punto, Bret Rensselaer se apoyó con tal ímpetu en la repisa de la chimenea, que la parrilla lanzó una vibración parecida a un diapasón y un baldosín del hogar casi se rompe.

—¡Cálmate, Bret! —exclamó Bernstein en un tono que por primera vez denotaba su alarma, al tiempo que sujetaba inconscientemente los dos platos de las bodas de diamante de la reina Victoria, orgullo de su esposa.

La enérgica gesticulación relajó en alguna medida la indignación de Bret, que reemprendió sus paseos con movimientos más pausados, fingiendo mirar los libros y, luego, por la ventana hacia donde tenía aparcado el coche. Pocas veces le faltaban a Bret las palabras, pero se notaba que era incapaz de controlar el orden de sus pensamientos. «¡Dios!», exclamó para sus adentros, decidido a destinar inmediatamente a Fiona Samson a Berlín; quizá aquel mismo fin de semana.

Cuando volvió a sentarse, ambos permanecieron callados un rato, oyendo cómo los empleados municipales recogían la basura dando golpes a los cubos entre gritos, mientras el camión emitía una especie de pitido cada vez que se detenía.

—Dame un cigarrillo, Sylvy.

Bernstein le ofreció el paquete y abrió el Zippo, advirtiéndole que a Bret le temblaban las manos. El cigarrillo pareció calmarle.

—¿Qué te parecería un empleo normal? —dijo.

—¿Con tu gente?

—Podría arreglártelo.

—¿Acaso te estás cansando de pagarlo de tu bolsillo?

—¿Es eso lo que hago? —replicó Bret sin alterarse.

—No me pides recibos nunca.

—Bien, ¿qué me dices?

—Yo no me adaptaría a una estructura inglesa.

—Claro que sí.

—Bret, la verdad es que no confiaría en la protección por parte de los ingleses.

—¿Qué protección?

—Si me encontrara en apuros. Yo soy yanqui y, si me viera en un brete, me dejarían en la estacada —contestó aplastando enérgicamente el cigarrillo.

—¿Por qué dices eso? —inquirió Bret.

—Sé que es mear fuera del tiesto, Bret, pero creo que estás loco al confiar en ellos. Si tienen que elegir entre tú y uno de los suyos, ¿qué te crees que harían?

—Bueno, si cambias de idea, dímelo, Sylvy.

—No cambiaré, Bret.

—No sabía que los ingleses te caían tan mal, Sylvy. ¿Por qué vives en Inglaterra?

—No me caen mal; lo que he dicho es que no les tengo confianza. Londres es un lugar estupendo para vivir, pero no me gusta su actitud egoísta y su absoluta desconsideración por los sentimientos y las propiedades de los demás. ¿Sabes una cosa, Bret? No existe un inglés que en un momento u otro no se haya jactado de haber robado algo: en el colegio, en el ejército, en la universidad o durante una borrachera. Todos ellos, en determinada circunstancia, roban cosas y te lo cuentan como si fuese una hazaña memorable.

Bret se puso en pie, pensando en lo mojigato que podía ser Bernstein a veces.

—Te dejo este material. Lo he leído y no quiero tenerlo en el despacho.

—Lo que tú digas, Bret.

Bret sacó la cartera y contó veinte billetes de cincuenta libras. Bernstein anotó «mil libras esterlinas» en un trozo de papel, sin añadir fecha ni firma ni

la palabra «recibido». Así trabajaban.

Bret advirtió un corte reciente en el cuero de la puntera del zapato y se lo tocó como para curárselo. Lanzó un suspiro, se levantó, se puso abrigo y sombrero y comenzó a pensar de nuevo en Fiona Samson. Tendría que aclararlo con ella; no había otra alternativa. Pero no lo haría aquel día, ni al siguiente. Mejor sería enviarla a Berlín.

—Ese Pryce-Hughes —dijo con toda naturalidad, cuando ya estaba en la puerta—. ¿Tú qué crees, Sylvy?

Bernstein no sabía muy bien qué respuesta esperaba Bret.

—Es muy viejo —contestó finalmente.

Bret asintió con la cabeza.

8

BERLÍN OESTE. Setiembre de 1978

La tarde amarilleaba como un periódico viejo, y en el aire pesado flotaba el olor penetrante de los tilos. Las calles de Berlín estaban llenas de brigadas de turistas provistos de planos, cámaras y gruesas mochilas, ya menos apresurados ante la proximidad del final de la jornada. El verano caminaba hacia el otoño y aún había habitantes de Occidente, entre ellos algunos afectuosos padres norteamericanos que aprovechaban las vacaciones para ver a sus hijos desertores del servicio militar.

Había concluido su jornada de trabajo. Fiona suspiró con alivio al llegar a su nuevo «hogar». En la consola del recibidor había un ramo de flores, aún envueltas en papel de celofán. Era muy de Bernard no molestarse en ponerlas en un florero, pero no las tocó. Se quitó el abrigo y el sombrero, vio si había correo en el cajetín detrás del buzón o en la consola y se miró un buen rato en el espejo para comprobar si iba bien maquillada. Había envejecido y ni pintándose podía ocultar las ojeras y las arrugas de la comisura de la boca. Se pasó la mano por el pelo, aplastado por el ajustado sombrero, aspiró hondo y esgrimió una animada sonrisa antes de entrar en el salón del piso alquilado.

Bernard ya estaba en casa. Se había quitado la chaqueta, aflojándose la corbata, y, con la camisa arrugada y los tirantes rojos a la vista, se hallaba tumbado en el sofá con una copa en la mano.

—¡Cariño, qué desaliñado estás! Un poco pronto para beber, ¿no? —dijo en voz alta y tono animoso, sin darse cuenta de que frente a Bernard estaba su padre, con otra copa.

Pese a su tono despreocupado, el señor Brian Samson, que oficialmente seguía siendo su superior, frunció el ceño. Se le acercó y le dio un beso en la mejilla.

—Hola, Fiona —dijo—. Estaba poniendo a Bernard al corriente.

Aquel beso en la mejilla confirmaba, desde luego, la actitud de su suegro respecto a las mujeres de la clase alta que entran en casa reprendiendo al

marido por ponerse cómodo en su propio hogar.

—¿Al corriente? —replicó ella, llegando a una estantería encima del televisor, en la que de común acuerdo, dejaban el correo hasta que los dos lo habían leído. No había más que la factura de una bodega y una elaborada invitación impresa para la fiesta de cumpleaños de su hermana. Fiona ya las había visto, pero volvió a examinarlas antes de darse la vuelta y sonreír—. Bueno, voy a hacer té —añadió al ver que ninguno de los dos le ofrecía una copa—. ¿Queréis té? —Advirtió que habían derramado algo de líquido y cogió una servilleta de papel para limpiarlo y dar una pasada también a la bandeja de las bebidas—. ¿Al corriente de qué, Brian?

Fue Bernard quien contestó:

—De ese pánico a la Baader-Meinhof, como ahora lo llaman.

—¡Ah, eso! ¡Qué aburrimiento! Suerte has tenido en librarte, cariño.

—¿Aburrimiento? —replicó su suegro, alzando levemente la voz.

—Mucho ruido y pocas nueces —añadió Fiona.

—No sé —prosiguió su suegro—. Si los de la Baader-Meinhof hubiesen secuestrado un avión para dirigirse a Praga...

Dejó la frase amenazadoramente en el aire.

—Eso habría sido imposible, suegro —dijo Fiona, animada—. La transmisión de respuesta de Bonn decía que Andreas Baader se suicidó hace un año en la cárcel de máxima seguridad de Stammheim y que el resto de la banda está en otras cárceles de la Bundesrepublik.

—Ya lo sé —replicó el viejo Samson con exagerada vocalización—, pero hay terroristas de todo tipo, tamaños y colores; y no todos están entre rejas. Ha sido una situación de peligro. ¡Por Dios, Fiona! ¿Has estado últimamente en Bonn? Han puesto alambradas de espino y vigilantes armados en todos los edificios oficiales y por las calles patrullan con vehículos blindados. Aburrido no es en cualquier caso, Fiona.

—Entonces, ¿no queréis té? —replicó Fiona sin hacer concesiones a su suegro.

—El mundo se está volviendo loco —siguió diciendo Samson padre—. Un pobre hombre ha muerto asesinado por una banda que entró en su casa capitaneada por su propio ahijado a llevarle rosas rojas. Todos los políticos e industriales del país están en vilo día y noche.

—Y quejándose de no poder ir a ver a sus queridas, o al menos eso dice el informe confidencial —replicó Fiona—. ¿Lo has leído?

—Lo que no comprendo —añadió su suegro, haciendo caso omiso de la pregunta y como imputando personalmente a Fiona de todo acto delictivo

atribuible a las jóvenes generaciones— son esas manifestaciones en favor de los terroristas; bombas en los concesionarios de coches alemanes en Turín, Leghorn y Bolonia, manifestaciones callejeras en Londres, Viena y Atenas en favor del terrorismo. ¿Acaso están locos?

Fiona se encogió de hombros y asió la bandeja.

Bernard se mantenía a la expectativa sin decir nada. En 1977 se había registrado a nivel mundial un aumento del terrorismo por mano del fanatismo religioso y de diversos locos y perturbados, y por doquier se detectaba perplejidad. Las generaciones mayores echaban la culpa de todo a sus hijos, y los jóvenes consideraban que aquella violencia absurda era una herencia de sus mayores. La esposa de Bernard y su suegro constituían exacto paradigma de la situación: cualquier diálogo entre ellos degeneraba casi con toda seguridad en una diatriba en la que ambos asumían tal papel estereotipado. El padre de Bernard pensaba que Fiona se daba demasiadas ínfulas y humos: era demasiado rica, demasiado culta y endemoniadamente terca, según le había manifestado personalmente a su hijo tras una discusión con ella.

Camino de la cocina, Fiona lanzó otra provocación:

—En cualquier caso, no hay motivos para ese pánico, suegro.

A Bernard le habría gustado que no dijera aquello de «suegro» con semejante ligereza. A su padre le irritaba; pero, claro, Fiona lo sabía de sobra. Trató de mediar:

—Dice papá que ha sido por el aviso de los rusos a los checos para que mantuvieran abierto el aeropuerto toda la noche. Sumamos dos y dos y nos da cinco.

A Fiona aquello le hizo gracia.

—En el bloque Este hay cientos de aeropuertos militares en esta época del año abiertos las veinticuatro horas, cariño. Son las fechas en que llevan a cabo las maniobras conjuntas. ¿O acaso ese secreto militar no se ha filtrado a Central Londres?

No se la veía, pero la oían echar el agua en la tetera y poner cucharillas y tazas en la bandeja. Ninguno de los dos dijo nada. La animada charla que habían mantenido antes de su llegada se había ido al agua. Brian miró a su hijo y sonrió y éste le devolvió la sonrisa.

Regresó Fiona y puso la bandeja en la mesita en que Bernard había tenido apoyados los pies. Luego se arrodilló en la alfombra a servir el té.

—¿Seguro que no queréis?... —dijo.

Había traído tazas y platillos para tres y el azucarero, porque su suegro tomaba el té con azúcar.

—No, gracias, cariño —dijo Bernard.

Ella le miró. Le quería mucho. Aquel inesperado destino a Berlín no había sido muy agradable para ninguno de los dos, pero a ella le había dado pie para romper la relación con Kennedy. Aquellos roces con Samson padre eran molestos, pero el hombre era mayor, y, en el fondo, se daba cuenta de que cuanto más detestaba al padre más apreciaba al hijo. Él era el moderador, pero nunca mostraba debilidad por ella ni por su padre; Bernard era un hombre estupendo, pensó. Tenía ahora ocasión de ver las cosas en su justa perspectiva y estaba convencida de que era el hombre de su vida. Atrás quedaba la peligrosa relación con Harry Kennedy; aún no acababa de entender cómo se había producido aquella alocada aventura; únicamente había descubierto una alarmante flaqueza sexual hasta aquel momento ignorada.

De todos modos, sí que le extrañaba no haber recibido la postal de todas las semanas: una tarjeta anuncio de colores de un «salón de belleza y peluquería» de Sloane Street. Él decía que era el negocio de un amigo; sería seguramente una amiga.

—¿No ha habido correo? —inquirió mientras se servía la cantidad de leche que le gustaba, removiéndola para ver el color.

—Sólo el anuncio de la peluquería —contestó Bernard.

—¿Dónde lo has puesto?

—Creí que no lo querías.

—Es que con esa tarjeta me hacen descuento —replicó ella.

—Perdona. Lo eché a la papelera.

Ahora lo veía. Desde donde estaba arrodillada habría podido alcanzarlo. Sí, en la papelera estaba; con una botella vacía de tónica Schweppes y un paquete arrugado de cigarrillos Players, que sería de Brian. La tarjeta estaba rota en trocitos, como si Bernard hubiese intuido el peligro. Fiona decidió no tocarla, pese a que su primer impulso había sido recogerla y juntar los trozos.

—De todos modos —añadió él—, pasarás una buena temporada sin ir a Londres, ¿no?

—Sí, claro —respondió ella, sentándose en los talones y tomando tranquilamente el té—, no lo había pensado.

—Le he dicho a papá que sales esta noche. Él quiere que le acompañe a una fiestecita de despedida en el club y a cenar después. ¿Te parece bien?

Era para echarse a reír. Después de todo, el trabajo que se había tomado para arreglar la cita secreta con Bret aquella noche, ahora a su marido le tenía sin cuidado a dónde iba. De todos modos, se lo dijo:

—Tengo que asistir a una reunión de instrucciones. Llega alguien de Londres.

Bernard apenas la escuchaba.

—Si viene Frank —dijo a su padre—, le llevaré unos libros que me prestó.

—Sí que vendrá —contestó Samson padre—. A Frank le encantan las fiestas.

—¡Lástima que no estés libre, cariño! —dijo Bernard.

—Esas fiestas de despedida suelen ser más divertidas si no van las mujeres —replicó Fiona, que lo sabía por experiencia.

—¿Otra copa, papá? —inquirió Bernard poniéndose en pie.

Samson padre meneó la cabeza.

—¿Dónde vais a cenar? —inquirió ella.

—En el hotel de tía Lisl —respondió Bernard muy complacido por la idea—. Nos va a hacer un guiso especial de venado.

Tía Lisl era dueña de un hotel que antes de la guerra había sido su propia casa, en la que habían vivido Brian Samson y su familia al término del conflicto, por lo que para Bernard era una especie de segundo hogar, y la tía Lisl, una segunda madre. La complacencia que él mostraba por la vieja mansión, a Fiona le causaba a veces complejo de inferioridad. Ahora lo notaba.

Bernard se acercó a ella y le dio un beso en el pelo.

—¡Adiós, amor! Seguramente vendré tarde. No me vaya a olvidar de las flores para Lisl. Le encantan —comentó mientras se disponía a salir con su padre.

En cuanto oyó cerrarse la puerta tras los dos, Fiona cerró los ojos y apoyó la cabeza en el sillón. Claro que las flores no eran para ella. ¿Cómo se le habría ocurrido pensar eso? No, eran para aquella horrenda vieja, de quien Bernard no permitía se hiciera el menor comentario en contra.

Bernard podía, realmente, ser el arquetipo del macho egoísta: ella como si no existiese; le encantaba pasar una velada con su padre y sus amigos, bebiendo y contando historias. Aventuras y hazañas de agentes secretos exageradas por el paso del tiempo y toda una serie de veladas dándole al alcohol.

Harto significativo en sus relaciones era el hecho de que él se sintiera incómodo llevándola a aquel tipo de reuniones. Bernard la respetaba, pero, si realmente la hubiese amado, le habría gustado tenerla a su lado en cualquier circunstancia. En el fondo de su ser, Fiona ansiaba ver llegar el día en que él

se viese obligado a reconocerla tal como era: una persona capaz de desempeñar el trabajo de agente secreto tan bien como él. Quizá entonces la tratase, como a ella le gustaba, como a una igual. Y si mientras eso llegaba, ella había aprovechado aquella especie de clandestinidad para concederse algo de placer, ¿era acaso reprochable? No había hecho mal a nadie.

Contempló el desorden que había quedado en el salón. ¿Era acaso sorprendente que hubiese hallado tal felicidad en la breve y alocada historia de amor con Harry Kennedy? Aquel hombre le había procurado un desahogo vital en un momento en que se hallaba al borde de la desesperación. En el tiempo en que había estado con Harry Kennedy había dejado los somníferos y se había sentido otra persona. Él la trataba con respeto y consideración, sin por ello renunciar a sus simpáticas iniciativas ni recatarse en decirle cuánto la adoraba. Fiona era para él un ser humano complejo y maravilloso cuyas opiniones tenía en cuenta, y ella le contaba sus sentimientos privados como nunca había hecho con Bernard. Enfrentada a la realidad, tenía que admitir que amaba a Bernard y se adaptaba a él, mientras que, en el caso de Harry, era él quien la amaba con locura, haciéndola sentirse muy femenina de un modo desconocido hasta entonces.

Lo veía claro ahora que había acabado. Sí, podía mirar hacia atrás con serenidad y ver en su justa perspectiva aquella aventura con Harry. Había sido un capricho fuera de lo normal, un relax en momentos de tensión, una especie de tratamiento.

Miró la hora. Tenía que darse un baño y cambiarse. ¡Gracias a Dios que se había traído buena ropa! Para la entrevista de aquella noche quería tener un aspecto inmejorable y la cabeza bien clara.

La cita era en Kessler's, un restaurante familiar de Gatower Strasse, en Berlín-Spandau; un local que ocupaba una casa entera con mesas en todos los pisos. En la planta baja era el viejo Klaus Kessler quien se encargaba directamente de los camareros y allí se estaba con su delantal largo, entre paredes pintadas de verde oscuro, manteles de cuadros rojos y cartas escritas en unas pizarritas. Kessler califica a su restaurante de «típica taberna parisina», cuando, en realidad, decoración y carta poco habían cambiado respecto al modesto restaurante berlinés en el que la familia venía sirviendo buenas comidas caseras desde tiempos del abuelo.

Subiendo la estrecha y crujiente escalera, había un segundo comedor y encima de éste tres cuartos con mobiliario más selecto, mejor cubertería y manteles, y cartas sin precio escritas a mano. Eran los reservados a clientes

menos gregarios y más discretos. En uno de ellos cenaba Fiona con Bret Rensselaer.

—¿Ha podido escabullirse sin tropiezos? —inquirió cortésmente Bret, al tiempo que ella le ofrecía la mejilla para que le diera un discreto beso.

Había champán en un cubo de hielo, y Bret ya se había servido.

El camarero recogió su abrigo, le sirvió una copa de champán y le tendió la carta.

—Ningún problema —contestó Fiona—. Bernard se fue con su padre a una fiesta.

—Me han dicho que el venado está muy bien —dijo Bret mirando la carta.

—A mí no me gusta —contestó Fiona en tono más tajante del que pretendía y dio un sorbo de champán—. Verdaderamente, no tengo mucho apetito.

—Dice Kessler que va a hacernos un suflé de queso.

—Estupendo.

—¿Y jamón de Westfalia, para empezar?

Anticipándose a que ella lo aprobara, Bret dejó la carta y limpió sus estilizadas gafas de leer. Por un prurito de vanidad, detestaba ponérselas, pero no habían dado buen resultado sus intentos de usar lentes de contacto.

—Perfecto.

No eran ninguno de los dos tan gastrónomos como para leerse la carta de cabo a rabo. Lo cual era una bendición, pensó Fiona, pues Bernard era incapaz de sentarse en un restaurante sin someter a un auténtico examen al camarero a propósito de los detalles más nimios sobre cómo se guisaban los platos. Y lo que era peor, siempre trataba de convencerla para que probase rarezas tales como anguila ahumada o —¿cuál era ese otro plato que tanto le gustaba a él?— Mariniertes Hering.

—¿Qué tal lo pasa en Berlín? —inquirió Bret.

—Es muy distinto estando con Bernard.

—Claro. ¿Su madre ha ido a Inglaterra a ocuparse de los niños?

—Ha sido muy amable por su parte, pero yo los echo mucho de menos —respondió ella. Les trajeron un plato de jamón guarnecido con tomate y pepinillos, dando pie a una especie de ceremonia en la que el camarero les ofreció una serie de variados panecillos y tres clases distintas de mostaza—. Imagino que en el fondo soy una mujer de mi casa —añadió cuando se hubo retirado el camarero. Untó el pan moreno con mantequilla y aguardó la reacción de Bret. Hacía una semana exacta que había adoptado la decisión de

que se sentía incapaz de llevar a cabo aquel absurdo plan de pasarse al KGB a la manera de una súper-espía.

Todo aquello había complicado excesivamente su vida. Las anteriores reuniones a escondidas con Martin Euan Pryce-Hughes no habían sido tan agobiantes; ella era un topo y se veían poco, y la misión había despertado en ella aquel enaltecido sentimiento de servir a su país y al departamento sin entregarse de lleno. Pero luego había llegado la noticia bomba de Bret Rensselaer diciendo que el primer ministro había encomendado al director general una misión a largo plazo destinada a situar un agente en las altas esferas del servicio de inteligencia enemigo. Naturalmente que no había desechado totalmente la idea de que Bret hubiese exagerado las circunstancias en que se había producido, y más ahora que vislumbraba el prestigio —y la satisfacción— que aquella misión iba a procurarle a él.

Sí, para las reuniones secretas con Martin y Bret había podido arreglárselas, sobre todo al principio, en que tan comprensivo y considerado se había mostrado Bret respecto a la tensión que ello representaba, pero aquel flechazo del encuentro casual con Harry Kennedy había sido la gota que colmaba el vaso. Si las reuniones con Martin y Bret podían limitarse a un mínimo y anularlas sin previo aviso ni explicación alguna, los encuentros con Harry eran otra cosa, porque a veces sus deseos de verle eran tan incontenibles, y los días en que se veían estaba tan embelesada por la perspectiva, que era incapaz de pensar en otra cosa. Era asombroso que ni Bernard, ni Bret, ni su hermana Tessa se hubiesen dado cuenta del vendaval que la sacudía. Aquello tenía que acabar. Punto final a Martin, Bret y Harry. Incluso estaba pensando en dejar el departamento. Sí, eso haría si Bret oponía alguna resistencia a liberarla del compromiso. Su padre le había dejado dinero de sobra para poder mandarlos al cuerno. Bret protestaría, gemiría y hasta levantaría la voz; pero ella sólo tenía una vida y era muy dueña de hacer con ella lo que le apeteciese.

Una mujer, cumplidos los treinta, empieza a plantearse ciertas cuestiones cruciales. ¿Qué más importante en su vida que dedicarse a su marido y a sus hijos? ¿Cómo iba a poder aguantar aquella larga separación? Que envasen a otro agente al Este. Habría docenas deseosos de ganar fama con semejante misión. Ella no.

Comió un poco de jamón y un trozo de panecillo caliente, y, como Bret no le había contestado, volvió a decir:

—Supongo que, en el fondo, soy una mujer de mi casa.

Si Bret imaginaba lo que ella pensaba decirle, no dio muestras inmediatas de ello.

—Vamos a cambiar el nombre de mi departamento. En vez de Negociado de Economía Europea será Sección de Inteligencia Económica, y me nombran jefe de departamento. ¿Verdad que es fantástico?

No era ninguna sorpresa para ellos dos. Cuando Bret le había expuesto el plan Plomo para hundir a la República Democrática de Alemania, infiltrándose en las respetables clases medias, ella sabía que era una táctica acertada; cualquiera que hubiese leído un libro de historia podía comprobar que Hitler hacía accedido al poder atrayéndose a la clase media, en contraste con los comunistas que la despreciaban.

—Entonces, ¿hay que dar la enhorabuena? —inquirió ella.

—Por supuesto —contestó él, alzando la copa para brindar.

Ella sonrió. Bret se sentía realmente ufano por su ascenso. Nunca acabaría de entenderle; se preguntaba si habría alguien capaz de entenderle. Era tan perfecto y al mismo tiempo tan artificial como su impecable bronceado. La chaqueta azul de cachemir y el pantalón gris seguramente los había elegido para demostrarle lo poco formalista que era, pero con aquella corbata de seda y la camisa almidonada con puños lo bastante visibles para lucir los gemelos de ónice parecía un anuncio de revista de moda. Era muy inteligente, encantador, y, sin ser ya joven, seguía siendo guapo. Aunque, a pesar de todo, carecía de atractivo sexual.

—¿Ha visto a Frank? —inquirió ella.

—¿Por lo de la ola de pánico? Sí, he pasado la tarde con él.

—¿Acaso van a producirse atentados en cadena?

—Puede, pero no lo creo. En realidad, para nosotros, constituye una oportunidad única.

—¿Para echar a Frank?

Era una pregunta insidiosa y provocativa, que Fiona sabía que él no iba a contestar.

—¿Estaba presente cuando llegó la interceptación? —inquirió Bret, impasible—. Cuénteme.

—Fue de madrugada... Puedo mirar el registro si quiere la hora exacta. La trajo el oficial de guardia en Desciframiento; la descifraron enseguida. La emisora del ejército ruso en Karlshorst difundió una orden con autorización del puesto de mando del general jefe para que un aeropuerto militar del sudoeste de Checoslovaquia permaneciera abierto las veinticuatro horas.

—¿Lo vio Frank?

—Se lo pasaron. Él, en principio, lo miró sin prestar mucho interés y siguió con su trabajo.

—¿Quién estaba a cargo de la seguridad en la sala de comunicaciones?

—Todo eso se lo habrá explicado Frank.

—¿Quién estaba?

—Werner Volkmann.

—¿El alemán amigo de infancia de Bernard?

—Sí, ése.

—Bien. Nos vendrá perfecto.

—¿El qué?

—Me hará una copia de esa interceptación y se la daremos a Pryce-Hughes.

—¿A Martin?

—Eso he dicho. He redactado por escrito lo que tiene que decir y a ello se ceñirá.

—¿Sabe lo que sucederá? —dijo ella, dando un sorbo de champán.

—Dígame qué sucederá, Fiona.

—Que Moscú se lo comunicará inmediatamente a Karlshorst, porque son muy meticulosos con las transmisiones militares. Por mucho que haga hincapié en que es secreto, enviarán aviso de interceptación de comunicaciones al puesto de mando del general en jefe y lo cambiarán todo.

—Sí, cambiarán el código y el cifrado, pero nos apañaremos —replicó Bret.

—Yo no soy especialista en comunicaciones —añadió Fiona—, pero aseguraría que cambian los códigos y el cifrado tres o cuatro veces por semana, aunque, ante una filtración como ésta, lo más probable es que cambien todo el sistema.

—Seguro que el que dio la autorización es porque sabe lo que se hace —replicó Bret, sin preocuparse más que de sus propios planes.

—¿Qué se propone?

—Convertirla en una estrella —contestó Bret—. Voy a hacer que los soviéticos le atribuyan un aura y empiecen a pensar en usted como alguien importante.

—No me gusta, Bret.

Esperaba que él le preguntase por qué, pero Bret se limitó a despejar sus reservas con un ademán.

—Para eso tengo que obtener permiso del director general, Fiona. Será una buena concesión y demostrará que el viejo está convencido.

—¿Y no organizará un pitote la OTAN? Porque Moscú lo cambiará todo de cabo a rabo...

—No tenemos por qué confiar nuestros secretos a la OTAN —replicó Bret—. Ya sabe lo que hemos decidido.

—Sí, claro.

Estaba a punto de decirle la decisión que había adoptado, cuando se oyeron fuertes pasos en la escalera y apareció el propio Kessler con el suflé. Era espectacular: una enorme cúpula de huevo batido con flecos de queso tostado haciendo dibujo.

Fiona lanzó los ¡ohs! y ¡ahs! apreciativos que el viejo Kessler esperaba y Bret expresó sus mejores cumplidos en balbuciente alemán. Kessler les sirvió el suflé y la ensalada, les ofreció más panecillos y mantequilla y volvió a llenar las copas. Fiona estaba a punto de gritar.

—He estado pensando en toda la operación a fondo y con todo detalle —dijo.

—¿Y ahora quiere dejarlo? —añadió él, mirándola y asintiendo con la cabeza antes de pinchar el suflé de su plato—. Está en su punto; mire: blando en el centro, pero no crudo.

Fiona no sabía qué actitud tomar.

—Sí, eso es, Bret. ¿Cómo lo ha adivinado?

—Yo la conozco bien, Fiona. A veces me da la impresión de que la entiendo mejor incluso que su marido.

Ella dio un sorbo y asintió nerviosa con la cabeza, pero no dijo nada. Ésa era siempre la ventaja de Bret, que la entendía; era la actitud lógica que adoptaba todo oficial de caso con el agente a quien dirigía. Ella le había visto desde el otro lado y conocía el proceso. Necesitaba un trago y vació ansiosamente la copa de champán.

Bret se la cogió para volver a llenársela y sacó la botella del cubo de hielo, sosteniéndola pacientemente para que escurriera el agua. Luego sirvió con cuidado para evitar un excesivo espumeo.

—Lo comprendo —dijo sin levantar la vista de la copa.

—Lo digo en serio, Bret.

—Claro, claro. Experimenta una gran tensión; lo sé. Yo me preocupo por usted. Eso lo sabrá.

—Bret, no puedo hacerlo. Por muchas razones..., si quiere que se lo explique...

Estaba furiosa consigo misma. Antes de acudir a la cena había decidido que no iba a permitir que él la relegase a la posición de suplicante. No tenía

por qué dar excusas. Habían cambiado las circunstancias y no podía continuar.

—No hay nada que explicar, Fiona. Sé por lo que está pasando.

—No voy a cambiar de idea, Bret.

Él alzó la vista hacia ella y asintió con simpatía e indiferencia paternal.

—¡Bret! No voy a cambiar de parecer. No puedo seguir.

—Es la preparación la causa de ese fuerte agobio —dijo él—. El largo plazo preparatorio.

—Bret, no piense que dejando correr el asunto yo lo reconsideraré y, después, volveré a aceptar.

—¡Hum! —musitó él, mirándola y asintiendo con la cabeza—. Quizá lo que a mí también me hace falta es una buena copa de champán —añadió, sirviéndose para ganar tiempo—. Todos los agentes pasan por esa crisis, Fiona. No es que les fallen los nervios, sino que todos se ponen nerviosos en un momento u otro —dijo alargando la mano para tocar la suya. Tenía los dedos fríos por haber sostenido la botella de champán, y ella sintió un estremecimiento—. Resista; ya verá como todo sale bien. Le prometo que todo irá bien.

Gracias a la indignación recuperó la calma que necesitaba para responderle:

—No sea paternalista, Bret. No siento miedo ni estoy al borde de un ataque de nervios; ni sufro ninguna tensión premenstrual ni ningún tipo de debilidad que usted pueda atribuir a las mujeres.

No sabía qué más decir.

—¡Enfádese! Más vale que queme una válvula que no una biela —dijo Bret, sonriendo de aquel modo condescendiente tan personal—. ¡Vamos, diga lo que tenga que decirme!

—Bret, llevo mucho tiempo trabajando en el departamento y sé lo que está en juego. Y el motivo por el que no sigo adelante con el plan —supongo que debería decir su plan— es que ya no me siento dispuesta a sacrificar marido e hijos por hacerme famosa.

—Ni por un solo instante había yo pensado en que se sintiera motivada ante la perspectiva de hacerse famosa, Fiona.

El modo en que Bret mantenía su tono suave y conciliador apaciguó su indignación.

—Es de suponer —contestó ella.

—Yo lo consideraba una cuestión de patriotismo.

—No —replicó ella.

—¿No? ¿Y usted es la misma persona que me dijo:

Sólo hay un deber común a todos:

ofrecer la vida.

¿Quién se alza si cae la Libertad?

¿Quién muere si Inglaterra vive?

Fiona se humedeció los labios. No iba a impedir una cita selecta de Kipling que dijera lo que tenía decidido.

—De eso hace un par de años. Mis hijos son muy pequeños y los quiero; los necesito y me necesitan. Usted me pide demasiado. ¿Cuánto tiempo estaría fuera? ¿Qué sería de ellos? ¿Qué pasará con Bernard? ¿Y mi matrimonio? Que lo haga alguien que no esté casado. Es una locura que vaya yo.

Había hablado con voz queda, pero la expresión de Bret, fingiendo interés y simpatía, provocaba en ella deseos de gritar. «¿Quién se alza si cae la Libertad?». Sí, las palabras de Bret habían hecho mella en su espíritu y la turbaba verse de pronto confrontada con la joven resuelta que había sido hasta hacía poco. ¿Sería el matrimonio y la maternidad lo que la habían convertido en un ser tan deplorablemente lerdo?

—Es una locura, pero eso es precisamente lo que mayor coartada le proporciona. Bernard sufrirá una depresión y los soviéticos le darán a usted su confianza.

—No puedo seguir, Bret. Necesito descansar.

—O puede planteárselo de otra manera —replicó Bret, muy amable—. Un par de años allí puede que sea precisamente la clase de estímulo que le hace falta.

—Lo que menos necesito ahora es estímulo —dijo ella con palmaria franqueza.

—A veces hay relaciones que acaban y no queda más remedio que admitir la realidad.

—¿A qué se refiere?

—Es lo que ha sucedido en el caso de Nikki y yo —replicó él con voz suave y sincera—. Ella dijo que tenía que volver a encontrarse a sí misma. Si lo miramos en retrospectiva, nuestro matrimonio había degenerado en una auténtica falsedad.

—Mi matrimonio no es ninguna falsedad.

—Puede que no, pero a veces la situación requiere un examen detenido para verlo. Es lo que a mí me sucedía.

—Yo amo a Bernard y él me ama. Y tenemos dos hijos encantadores. Formamos una familia feliz.

—Quizá estime que no es asunto mío —replicó Bret—, pero esa repentina inestabilidad, esa bajada de telón despidiendo a la orquesta, so pretexto de que no puede seguir, no la origina su trabajo, sino su vida privada. Por consiguiente, debe hacer examen de su vida privada para hallar la clave.

Las palabras de Bret ejercieron sobre ella un efecto nauseabundo, y cerró los ojos para que no aumentara viendo la comida del plato. Al abrirlos, miró a Bret sin descubrir en su rostro el más leve indicio de lo que estaba pensando. Como no revelaba más que aquel afecto fingido, dijo:

—Mis asuntos privados son cosa mía, Bret.

—No, si se me presenta en semejante estado emocional para decirme que abandona la operación más importante que ha planificado el departamento en toda su historia.

—¿Acaso es usted incapaz de ver las cosas más que desde su exclusivo punto de vista?

Bret se tocó un gemelo como para cerciorarse de que no lo había perdido. Pero Fiona reconoció el gesto y, por la postura de los hombros y la inclinación de cabeza, algo más. Aquello era el preámbulo de algo especial, como lo que insinúan los nerviosos movimientos circulares de pluma antes de la firma de un documento, o las veloces flexiones del atleta que se prepara a batir una marca.

—No está usted en situación de acusar a nadie de egoísmo, Fiona.

Ella se mordió el labio. Era una indirecta, y dejarla sin respuesta sería como admitir culpabilidad. Pero reaccionar sería conjurar la avalancha que la amenazaba en las pesadillas.

—¿Yo, egoísta? —inquirió en el tono más timorato posible, esperando que él se echase a reír.

—Fiona, tiene que cumplir sus compromisos. En esta operación hay muchísimo en juego. Hará usted algo por su país que muy pocos hombres y mujeres tienen ocasión de hacer. Al cabo de un año o dos al otro lado, podrá facilitar a Central Londres algo que en parámetros históricos cabe considerar una victoria militar, una aplastante victoria.

—¿Una aplastante victoria? —repitió ella mecánicamente.

—Ya se lo expliqué: por las consecuencias económicas podremos obligarles a derribar el Muro, Fiona. Una revolución sin sangre. Figurará en

los libros de historia. Como suena: en los libros de texto. Ante una cosa así, nuestros asuntos privados no cuentan para nada.

Él sabía todo lo que ella pretendía ocultar; lo leía en sus ojos.

—Bret, ¿me está chantajeando?

—Esta noche no es usted la misma, Fiona —respondió él, fingiendo apenas preocupación.

—¿Y usted?

—No sé a qué se refiere. ¿En qué podría chantajearla yo?

—No respondo a amenazas, Bret. Nunca lo he hecho.

—¿Quiere decirme con qué se supone que la estoy amenazando? ¿O debo adivinarlo?

Fiona notaba su complacencia: ¡qué sádico era! Le odiaba y, sin embargo, veía por primera vez dentro de él esa tenaz determinación que en otras circunstancias habría despertado el amor en una mujer. También por defenderla sería capaz de luchar con esa obstinación; de eso no cabía duda. Era su naturaleza.

—Contésteme una cosa, Bret. ¿Está haciendo que me sigan?

Él dejó el tenedor, se arrellanó en la silla, cruzó las manos entrelazando los dedos, y se la quedó mirando fijamente.

—Todos estamos sometidos a vigilancia, Fiona. Forma parte del trabajo. Sonreía. Ella cogió la copa y le arrojó el champán a la cara.

—¡Dios! —exclamó él, poniéndose en pie de un salto, sacudiéndose muy agitado y limpiándose cara y camisa con la servilleta—. ¿Se ha vuelto mona?

Ella le miró horrorizada, mientras él cruzaba el comedor para coger más servilletas de una mesa de servicio. Se limpió el traje, secó la silla, se calmó y volvió a sentarse.

Fiona estaba paralizada. Detestaba perder el control de aquella manera y, en vez de mirarle, cogió el tenedor y se dedicó a empujar un trozo de suflé del plato.

—Pero no lo sabrá Bernard... —dijo sin levantar la vista.

Aquel trozo de suflé no se lo terminaba: le repugnaba la idea de comer.

Bret se pasó un dedo por dentro del cuello de la camisa. El champán se le había pegado a la piel.

—Esa vigilancia se efectúa al margen del departamento. Se relajaría la seguridad haciéndola nuestro propio personal.

—Prométame que Bernard no se enterará.

—Puedo prometerle que yo no se lo diré, pero Bernard es muy agudo y no carece de recursos... No necesito decírselo —respondió él mirando su reloj.

Tenía ganas de irse para cambiarse.

—De todos modos, ya se ha acabado.

—Me alegro —dijo él mirándola y, pese a su camisa empapada y el pelo despeinado, dirigiéndole una encantadora sonrisa.

—¿Sabe de lo que hablo? —inquirió ella.

—Claro que no —contestó él sin dejar de sonreír.

—¿Queda claro que se me envía allá durante un año para sacarme después?

—Un año. Sí, ése ha sido el plan desde el principio —contestó él—. ¿Lleva bolso? Le daré los pormenores de la interceptación. Telefonee al número de Pryce-Hughes nada más levantarse. Sólo esta mañana le encontrará en el número que le dio.

A pesar del remojón con champán, no había perdido los nervios.

—Es usted un malnacido sin corazón —dijo ella.

—Este trabajo no es para personas impulsivas —contestó él.

9

LONDRES. ABRIL de 1983

Para Bret Rensselaer, aquella casa en Berlín de años atrás había constituido un hito en los largos preparativos a que había sometido a Fiona Samson para la misión. Mirándolo en retrospectiva, a él le había dado ocasión de aportar el confort y la tranquilidad necesarios a los agentes cuando se ven afectados por indecisiones traumáticas. Había sido, comentó al DG en una de aquellas entrevistas, una fase imprescindible del período de aleccionamiento y preparación previo al desplazamiento de todo agente que va a operar a largo plazo.

—Para ella significó un cambio de papel. Hay quien lo define como «período esquizotímico», por ser aquel en el que hay que imbuir en una personalidad normal el afán de desdoblamiento en dos distintas.

El director general estuvo tentado de recusar la terminología y la base científica de lo que se le antojaba simplificación exagerada y desvirtuada, pero recordó, por suerte, una previa discusión en la que Bret, que había sido psicoanalizado, le abrumó con un aluvión de teoría psicológica con profusión de notas, estadísticas y referencias a «los importantes y fundamentales trabajos de James y Lange», y se contentó con una leve inclinación de cabeza.

Bret le recordó que en aquel caso el agente era una mujer, una mujer de gran inteligencia con hijos pequeños, motivo por el cual el ataque había sido más agudo de lo habitual. Por otra parte, los factores que la hacían proclive a dudas y preocupaciones eran precisamente los elementos que la harían menos sospechosa cuando se pasara a los rusos. Fiona Samson tenía una personalidad equilibrada, y el sutil condicionamiento realizado por Bret reforzaba su conducta, de modo que, cuando se la «situara en el juego», él estaba convencido de que la «transferencia» sería absoluta. A partir de aquella horrible escena en que le había tirado el champán a la cara, su dependencia emocional de Bret —y, en consecuencia, de las decisiones adoptadas por

Central Londres— le conferían la motivación y fuerza mental imprescindibles.

—Usted sabe más que yo de esas cosas —dijo el director general con una afable naturalidad que no reflejaba sus verdaderas apreciaciones—, pero yo tenía entendido que, en un contexto científico, «transferencia» significa a veces un deslizamiento inconsciente hacia el odio, más que afecto y respeto.

—¡Totalmente cierto! —admitió Bret—. Y es un aspecto del proceso que no he perdido de vista —se apresuró a añadir acuciado, y no por primera vez, por la agudeza del viejo.

—Sí, estoy seguro de que lo tendrá todo controlado —añadió el DG mirando el reloj.

—¡Ah, sí, señor director! Pierda cuidado.

Bret Rensselaer no basaba tales conclusiones en sus experiencias personales con agentes en misión, porque él poco contacto había tenido en su carrera con aquellos extraños animales (aunque, por supuesto, las decisiones que adoptaba sobre la marcha influían en el servicio). El director general conocía perfectamente sus antecedentes puramente burocráticos, y si le había elegido a él era fundamentalmente porque, al no tener la menor rémora de Operaciones, nadie podía sospechar que un hombre de despacho como Bret fuera a desempeñar el cometido de oficial de caso y con ello el papel de agente doble de Fiona sería más secreto.

Pero Bret Rensselaer y Fiona Samson no eran los únicos que se debatían ante la problemática del cambio de papel. Pues si Fiona no había actuado nunca de agente doble ni Bret de oficial de caso, también era cierto que el director general tampoco se había enfrentado a la angustiosa experiencia de enviar a territorio enemigo a alguien a quien conociera tan bien como a Fiona Samson. No obstante, ya era demasiado tarde para cambiar de idea, y el director general quiso tranquilizarse con la argumentación optimista de Bret porque no veía qué alternativa aplicar si le vencía la angustia.

Mientras que Bret recordaba aquella cena en Kessler's, tan en el pasado, como una simple quiebra circunstancial de la voluntad de Fiona, ella la tenía grabada en su mente como un programa de microchip y evocaba aquella horrenda velada con todos sus detalles más vergonzantes: la condescendencia con que Bret Rensselaer había respondido a sus deseos de abandonar la operación, la insolencia con que sutilmente la había chantajeado para que continuase, el desdén burlón al arrojarle ella el champán, como si fuese la hija pequeña de un amigo íntimo. Y lo más vergonzoso, sobre todo, el modo en que ella había hecho exactamente lo que él quería. Pues, como suele suceder

con las humillaciones, la suya se medía por comparación con el triunfo del adversario, y al final de la cena el dominio de Bret había sido absoluto.

A partir de aquella horrorosa confrontación, no había vuelto a expresar deseos de abandonar la misión. Después de las primeras angustiosas semanas en que esperaba con toda su alma que Bret Rensselaer abandonase el departamento, le trasladasen o sufriera un accidente mortal, ya no le cupo en la cabeza la idea de la cancelación del compromiso. Era inevitable.

Como la mayoría de las mujeres —y Fiona descollaba entre esas mujeres funcionarias de aduanas o de inmigración, las oficiales de policía y las secretarias de su propia oficina—, ella era más minuciosa y detallista que sus homólogos masculinos. La mejor manera de demostrar su distante desprecio hacia Bret y otros hombres como él era hacer su trabajo con más cuidado y habilidad que él mismo. Se convertiría en la puñetera «superespía» que querían que fuese y les demostraría lo bien que lo hacía.

Los encuentros de Fiona con Martin Euan Pryce-Hughes continuaron como antes, con la excepción de que Bret se cercioró de que las modestas informaciones que le pasaba, y las respuestas a sus solicitudes de información, eran mejores que el Spielmaterial^[1] que le había entregado hasta entonces. Pryce-Hughes estaba contento. En respuesta a una clara insinuación que él mismo le hizo, Fiona pidió más dinero; no mucho, pero lo bastante para revalorizar sus servicios. Moscú respondió de inmediato y con generosidad, cosa que complació a Bret y, naturalmente, a Pryce-Hughes. Sin embargo, conforme pasaban los meses, se cumplía un año y seguía pasando el tiempo, comenzó a nacer en ella la esperanza de que el departamento abandonase aquel plan a largo plazo de situarla en territorio enemigo. Pero Bret prosiguió con sus sesiones de aleccionamiento y los preparativos siguieron adelante; su acceso al servicio de informática quedó específicamente restringido y nunca la autorizaron a manejar documentación importante. No obstante, el DG parecía haberla olvidado completamente, y también Bret Rensselaer. En un par de ocasiones había estado a punto de preguntárselo directamente al propio director general, pero luego desistió. Bernard comentaba que el DG se volvía excéntrico, que daba muestras de incapacidad mental, pero Bernard tenía tendencia a la exageración.

Lo curioso había sido que fue su hermana Tessa quien había propiciado que se revitalizase el asunto.

—¡Fi, querida! Siempre estás a mano cuando te necesito.

—¡Qué buen champán tienes! —comentó Fiona, tratando de mitigar la tensión que advertía en el rostro de su hermana y en su impenitente gesto de

retorcerse las sortijas.

—Es mi dieta: caviar, champán y ostras. Así no engordo.

—No, pero te arruinas —replicó Fiona.

—Eso es más o menos lo que dice papá, que lo desaprueba —añadió ella, cogiendo la copa como para llevar la contraria al padre y mirando las burbujas antes de dar un sorbo.

Tessa siempre había tenido un carácter inclinado a la conflictividad. La relación entre ella y Fiona era ejemplo característico de rivalidad entre hermanas; fenómeno psicológico al que Bret se refería muchas veces durante las sesiones de aleccionamiento. El padre, un hombre simple, tenía su máxima preferida («Lo que quiero son hechos, no pretextos») bordada en un almohadón sobre la silla de visitas del despacho, y era acérrimo partidario de que la mínima permisividad arruinaría la entereza de su hija y la suya propia.

Tessa había descubierto lo fácil y conveniente que resultaba jugar el papel previsto de hija menor y se contentaba con que Fiona cumpliera, y a veces frustrase, las expectativas del padre. Tessa era en todo momento la hija de quien todo se espera. Si Fiona había estudiado en Oxford y leía buena literatura contemporánea, Tessa no tenía estudios y leía a Harold Robbins. Temperamental, imaginativa y afectuosa, Tessa se lo tomaba todo a chirigota para evadirse de las cosas serias. Su propia generosidad desbordante la hacía vulnerable en una realidad en la que la gente era tan fría, juiciosa y carente de amor. En semejante mundo, ¿importaba tanto que ella se entregase a numerosas aventuras frívolas? Ella siempre volvía a su marido para darle su prodigioso amor. ¿Qué importancia podía tener que una noche cualquiera, acostada con su insulso amante de turno ebrio, éste le confesara que era espía de los rusos? Seguramente sería también cosa de broma.

—Dime otra vez cómo es —dijo Fiona.

—Si tú le conoces —respondió Tessa—. Por lo menos, él te conoce de sobra.

—Miles Brent, ¿dices?

—Giles Trent, querida. Giles Trent —rectificó.

—Si dejas de comer esas malditas nueces, te entenderé lo que dices —replicó Fiona, irritada—. Giles Trent, sí. Claro que le recuerdo.

—Un brutote muy guapo: alto, buen físico, pelo gris ondulado.

—Tessa, pero si es más viejo que Matusalén... Siempre pensé que era marica.

—¡Oh, no! De marica nada —replicó Tessa con una risita. Había bebido mucho champán.

Fiona lanzó un suspiro. Estaban en el ostentosamente amueblado piso de los Kosinski en Hampstead, el frondoso barrio del noroeste de Londres, contemplando aquel sol color sangre hundirse entre nubes rojas. En épocas pasadas, cuando los comerciantes ricos y la aristocracia de segunda categoría iban a tomar las aguas a los baños de moda, los menos pudientes lo hacían en aquella zona accidentada en que ahora residían los magnates de la publicidad y el mundo editorial.

El marido de Tessa tenía negocios de propiedad inmobiliaria y de coches, aparte diversas empresas precarias. Pero George Kosinski tenía excepcional talento para los negocios, y si adquiría una empresa en crisis, inmediatamente la ponía a flote; apostaba dinero a una cotización bursátil en baja y obtenía beneficios. Incluso por hacer a un anticuario el favor de quitarle de encima un cuadro que nadie quería, resultaba que la obra —anodina, oscura y alegórica— llamaba la atención de alguno de sus invitados y acababa siendo de un alumno de Ingres y, aunque a muchos de ellos puede considerárselos nulidades, algunos habían sido maestros de Seurat y Degas. Tal circunstancia, la bastedad del lienzo y la presencia de pintura blanca, tan característica en la técnica de Ingres, fue lo que animó a los conservadores de un museo norteamericano a hacerle una buena oferta, y él lo vendió inmediatamente. Le encantaba hacer negocio.

—¿Y todo eso de que Trent dice que es espía ruso, se lo has contado a papá?

—Él me ha dicho que no haga caso —contestó morosamente Tessa, cogiendo de la mesa que tenía delante una revista del corazón, abierta por una página llena de gente con ojos muy abiertos y sonrientes en un evento social de los que solían frecuentar los Kosinski.

—¡Mira que es tonto papá a veces! —replicó Fiona con evidente desdén.

Tessa la miró con gran respeto. Fiona hablaba realmente en serio, mientras que ella, que también a veces le llamaba tonto y cosas peores, no había roto el vínculo paternofilial.

—Quizá Giles haya querido gastarme una broma —añadió Tessa, que ahora sentía mala conciencia por la preocupación que mostraba su hermana.

—Tú has dicho que no hablaba en broma —replicó tajante.

—¡Ah, sí...!

—¿Sí o no?

Tessa la miró sorprendida por la reacción que había suscitado.

—No, broma no era. Estuvimos hablando de ello..., de los rusos y todo eso.

—Entonces, ¿cómo iba a ser una broma? —comentó Fiona.

—¿Qué le sucederá? —inquirió Tessa, dejando la revista sobre un montón de publicaciones parecidas.

—No lo sé —la mente de Fiona consideró aceleradamente las complicaciones que aquello podría acarrear y miró a su hermana, sentada en el sofá tapizado en seda amarilla, con un traje verde esmeralda de Givenchy que a ella —pese a ser de la misma talla— no le habría quedado bien, y se preguntó si convenía decirle que su vida podía correr peligro. Si Trent comentaba a su contacto soviético aquella peligrosa indiscreción, era posible que Moscú diese orden de matarla. Abrió la boca, dispuesta a planteárselo de algún modo, pero Tessa se la quedó mirando de hito en hito—. Llevas un vestido sensacional —dijo.

—Tú siempre has sido muy distinta a mí, Fi —replicó Tessa, sonriente.

—No tan distinta.

—Tipo Chanel.

—¿Eso qué quiere decir?

—Tailleur^[2] con chaqueta forrada a juego con la blusa, cinturón de cadena y gardenia —contestó Tessa, risueña—. Ya se sabe cómo es el estilo Chanel.

—¿Y qué más?

Tessa era a veces insoportable.

—Yo estaba segura de que tú acabarías haciendo algo importante..., algo en el terreno de los hombres —contestó ella pausadamente, aguardando a que su hermana tomase la iniciativa de decir algo—. Yo a Giles no le pregunté lo que hacía; fue él quien me lo contó —añadió, al ver que Fiona no soltaba prenda.

—Sí. Trabaja en el departamento —añadió Fiona.

—Perdona por todo esto, Fi, querida. Quizá no habría debido ni mencionártelo.

—Has hecho bien en contármelo.

—A veces es tan encantador... —añadió Tessa.

—No sé por qué te has casado —dijo Fiona.

—Imagino que por lo mismo que tú. Una manera de cabrear a papá.

—¿De... qué?

—No irás a decirme que no sabías que casándote con tu terco hombre a papá le daba un ataque...

—Pensé que a ti Bernard te gustaba —replicó Fiona, amable—. Eras tú quien no hacía más que decirme que me casara con él.

—Yo, sí; le adoro. Y tú lo sabes. Algún día me largaré con él.

—¿Y casarte con George fue tu maniobra para hacer sufrir a papá?

Tessa no contestó inmediatamente.

—George es un hombre tan encantador..., un santo —dijo, dándose cuenta de que no era el elogio más halagador para un marido—. Sólo un santo sería capaz de aguantarme —añadió.

—Quizá en George sea una necesidad eso de perdonar.

Tessa no reflexionó sobre semejante posibilidad.

—Yo pensé que, al ser comerciante de coches usados, llevaría una vida interesante. Ya sé que es una tontería, pero en las películas siempre andan en el hampa con los gánsters y sus queridas —añadió sonriendo.

—¡Tessa, Tessa!

Lo había dicho despacio, en tono de reproche.

—Querida, resulta penoso vivir con un hombre que se molesta porque las mujeres digamos palabrotas y que se levanta a las seis para no perderse la misa. A veces creo que le gustaría verme todo el día en la cocina hecha una esclava, igual que hizo su madre.

—Eres tonta de remate, Tessa.

—Lo sé. La culpa es mía —dijo, poniéndose de pronto en pie—. ¡Ya lo sé! ¿Por qué no vamos a cenar a Annabel's? añadió muy animada, atusándose el precioso vestido—. Nosotras solas.

—Siéntate, Tessa. Siéntate y cálmate. No quiero ir a Annabel's. Necesito pensar.

—¡Ah! Tengo guiso de pollo en la nevera; lo meto en el horno mientras seguimos hablando.

—No, no. Tengo que cenar con Bernard.

Tessa se dejó caer en el sofá, cogió su copa y dio un sorbo al champán.

—Tienes suerte de no vivir en Hampstead; esto está lleno de intelectuales. Mi puñetera asistenta me telefoneó para decirme que hoy no podía venir por tener una reunión con su editor. ¡Su editor! ¡Por Dios bendito! Tómame otro copazo, Fi. Me deprime beber sola.

—No, gracias, Tessa. Y creo que tú ya has bebido bastante.

Tessa dejó la copa y no volvió a llenarla. Estar en la lista negra de su hermana le hacía sentirse fatal. Fiona era la única a quien tenía, aparte su marido George, pero a él no podía contarle sus cuitas. Casi todas tenían su origen en aquellas bobas aventuras de cama en que siempre la sorprendían, y en eso no cabía esperar ayuda por parte de George.

—¿Puedo llamar por teléfono? —inquirió Fiona.

—Llama desde el dormitorio si quieres hablar algo íntimo —dijo Tessa, haciendo un gesto extravagante con ambas manos.

Fiona fue al dormitorio. La cama con dosel tenía colcha antigua de encaje sobre fondo rojo, y en la mesilla vio un bonito teléfono de diseño moderno, diversos perfumes caros, frasquitos con píldoras y novelas de bolsillo. Reparó en un frasquito de aspirinas abierto con algunas desparramadas. Cogió el teléfono, pero dudó antes de marcar.

Pese a las facilonas y optimistas teorías de Bret Rensselaer, Fiona Samson no era una persona que recurriese fácilmente a otra —varón o hembra— en busca de consejo; ella era autosuficiente y autocrítica a la manera habitual en los adolescentes, pero ahora necesitaba la opinión de otra persona. Miró su reloj. Tenía perfectamente repasada la historia mentalmente, y marcó el número de Bret. Sonó el teléfono un buen rato sin que nadie contestase. Volvió a marcar, dada la posibilidad de haberse equivocado, pero no había respuesta. La decepción rompió su equilibrio y en ese momento se le ocurrió la idea de telefonar a tío Silas.

La carrera de Silas Gaunt constituía una especie de leyenda en los anales inéditos del departamento. Tío Silas no tenía parangón con ningún otro hombre; bien podía decirse que era un caso único. Hay ocasiones en que el sistema establecido inglés acoge en su seno a un pillo, por no decir un elefante estrambótico, un individuo que no reconocía ningún maestro y a muy pocos de sus iguales. La carrera de Gaunt había estado marcada por la controversia y su período de «residente» en Berlín había arrancado con un altisonante enfrentamiento con el director general, muestra de su sentido de la diplomacia y de su rudeza cuando se veía sin enemigos en un alto cargo.

Gaunt, pariente lejano de la madre de Fiona, era el hombre que tan enérgicamente apadrinó a Brian Samson y luego a su hijo Bernard, enfrentándose a personas bien situadas que pensaban que los puestos clave del Servicio Secreto de Inteligencia eran monopolio exclusivo de determinados ingleses de clase alta muy distintos a Samson y su hijo. Los Samson no perdieron terreno, pues sus detractores no contaban con la habilidad, actuación maniobrera y el genio de Gaunt. Pero cuando por fin se jubiló, se oyó un clamor de suspiros de alivio en todas las escalas del servicio. De todos modos, Gaunt no había quedado totalmente al margen del juego; el director general le conocía y le respetaba, y esa consideración se manifestaba bien claramente en el modo en que sir Henry dirigía la operación Fiona Samson. Sólo él, Bret Rensselaer, que le había propuesto la idea, y Silas Gaunt compartían el secreto.

Ahora, siguiendo sus impulsos, Fiona marcó el número de la granja Whitelands en Cotswolds. Al ver que contestaba Silas en persona, no dudó ni perdió el tiempo en formalismos, y ni siquiera dijo su nombre, convencida de que reconocería su voz.

—Silas, tengo que verte. Es urgente —dijo.

—¿Dónde estás? —contestaron al otro lado tras una larga pausa—. ¿Puedes hablar?

—En casa de mi hermana. No, no puedo.

—¿Te parece bien este fin de semana?

—Estupendo —contestó ella.

Otra larga pausa.

—Yo me encargo de todo, querida. Invitaré a Bernard y a los niños.

—Gracias, Silas.

—De nada. Es un placer.

Colgó el teléfono y bajó la vista para ver lo que aplastaba en la alfombra color oro: vio que eran aspirinas y otras píldoras. Le preocupó aquel desaguisado; pensó en Tessa. ¿Hasta qué extremo había ella contribuido a que su hermana se hubiese convertido en lo que era? Fiona siempre había sido el «hijo mayor» que sacaba sin esfuerzo las mejores notas y mantenía con el padre una relación impensable para Tessa.

Pero, aun siendo la preferida del padre, éste nunca le hacía confidencias y mantenía en secreto sus asuntos económicos, al extremo de tener varios contables y abogados para que nadie pudiese hacerse una idea general de sus inversiones e intereses. De todos modos, a Fiona sí que la llevaba al despacho para que conociese al personal, y parecía existir el acuerdo tácito de que sería ella quien sustituiría al padre.

No sucedió así; por supuesto, Fiona fue a la universidad y realizó brillantes estudios; a ella le encantaba aquel ambiente masculino y allí, precisamente, la reclutaron para hacer que entrara en la elite más arquetípicamente masculina: esa cofradía británica mística y exclusivista que goza de la dualidad de siglas y de un objetivo profundamente secreto. El secretismo obsesivo de su padre la predispuso a ingresar en el Servicio Secreto de Inteligencia, pero nada de lo que su padre le había mostrado del ámbito de los negocios podía compararse con aquello.

Cuando, después, en aquella cofradía encontró un hombre tan distinto a todos los que conocía, lo quiso para ella y lo conquistó. Bernard Samson había crecido en aquel mundo secreto de esfuerzos físicos y brutalidad; ese mundo de matar o morir en el que muchos amigos de su padre habían

trabajado durante la guerra y por cuyo comportamiento heroico habían sido condecorados algunos, pero Bernard Samson era fundamentalmente distinto a todos ellos, pues su guerra era una guerra sucia, gris y personal. Bernard era un hombre que el padre de Fiona no podía asimilar y al que detestaba profundamente. Pero sí, como dice Chandler, «por esas callejas debe internarse un hombre que no sea ruin, que tampoco sea anodino ni timorato... Un hombre de una pieza, corriente y al mismo tiempo excepcional», Bernard Samson era esa clase de hombre. El primer día que le vio, Fiona se dijo que no soportaría que se lo llevase otra.

Fiona se casó y Tessa, marginada e insegura, flotó en su propio universo, víctima de la prioridad de la carrera de la hermana y de la indiferencia del padre. ¡Pobre Tessa! ¿Cómo habría sido si ella le hubiese dado el amparo y los consejos que necesitaba?

—¿Estás bien? —preguntó Tessa desde el salón.

—Voy, Tessa. Yo arreglaré este asunto; te lo prometo.

—Sabía que lo harías, Fi —dijo la hermana entrando en el cuarto para abrazarla y besarla—. Mi querida y estupenda Fi; sabía que podía contar contigo.

Aquellas muestras de afecto abrumaban a Fiona, pero las aguantó estoicamente.

Si la invitación de Silas se hubiera producido en otras circunstancias, Fiona Samson habría disfrutado plenamente de aquel fin de semana con su marido y sus hijos, en Whitelands, la finca en que vivía retirado el anciano. Aquellos seiscientos acres en Cotswolds permitían soberbios paseos con espléndidas panorámicas sobre la imponente llanura que bordea el reluciente Severn.

Pero debido a la situación, todo estuvo cargado de preocupaciones y peligros. Estaba allí Dick Cruyer, el dinámico encargado del departamento alemán, con su sofisticada esposa. Bret Rensselaer acudió con una joven rubia que, intimidada por la presencia de tanta gente desconocida, no se separó de él un solo instante, de tal manera que se las arreglaron para que les asignaran los dos únicos dormitorios con puerta comunicante. Fiona se imaginó que el propio Bret había solicitado aquellas habitaciones cuando, al preguntarle a Silas si los niños podían alojarse en una habitación contigua a la suya, él le contestó riendo que había necesidades prioritarias.

Silas era un pirata, o al menos tenía ese aspecto. Un rufián de panza enorme y rostro mofletudo rematado por una frente descomunal y un cráneo

calvo. Sus deformadas ropas eran de buena calidad, pero él prefería prendas viejas —igual que el vino y los amigos— y no le importaba exhibir aquellos remiendos y zurcidos, obra de su fiel ama de llaves, la señora Porter, a guisa de un viejo militar sus medallas.

La casa estaba construida en piedra local de un bello color dorado, y el mobiliario —igual que los retratos de familia, oscurecidos por una turbia pátina de barniz, y el magnífico aparador del siglo XVIII— armonizaba con ella. A Silas Gaunt le gustaba aquel comedor, sobre todo cuando se llenaba como aquel sábado a mediodía. Él presidía a la cabecera de la preciosa mesa georgiana de caoba, trinchando el impresionante solomillo de buey para sus invitados, los Samson, Tessa, los Cruyer y Bret Rensselaer, dominándolos por la fuerza de su personalidad.

Fiona Samson lo observaba todo con sensación de distanciamiento. Hasta en un momento en que su hijo Billy se derramó salsa en la camisa, no hizo más que esbozar una desdeñosa sonrisa, cual si aquello fuese una peripecia del celuloide rancio.

Miraba a los Cruyer con interés. Ella había estudiado en Oxford en la misma época que Dicky; recordaba haberle visto aclamado por sus intervenciones en los debates del club estudiantil y por haberle hecho proposiciones un día en que celebraba la obtención de un trofeo de críquet. Era uno de los listos de Balliol más destacado y el que se había llevado el departamento alemán saltando por encima de Bernard que era candidato seguro; y ahora se rumoreaba que con el tiempo le encargarían de la operación europea. Fiona se preguntaba si Silas Gaunt no propondría que se hiciera partícipe de su secreta misión. Esperaba que no; ya estaba al corriente de ello demasiada gente, y si había que hacer partícipe a Dicky sin decírselo a Bernard, a ella le resultaría intolerable. Dicky notó que le miraba y le sonrió con aquel gesto tímido que tan buen resultado le había dado con las chicas en Oxford.

Miró a Tessa. Su esposo George Kosinski estaba de viaje. Era característico de Silas, de su suerte y de su intuición, adivinar que Tessa tenía relación con la llamada telefónica, y se había tomado la molestia de invitarla por si necesitaba más datos.

Cuando, tras la comida, Silas condujo a los hombres al salón de billar con una bandeja de cigarros y coñac, Fiona llevó a Billy y a Sally al piso de arriba a que hicieran los deberes.

—Mami, ¿las mujeres piden en matrimonio a los hombres en años bisiestos? —inquirió el pequeño.

—No creo —contestó Fiona.

—Mi maestra dice que sí —replicó Sally, y Fiona comprendió que la niña le había hecho caer en una de aquellas trampas que tanto la complacían.

—Pues entonces puede que tenga razón tu maestra —contestó.

—Fue la señorita Jenkins —añadió Sally—. Papá dice que es tonta.

—No lo habrás oído bien.

—Yo también estaba —terció Billy—, y dijo exactamente que la señorita Jenkins era una condenada tonta. Fue después de decirle ella que no dejase nuestro coche en el aparcamiento del director.

—Es que era sábado —añadió Sally en defensa de su padre.

—Ya está bien —replicó Fiona en tono terminante—. Poneos a hacer los deberes de matemáticas.

Se oyó llamar a la puerta y Tessa asomó la cabeza.

—¿Qué quieres? —dijo Fiona.

—Venía por si los niños querían ver los establos.

—Tienen que hacer los deberes.

—Es que ha nacido un potro la semana pasada... Sólo media hora, Fi.

—Tienen examen el lunes —replicó Fiona.

—Déjamelos a mí. Yo me ocuparé de que hagan los deberes. Tú vete a dar esa caminata hasta Ringstone que tanto te gusta.

Tessa deseaba quitársela de encima porque le gustaba estar con los niños y a éstos les sucedía lo propio, porque Tessa había sido rebelde de pequeña y ellos lo adivinaba y se sentían intrigados.

—Muy bien —dijo Fiona, mirándolos—. Media hora, pero luego hacéis los deberes. En ti confío, Tessa —añadió, volviéndose hacia ella.

Los pequeños lanzaron un grito de alegría, prometiendo hacer los deberes vigilados por su tía. Sally se le acercó para apretarle la mano como en afirmación de su cariño y Billy no perdió un segundo en ponerse la gabardina y la bufanda. Cuando Tessa salía con ellos, Fiona oyó decir a Billy:

—Si los rusos restablecen la monarquía, tendrán que poner un zar comunista.

Era su chiste preferido desde que Silas se había reído con él.

Tessa tenía razón: necesitaba estar un rato a solas. Tenía mucho en qué pensar. En el vestíbulo encontró una vieja gabardina y un sombrero de hombre y, poniéndose las botas que siempre llevaba en el maletero de su querido Porsche rojo, salió de la casa. Andando sola bajo la lluvia, tomó el camino de la cumbre del monte Ringstone, que domina Singlebury. Habría

unos nueve kilómetros, que cubrió con la misma decisión con que hacía tantas otras cosas.

Conocía el camino de numerosas ocasiones anteriores, pues era una ascensión que hacía a veces con su marido y sus hijos, y otras, sola con Bernard; le encantaba volver a ver aquellas vallas, arroyos y setos, cual rostros de viejos amigos, modificados en algunos casos por las manchas claras de barro reciente, alguna aldaba nueva de latón o la estructura metálica oxidada de una bicicleta abandonada. El límite de Whitelands lo marcaban seis abetos abatidos por las tormentas de invierno; árboles de raíces poco profundas, que eran los primeros en caer como sus homólogos humanos. Se detuvo a contemplar uno de ellos y vio que de su corteza podrida sobresalían unas primaveras que comenzaban a abrir sus pétalos amarillos. Se puso a contarlos como hacía de niña, y comprobó que las había de cinco, de seis y de ocho. Todas distintas, como las personas. Había crecido convencida de que las primaveras de cuatro pétalos daban buena suerte; pero ya no había primaveras de cuatro pétalos. Bernard fue quien le había explicado que las primaveras de cuatro pétalos eran un imperativo de la polinización cruzada; ojalá no se lo hubiese dicho. Prosiguió su camino y cruzó un vasto mar ondulado de campánulas, siempre ascendiendo. Ninguna sorpresa; sólo el deseo acuciante de llegar a los puntos desde los que se disfrutaba de buenas vistas.

La luz cambiaba constantemente. Los campos mojados se veían aún más radiantes bajo aquel cielo lluvioso y gris y el aire olía a aulaga color amarillo intenso. Trepó hasta la cumbre pelada y se detuvo a recuperar aliento. No había pensado en el viento, pero ahora notaba la llovizna azotándole el rostro y canturreando en un susurro al rozar la valla metálica. Se dio la vuelta despacio para contemplar toda la panorámica. Su reino: trescientos sesenta grados y ni un solo ser viviente, ni una casa; sólo el clamor lejano de unos grajos retirándose con la caída de la tarde. Al norte se veía el cielo como apoyado en una columna de lluvia oscura. El esfuerzo de la escalada había disipado de su mente toda preocupación por las conclusiones adversas que de su conversación al día siguiente con Silas pudieran seguirse. Pero ahora volvía a pensar en ello.

Su inteligencia no era indagatoria ni experimental; su cerebro funcionaba al máximo rendimiento evaluando un material y planificando su utilización. Era un don que le facultaba para juzgar muy claramente su propia capacidad como agente secreto. Sí, contaba con cualidades para aquella misión, pero carecía de muchas de las que ella reconocía en Bernard: a ella le faltaba

aquella desenvoltura y sentido común callejero, y no sabía pensar y actuar con rapidez. Mala, terca y flemática sí que podía ser, pero en su caso eran estados de ánimo premeditados, mientras que Bernard poseía aquel misterioso don masculino de poder adoptar en un santiamén una actitud de glacial agresividad, que cambiaba en cuestión de segundos. Se encasquetó bien el sombrero. El cielo se ensombrecía y la lluvia arreciaba. Tenía que volver a tiempo para bañarse y cambiarse para la cena. Los invitados de tío Silas tenían que vestirse para las cenas del sábado. Necesitaba peinarse y pedir una plancha para plancharse el vestido. Tessa y las otras llevarían toda la tarde preparándose. Miró el reloj y hacia el camino de regreso. Hasta aquella región familiar y ondulante de Cotswolds adquiría aspecto amenazador al caer la noche.

—Estabas rutilante anoche, querida —dijo tío Silas.

—Gracias, Silas, pero, a decir verdad, últimamente soy incapaz de sostener una conversación intrascendente.

—¿Y por qué habrías de sostenerla? A mí me gustas cuando hablas en serio; es lo tuyo.

—¿Ah, sí?

—Las mujeres guapas estáis mejor serias. En el hombre es distinto. Los hombres guapos pueden permitirse bromear, pero las mujeres en plan de guasa parecen capitanes de hockey. ¿Cómo va un hombre a enamorarse de una mujer chistosa?

—¡Qué tonterías dices, Silas!

—¿Es que te fastidió la cháchara de ese horrendo arquitecto?

—No, fue una velada muy agradable.

—Piscinas y cocinas. No debe de saber hablar de otra cosa. Me ví obligado a invitarle porque es el único fulano que sabe repararme la caldera.

Se echó a reír. Sería una especie de chiste que él solo entendía. Se había acostumbrado a vivir solo y muchos de sus comentarios los hacía para su propio solaz. Estaban sentados en el «salón de música», un modesto despacho en el que Silas Gaunt había instalado su aparato de alta fidelidad y la colección de discos de ópera. Ardían unos troncos en la chimenea y él fumaba un enorme cigarro habano. Lucía una vistosa rebeca de punto con intrincado dibujo de la isla Fair, que iba deshaciendo más de prisa de lo que la señora Porter era capaz de recomponer, por lo que de codos y puños colgaban hebras de lana.

—Bueno, dime qué es lo que te preocupa, Fiona.

Del cuarto contiguo llegaba el sonido pausado y melodioso del piano, en el que Bret tocaba Noche y día.

Fiona refirió a Silas los encuentros de Tessa con Giles Trent y, al acabar, se acercó a la ventana para mirar fuera. El camino de grava daba la vuelta al césped central en el que tres imponentes olmos encuadraban la casa. El Rolls Royce verde de Tessa estaba aparcado junto a aquella misma ventana.

—No sé cómo tu hermana conduce ese coche —dijo él—. ¿Sabe su marido que lo usa cuando él no está?

—No seas absurdo. Claro que lo sabe.

—Bien, Fiona: creo que el asunto requiere un expediente naranja —dijo, mirándola.

—Sí, exacto.

Un expediente naranja significaba indagación oficial.

—Giles Trent, cerdo traidor. ¿Por qué lo harán? —Fiona no contestó—. ¿Qué habrías hecho si Tessa te lo hubiera contado sin estar tú en la situación particular en que te ves?

—Se lo habría planteado a Seguridad Interna —respondió Fiona sin vacilación—. Es lo que estipula el reglamento.

—Claro —añadió Silas, rascándose la cabeza—. Bueno, en esto no podemos hacer intervenir a los de SI, ¿verdad? —otra pausa—. ¿No se lo habrías contado primero a tu marido?

—No.

—Muy segura pareces de ello, Fiona.

—A él no le dejaría indiferente, ¿no crees?

—No estoy yo muy seguro.

—¿Por qué, tío Silas?

Gaunt se volvió hacia ella.

—¿Cómo te lo expondría?... Tú y yo pertenecemos a una clase social obsesionada por el concepto de conducta. En nuestros mejores colegios se enseña a los jóvenes que el «servicio» es el deber supremo, y yo mismo me siento orgulloso de ello. Servicio a Dios, servicio a nuestro soberano, servicio a la patria.

—No irás a decirme que porque Bernard no fue a un buen colegio...

Silas alzó la mano para que callara.

—Escúchame, Fiona. Todos respetamos a tu marido. Y yo más que nadie; lo sabes. Yo le tengo cariño. Es el único de los agentes que sabe lo que es estar en primera línea. Lo único que quiero decir es que Bernard, por sus orígenes, sus amistades de infancia y su familia, tiene otros principios. Para la

gente como él (y no pretendo decir que estén equivocados) la lealtad a la familia es antes que nada. Y digo bien antes que nada. Lo sé bien porque he pasado mi vida mandando hombres. Si no entiendes ese aspecto de la psique de tu marido, puedes toparte con muchas contrariedades, querida.

—¿Quieres decir que son hijos de la clase obrera?

—Sí. No me asusta la expresión «clase obrera». Soy lo bastante viejo para no asustarme por tabúes de ese tipo.

—¿Acaso quieres decir que si Tessa hubiese planteado su problema a Bernard él lo habría silenciado?

—¿Por qué no hacemos la prueba? Haz que la semana que viene tu marido se vea con Tessa y ella le cuente la historia.

—¿Y qué crees que hará él?

—Es más pertinente que me digas tú qué crees que haría —replicó Silas.

—No veo la ventaja de semejante especulación —contestó Fiona, y Silas se echó a reír por su actitud esquiva, provocando la irritación de ella—. Eres tú quien lanza la insinuación, Silas.

—¡Vamos, vamos, Fiona! Sabes muy bien que no es eso. Plantéaselo a Bernard y él hallará una solución ingeniosa dejándoos a ti y a Tessa al margen —dijo él, sonriendo zalamero.

El calificativo de ingeniosa implicaba la flagrante desconsideración de Bernard, por no decir desprecio, por el reglamento, actitud que Silas compartía con él.

—Bernard tiene mucho en qué pensar en este momento —objetó Fiona.

—Pues debes pedirle que saque a Fiona de ese apuro —dijo él, cogiendo una hebra suelta de lana y echándola con cuidado al fuego.

—¿Cómo? —inquirió Fiona.

—No sé. Tú díselo —contestó Silas, aspirando el habano—. Lo más importante de momento es que a Giles Trent le han utilizado para comprobar todo lo que tú le has estado pasando. —Expulsó humo, haciéndolo en dirección al fuego porque, cuando la señora Porter olía a puro, le regañaba, pues el médico le había prohibido fumar—. Tenía que habérsete ocurrido. ¿Hay algún problema en ese sentido?

—No, no creo.

—No, supongo que no. Te hemos mantenido a un nivel secretísimo y no les hemos entregado más que material autorizado. Lo que Trent les haya estado comunicando en sus informes sólo puede favorecerte ante Moscú.

—Espero.

—¡Ánimate, Fiona! Todo va estupendamente. Ese asunto nos viene bien. De hecho, te conseguiré un permiso para que vuelvas a tener acceso al centro de datos. Así tus jefes estirarán el cuello, ¿no?

—¿Le dirás a Bret lo de Tessa?

Prefería no planteárselo ella, porque Bret lo convertiría en un interrogatorio.

—Vamos a decírselo ahora mismo —dijo Silas, apretando el botón de la campanilla, después de esconder el puro en la chimenea—. Confía en tu tío Silas —añadió al ver el gesto de alarma de ella.

En el cuarto contiguo seguía oyéndose Noche y día.

Cuando la señora Porter asomó la cabeza por la puerta, Silas dijo:

—Diga al señor Rensselaer si puede venir un momento. Creo que está tocando el piano.

—Sí, señor, ahora mismo se lo digo.

Al entrar Bret, arqueando las cejas al ver a Fiona con Silas en evidente actitud de haber estado hablando de algún asunto, Silas exclamó:

—¡Qué agradable oír ese piano, Bret! Lo mantengo afinado, pero hoy día nadie lo usa. —Bret asintió con la cabeza sin decir nada—. Bret, parece que ha surgido otro problema con nuestros adversarios.

Bret los miró a ambos sucesivamente y enseguida se hizo cargo de la situación.

—Esto se está convirtiendo en una costumbre, Fiona —dijo, picado porque ella hubiese ido a contárselo a Silas y sin ocultar su disgusto.

—Es que nos afecta a todos —adujo Silas—. Es natural que concentren su acción sobre Central Londres.

—¿El KGB?

—Sí —contestó Silas, echando al fuego la ceniza del puro—. Ese maldito Pryce-Hughes ha sido muy indiscreto y ha permitido que Fiona se enterase de que tienen a otro infiltrado en Central Londres.

—¡Dios mío! —exclamó Bret.

—Dadas las circunstancias, Fiona se inclina a creer que se trata de un tal Giles Trent.

Silas cogió el atizador, golpeó el tronco, que despidió un humo grisáceo, y lo empujó con cuidado hacia la parte de atrás.

—Trabaja en entrenamiento —añadió Bret, tras estrujarse la mollera para recordar quién era aquel Trent.

—Eso es; se le trasladó hace un par de años a la escuela de formación, pero no por ello deja de ser menos peligroso.

—¿Lo sabe alguien más? —inquirió Bret.

—Nosotros tres —contestó Silas con el atizador en la mano—. Fiona no sabía cómo plantearlo y pensaba ir directamente a Seguridad Interna, lo que, desde luego, habría sido mejor que planteármelo oficialmente.

—No nos interesa que intervenga Seguridad Interna —comentó Bret, algo más aplacado su amor propio ante aquella explicación.

—No, mejor que no —añadió Silas—. Al margen del servicio y en plan oficioso.

—¿Y qué hacemos? —inquirió Bret.

—Déjelo en mis manos —contestó Silas—. Se me ha ocurrido una solución, pero no es necesario que usted se entere, Bret. Ojos que no ven... ¿Se encuentra bien, Bret?

—Este año me está dando la lata la sinusitis.

—Es la chimenea, ¿verdad? Abriré un momento la ventana.

—Si no desea nada más, iré a dar una vuelta por el jardín.

—Claro que sí, Bret, naturalmente. ¿Seguro que no necesita nada?

Bret salió del cuarto tambaleándose y llevándose un pañuelo a la nariz.

—Pobre Bret —dijo Silas.

—No le diré a Bernard que he hablado contigo —dijo Fiona, sin saber en concreto aún qué hacer.

—Eso es. Y deja de preocuparte. ¿Podrás convencer a Tessa para que se lo cuente a tu marido?

—Creo que sí.

—Hazlo.

—¿Y si Bernard acude a Seguridad Interna?

—Es un riesgo que tenemos que correr —respondió Silas—. Pero no quiero que tú te mezcles. Si las cosas se ponen feas, debes negar que Tessa te haya contado nada. Ya me encargaré yo de que estés protegida.

—El humo me está afectando —dijo Fiona.

—Ve con los demás: no vayan a pensar que tenemos una historia amorosa o algo parecido.

—¿No piensas hablar con Tessa?

—Deja de jugar a la hermana mayor. Si quiero hablar con ella, ya me las arreglaré.

—Ella se pone muy nerviosa, Silas.

—Ve a pasear por el jardín para que se te vaya el humo de los ojos.

Al salir Fiona, Silas se sentó en su sillón preferido y lanzó un gruñido. Se inclinó hacia el fuego y siguió atizándolo. «¿Por qué me pasarán a mí estas

cosas?», espetó al tronco, que lanzó una llamarada como en respuesta.

Si Fiona le hubiese visto en aquel momento, no habría confiado tanto en sus posibilidades de solucionar las complicaciones que surgían... «Tendremos que echarle el guante por las bravas y rápido, señor Giles Trent», musitó, tratando de visualizar la reacción del controlador de Trent al saber que habían descubierto a su hombre. ¿Intentarían sacarle para salvarle? ¿O preferiría Moscú que hubiera otro juicio contra un espía en la sede de Central Londres, a modo de triunfo propagandístico por el que valía la pena sacrificar un peón? También podía desembocar en uno de esos casos en que Moscú y Londres pactan como solución un Trent mudo para siempre. Si llegaba el caso, tendría que cerciorarse de contar con alguien que hiciera la faena. Le vino a la cabeza el recuerdo de un matón alemán, veterano de guerra, que había trabajado de barman en el hotel de Lisl y a quien, en aquel entonces, había encomendado una serie de trabajos sucios. Ahora vivía en el Este... ¡Perfecto! ¿Quién iba a vincular a aquel hombre con Centro Londres? ¿Cómo se llamaba?... ¡Ah, sí: Rolf Máuser! ¡Menudo rufián! El tipo ideal para un encargo como aquél. No se pondría directamente en contacto con él, por supuesto, aquello había que hacerlo a distancia.

MAIDA VALE, Londres. Abril de 1983

—¿Te has dormido, cielo?

Fiona hundió el rostro en la almohada y no contestó. El colchón se alzó al escurrirse él de la cama para ir al cuarto de baño. Era un día soleado de primavera, y estar en la cama a plena luz del día, con las cortinas echadas, le producía complejo de culpabilidad. ¿Qué había sucedido? En aquellos años se había prometido mil veces no volver a ver a Harry Kennedy; pero era tan encantador y divertido que no podía sustraerse a su atractivo. Y así se encontraba, de pronto, pensando en él, o le llegaba un ramo de flores o un anuncio del «salón de belleza y peluquería», y entonces cedía en su resuelta decisión y volvía a él.

Había veces en que todo consistía en tomar una copa en alguna taberna cercana a la clínica o en cuatro palabras por teléfono, en otras ocasiones le necesitaba y tenían de vez en cuando un encuentro de aquellos en los que tan bien se lo pasaba.

Le vio cruzar desnudo el cuarto y abrir el armario. Era musculoso y estaba bien bronceado, excepto las nalgas, debido a los calzoncillos. Últimamente había efectuado tres viajes de entrega a Arabia Saudí. Se apreciaban en sus hombros unas cicatrices claras, como de bandolero, por un aterrizaje forzoso en México diez años atrás. Él advirtió que le miraba y sonrió impúdico.

Aquella relación ilícita había transformado a Fiona: era como un bombazo en la rutina de su vida conyugal. Estar con Harry era apasionante y la hacía sentirse rutilante y deseada de una manera que Bernard habría sido incapaz de motivar. El sexo contaba como factor principal, pero se trataba de algo más fuerte que no sabía explicarse. Lo único que le constaba era que la tensión producida por la vida laboral le habría resultado insoportable sin la perspectiva de ver a aquel hombre, aunque sólo fuese un rato. Oír su voz por teléfono era turbador y reconfortante, y ahora comenzaba a entender algo que hasta entonces no había experimentado: la clase de amor adolescente del que

había oído hablar a las jovencitas, ese amor celebrado en las canciones pop que ella detestaba. Claro que sentía mala conciencia por engañar a Bernard, pero era una necesidad. Pensaba a veces que sería capaz de contrarrestar aquella culpabilidad que la abrumaba a condición de continuar las relaciones a distinto nivel: una amistad platónica. Pero en cuanto estaba con él, la decisión se venía abajo.

—¡Ah! ¿Estás despierta? ¿Qué tal un cóctel de champán? Tengo de todo.
Ella se echó a reír.

—¿Tan divertido es? —replicó él, poniéndose un batín de seda a cuadros y mirándose en el espejo para ajustarse el cuello y el cinturón.

—Sí, cariño, muy divertido. Sería mejor un té.

—¿Té? Pues cosa hecha.

Al salir Harry, ella alargó la mano hasta la mesilla y cogió la edición del mediodía del periódico de la tarde. En primera página, un titular decía «Tiroteo en un cuarto de baño de Chelsea». Un intruso había entrado en casa de Giles Trent y le había matado a tiros en la ducha. El asesino había aprovechado la circunstancia de la cortina de plástico para evitar las salpicaduras de sangre y se había lavado las manos antes de marcharse. Un portavoz no identificado de Scotland Yard calificaba el crimen de «muy profesional», y uno de esos especialistas que siempre están dispuestos a hacer declamaciones a la prensa decía que concurrían «todos los indicios del clásico ajuste de cuentas de la Mafia neoyorquina». El periodista parecía insinuar que había estupefacientes de por medio y acompañaba el artículo, sobre el ancho de la columna, una foto borrosa de un Giles Trent muy joven en traje de baño, con los brazos en jarras y muy sonriente. En una página interior aparecía otra más grande de su casa de Chelsea, con un policía montando guardia.

Gracias a Dios que Bernard las había dejado a Tessa y a ella al margen de todo. El tío Silas tenía toda la razón respecto a Bernard. Era desconcertante que muchos de sus amigos varones le entendieran de aquella manera que a ella le resultaba imposible. Era un hombre muy reservado. Sin hablar con ella ni darle ningún tipo de explicación, había logrado que Giles Trent confesase y lo hiciera sin mencionar a Tessa. Ahora Trent estaba muerto y, por horrible que hubiera sido su fin, no podía menos de sentir un gran alivio.

Hubo otros signos excepcionales. Bret le había pedido que copiase un prolijo documento secreto sobre el respaldo del Banco de Inglaterra a la libra esterlina; era un informe totalmente manuscrito y no se lo había entregado a Martin. Por lo que ella se imaginaba, eso sólo podía significar que Bret iba a hacerlo llegar al KGB a través de otro agente. ¿Por qué le habría pedido a ella

que lo copiara con su escritura? Sólo un loco de remate era capaz de confeccionar un documento tan comprometedor, a menos que estuviera destinado a confirmar sus actividades para los del otro bando. Había algo de siniestro en el modo en que Bret esquivaba sus preguntas.

Otra advertencia le llegó en virtud de la cantidad de material entregado a Martin en las últimas semanas. Bret había comentado que no había nada de importancia vital, pero era tal cantidad... La Central de Londres no quería que se entregase a tal ritmo; pero, por otra parte, ¿qué excusa daría ella para justificar la reducción? De todo aquello se seguía una conclusión: querían que se pasase al Este, y pronto. La perspectiva la aterraba, pero en cierto modo la espera era aún peor.

Ahora miraba todos los días a su marido y a sus hijos con cariño y añoranza, y cada vez que veía a su hermana ansiaba advertirla de que no tardarían en estar separadas. Y, para hacerlo todo más penoso, había llegado al convencimiento de que no regresaría. No es que hubiera ninguna razón lógica ni indicio concreto que corroborase sus temores; era más bien una premonición instintiva puramente femenina, como el sereno fatalismo que habría sentido una matriarca rodeada de los suyos en el lecho de muerte.

Si al menos fuese posible arreglar algunas cosas fundamentales que habrían de decidirse en su ausencia... No dejaba de preocuparse por Billy y el colegio; siempre había abrigado la esperanza de que finalmente Bernard se convenciese de las ventajas de que el pequeño fuese a un buen colegio; el ingreso podía arreglarse, porque su padre había prometido ayudarlos. Pero si ella no estaba, Bernard no movería un dedo, porque sentía fobia por los buenos colegios —«palizas, sodomía y malos modales», decía— y por los que se habían educado en ellos.

Entró Harry con el té en una bandeja.

—Has leído ya esa noticia tres veces por lo menos, querida. ¿Tiene algún significado especial? —inquirió, inclinándose y dándole un beso.

—El eterno psicólogo —replicó ella, tirando el periódico con la mayor naturalidad posible y poniéndose la bandeja en las rodillas. En un diminuto florero había una violetitas, seguramente las últimas del año. Eran preciosas. Tazas de porcelana transparente, cucharillas de plata y dos rodajas del pastel de fruta que a ella más le gustaba. Debía de tenerlo todo preparado—. ¡Qué maravilla! —exclamó, sosteniendo la bandeja mientras él se tumbaba a su lado—. Harry, ¿qué opinión te merece el sistema inglés de colegios privados?

—No tomas leche con el Earl Grey^[3] ¿verdad, dulzura?

—No, lo tomo solo.

—¿Colegios privados? ¿Qué extraña idea te pasa por la cabeza? En la clínica, casi todos los compañeros parecen haber salido de la experiencia sin daño aparente. Pero ¿qué puedo saber yo? Una cosa sí que te digo: con muy pocos de ellos me gustaría encontrarme en la ducha si se fuera la luz. ¿En qué piensas?

—Es que tengo unos amigos íntimos..., y al marido le destina la empresa al extranjero, y están pensando en meter al niño en un internado.

—¿Y me preguntas si es una buena idea? —dijo él, poniendo las tazas en los platillos—. Mi opinión como psiquiatra, ¿no? ¿Y cómo puedo dártela sin conocer al niño? Y también a los padres.

—Supongo que tienes razón.

—Si el marido no quiere, sería una bobada que la esposa se empeñase, ¿no crees? —añadió él, sirviendo el té—. ¿Está lo bastante fuerte?

—Él detesta los colegios privados. Sí, está perfecto.

—¿Por qué?

—Por el esnobismo, los métodos de intimidación y el privilegio; porque a muchos niños les imbuyen la idea de que son una elite. Y él cree que eso fomenta ese odio entre clases que existe en Inglaterra.

—Sí, y seguramente tiene razón, pero lo mismo podría decirse del hecho de comprar en Knightsbridge.

—¿Por la intimidación? —replicó ella echándose a reír.

—Y que lo digas. No será que nunca te las has visto con esas tercas ancianas con sus afilados paraguas...

—¿Tú fuiste a un internado? —dijo ella dando un sorbo de té—. En realidad sabemos muy poco el uno del otro, ¿no es cierto?

—Por eso deberíamos casarnos —contestó él.

—Te agradecería que no volvieras a decirlo.

—Hablo en serio.

—Me molesta.

—Escucha. Estoy loco por ti. Soy soltero, blanco y mayor de edad. Estoy en forma a nivel gimnástico y en bastante buena forma en el aspecto bancario. Compró este piso a pagar en veinte años, y tú eliges casi todo el mobiliario. Te amo más que a nadie, pienso en ti día y noche, y no seré feliz hasta que vivamos juntos.

—¡Calla! Tú no conoces mis circunstancias.

—Pues háblame de ellas.

—Harry, los dos sabemos que esta relación es absurda y egoísta. La única manera de que continúe es mantener al margen nuestras propias vidas.

—¡Bo-ba-das! —siempre separaba las sílabas—. Yo no quiero ocultarte nada.

—Yo no sé nada de ti: tus ideas políticas, tus padres, tu esposa... o esposas. Ni siquiera sé cuántas veces has estado casado.

—Mis padres han muerto —respondió él alzando la cucharilla—, no me interesa la política y ya no tengo esposa. Estoy divorciado; sin hijos. Mi exmujer es franco-canadiense y vive en Montreal. Siempre me está pegando sablazos; por eso huyo de un sitio a otro. Ahora ya ha vuelto a casarse y soy totalmente libre. —Dio un sorbo de té—. Como te he contado, mi sobrina Patsy ha vuelto con su padre a Winnipeg y el fulano con el que se fugó está en la cárcel por hurto. Es una historia pasada. ¿Qué más quieres saber?

—Nada. Te digo que es preferible que no sepamos mucho el uno del otro.

—¿Por...?

—Porque comenzaríamos a hablar de problemas.

—¿Y tan horrible es? ¿Qué problemas tienes tú, cielo?

¡Pobre Harry! La probabilidad más viable era que pronto la hiciesen pasarse al Este, y cuando eso se produjera, el SIS pondría en marcha una investigación a gran escala para cubrir las apariencias; sería de ingenuos descartar la posibilidad de que la Brigada Especial no descubriera sus relaciones. Si venían a hablar con él, era primordial que quedaran convencidos de que ella era marxista de antiguo. Cualquier otra cosa podía resultar peligrosa.

—Bobadas, supongo.

—¿Cómo por ejemplo? —inquirió él, inclinándose a darle un beso en la mejilla.

—Quizá no me querrías si lo supieras —replicó ella, revolviéndose el pelo con un gesto que esperaba fuese el propio de una espía marxista en actitud doctrinaria.

—Te diré una cosa —añadió él, impulsivo—. Estoy pensando en dejar la profesión de psiquiatra.

—Siempre estás con lo mismo.

—Esta vez va en serio, nena. Por cien mil dólares, mi primo Greg me vende un tercio de las acciones de su negocio de aviones. Si trabajo fijo con él, podemos prescindir de un piloto. Los cien mil dólares los necesita para un nuevo contrato en las instalaciones del aeropuerto de Winnipeg.

—Tú dijiste que era un negocio arriesgado.

—Y lo es; pero yo sé desenvolverme. Y de la psiquiatría estoy más que harto. —Hizo una pausa—. En la clínica todo es política de despacho: esto

para éste y aquello para el de más allá.

—Pero tienes un permiso de trabajo y puedes irte a otro centro.

—No. Mi permiso no es de éstos. ¿Y qué trabajo podría conseguir? En la clínica me metí en eso de la investigación de la histeria de masas por librarme de atender a amas de casa neuróticas y menopáusicas. ¡Tengo que dejarlo, Fiona! Tengo que dejarlo.

—No sabía que estuvieses tan descontento.

En momentos como aquél, le amaba más de lo que ella misma se confesaba.

—Por estar contigo es por lo que continuó; para mí no hay nada más importante que tú —añadió él, cada vez más serio—. Quiero que nunca olvides estos momentos, que recuerdes que mi vida es tuya.

—Harry querido —musitó ella, besándole.

—No te pido que me digas lo mismo. Tus circunstancias son distintas, y no te exijo nada. Te amo por lo que representas para mí.

Ella volvió a reírse. Las horas que pasaba con Harry eran los únicos momentos en que podía olvidarse de lo que la aguardaba.

LONDRES. MAYO de 1983

—¡Dios mío, Bret, me gustaría que no se presentase así sin previo aviso, como un emisario de ultratumba!

Era una expresión tonta del colegio, muy poco apropiada para recibir a Bret Rensselaer, pese a que hubiese aparecido en su casa sin anunciarlo. Pero una vez dicha, Fiona se percató de que comenzaba ya a pensar en él como en una especie de heraldo del averno.

Aquel concepto le hizo gracia a Bret. Estaban en la cocina; él, sombrero en mano, sonriendo, y las gotas de lluvia brillaban en su impermeable negro como lentejuelas.

—¿Así me tiene etiquetado, Fiona, como recadero de Satán? ¿Y qué forma asume cuando no adopta la del director general?

Fiona estaba en delantal y despeinada, vaciando la máquina lavavajillas. Sonrió, sin soltar un manojito de cuchillos, y movió el labio en un tic nervioso.

—Perdone, Bret —dijo cogiendo un paño y secando la hoja de uno de los cuchillos—. Siempre quedan marcas en los cuchillos —añadió—. Muchas veces me planteo si no sería más rápido fregarlo todo en la pila.

Hablaba de forma mecánica, pensando aceleradamente en Bernard.

—Me ha abierto su encantadora *au pair*^[4], que parecía tener prisa —dijo Bret, desabrochándose el impermeable y descubriendo un traje negro con corbata negra—. Supongo que mi aspecto es un tanto lúgubre, pero es que vengo del entierro de Giles Trent.

Ella no se preocupó de recogerle la prenda ni le invitó a tomar asiento.

—Me ha asustado usted. Esperaba una llamada telefónica de Bernard.

—Puede tardar bastante, Fiona. Bernard ha ido allá a aclarar el fracaso de Brahms Four y nadie sabe dónde se encuentra.

«Allá»: la horrenda palabra. Sintió un estremecimiento.

—¿Cuál ha sido el último contacto?

—¡Tranquilícese, Fiona, tranquilícese! —La veía impávida, como de piedra, lívida, con los cuchillos y tenedores en una mano y un paño en la otra —. No hay motivo para pensar que las cosas hayan ido mal.

—No tenía que haber ido; a él le conocen muy bien. Yo le rogué que no fuese. ¿Cuál ha sido el último contacto?

—Ya sabe cómo le gusta operar a Bernard: sin documentación, sin preparativos, sin contacto de urgencia, sin apoyo local... ¡Nada! Se empeña en trabajar así. Yo estaba presente cuando lo manifestó.

—Sí, lo sé.

—A Bernard le gusta hacerse el tecnócrata, pero cuando trabaja fuera es muy artesanal —dijo Bret, tocándole el brazo para animarla—. Y su historial le da la razón.

Ella no contestó. Bret la observaba. Mecánicamente y con movimientos rápidos sacó los cubiertos y fue metiendo en un cajón cuchillos, tenedores y cucharas, cada uno en su compartimento correspondiente. Cuando acabó, puso el paño húmedo colgando del borde de la mesa para que se secase. Luego se sentó y cerró los ojos.

Bret no se había figurado que estuviese tan nerviosa, pero tenía que decírselo. A eso había venido. Tras una pausa que juzgó conveniente, dijo:

—Todo tiende a señalar que la recibirán allá en cualquier momento dentro de las próximas setenta y dos horas.

—¿A mí?

—Si no son tontos, lo harán. Consideran que está quemada. Más vale que esté preparada.

—Pero si detienen a Bernard...

—¡Olvídese de Bernard! Ha ido él porque es el agente con más experiencia de Berlín. No le sucederá nada. Empiece a pensar en usted.

—Pero ¿y si le detienen?

—Si le detienen, podrá hacer más por él allá que aquí sentada esperando que suene el teléfono.

—Sí, claro; tiene razón.

—Y usted procure no improvisar. Eso déjelo para Bernard. Ahora cálmese y cerciórese de que se lo sabe todo de memoria: nada de contactos, el «comentario» y su cifrado personal de despedida si las cosas salieran mal. La rescataremos, Fiona, pierda cuidado.

Entró un gato que se paró en la alfombrilla de entrada, mirando primero a Bret y luego a Fiona. Ella aproximó con el pie el cuenco de plástico a la

puerta, pero el animal lo olió detenidamente un rato antes de volver a marcharse.

—Me lo he aprendido todo y he roto las notas.

—Una vez allá, no entraremos en contacto con usted durante varias semanas, porque al principio la tendrán en observación.

—Lo sé, Bret.

Contestaba en tono lánguido y él quiso sacarla de aquel estado de abatimiento.

—Tratarán de engañarla. Tiene que estar preparada.

—No me asusta.

—Ya lo sé —replicó él, mirándola con admiración—. Es usted una mujer excepcional.

El cumplido la sorprendió. Se lo había dicho con tono sentido.

—Gracias, Bret.

Quizá bajo aquel impenetrable exterior hubiese un corazón.

—¿Se nos olvida algo, Fiona? Yo he estado repasándolo todo. Imagínese que es realmente el agente que ellos creen... —De pronto chasqueó los dedos—. ¡Dinero! ¿No querrá dejar alguna cantidad para los niños, con algún tipo de instrucciones? ¿O una carta de despedida?

—Mi padre ha dispuesto un fondo para mis hijos. ¿Una carta? No, es muy rebuscado, Bernard hallaría el modo de leer entre líneas.

—¡Dios mío! —exclamó él—. ¿Le cree capaz?

—Bret, llevo muchos años viviendo con Bernard y nos conocemos muy bien. Con toda sinceridad, no sé cómo hemos podido mantenérselo oculto tanto tiempo.

—Ya sé que ha habido momentos en que ha sido duro —dijo Bret—, pero lo ha hecho usted muy bien. —Miró el reloj—. Bien, la dejo. La conozco de sobra y sé qué querrá estar un rato a solas para pensar. Tómese tiempo para descansar y esté preparada. Planaremos su viaje de modo que podamos acompañarla hasta el último momento.

Ella le miró, preguntándose qué sucedería si no podían acompañarla, pero no dijo nada.

—¿Debo comunicarle si Bernard telefonea?

—No es necesario. Le tengo intervenido el teléfono —volvió a mirarse el reloj— desde hace una hora. Si quiere algo, estaré en casa. Bueno, si no me equivoco, ahora empieza la cuenta atrás —añadió abrochándose el impermeable.

Ella esbozó una sonrisa triste.

—Buena suerte, Fiona. Hasta la vista. —Iba a besarla, pero ella no parecía desear semejante efusión, por lo que optó por dirigirle un guiño, que ella correspondió con una sonrisa.

—Adiós, Bret.

—Supongamos que es un embrollo del KGB; supongamos que los rusos la detienen y al marido también, y luego nos fuerzan a algún trato.

Sylvester Bernstein llevaba una gabardina con forro de lana, la clase de prenda propia de quien se dedica a trabajos de vigilancia.

—Ya nos preocuparemos de eso cuando suceda —respondió Bret. Tiritaba. No esperaba que aquella noche fuese a hacer tal frío; ni siquiera en Escocia.

—Vas a estar apañado con dos agentes muertos.

—No serían los únicos.

—¿Es la política oficial?

—Una vez que muere un agente colocado, no hay segunda posibilidad ni plan de retirada —dijo Bret.

—¿Y eso lo sabe la señora Samson? —inquirió Bernstein.

—Si no es tonta, claro que lo sabe. No podemos garantizar el recuperarla viva, y, aunque lo hagamos, estará destrozada. La simple preparación para la misión la ha afectado enormemente. Antes era dulce, amable y confiada, y ahora ha aprendido a ser dura y cínica.

—Muy bonito, Bret —comentó Bernstein.

Así pues, Bret también estaba afectado, y las tonterías que decía eran su manera de disipar su preocupación por Fiona Samson. Ya había visto él a otros oficiales de caso en circunstancias similares, dado que muchas veces desarrollaban una vinculación emocional con el agente a quien dirigían.

Bret no contestó. Se recostó aún más en el muro del edificio en ruinas en el que se habían guarecido de aquella lluvia que el viento traía desde el mar. Era una noche de perros, una especie de Götterdämmerung que sólo en aquel trozo de costa desértica podía apreciarse. El mar estaba negro, pero una especie de abrelatas, torpemente utilizado, rasgaba un segmento del horizonte, descubriendo un violento tropel de rojos y malvas iluminados por las fantasmagóricas descargas de la tormenta eléctrica. ¡Qué noche para dar el adiós a la patria! ¡Qué noche para hallarse a la intemperie!

—Es un lugar bien desolado —comentó Bernstein, que había estado en muchos parecidos.

—Esto era una base de submarinos —dijo Bret—. La última vez que estuve aquí, ese fondeadero se veía lleno de barcos de guerra ingleses.

Bernstein lanzó un gruñido, se subió el cuello de la gabardina y lo utilizó de biombo para encender un cigarrillo.

—En la marina lo llamaban Peafowl de Su Majestad —prosiguió Bret—, pero la marinería decía el Meadero de Su Majestad. En aquella época, ese malecón de ahí era muy largo y había tantos cargueros y submarinos, que se habría podido cruzar la ensenada andando sobre ellos.

—¿De eso, cuánto tiempo hace? —inquirió Bernstein, expulsando humo y escupiendo una hebra de tabaco que se le había pegado al labio.

—Al final de la guerra. Había submarinos por todas partes. Ese trozo de asfalto era el campo de instrucción que los reclutas llamaban «el alcázar». Los ingleses tienen verdadera obsesión por el desfile, la instrucción y los saludos; es ritual en las festividades, las ceremonias de castigo, para rezar, para comer, llueva, haga sol o nieve; por la mañana y por la tarde y hasta en domingo. Donde estamos ahora mismo era el cine, y esos bloques de hormigón que bordean los caminos son los cimientos de los cobertizos de metal cilíndrico; filas y filas de ellos.

—Y habría también cocinas —dijo Bernstein, llevándose el cigarrillo a la boca para mirar con sus prismáticos de visión nocturna las aguas de la bahía.

—Me cuesta creer que todo haya desaparecido. Durante la guerra habría aquí ocho mil hombres por lo menos, incluidos los del servicio de mecánica del otro lado de la bahía.

—Nunca habría imaginado que hubieras sido marino, Bret.

—Lo fui sólo media hora —contestó Bret, a quien siempre le producía complejo haber sido clasificado inútil para el servicio.

El capitán de su submarino, indignado por haberse visto obligado a desembarcarlo, le había motejado de Jonás, y Bret, que para alistarse voluntario había falseado su edad, nunca olvidó aquel vituperio.

—Media hora; pues igual que yo con el budismo. Quizá bastara así.

—Yo la fe no la perdí —replicó Bret.

—¿Qué estabas en la marina norteamericana? —inquirió Bernstein, no muy seguro de si Bret había estado ya por entonces con los ingleses.

—No, en los submarinos alemanes —contestó Bret con voz ronca—. Me concedieron la Cruz de Hierro de primera clase.

—Barcos de cerdos ¿eh? —dijo Bernstein, fingiendo interés para calmarle.

—Submarinos. Nada de barcos de cerdos; ¡submarinos!

—Bueno, pues ahora estás con otro submarino, y de los rusos —replicó Bernstein, que miró el reloj, un modelo pasado de moda con manecillas luminosas, otro objeto adquirido en la época en que empezó a hacer trabajos de vigilancia.

—Llegan tarde pero se presentarán —dijo Bret, sin contestar a la insinuación—. Siempre lo hacen de esta manera.

—¿Aquí? ¿Siempre aquí?

—Es que no es fácil encontrar un lugar que permita a un submarino acercarse a la costa, un sitio en que alguien desde tierra pueda botar fácilmente al agua una chalupa hinchable y que esté lejos de muelles y centros habitados.

—Ya lo creo que tardan. ¿En qué coche viajan? —inquirió Bernstein mirando por los prismáticos—. ¿En un Lada? ¿O en uno de esos de motor de dos tiempos?

—Y, además, hay profundidad —añadió Bret—, con fondo de arena y grava fina. El fondo tiene que ser blando para no poner en peligro el casco. Sí, éste es su punto de aproximación; una de las pocas zonas de desembarco en la que los soviéticos se arriesgan a acercarse a un submarino por la noche.

—Toma los prismáticos; creo que he visto movimiento en el agua —dijo Bernstein tendiéndoselos—. Más allá de la punta del malecón.

—¡Déjalo! No se verá nada. Hasta que no reciban una señal no emergerán, y la señal no la recibirán hasta que no estén aquí los pasajeros.

—¿Y los ingleses no los detectan con el ASW..., el sonar, el radar, o lo que tengan?

—No, es imposible. Podría hacerse, pero entonces cabe la posibilidad de que, por medio de la interceptación, los rusos se percaten de que los han descubierto. Es mejor que no sepan que los observamos.

—Claro.

—Habría podido encomendar la detección a un buque de la marina, pero los habría espantado. No te impacientes. Ya llegarán.

—¿Y por qué no con un avión, Bret? ¡Submarinos! ¡Dios, qué peliculeros!

—¿En avión? Esto no es Vietnam. Los aviones hacen ruido y son muy visibles; demasiado riesgo para algo tan importante como esto.

—¿Y adónde se dirigen a continuación?

—Van cerca: a la Alemania del Este. Tienen instalaciones para submarinos en Sassnitz, y de ahí van en transbordador a Estocolmo, y luego en avión hasta Berlín.

—¡Vaya viajecito! ¿Y por qué no van en tren desde Sassnitz a Berlín?

—Son gente enrevesada y les gusta que sus agentes entren por Occidente. Les parece mejor así —contestó Bret—. Voy al coche a telefonar. Desde que salieron de Londres los sigue un coche.

Bernstein hizo una mueca. Su confianza en la seguridad inglesa y en sus equipos de espionaje, incluida su habilidad para seguir a un coche, era escasa.

Bret Rensselaer tomó por una calzada y subió una escalinata destrozada hasta el lugar en que habían dejado el coche, oculto tras el último muro que quedaba en pie de Sick Bay, donde en 1945 un capitán de submarino le había desembarcado ignominiosamente por haber sufrido una caída de una escala durante una misión de patrulla por el Atlántico.

Antes de entrar en el coche miró hacia el mar. El agua era como jarabe negro y el horizonte se iluminaba cada vez más conforme avanzaba la tormenta. Lanzó un suspiro, cerró la portezuela y telefoneó al otro coche:

—¿Johnson?

—Al habla Johnson —contestaron inmediatamente.

—Aquí Boswell. ¿Dónde demonios estáis?

—Hay un imprevisto, Boswell. Nuestros amigos han tenido una pequeña colisión con otro coche.

—¿Hay heridos?

—No, pero ha habido una tremenda discusión con acusaciones de ebriedad y han llamado a la policía.

—¿Estáis aún muy lejos?

—A una hora aproximadamente.

—Que se pongan en marcha, Johnson. Haced lo que sea. ¿No lleváis un oficial de policía?

—Sí, aquí está.

—Pues que lo arregle él. ¡Y pronto!

—Se hará, Boswell.

—Y me telefoneáis en cuanto estén de nuevo en camino. Espero en el coche.

—Se hará.

El aparato emitió la señal de desconexión y Bret lo colgó en el soporte. Alzó la vista y vio a Bernstein junto al coche.

—Monta y caliéntate —le dijo—. Una hora más, por lo menos.

—¿Va todo bien? —inquirió Bernstein, entrando en el coche y repantigándose—. Empieza a llover.

—Daba por descontado que algunas veces tendría que limpiar el culo a los ingleses —dijo Bret—, pero no me imaginaba que iba a tener que hacerlo con

los rusos.

—Verdaderamente, esto lo diriges tú, Bret. Supongo que sabrás lo que te haces.

—Si lo hago yo es porque soy el único capaz —respondió él, poniendo en marcha el motor y encendiendo la calefacción.

—¿A quién pertenece esto ahora? —inquirió Bernstein, mirando los abandonados edificios de ladrillo que habían sido oficinas.

—Al almirantazgo inglés.

—Estos rusos tienen suerte —dijo Bernstein, metiéndose la mano en el bolsillo.

—Nos viene bien —repuso Bret—. Así los tenemos bien localizados. No fumes, por favor, Sylvy —añadió, alzando la mano—. Que me ataca la sinusitis.

Bernstein permaneció moviendo las manos, dudando entre si fumar fuera o seguir sentado calentito, privándose de ello. Bret observaba su manera de frotarse las manos y, al cabo de cinco minutos de quietud y silencio, dijo:

—¿Te encuentras bien?

—Estaba meditando —replicó Bernstein.

—Perdona.

—No pasa nada.

—¿En serio que te hiciste budista? —inquirió Bret.

—Sí. En Vietnam. Budismo zen. Vivía con una camboyana preciosa y ella me enseñó meditación. Lo cogí con ganas.

—Pero tú eres judío.

—No son religiones incompatibles —contestó Bernstein—. La meditación me vino bien cuando estuve prisionero.

—¿Del Vietcong?

—Sólo unas doce horas. Me sometieron a interrogatorio —calló un instante, como recordando lo mal que lo había pasado—, y cuando recuperé el sentido estaba a oscuras; me desaté y escapé a rastras por la jungla.

—No sabía yo eso, Sylvy.

—¿Y quién quiere saber nada de Vietnam? A los excombatientes bien que los vapulearon todos, desde la Casa Blanca hasta la prensa liberal. Eso es bien deprimente. Por eso me vine a vivir a Europa.

—Mira qué luz hay. Vamos a tener un buen temporal. Seguro que no gustaría tener que zarpar esta noche.

—No ha dejado de ver a ese Kennedy hasta el último momento.

Bret volvió la cabeza en un brusco movimiento que traicionó su sorpresa.

—A mí me juró que todo había acabado.

—¿Cuántos maridos envían a su esposa una docena de rosas rojas de tallo largo para invitarlas a tomar el té?

—¿Estás seguro?

—Lo de las flores no falla.

—¿Qué quieres decir?

—Bret, cuando las cosas me iban mal, para ganarme la vida aceptaba trabajar en casos de divorcio. Si quieres verla, hasta podría conseguirte la factura de la florista.

—Tendremos que abrir una investigación a ese Kennedy —indicó Bret.

—La última vez no encontramos nada. Verificamos su currículum médico y el servicio militar, y en la clínica en que presta sus servicios dijeron que era muy trabajador y responsable. De todos modos, ahora ya es un poco tarde, ¿no? Ella está ya a punto de embarcarse en esto.

Bret se le quedó mirando. Sylvy Bernstein no le decía más que lo estrictamente necesario, pero era un tipo que llevaba toda su vida en el mundillo del espionaje y sabía lo que estaba sucediendo.

—Pero necesitamos saberlo —replicó.

—Fue mucha casualidad ese modo de ligarla en la estación de Waterloo, ¿no crees? —preguntó Bernstein, frotándose la barbilla. Tenía una barba dura y necesitaba un afeitado—. Aleatorio es la palabra justa; la leí en un libro.

—Es una mujer muy atractiva —dijo Bret, repitiendo lo que Bernstein tantas veces había dicho, relativizando la idea de que a él le gustase.

—Y él, un psiquiatra muy tranquilo. Pero ¿es realmente el tipo de tío que liga mujeres en una estación?

Bret no acababa de aceptar los hechos.

—Fue una circunstancia particular, Sylvy. Se había fugado la hija de Kennedy. Ya oíste al policía de ferrocarriles. Me dijiste...

—Okay, sí, pero era la hija de su primo y Kennedy es canadiense. No va a ser fácil una investigación completa y un tipo que da un nombre falso a la policía, es muy posible que lo haya hecho también en otros casos. Pero no sé por qué hablo más de lo que estoy obligado a hacer... Por necesidad de dinero.

—Mejor será que lo investiguemos a fondo, Sylvy —insistió Bret, como si se tratase de la primera iniciativa cuando, en realidad, las indagaciones previas sobre Kennedy no habían dado ningún resultado incriminatorio, aunque las pesquisas sobre extranjeros, y más los que viajan mucho, eran muy dificultosas a veces. Quizá habrían debido investigar más a fondo desde un

principio, pero a él le había sorprendido tanto el hecho de que Fiona engañase a su marido, que no se había detenido a pensar en la conveniencia de un minucioso escrutinio de aquel tipo. Pero, evidentemente, era algo elemental. Si el KGB iba a utilizar sus servicios en un puesto importante, era de cajón situar a alguien muy próximo a ella. Muy próximo. ¿Y qué mejor que un amante? Los cerebros del KGB siempre funcionaban así—. Hazle una comprobación a fondo, Sylvvy —añadió—. Partida de nacimiento, ficha informatizada de la policía canadiense y de Washington. Y comprueba su titulación médica y el servicio militar. Que hablen con sus vecinos, colegas, amistades y parientes. El procedimiento completo. Tus métodos son más rápidos que si lo pido yo a través de los canales oficiales.

—¿Qué tengo que buscar?

—¡Por Dios, Sylvvy! Imagina que ese Kennedy resulta ser un confidente del KGB...

—¡Okay! Me daré la mayor prisa posible, Bret, pero en estas cosas no hay que precipitarse para hacerlo con discreción, y yo sé que te interesa que no trascienda nada.

—Una docena de rosas rojas —dijo Bret—. En fin, a lo mejor descubrimos que se las envió su hermana o su padre.

—Creo que voy a estirar las piernas —observó Bernstein, que no podía con la tortura de aguantar sin fumar.

LONDRES. MAYO de 1983

La defección de Fiona —pese a las medidas que tomó el departamento para que no se filtrara a la prensa ni a la televisión— causó sensación entre su círculo íntimo.

De los que aquel día se hallaban trabajando en el departamento, era Bret Rensselaer el único que conocía los detalles de la desertión. Él tenía asignada una secretaria provisional, rubia de diecinueve años, con cargo de «oficial ejecutivo», llamada Gloria Kent, porque se las había ingeniado para que la llamativa joven le fuese cedida de ayudante, ya que su presencia en el despacho fortalecía su ego tan malparado tras el abandono de su esposa. Sola en el despacho de Bret, Gloria fue la primera en enterarse de que a Bernard Samson acababan de detenerle en Berlín Este. Y se quedó atónita.

Gloria Kent estaba colada como una colegiala desde que había conocido a Bernard Samson en el trabajo, y no era de extrañar que sus sentimientos se le leyeran en la cara al comunicar la mala noticia a Bret Rensselaer, pues, tras un grave silencio, Bret le aseguró:

—Al señor Samson no le pasará nada.

—¿Quién va a comunicárselo a su esposa? —inquirió Gloria.

—Síntese —dijo Bret, y Gloria así lo hizo—. Según las últimas informaciones, también la señora Samson está en Alemania del Este.

—El coche del marido está en el aparcamiento de pago lleno de multas.

Bret hizo caso omiso de la nueva complicación.

—Señorita Kent, no quiero que esto se difunda por la oficina. Se lo digo porque la necesitaré para que me ayude a disipar temores y a frenar rumores absurdos —la miró y ella asintió con la cabeza—. Hay que asumir la defección de la señora Samson, pero no hay fundamento para pensar qué su marido fuese cómplice de sus actividades.

—¿Y qué va a ser de los niños?

Bret asintió con la cabeza. Aquella señorita Kent pensaba rápido: era precisamente una de las cosas que él estaba cavilando.

—Tienen una niñera. He estado telefoneando a Tessa Kosinsky, hermana de la señora Samson, pero nadie contesta.

—¿Quiere que me acerque a su casa y llame a la puerta?

—No; tenemos personal para ese tipo de cosas. Tenga el número de teléfono y siga intentándolo. Y el del despacho del marido lo tengo apuntado en mi agenda de cuero en Kosinsky International Holdings. Mire a ver si él sabe dónde está su esposa. Dígale simplemente que el matrimonio Samson ha retrasado el regreso de un servicio en el extranjero. Yo voy ahora a casa de los Samson. Llámeme allí para decirme lo que averigüe. ¡Ah! Y diga al armero de guardia que voy a bajar por una pistola.

—Sí, señor.

La muchacha fue a su mesa y comenzó a efectuar llamadas telefónicas. La idea de que Fiona Samson se hubiese pasado a los comunistas era para ella demasiado abrumadora para permitirle pensar en las consecuencias. Todo el departamento había sido testigo del ascenso imparable de Fiona Samson: era un modelo, una de esas personas de increíble estrella que jamás dan un paso en falso. Y era inevitable no sentir envidia, porque era una mujer guapa de familia rica, que había dejado huella en Oxford. Cocinera excepcional, anfitriona encantadora, con dos hijos y un marido nada corriente, que Gloria codiciaba en secreto.

—Diga —contestó una voz estrepajosa y somnolienta—. ¡Aaah! ¿Qué hora es? ¿Quién llama?

Era Tessa, que dormía hasta las once, y a quien Gloria acababa de despertar con la llamada telefónica. La informó de que al señor y a la señora Samson los habían detenido en el extranjero sin que hubiera podido evitarse y le preguntó si le era posible llegarse a casa de los Samson para hacerse cargo de los niños. Se lo decía en el tono más natural posible.

Tardó unos instantes en disipar los temores de Tessa de que su hermana hubiese sufrido un accidente, pero Gloria supo estar con su amabilidad a la altura de las circunstancias, y Tessa pensó que lo mejor para saber más detalles era acercarse a casa de su cuñado y hablar con Bret Rensselaer.

Tessa se maquilló en tiempo récord, encontró la gorra Chanel que siempre se ponía cuando iba despeinada y se echó por los hombros un abrigo plisado de viaje en coche. Asomó la cabeza por la puerta del despacho en el que su marido examinaba en el ordenador precios de acciones y le puso al corriente de lo poco que sabía.

—¿A los dos? Pero ¿qué es eso? —dijo él.

—Ni él ni ella habían avisado que se fueran de viaje —añadió Tessa.

—No lo cuentan todo —replicó George, acostumbrado a los secretismos de la familia de su mujer.

—Este asunto no me gusta —replicó Tessa—. Ya me imaginé yo que sucedía algo para cuando Fiona me dijo que cuidase su abrigo de pieles.

—¿Hay algo para almorzar? —inquirió George.

—En el congelador tienes menestra casera de pollo.

—¿Estará buena? Tiene fecha de 1981.

—Me he pasado horas guisándola —repuso Tessa, ofendida porque sus escasas incursiones culinarias no fueran apreciadas.

Cuando llegó a casa de los Samson, los dos fortachones que había enviado Bret estaban enrollando los monos que habían revestido para registrar las planchas del suelo y cada milímetro de la polvorienta buhardilla, y el propio Bret Rensselaer, en impermeable negro, estaba de pie delante de la chimenea, acabando de tomar un café.

Había visto hacía poco a Tessa en Whitelands y, sin preámbulos, explicó:

—La señora Samson ha hecho un viaje al Este. —Dejó la taza en la repisa de la chimenea—. De momento, los niños necesitan a alguien que los atienda... Parece que la niñera se lo ha tomado con calma, pero la presencia de usted resultará esencial.

Bret había insistido en que Fiona contratase a una muchacha de confianza, capaz de superar una investigación oficial de Seguridad, y la que tenía en aquel momento era hija de un inspector de policía. Fiona se había quejado de vez en cuando de que no era muy eficaz con los niños, pero ahora la previsión de Bret daba sus frutos.

—Naturalmente —contestó Tessa—. Haré cuanto esté en mi mano.

—En este momento no disponemos de muchos datos —prosiguió Bret—, pero, resulte lo que resulte, no habrá comentarios oficiales. Si hay llamadas de los periódicos, o de algún excéntrico, diga usted que es la asistente. Apunte el número de teléfono y llame a mi despacho.

No le decía que las llamadas de aquel teléfono estaban intervenidas y que dos hombres armados vigilaban la casa para el caso de que Moscú intentara raptar a los niños.

En aquel momento salió Billy de la cocina, donde la niñera freía huevos y salchichas para el almuerzo.

—¡Hola, tía Tessa! Mamá está de vacaciones.

—¡Qué gracioso!, ¿no? —replicó Tessa, agachándose a besarle—. Nosotros también vamos a pasarlo muy bien.

Billy permanecía quieto; miró a Bret un instante y luego se armó de valor para preguntar:

—¿Puede enseñarme su pistola?

—Pero ¿cómo...? —exclamó Bret ruborizado, cosa rara en él.

—Dice la niñera que lleva una pistola en el bolsillo y que por eso no se quita el impermeable.

Bret se humedeció los labios nervioso, pero, antes de que le diera tiempo a encontrar una respuesta, la pequeña Sally, de siete años, apareció por la puerta de la cocina y agarró a su hermano del brazo.

—Dice la chacha que vengas a la cocina a almorzar.

—¡Vamos, niños! —terció Tessa—. Almorzaremos juntos y luego os llevaré a un sitio muy bonito a merendar.

Dirigió una sonrisa a Bret y él asintió con la cabeza, agradecido.

—No estaré mucho rato —dijo.

Había oído que Tessa Kosinsky tomaba drogas duras, pero aquel día, ¡a Dios gracias!, parecía muy normal.

En el comedor, la niñera estaba ya sirviendo el almuerzo. Había puesto la mesa grande para cuatro, como adivinando que Tessa les acompañaría.

Una vez que los dos técnicos recogieron los instrumentos de detección, Bret echó una ojeada por su cuenta a la casa. Arriba, en el lado de Fiona de la cama matrimonial, había un camisón muy bien doblado sobre la almohada. En la mesilla vio un libro de la biblioteca del departamento; lo cogió y, al ojearlo, descubrió una tarjeta de colores que anunciaba un «salón de belleza y peluquería» de Sloane street, a guisa de señal. Permaneció en el cuarto un instante, deleitándose por hallarse en la intimidad del dormitorio de ella. Desde la perspectiva de la seguridad no había de qué preocuparse: los Samson trabajaban en el departamento hacía tiempo y eran muy cuidadosos.

Cuando se marchaba, oyó decir a Billy:

—Pues seguro que ha disparado contra mucha gente.

Bernard Samson había sido detenido en un Biergarten próximo a Müggeleimer Damm, un bosque que se extendía hasta orillas del Müggelsee. El millar aproximado de personas ebrias que celebraban el Himmelfahrt, o día de la Ascensión, había servido para crear la aglomeración y confusión que Bernard y su amigo de la infancia Werner Volkmann aprovecharon para

ayudar a pasarse a Occidente a dos ancianos fugitivos. No era un acto de simple filantropía, porque uno de ellos era agente del departamento.

Werner y los otros dos habían logrado huir, mientras Bernard efectuaba una maniobra de diversión, audacia que tiempo tendría que lamentar. Ahora le tenían encerrado en un despacho del último piso del Ministerio de Seguridad del Estado, un enorme bloque de oficinas en Frankfurter Allee.

Aquel despacho no era como las celdas del sótano —de las que a veces no salían los detenidos—, pero su resistente puerta y sus ventanas enrejadas, aparte la dificultad de pasar de una planta a otra en un edificio en el que los pasillos contaban con la doble vigilancia de cámaras de televisión y guardias armados, bastaban para que cualquiera que estuviese en sus cabales desechara todo intento de fuga.

A Bernard le había interrogado un amable oficial del KGB llamado Erich Stinnes, que hablaba el mismo tipo de alemán berlinés que él había aprendido de pequeño, y que, en muchas cosas, estaba completamente de acuerdo con él.

—¿Para quién son los ascensos y los buenos sueldos?... Para los cabrones vinculados al partido —decía Stinnes con amargura—. Suerte tienes de no verte con el aparato del partido constantemente en contra tuya.

—Allí existe lo mismo —replicó Bernard—, sólo que se llama Eton y Oxbridge.

—¿Qué clase de estado proletario es éste? —añadió Stinnes.

—¿Estás grabando la conversación? —inquirió Bernard.

—¿Para qué me metan en la cárcel contigo? ¿Me tomas por loco?

Era la clase de tratamiento blando, que solía ir seguido de una sesión dura con un tipo feroz de enfurruñadas cejas; pero en esta ocasión Stinnes aguardaba a «un coronel del KGB de Moscú», que resultó ser Fiona Samson de Londres.

Por entonces, Bernard Samson ya había comenzado a sospechar lo que iba a suceder, pues algunas de las pistas que Bret Rensselaer había magistralmente facilitado a los del bando contrario habían sido captados por un Bernard cada vez más preocupado.

El brutal descubrimiento de que su mujer era coronel del KGB significaba una traición de tal magnitud, que se sentía físicamente indispuerto; pero la impresión —y la angustia— era, en definitiva, igual a la que experimenta un marido burlado. Para todo individuo existe un umbral máximo del dolor.

En el caso de Fiona, el dolor se acrecentaba por la mala conciencia de hacer sufrir a un hombre que la amaba. Estaba muy cansada aquella mañana en que le trajeron a Bernard, y el viaje le había producido una rabiosa cefalea.

Era una prueba —quizá la más terrible de todas— de su habilidad, su convicción y su decisión de seguir adelante, aun a costa del desprecio y la repulsa de su marido.

Le hizo pasar un guardia. Sucio y sin afeitar, sus ojos se clavaron en ella de un modo desconocido para Fiona. La entrevista fue horrorosa, pero ella desempeñó su papel con la decisión de que Bernard no detectase la menor fisura. Sólo su desesperación le serviría de escudo.

Había una bandeja con cafetera y tazas en el escritorio, pero Bernard no quiso probarlo.

—¿Hay algo de beber en este despacho? —inquirió.

Fiona encontró una botella de vodka y se la dio. Él se sirvió en una taza y bebió un buen trago de golpe. ¡Pobre Bernard! De pronto, veía aterrada que aquello iba a ser el comienzo de una tremenda borrachera.

—Deberías beber menos —le dijo.

—Tú no me lo facilitas —replicó él, sonriendo entristecido y sirviéndose más.

—El DG enviará a buscarte, por supuesto —añadió ella con más entereza de la que sentía—. Puedes decirle que la política oficial por nuestra parte consiste en no dar ninguna publicidad a mi defección. Imagino que le vendrá bien, después de los escándalos que se han dado el año pasado en el servicio.

—Se lo diré.

Fiona le miró y vio que estaba verde.

—Siempre te sienta mal beber con el estómago vacío. ¿Te encuentras mal? ¿Llamo a un médico?

—Eres tú quien me pone enfermo —replicó él.

Eso sí que no se lo aguantaba. Pisó el botón del suelo y entró el guardia para llevárselo. En contra de lo aprendido en teórica y de lo que su juicio le dictaba, balbució:

—¡Adiós, pues, querido! ¿Me das un beso de despedida?

Pero Bernard lo interpretó como refocilación por su parte.

—No —contestó, dándole la espalda.

Una vez que Bernard fue conducido al punto de control Charlie y puesto en libertad, Fiona fingió cansancio y volvió a la suite del hotel que le habían dispuesto como alojamiento provisional; se dio un buen baño caliente, se tomó dos píldoras de un somnífero y se acostó. Durmió veinticuatro horas seguidas, y al despertarse hubo un instante en que creyó que había vivido una pesadilla y se hallaba en Londres sin ningún tipo de complicaciones. Se tapó

la cabeza con las sábanas y permaneció quieta hasta asumir la realidad de encontrarse en aquel extraño ambiente.

Tras la horrible entrevista con su marido, la llegada e instalación de Fiona en el Berlín Este resultó más soportable. El interrogatorio parecía no acabar nunca, pero Bret Rensselaer había pensado en todo y las respuestas preparadas parecieron satisfacer a sus inquisidores.

El jefe del personal del KGB no había regateado esfuerzos para acomodarla lo mejor posible, y el minúsculo apartamento con su dura cama y cocina pasada de moda no tenía punto de comparación con las viviendas atestadas y las cocinas y cuartos de baño de la mayoría de la población de la R. D. A.

Su despacho en el edificio del mando operacional conjunto del KGB y la Stasi era luminoso y contaba con una alfombra nueva de piel de borrego y un escritorio de madera de pino finlandés. Eran detalles considerados símbolo de categoría; y, lo que era más importante, le habían asignado un secretario de cincuenta años, llamado Hubert Renn, que hablaba ruso, algo de francés, un poco de inglés y sabía taquigrafía. Renn era un comunista de línea intransigente de un estilo de los que sólo se daban en Berlín, clase ya casi extinta. Hijo de un albañil, se había criado con sus quince hermanos y hermanas en una oscura vivienda de tres habitaciones de una calle adoquinada de Wedding. En los años veinte, el Wedding rojo lo componía un vecindario comunista tan radical que se regía por un reglamento comunalista controlado por funcionarios del partido. La madre de Renn había estado afiliada al ISK o Internationaler Sozialistischer Kampfbund, grupúsculo político tan estricto que sus afiliados rechazaban la bebida, el tabaco y la carne; pero lo había abandonado al casarse, dado que sólo se permitía la afiliación a obreros con pleno empleo.

Bajo de estatura, ágil, subalimentado y siempre combativo de espíritu, Hubert Renn era además eficiente. Característico de su frugalidad y sentido práctico era aquel detalle de que se volvía la solapa de la chaqueta y mostraba una serie de alfileres, imperdibles y hasta una aguja.

Cuando Fiona vio por primera vez a su recién nombrado secretario, pensó que le conocía de antes; confusión originada en los recuerdos que conservaba de la gente que había visto en antiguas fotografías de las calles de Berlín. Pese a ello, comprobó que Renn era muy distinto a nadie que ella conociera. Con su grueso cuello, rostro rubicundo, truculento, dientes estropeados y pelo corto, rebelde a peine y cepillo, Renn era un personaje brechtiano.

El bajito Hubert Renn había padecido el marxismo-leninismo ya desde la bañera de hojalata abollada que le había servido de cuna. En su fundamentalismo militante, el ISK rechazaba la teoría de Marx de la quiebra inexorable del capitalismo, y la necesidad de lucha violenta era un concepto que él había escuchado en interminables discusiones en labios de sus padres, por lo que, tras semejante infancia, nadie tenía nada que enseñarle en cuanto a fraseología política de la extrema izquierda. Hasta Pavel Moskvín, un rufián respaldado por Moscú con quien Fiona había tenido unas palabras aquella misma mañana, era incapaz de superarle en debates ideológicos. Pero Renn no se andaba con definiciones remilgadas sobre «la vía alemana al socialismo», ni perdía mucho el tiempo elucubrando a propósito de por qué en el vital Parteitag de abril de 1946 el partido había presentado unas aspiraciones basadas en Marx y Engels y no en Lenin y Stalin. Renn —que había participado en aquel histórico congreso— prefería preguntar con cierta sorna por qué se había celebrado en el teatro Admiralspalast, local famoso por «las comedias de moda».

A Fiona le contó que su padre era anarquista, en cierta ocasión en que hablaban de las herejías del comunismo, y aquello daba la clave del carácter de Renn; porque éste era también un anarquista de corazón. Fiona se preguntaba si él mismo se daría cuenta. Quizá todo le importaba un bledo: una persona que tanto había esperado que llegara el milenio, tenía que ser así. La definición que Renn daba de Pavel Moskvín —«un rufián respaldado por Moscú»— se la había confiado por propia iniciativa aquella mañana antes de que ella se entrevistara con él. Y Renn tenía pocos pelos en la lengua hablando de cualquiera de los del edificio.

Durante las dos primeras semanas, Fiona había tenido la sospecha de que aquel individuo estafalario se lo habían asignado con idea de que desempeñara una especie de papel de agente provocador, o porque nadie de los que trabajaban allí se llevaba bien con el extraño individuo, pero no tardó en darse cuenta de que en la R. D. A. la estructura burocrática no funcionaba así. Ni siquiera a los funcionarios de mayor categoría les era tan fácil disponer del secretario que desearan, y el viejo Renn no debía de ser un agente provocador fácil de controlar. No, allí a todos se les asignaba el puesto de trabajo según lista del departamento de personal, y Fiona, por su categoría, tenía derecho a un funcionario de la veteranía de Renn y se daba la circunstancia de que el jefe de éste acababa de jubilarse una semana antes de que llegara ella.

Fiona y el secretario habían pasado todo el miércoles en un modesto centro de conferencias en Kópenick Altstadt en la periferia boscosa de Berlín; allí fue testigo de las prolijas discusiones, ásperas a veces, entre sus colegas. Habían acudido altos funcionarios de seguridad de Polonia, Checoslovaquia y Hungría para examinar la cuestión de los grupos partidarios de la reforma política, aún algo imprecisos y desorganizados, así como de las asociaciones religiosas del bloque Este. No era fácil llegar a un acuerdo sobre una política general para hacerles frente. La información que estaba recogiendo satisfacía a Fiona porque era exactamente la clase de datos que tanto apreciaba Bret Rensselaer, y aquella preocupación que mostraban los comunistas encargados de seguridad interior corroboraba en todos los aspectos las conclusiones de Bret. Tendría formulada la síntesis para cuando estableciera contacto con Londres.

Seguía pensando en lo que se había discutido en la reunión mientras esperaban el coche que los devolvería al Mitte. Al resto de los conferenciantes los había recogido un autocar del parque móvil oficial, pero Fiona tenía derecho a coche. Los automóviles, más que ninguna otra gabela o privilegio, eran símbolo de categoría y en la R. D. A. era importante exteriorizarla. Aguardaron al coche.

Mientras lo hacían, se dedicó a pasear por la orilla del río, admirando aquellas calles adoquinadas y los barrocos y viejos edificios. La iglesia y el ayuntamiento de Kópenick, rodeados de arboledas, estaban situados en una isleta dividida en dos por el río Spree. En la isla contigua de Schlossinsel había un lujoso palacio del siglo XVII, en cuyo magnífico Wappensaal^[5] se había celebrado el juicio de Federico el Grande por deserción. Estando allí, el ritmo lento con que se reconstruía el Berlín Este suscitaba auténtico entusiasmo y era fácil imaginarse el Kópenick de la época en que el famoso falso capitán había irrumpido en la ciudad, comprobando el respeto que los alemanes sienten por cualquier uniforme militar, independientemente de quién lo vista.

Esperaba que con el aire fresco se le pasara el dolor de cabeza; últimamente le afectaban demasiado aquellas atroces cefaleas. Era la tensión, por supuesto, pero el reconocerlo no hacía en absoluto más soportable el dolor.

—Herr Renn —dijo, dirigiéndose al secretario, a quien no trataba por su nombre de pila.

Renn estaba contemplando el tráfico que discurría por el puente. No tardaría el Este en estar plagado de coches, igual que Occidente. El hombre

volvió la cabeza.

—¿He olvidado algo, frau direktor?

—No, a usted nunca se le olvida nada; es el funcionario más eficiente de la central.

Él asintió con la cabeza. Lo que decía era cierto, bien lo sabía él.

—¿Me tiene usted confianza, herr Renn? —inquirió ella para turbarle.

—No la comprendo, frau direktor —replicó el hombre mirando en derredor: no había nadie por allí cerca, sólo trabajadores y gente que volvía a casa después de hacer compras.

—Es que yo nunca recibo las actas de las reuniones hasta última hora de la tarde del día siguiente. ¿A qué se debe?

—Las actas se envían a todo el mundo a la vez —respondió él con taimada sonrisa—. Todo funciona despacio: éste es el motivo. —Un gran autocar con aire acondicionado cruzaba el puente. Del interior les llegó la voz chillona del guía, pero sólo entendieron claramente «el capitán de Köpenick». El vehículo pasó ante ellos con parsimonia perdiéndose entre la arboleda—. Nunca visitan el museo de arte del castillo —añadió Renn cabizbajo—, sólo les interesa el ayuntamiento en el que el guía cuenta la historia del zapatero que compró un uniforme de capitán en un casa de empeños, asumió el mando de unos granaderos fuera de servicio y detuvo al alcalde y al tesorero. Y se echarán a reír todos entre comentarios de lo tontos que son los alemanes.

—Sí —dijo Fiona.

Pese al castillo, los frondosos bosques y sus cristalinos lagos y ríos, lo único que de Kópenick recuerda la gente es la historia del capitán.

—Lo triste es —añadió Renn— que ese pobre zapatero, Wilhelm Voigt, no pretendía apoderarse de los fondos municipales, sino obtener un permiso de residencia, pero en Kópenick no existía un negociado que pudiera expedírselo. Él no era berlinés, ¿comprende?, y la aventura fue un fracaso.

—Yo tampoco soy berlinesa, ni siquiera alemana... —comenzó a decir Fiona.

—Pero usted habla un alemán estupendo —la interrumpió Renn—. Lo comentan todos; un alemán genuino. Yo, cuando la oigo hablar, me entra complejo de mi horrible deje. ¿Le duele la cabeza? —inquirió el hombre.

Fiona lo desmintió con un gesto.

—¿Se plantea usted a veces si soy un enemigo de clase, herr Renn?

Éste frunció los labios.

—Vladimir Ilych Lenin era de familia burguesa —contestó, recurriendo a una característica respuesta ambigua.

—Dejando aparte el origen del camarada Lenin —replicó Fiona—, si hubiese un intento de apartarme del cargo, ¿cuál sería la actitud de usted?

Su tensa expresión se acentuó al humedecerse los labios y fruncir el ceño para mostrar su profunda cavilación.

—Tendría que considerar los hechos —contestó finalmente.

—¿Cómo considerar los hechos?

—Tengo mujer e hijos —añadió Renn—. A eso me refiero.

Se volvió hacia aquel río lento y sordo, que otrora fuese rápido, límpido y fresco. Aún no hacía mucho que los pescadores capturaban buenas piezas, pero ya quedaban pocas, y clavó la vista en las aguas, con la esperanza de que a la frau direktor le bastara con aquella respuesta.

—¿Quiere decir que me arrojaría a los perros? —inquirió Fiona.

—¿A los perros? ¡No! —exclamó, volviéndose hacia ella—. Yo no entrego a nadie, frau direktor. Yo, precisamente, soy de los marginados. —El reloj de la iglesia dio las seis: fin de la jornada laboral; el hombre se desabrochó el abrigo para sacar una botella de petaca del bolsillo trasero del pantalón—. A esta hora suelo tomarme una copita de schnapps..., con su permiso.

—Sí, cómo no —dijo Fiona.

¡Qué sorpresa, no sabía que el viejo fuera bebedor! Esto explicaba muchas cosas.

Renn desenroscó el tapón para utilizarlo como recipiente y lo llenó, ofreciéndoselo a ella.

—¿Frau direktor...?

—No, herr Renn, gracias.

El hombre se lo llevó cuidadosamente a la boca para no verterlo e inclinó la cabeza para facilitar la maniobra. Bebió la mitad de un trago y la miró, una vez reconfortado.

—Soy demasiado viejo para ceder a la venganza. —Pausa—. Pero eso no quiere decir que me falte coraje. —Pasó un tranvía haciendo un ruido ensordecedor sobre las vías al tomar la curva—. Frau direktor, ¿seguro que no...?

—De verdad que no; gracias, herr Renn.

El hombre sostuvo el improvisado vasito y miró hacia la otra orilla como si Fiona no existiese, para decir como si hablara consigo mismo:

—La mayoría de los que trabajan en nuestra planta son alemanes, funcionarios antiguos como yo, y ninguno quiere buscarse jaleos; lo único

que les interesa es que les llegue la jubilación. Pero los «ocho» amigos son otra cuestión —añadió, apurando el resto de schnapps.

Fiona asintió con la cabeza. Desde 1945, a los rusos siempre los llamaban los «amigos», incluso cuando algún veterano de guerra alemán recordaba cómo aquellos «amigos» habían pasado a bayoneta a sus compatriotas al tomar las trincheras al asalto.

—Quizá sí que tomaría una copita —dijo Fiona.

Renn limpió el borde del tapón con los dedos y se la sirvió.

—Seis de esos «amigos» están en departamentos distintos y no tendrán ningún ascenso, independientemente de la suerte que a usted le toque.

Fiona dio un sorbito al schnapps. Era fortísimo y casi le produjo un acceso de tos. No era de extrañar que el viejo tuviese aquel rostro congestionado.

—Ya comprendo —dijo.

Quedaban los dos rusos especialistas en asuntos alemanes, Pavel Moskvin y el que asumía el nombre de guerra de Stinnes (igual que Lenin y Stalin). Eran los dos con quienes había chocado aquella tarde durante la conferencia; profesionales duros que habían dado a entender que no estaban dispuestos a aceptar alegremente la relación laboral con una mujer. Se había agriado la discusión por un proyectado viaje operacional a la ciudad de México, y ella sospechaba que habían sacado a relucir aquel asunto para demostrarle la fuerza que ambos juntos podían oponerle.

—El jefazo Moskvin —prosiguió Renn— es el más peligroso. Tiene mucha influencia en el aparato del partido, pero actualmente se halla en desgracia ante Moscú por un escándalo de mercado negro que no llegó a trascender al público; pero esa clase de hombres llegan a extremos inverosímiles para demostrar su valía. Es temperamental y violento, por lo que, a veces, gente equilibrada se ve comprometida en sus actos repentinos e improvisados. El otro, Erich Stinnes, con su convincente alemán berlinés del que no faltan expresiones y exclamaciones argóticas, es un intelectual frío y calculador que todo lo piensa dos veces, y, para una mujer inteligente como usted, resultará de trato más fácil.

—Eso espero —repuso Fiona.

—Hay que procurar minar la unidad que existe entre ellos —indicó Renn.

—¿Cómo?

—Ya encontraremos la manera. Moskvin es un buen gestor, pero Stinnes ha sido agente secreto, y los agentes activos rara vez se atienen a la autodisciplina y colaboración que nuestro trabajo exige.

—Es cierto —dijo Fiona, y por un instante pensó en su marido y en sus continuos choques en la oficina de Londres.

—Usted no permita que minen su autoridad. Moscú la ha puesto en este cargo porque quieren cambios, y, si ellos ofrecen resistencia, Moscú apoyará los cambios y a quien los efectúe. Por tanto, usted debe asegurarse de que los cambios se lleven a cabo.

—Es usted un filósofo, herr Renn.

—No, frau direktor, soy un apparatchik.

—En cualquier caso, herr Renn, le quedo reconocida.

Fiona miró en su bolso, encontró una caja de aspirinas y se tragó dos sin agua.

—No tiene importancia —dijo el viejo, viendo cómo se tragaba las pastillas; pero bien sabían los dos que se había sincerado sin necesidad y, lo que era más importante, dándole a entender que en otras circunstancias probablemente hablaría más.

Fiona se preguntó si no estaría ya calculando lo que ella podría darle a cambio. Desechó la idea: mejor no anticiparse a los acontecimientos. Mientras, podía ser un valioso aliado.

—Quizá para usted no la tenga, pero unas palabras de aliento hacen mucho cuando se asume un trabajo nuevo.

Renn, que estaba mirando el puente, se llevó la mano al sombrero como saludando, pero en realidad fue para aflojárselo porque le apretaba.

—A cada uno según sus capacidades y a cada uno según sus necesidades —dijo, guardándose la botella de schnapps—. Ahí llega nuestro Volvo.

No había dicho «coche», sino Volvo, ufano de que ella tuviese derecho a un automóvil de importación. Y ahora le sonreía.

Dentro de un año aproximadamente ella huiría a Occidente y sería Hubert Renn quien apechara con las consecuencias, y los interrogatorios de la Stasi no eran nada divertidos. Era muy posible que le tomaran por cómplice, por lo que a Fiona le resultaba repugnante lo que estaba haciendo con él; la hacía sentirse como Judas, que era exactamente lo que era, claro. Bret la había advertido que la conflictiva tensión entre lealtades era peserosa, pero eso de poco le servía.

Al llegar a su casa, en uno de aquellos codiciados apartamentos de los bloques en forma de tarta nupcial de Frankfurter Allee, se sentó a reflexionar un largo rato sobre la conversación que habían tenido. Finalmente comenzaba a entender algo la motivación de Renn. Del mismo modo que los rusos no entendían que hubiese europeos que fuesen empedernidos capitalistas y al

mismo tiempo antinorteamericanos, Fiona tampoco comprendía que aquellos profundos sentimientos antirusos formaban parte de la psique de Hubert Renn; más tarde descubriría que Renn había presenciado la violación de su madre por unos soldados rusos y que a su padre le habían golpeado hasta dejarle inconsciente durante las memorables jornadas de 1945, en que la orden del día del mando del ejército rojo a la tropa había sido: «Berlín es vuestro». Y posteriormente oiría a Hubert Renn referirse a sus «amigos» los rusos con el anticuado y menos amistoso vocablo de «panje».

Lavó una lechuga y cortó una salchicha en rodajas finas. Lo que más echaba de menos era la fruta; seguía sin entender por qué escaseaban cosas así. Había encontrado una panadería particular cerca de la oficina y el pan era bueno, pero tendría que tener cuidado de no comer demasiado para no engordar.

Tenía un sobrio cuartito, idóneo para reflexionar y trabajar; las paredes estaban pintadas de gris claro y sólo lo adornaban tres cuadros: un grabado con un emperador romano, una foto sepia de unas elegantes damas de 1910 y un grabado iluminado de la Pariser Platz de Kirchner. Los deteriorados marcos y los temas hacían pensar que habían sido elegidos al azar en algún almacén gubernamental. De todos modos, era un detalle a agradecer. El dormitorio apenas superaba la categoría de hueco con biombo articulado; la vieja cama de tubo estaba pintada de color crema y le recordaba la que había tenido en el internado. Había muchos aspectos de su vida en la R. D. A. —desde las innumerables pequeñas carencias hasta la monótona dieta— que le recordaban el internado; pero se decía una y otra vez que si había aguantado aquel colegio, también aquello podría soportarlo.

Aquella noche, al acostarse, no pudo dormir. Desde que estaba allí no había podido dormir bien ninguna noche. La terrible entrevista con Bernard había sido un modo repugnante de comenzar su nueva vida, y ahora todas las noches se encontraba pensando en él y en los niños y preguntándose si no habría nacido con una atrofia del instinto maternal. ¿Por qué nunca le habían gustado los niños de pecho, ni le atraía acunarlos en su seno como a tantas otras madres? Y lo que ahora tanto le torturaba por su ausencia, ¿no sería por no haber aprovechado aquellos primeros años de la infancia de sus hijos? Habría dado cualquier cosa por cambiar la situación y volver al pasado cuando eran pequeñines, para mimarlos, darles de comer, leerles cuentos y jugar con ellos a tonterías como tan bien lo hacía la madre de Bernard.

A veces, durante el día, la agobiante pena de hallarse separada de los suyos remitía un poco al enfrentarse con la ardua tarea. Respondía bien a las

exigencias intelectuales —mentiras y fingimientos—, pero no había previsto aquella vulnerabilidad a la tensión emocional. Recordaba una bromita de Bret a propósito de que las mujeres se adaptan a una doble vida mejor que los hombres: decía que a todas las mujeres se les exigía ser pendones o madrazas, compañeras, madres, criadas o amigas, según las circunstancias. Vivir en pareja no revestía dificultad para la mujer. Una tontería característica de Bret Rensselaer. Apagó la luz y alargó la mano para coger los somníferos. De hecho, sabía que ya no volvería a ser la misma. Había hecho ya demasiados esfuerzos y no podía volverse atrás.

WHITELANDS, INGLATERRA. Junio de 1983

—No, Dicky, le oigo perfectamente —decía Bret Rensselaer apretando el teléfono contra la oreja, con un encogimiento de hombros dirigido a Silas Gaunt, que estaba enfrente de él escuchando por el supletorio. Dick Cruyer, jefe del departamento alemán, le llamaba desde la ciudad de México y la comunicación no era muy buena—. Lo he entendido perfectamente y no es necesario que me lo repita. Sí, hablaré con el director general y se lo diré con las mismas palabras. Sí, sí: Me ha alegrado hablar con usted, Dicky. Veré lo que puedo hacer. Adiós, adiós.

Colgó el aparato y lanzó un suspiro de alivio.

—Ha logrado localizarle Dick Cruyer —comentó Silas Gaunt, colgando el auricular supletorio.

—Sí —contestó Bret Rensselaer, pese a que no había habido dificultad.

El director general le había encomendado visitar a Silas Gaunt para «ponerle al corriente», Bret había dejado el número de teléfono de Whitelands, y la señora Porter, ama de llaves de Gaunt, le había pasado la llamada al despacho del capataz de la granja.

Tras dar las gracias al mozo del invernadero que había venido corriendo a buscarlos, Silas, que vestía un viejo anorak, botas llenas de barro y pantalones de pana atados con cordel en los tobillos, salió el primero al patio de adoquines, agachándose para cruzar la baja puerta. Estaba enseñando la granja a Bret.

—Ya no estimulo las cacerías —dijo—. Demasiado lío, almuerzos desaforados y barro por toda la casa. A la señora Porter la agobiaba y, si le digo la verdad, a mí también. Los pescadores dan mucho menos lata; meten menos jaleo y se pasan el día fuera con un par de emparedados de queso.

Abrió de lleno la puerta del patio y volvió a asegurarla al salir Bret. Faltaba poco para la siega y los campos se alargaban hasta el horizonte. En el que había detrás del granero, que iba a ser el primero cosechado, las bandadas

de gorriones —alertados por el ruido de la maquinaria cercana de que el banquete no les iba a durar mucho— se daban un festín revoloteando y cambiando de rumbo precipitadamente entre las espigas.

Era un día espléndido y por el cielo azul discurrían perezosamente unos cirros sedosos desgarrados. El sol estaba en lo más alto, inmóvil, cual balón en ascenso vertical y todo estaba en suspenso esperando la tarde.

Continuaron el recorrido pegados al seto para que Silas comprobase si lo habían podado y limpiado bien, mientras cogía espigas verdes que iba aplastando en la mano con la displicente insolencia de un nómada, para ir esparciéndolas por el camino. Bret, a quien no interesaban granjas ni agricultura, avanzaba detrás de él a torpes zancadas en aquellas botas de goma que le había prestado Silas y con un sucio guardapolvo que preservaba su elegante traje azul marino. Entraron por una puerta de la alta tapia que rodeaba el huerto de la cocina; era una tapia magnífica de ladrillo claro y oscuro en dibujo de rombos, visible a través de los frutales en espaldera.

—No estoy muy seguro de que fuese un acierto enviar a México a Dicky Cruyer y a Bernard Samson —dijo Bret, como resumiendo la conversación telefónica—. Aquí nos quedamos un tanto desguarnecidos y ellos dos están peleándose continuamente, por lo visto.

Silas señaló diversas verduras y dijo que al año siguiente iba a hacer una pequeña rosaleta para reducir el terreno de cultivo de nabos, nabizas y remolacha.

—¿Qué tal lo lleva Bernard? —añadió de pronto.

—¿La deserción de su mujer? No muy bien. Yo había pensado hacerle pasar un examen médico, pero le afectaría, dado su estado paranoico actual. Me imagino que se sobrepondrá. Entretanto, le vigilo.

—No tengo experiencia de agente secreto —dijo Silas—. Y usted tampoco. En realidad, en la central pocos habrá que sepan lo que es. En ese sentido, nuestra situación es similar a la de los generales de la primera guerra mundial, que se pasaban el tiempo sentados en un castillo de la retaguardia bebiendo coñac y enviando a sus tropas a hacer burradas sin verlas.

Bret, no sabiendo exactamente adonde quería ir a parar Silas y nada dispuesto a aventurar una opinión sin pensársela, emitió un sonido equivalente a un comedido asentimiento.

—Pero he visto muchos —continuó Silas— y conozco un poco lo que los motiva. A Fiona Samson no le sucederá como a un reloj descuidado que atrasa, sino que seguirá a toda máquina hasta que sea incapaz de rendir nada

más. Después hará como una bombilla gastada y se apagará tras lanzar un último destello muy intenso.

A Bret le sonaba excesivamente melodramático y miró a Silas, pensando en si no habría largado muchas veces el mismo discurso con otros hombres, igual que esas cartas de pésame a los parientes más cercanos cuando se produce lo irreparable. Verdaderamente, no lo sabía y asintió con la cabeza.

—La primera vez que hablamos de enviarla allá, yo era partidario de decírselo al marido.

—Ya sé, pero su ignorancia nos ha servido de mucho, y a ella también, porque ha posibilitado que empezara con buen pie. Ahora, todo depende de ella —dijo Silas, mirando en derredor con gesto de propietario y aplastando un terruño con la punta de la bota. Era una tierra fértil, oscura y rica en abono natural.

Bret se desabrochó el guardapolvo y sacó un montón de papeles impresos de ordenador para cerciorarse de que no los había perdido durante el paseo.

Hacía calor en el huerto y todo estaba tranquilo y en silencio, resguardado por aquella tapia. Era el apogeo de la temporada hortícola y había hojas y verduras por todas partes; pero pronto acabaría el verano, las hojas se marchitarían y la tierra quedaría dura.

—Mire estas matas de zanahorias —dijo Silas inclinándose a recoger las hojas, y a punto estuvo de arrancarlas, pero cambió de idea—. Las zanahorias son muy especiales; maduran enseguida y hay que decidir si arrancarlas o dejarlas en la tierra.

Bret asintió con la cabeza.

—Dejándolas en la tierra, endulzan más, pero si hay una helada, se pierden. —Vio una mata con zanahoria y la levantó; era pequeña y delgada, pero de un color precioso—. Por otra parte, levantándolas se cerciora uno de que no están comidas por bichos. ¿Ve usted, Bret?

—Y, entonces, ¿cuándo decide el momento de arrancarlas?

—Lo consulto —respondió Silas—. Se lo pregunto a los expertos.

Bret decidió pasar por alto las repercusiones secundarias de las manipulaciones agrícolas de Silas para volver al tema de Bernard Samson.

—Pero una vez adoptada la decisión, habría sido más prudente trasladar a Samson de Operaciones. Se aferra a esa maldita curiosidad por saber lo que realmente ha sucedido.

—Es comprensible —comentó Silas.

—No para de husmear y hacer preguntas al respecto y sobre otras cosas. Samson no era el más indicado para encomendarle la entrevista con ese

presunto desertor del KGB, ni en México ni en ningún sitio.

—¿Por qué? ¿Porque no es universitario? —inquirió Silas con sorna.

—Ese Stinnes del KGB, independientemente de sus motivaciones o intenciones, esperará vérselas con un interlocutor tipo Oxbridge^[6]. Y enviarle uno de nivel proletario como Bernard Samson, le hará pensar que no se le toma en serio.

—Es usted un anglófilo sin remisión, Bret. No se lo reprocho; me complace que lo sea. Pero a veces eso le induce a apreciaciones exageradas respecto a nuestras antiguas instituciones.

Bret se puso rígido.

—Yo siempre he apoyado a Samson, aun en las épocas en que estaba más intratable. Sí, Oxford y Cambridge atraen a los estudiantes más dotados y siempre constituirán la mejor fuente de reclutamiento para el departamento, y no me gustaría ver llegar el día en que esa política cambie.

Acarició unos tomates; cogió uno de ellos ya maduro y muy rojo y lo sopesó.

—Oxford y Cambridge procuran inmejorables condiciones para aprender, aunque no mejores que las que cualquier estudiante con ganas pueda encontrar en una buena biblioteca. Pero con la formación tipo Oxbridge se incurre en el riesgo de que sus graduados lleguen a sentirse miembros de una privilegiada elite llamada a dirigir y adoptar decisiones destinadas a ser cumplidas por seres inferiores. Y ese elitismo ha de basarse necesariamente en expectativas muchas veces fallidas. Por eso el sistema Oxbridge no sólo ha dado a Inglaterra sus políticos y funcionarios más relevantes, sino también sus más envenenados traidores.

Silas sonrió entristecido, cual si los traidores le hubiesen hecho alguna travesura ya olvidada y medio perdonada.

—¿Élite? —replicó Bret—. Ya hace falta buscar bien para encontrar una persona más arrogante que Bernard Samson.

—Esa arrogancia es algo interno en Bernard; algo que le dota de una vitalidad, una fuerza y una valentía, por lo visto, inagotables. Nuestras grandes universidades jamás podrán inculcar esa fortaleza interna; no está al alcance de nadie. Lo que los maestros consiguen imbuir es siempre algo superimpuesto al individuo ya existente. La educación es un caparazón, como una envoltura del espíritu; un escudo, una coloración o una especie de pantalla.

Para dar un giro a la conversación hacia un nivel más práctico, Bret dijo:

—Y Samson bebe demasiado.

—Eso es más bien un juicio de valor. La verdad es que de ese pecado pocos nos libraríamos —replicó Silas, cogiendo una navaja automática para cortar el tomate por la mitad y examinarlo antes de darle un bocado.

—Sí, claro, tiene razón —asintió Bret muy deferente—. No olvide que yo recomendé a Samson para el departamento alemán.

Silas deglutió el trozo de tomate, pero le escurrió jugo por la barbilla. Se limpió con el reverso de la mano y dijo:

—Efectivamente, pero no lo hizo con mucha energía ni se interesó para que se lo concediesen.

—Me acogí a la quinta enmienda, Silas —replicó Bret, decidido a no explicar para no perder tiempo que la decisión había sido deliberada y pensada—. Pero no discutamos. Samson y Cruyer están en México, llevamos mucho tiempo con este asunto en marcha y un movimiento en falso a estas alturas podría hacernos perder terreno desastrosamente.

—Sí, hay que moverse con suma cautela —dijo Silas—. Tenemos a la mujer en el Este y ahora sólo cabe esperar que todo le siga yendo bien. ¿No hemos tenido aún contacto? —inquirió, ofreciendo el resto del tomate a Bret, quien lo rechazó con un gesto de cabeza, por lo que Gaunt lo tiró a la basura.

—No, Silas, ningún contacto. La estoy dejando aislada lo más posible porque esta fase no es fundamentalmente una misión de recogida de información. Creo que tanto usted como el director general estarán de acuerdo en eso. Lo hablamos desde un principio.

—Sí, Bret. Estoy seguro de que allá tendrá problemas de sobra.

—De momento, dejemos que sus amos digieran el material que les está facilitando. —Bret se movía inquieto, mirando en derredor para cerciorarse de que nadie los observaba ni escuchaba, y clavó la vista en Silas—. Pero no tardando mucho habrá que facilitar a los soviéticos una prueba categórica de la ideología de la señora Samson. Todo va bien, pero tenemos que explotar y mejorar el éxito.

Había pronunciado esta última frase con auténtico fervor.

Silas se le quedó mirando de hito en hito. Las palabras a las que tanto énfasis había dado eran la clase de axioma característico de la obra de Sun-Chu, Vegetius, Napoleón y personas de ese jaez, y Silas desconfiaba de que tales principios encerraran verdades válidas en la profesión del espionaje; pero pensó que no era el momento oportuno para discutirlo.

Pensando que Silas no lo había oído, Bret lo repitió:

—Tenemos que explotar y mejorar el éxito.

Silas le miró y asintió con la cabeza. Pese a su impávida actitud, había en Bret cierto entusiasmo pueril, cualidad bastante frecuente en los norteamericanos de cualquier clase social: el arrebató místico del cruzado. Él siempre le había conceptualizado como una especie de príncipe guerrero, con atuendo de seda bajo la armadura, que prosigue su marcha por el desierto tras la verdadera Cruz. Austero y calculador, Bret habría sido un irreductible Ricardo Corazón de León, pero también un Saladino no menos apasionado.

—Espero que no esté planeando algo costoso, Bret —dijo Silas—, porque la otra noche estuve calculando lo que el cambio de códigos y cifrados, ordenado por el director general después de la marcha de la señora Samson, debe haberle costado al departamento y no será inferior a un millón de libras. Añada a ello los gastos que no se contabilizan, y yo diría que la factura se nos pone en tres millones. Y eso sin contar el incalculable desprestigio causado por su fuga.

—Ya tengo bien en cuenta la economía, Silas.

—Estupendo. ¿Y qué conclusión ha sacado sobre ese elemento de México, Bret? ¿Animal, vegetal o mineral?

Silas se inclinó a tocar una espinaca con el gesto de un niño que mete la mano en el agua.

—De eso quería hablar. El tipo tiene entidad; es un mayor del KGB con cuarenta años y buena experiencia —explicó Bret, poniéndose aquellas gafas tipo motorista que usaba para leer y, metiendo la mano en el guardapolvo sucio que le había prestado Silas, sacó un acordeón de papel impreso de ordenador—. No necesito decirle que en nuestros archivos no suelen figurar los individuos con simple grado de mayor del KGB, pero éste tiene un buen expediente y algo sabemos de sus antecedentes —añadió, bajando la vista hacia los papeles—. Sadoff. Usa el nombre de Stinnes. Nacido en 1943. Padre, oficial profesional. Criado en Berlín. Destinado al KGB, sección 44, negociado de Asuntos Religiosos. Ha estado en la policía de seguridad de Cuba...

—¡Por Dios, Bret, ya me leeré yo esas tonterías! Le pregunto qué clase de persona es.

—Y si realmente desea pasarse a nosotros. Sí, claro que me pregunta eso, pero es muy pronto para saberlo —respondió Bret, entregando los papeles a Silas, quien los cogió sin mirarlos.

—¿Qué dice Cruyer de él?

—No estoy seguro de que Cruyer le haya visto aún.

—¿Y qué demonios hacen esos dos imbéciles allá?

—Le agradecerá saber que Samson sí ha visto a Stinnes.

—¿Y?

—Vale la pena captarle, Silas. Podrá facilitarnos mucha información si lo manejamos debidamente. Pero hay que ir despacio. Por simple regla de seguridad, hay que suponer que su aproximación obedece a órdenes de Moscú.

Silas lanzó un resoplido y le devolvió los papeles. Como un corpulento pirata, desaseado de ese modo natural tan frecuentemente genuino de los personajes importantes, se alejó arrastrando los pies hasta las filas de altas estacas de cultivo de las judías verdes. Había algunas que la cocinera no había recogido y amarilleaban ya muy crecidas entre las hojas verdes. Cogió una y rompió la vaina para sacar las habichuelas y comerse una. Luego se volvió hacia Bret:

—O sea, que hay dos posibilidades: que regrese a Moscú y les cuente lo que ha descubierto o que sea sincero y haga lo que le encomendemos.

—Eso es, Silas.

—¿Y por qué no hacemos el mismo juego? Le acogemos, le damos dinero y le contamos nuestros secretos. Ya está.

—No sé si acabo de entenderle, Silas.

—Cogemos a ese cabrón y Moscú pone el grito en el cielo; le ofrecemos ocasión de que vuelva y trabaje para nosotros y regrese allá.

—Y le ejecutan —dijo Bret.

—No si nosotros le cogemos. No pueden reprocharle nada.

—Puede que Moscú no lo vea igual.

—No pretenda enternecerme, Bret. Ese tipo es una mierda sin importancia del KGB.

—Bueno, supongo que sí.

—Cortéjelo y devuélvalo a Moscú. ¡Qué más da si nos traiciona a nosotros o a ellos!... ¿No lo comprende?

—Pues no sé —respondió Bret.

—¡Maldita sea, Bret! Nos encuentra presa de la desesperación tras la desertión de la señora Samson. Estamos abatidos. Le confiamos una misión destinada a paliar el daño que nos ha causado la fuga de ella, y él regresa allá convencido. ¿Qué más da el bando para el que crea que trabaja? Aun cuando le ejecuten, primero le harán cantar. Piénselo: para nosotros es lo mejor.

—Es muy ingenioso, Silas.

—Bueno, no ponga esa cara.

—Requerirá mucha preparación. —Bret comenzaba a vislumbrar una operación secreta, compartida únicamente por él, el director general y Silas Gaunt, en la que él haría prácticamente todo el trabajo sucio—. Será un trabajo muy laborioso y difícil.

—Mírelo desde la perspectiva de la ocasión que representa —dijo Silas—. Una ocasión inmejorable. De lo que hay que cerciorarse es de que este tipo del KGB no se huela lo de «Plomo». No quiero que tenga la menor idea de que nuestra estrategia apunta hacia la economía.

—¿Hacia eso va orientada?

—No sea mordaz, Bret. Tiene todo lo que ha pedido. No podemos basarnos en la fuerza laboral y en la economía al ciento por ciento; siguen siendo válidas las consideraciones militares y políticas.

—Es cuestión de definición, Silas. El rearme puede expresarse en términos económicos o políticos sin que afecte a las cifras.

Silas cogió otra habichuela de la vaina y la examinó. —Seguiremos con nuestros gruñidos hasta derribar el Muro— dijo, ofreciendo una habichuela a Bret, quien la rechazó.

—Yo no soy el lobo feroz —replicó éste.

BERLÍN ESTE. Setiembre de 1983

Fiona Samson se llevó tal sorpresa cuando su secretario Hubert Renn la invitó a una fiesta de cumpleaños, que pasó casi una hora pensándose. Sabía que a los alemanes les gustaba celebrar el cumpleaños, pero ahora que le conocía mejor y le constaba que era un individuo tenaz e independiente, tan aferrado a sus criterios, resultaba difícil imaginarle tomándose la molestia de preparar una fiesta de cumpleaños, y menos una en la que se viera obligado a invitar a un superior.

Fiona se entendía bien con él, pero sabía que Renn no se avenía fácilmente a recibir órdenes de una persona más joven o de una mujer, pero como era alemán no manifestaba sus sentimientos en ningún aspecto que pudiera repercutir en el trabajo.

Se planteaba, además, el problema de qué regalo hacerle y qué ropa ponerse. Lo primero lo resolvió fácilmente en una tienda especial, en la que, por el privilegio de su cargo, tenía derecho a gastar una parte de su sueldo en productos occidentales, y en ella adquirió un taladro eléctrico Black & Decker, que era uno de los artículos de importación más codiciados en un país en el que las reparaciones y los arreglos domésticos constituían una dificultad dominante. Lo envolvió lo mejor que pudo y lo ató con una cinta de fantasía.

Lo que no acababa de saber era cómo ir vestida, pues no sabía qué clase de velada iba a ser. ¿Sería una cena íntima informal, una nutrida reunión familiar o un acto elegante con orquesta de baile? Revolvió entre la ropa que se había traído —toda de corte sencillo y colores apagados— y se decidió por un vestido de tarde corto que había adquirido años antes en Liberty de Regent street, un vestido de rayitas rojas y negras con falda plisada y abotonado hasta el Cuello. Se lo había comprado para unas vacaciones que con Bernard y los niños había pasado en una casa de campo de Escocia durante unos días en que no paró de llover, por lo que había vuelto a Londres sin estrenarlo. Se miró en

el espejo y pensó que, ahora que ya había dado con un buen peluquero, le quedaría bien.

La cena, pues en eso se tradujo la fiesta, se celebró en un salón privado de un pomposo club en un polideportivo cerca de Grünau. Aunque habría podido pedir el coche, prefirió tomar el metro y luego un tranvía.

En aquel bonito suburbio del sudeste de la ciudad, el río Spree se convierte en el Dahme, con frondosos bosques a ambas orillas. El acceso principal del club, en torno al cual se habían construido nuevas instalaciones, databa de la olimpiada de 1936, cuando a lo largo de dos kilómetros del río berlinés, adornados con cruces gamadas, treinta mil espectadores habían presenciado las proezas de la juventud alemana físicamente perfecta, navegando en piraguas con casco y remos ultraligeros de innovador diseño. La olimpiada de Hitler, transmitida por el primer servicio de televisión del mundo y en la que Leni Riefenstahl realizó su famosa película *Olympiad*. Las medallas de oro acaparadas por los atletas alemanes, bien seleccionados, entrenadísimos y sometidos a la tecnología germana —y el modo en que los utilizó el aparato de propaganda— valieron al tercer Reich un triunfo político. Aquella olimpiada de 1936 había servido de visión anticipada en versión civil de lo que era la máquina militar nazi, siendo en todos sus aspectos preámbulo de lo que se avecinaba.

Estaba Fiona en el vestíbulo mirando fotos de aquella décima olimpiada y unos extraños trofeos conservados en una enorme vitrina, cuando la vio Hubert Renn. Ella le felicitó efusivamente y él respondió con una reverencia.

—¿Le interesa el deporte, frau direktor?

—En la universidad formaba parte del equipo de natación. ¿Y usted, herr Renn?

—A mí no; aparte el hockey, nunca me he dedicado a ningún deporte. Era demasiado bajo. —Renn vestía un traje que Fiona no le conocía, con corbata roja y pañuelo a juego en el bolsillo de arriba—. Me alegro mucho de que nos honre con su presencia, frau direktor. Será una reunión íntima y no estaremos hasta muy tarde; somos gente sencilla.

No era el santo lo que celebraron, por supuesto, porque el padre de Renn, ateo confesado, jamás habría consentido en bautizarlo, pero velas no faltaban, dado que en Alemania —país en el que las tradiciones precristianas son evidentes en cualquier festejo o acto tradicional— no hay celebración en la que no se enciendan velas.

Era una reunión íntima, convocada en el salón Gisela Mauemayer, dedicado a la memoria de la polémica campeona mundial alemana de 1936,

en el que había un retrato suyo, representando a una guapa muchacha de mirada triste y pelo rubio largo recogido en moño. Abundaban las botellas de agua y vino en la mesa, en cuya cabecera habían colocado junto al plato de Renn algunos regalos. Su esposa Gretel lucía un precioso vestido heredado de su abuela y que no se había puesto desde hacía ocho años, según ella misma dijo a Fiona al manifestarle ésta su admiración. Gretel era una mujer de unos cincuenta años, delgada y tímida, de pelo gris, con toda evidencia teñido y ondulado para la fiesta.

La comida fue excelente. Los Renn tenían un amigo cazador que les regalaba venado para la celebración del cumpleaños, y, marinado en vino con especias y yerbas, era un apetitoso estofado en aquella época del año en que en Berlín ya hace frío por las noches.

Era una curiosa fiesta, marcada por cierta rigidez que no se debía en modo alguno a deficiencia de comprensión lingüística por parte de Fiona; pero los rituales del cumpleaños parecían ensayados y, aun después de haber bebido sin restricción, no observó Fiona distensión alguna entre los invitados. Era como si en su presencia todos se comportaran lo mejor posible.

Entre los comensales estaba Kathe, la hija de Renn, con una notoria preñez, y su solícito esposo, que trabajaba en una de las centrales eléctricas alimentadas con carbón que polucionan el aire de Berlín. Félix, el barbudo hermano de Renn, era un hombre de setenta años, aviador comercial jubilado y veterano de la guerra civil española. Había también un matrimonio del que el marido era funcionario en el mismo edificio de Fiona y Renn, y, sentada junto a ella, una extrovertida inglesa llamada Miranda. Igual que Fiona, tenía treinta años y hablaba con ese deje rápido afectado de los londinenses y de quienes desean hacerse pasar por tales.

—Tiene usted un nombre poco corriente —dijo Fiona—. Supongo que se lo habrán dicho a la saciedad...

—Lo elegí yo misma, porque era actriz antes de casarme y era mi nombre artístico; lo descubrí cuando actuaba en *La tempestad*, en el colegio. Yo era una niña muy esnob, y lo uso desde entonces.

—Es un nombre muy bonito.

—Sí; claro, aquí a nadie le parece poco corriente y yo me he acostumbrado.

—¿Trabajaba en el teatro en Inglaterra?

—Sí; era una buena actriz y habría debido continuar, pero me acercaba ya a los treinta sin haber conseguido un buen papel en el West End; mi agente había decidido retirarse y, luego, me enamoré y me casé. Ya sabe lo que pasa.

—¿Con un alemán?

—Muy alemán..., joven, atractivo y dominante; lo que yo necesitaba por entonces, supongo. Estaba pasando las vacaciones en Inglaterra, en casa de unos amigos míos.

—¿Y se vino con él a Berlín?

—Yo soy del partido desde que tenía diecinueve años y no me deslumbraba el capitalismo hollywoodiense, ¿me entiende? Y mi hombre ideal tenía amistades en los estudios Babelsberg. Yo me dije, los estudios de la UFA: Josef von Sternberg, Emil Jannings, Greta Garbo, Marlene Dietrich... ¡Guau! Y mi adorado me aseguró que no me faltaría trabajo.

—¿Y lo había?

—No lo sé. Enseguida me quedé embarazada y, después de unas actuaciones esporádicas en el papel de inglesa y norteamericana para la televisión, busqué otro trabajo. Hice repugnantes trabajitos de traductora en centros oficiales, anuncios de viaje y porquerías por el estilo. Luego murió mi marido.

—¡Cuánto lo siento! ¿A qué se dedicaba su marido?

—Era alcohólico.

—¡Oh! —exclamó Fiona.

—Nació mi hijo Klaus y me las arreglé como pude. Tenía el apartamento y una pensión; me imagino que la R. D. A. es el mejor país para vivir si una se queda viuda con un hijo.

—Imagino que sí.

—¿Usted está casada?

—Abandoné a mi marido para venir aquí —contestó Fiona.

Era la fórmula con que respondía a aquella pregunta, pero aún le dolía al decirlo, porque mentalmente reconstruía la escena de Bernard y los niños cenando congelados en la cocina la noche en que había estado por primera vez con Harry Kennedy. ¡Cómo los echaba de menos!

—Sí, Hubert me ha contado que ha abandonado todo por sus ideas. Es encomiable. Es exquisito ese perfume que lleva. A veces pienso que lo único que me falta son buenos cosméticos y perfume. ¿Cuál es...? Si no le importa decírmelo.

—No, claro que no. Arpége. No estoy al corriente de los nuevos. ¿Su marido era familia de los Renn?

—Arpége, claro, eso es. Hubert es padrino de mi Klaus.

—¡Ah, ya!

—Bueno, no exactamente padrino, naturalmente, sino el sucedáneo que existe aquí.

—Namengebung —dijo Fiona.

La ceremonia seglar que autorizaba el régimen comunista.

—Es magnífico su alemán —dijo Miranda—. Es gracioso que sepa eso. Ojalá lo hablara yo la mitad de bien. Cuando la oigo charlar me da envidia.

—El alemán que usted habla me parece excelente —indicó Fiona.

—Sí, es muy fluido, pero la mayor parte del tiempo ni sé lo que digo —contestó ella echándose a reír—. Supongo que por eso me metí en líos.

En aquel momento, Félix, el hermano de Hubert, se puso en pie para hacer un brindis. Sirvieron el Sekt y cortaron la tarta. Para los alemanes, las tartas son como los suflés, los espaguetis y el salmón ahumado en el caso de sus vecinos europeos, y la tarta de cumpleaños de Hubert Renn hacía honor a este principio. Era una pieza descomunal con diversas capas, primorosamente adornada, y la porción que le sirvieron a Fiona era tal cantidad que no la pudo acabar.

Félix, un individuo alto y huesudo de barba muy recortada, resultó un buen orador que hizo las delicias de la concurrencia durante cinco minutos, para acabar brindando por los Renn.

Terminada la cena, salieron al aire libre y vieron la espléndida luna; una ligera brisa mecía los árboles y sólo turbaba la calma el motor distante de un avión. Félix Renn dijo que era el último vuelo de Berlín a Varsovia.

Fiona se negó a que la llevaran en coche y fue a pie hasta la estación de metro de Grünau. Había descubierto que caminar era una de las pocas satisfacciones de vivir allí, pues una mujer podía pasear por las calles desiertas sin temor a que la asaltasen o la molestaran; además, aquel distrito tan próximo al centro urbano era de ambiente rural y tenía muchos espacios verdes.

Vivir sola en una ciudad extraña no le sentaba bien a Fiona. No cesaba de repetirse que eso le daba la posibilidad de consagrarse a sus pensamientos como no había podido jamás hacerlo. Pero, de hecho, la soledad había cedido poco a poco a unas crisis depresivas, a sombríos y morbosos estados de ánimo que no eran esa situación de baja moral que llaman depresión los que no la han padecido de verdad. Fiona sufría esos siniestros brotes de desesperación y asco de sí misma de los que es difícil recuperarse; y, como en la mayor parte de las afecciones psíquicas, sus temores tenían origen en la realidad, pues era frustrante vivir sin Bernard y los niños y muy penosa la perspectiva de lo mucho que iban a detestarla. Era una situación que soportaba con ímprobos

esfuerzos. Su medicina era el trabajo y, para compensar el cansancio que le imponía el desempeño de sus tareas, se dedicaba a leer historia de Alemania y a mejorar el alemán hablado y escrito, porque aún se equivocaba a veces en las declinaciones. No se había llegado a plantear cuánto tiempo iba a estar allí. Igual que un soldado que entra en combate, se hacía a la idea de estar muerta. Afortunadamente, Renn y los demás no la habían conocido en su normal estado de ánimo y pensaban que aquella mujer melancólica, de inexplicables silencios y arrebatos de malhumor siempre había sido así.

Conforme caminaba bajo los árboles y entre sus sombras proyectadas sobre los céspedes por la brillante luna, iba pensando en la fiesta de cumpleaños de Renn y en sus invitados sin poder evitar el preguntarse si no celebrarían otra fiesta en la que estuvieran mejor representados los parientes, amigos y vecinos que sin duda le sobraban. ¿Habrían sido aquellos comensales el círculo íntimo que él y su esposa se habían hecho viviendo toda la vida en Berlín? Y si no era así, ¿a qué se había debido aquella cena?

Y si la espléndida cena —fastuosa para el nivel de vida en la R. D. A.— era un acontecimiento normal en la vida de los Renn, ¿por qué su esposa Gretel no usaba aquel vestido desde hacía ocho años?

¿Y la locuaz Miranda? En aquella sorprendente ciudad, con todas sus medias verdades y cosas con doble sentido, no había nada más enigmático que la ingenuidad. No había aún llegado a ninguna conclusión, cuando se vio en Grünau. La grandiosa estación del siglo pasado estaba desierta y descuidada; bajo el arco de entrada había un charco y el pavimento agrietado; ladrillos y letreros de esmalte manchados con chorretones de óxido. Sin embargo, el andén estaba barrido y limpio y las papeleras vaciadas. Para Fiona, gran parte del sector Este de la ciudad era así: semejante a la desgarnecida mansión de una duquesa arruinada que se niega a admitirlo. Las personas que aguardaban la llegada del metro hablaban en voz queda e iban respetablemente vestidos. Incluso el borracho de rigor estaba sentado en una carretilla, farfullando en voz baja.

Llegó el tren y el jefe de estación, de bonito uniforme, aguardó a que el borracho montara para dar la salida.

Conforme avanzaba el tren, haciendo vibrar la elaborada estructura de hierro elevada sobre la ciudad, Fiona siguió pensando en los invitados. Félix, el tan elocuente hermano de Hubert, por ejemplo, ¿en qué bando habría luchado en la guerra civil española? Si lo había hecho en el de los comunistas, ¿cómo habría sobrevivido a la época nazi? Y si había luchado con Franco, ¿cómo se las habría arreglado en el régimen posterior? Sin embargo, era la

presencia de Miranda lo que más la intrigaba. No acababa de entender por qué Hubert Renn no habría mencionado que la madre de su «ahijado» era una londinense de pura cepa ni la habría advertido que no iba a ser la única inglesa en la cena de aquella noche. De haber sido la fiesta de cumpleaños de otra persona, todo aquello no habría merecido comentario, pero Fiona conocía ya a Renn y sabía que aquella fiestecita no era la clase de diversión que a él le atraía.

Habría satisfecho su curiosidad de haber podido asistir a la escena que se desarrollaba en el mismo salón Gisela Mauemayer a las diez y media de la mañana siguiente. En él se reunieron Miranda, dos rusos y una muchacha negra, a quienes la inglesa había relatado con todo detalle la cena de la noche anterior.

El belicoso colega de Fiona, Pavel Moskvin, estaba también presente. Era un individuo de unos cincuenta años y más de cien kilos, con contextura física de jugador de rugby norteamericano. Llevaba el pelo muy corto y tenía los ojos demasiado juntos, con nariz aplastada, lo que confería a su cabezota aspecto de bola echada a rodar por el suelo para eliminar las protuberancias y ponérsela después en los hombros prescindiendo del cuello.

Sentado muy tranquilo en un rincón, ojeando de vez en cuando un libro, estaba Erich Stinnes, un hombre nervudo de rostro alargado y pelo escaso que traslucía su cráneo. Sus gafas de montura metálica, de diseño sumamente utilitario, el traje de pana marrón y las gruesas botas constituían un conjunto indumentario irresistible en muchos casos para los comunistas bien pagados.

Frente a Stinnes se sentaba una vivaracha muchacha jamaicana de veintitantos años, que había dejado en una silla su chaqueta de imitación piel de leopardo y exhibía un jersey blanco ajustado con pantalones rojos. Jugeteaba en aquel momento con una manzana roja, haciéndola rodar por la mesa de una mano a otra; a ella miraba pensativamente Miranda: aparte de la ropa y el maquillaje, había algo en la actitud de la negra que daba claramente a entender que venía de Occidente.

Clavando la vista en Miranda, Moskvin, inquieto por aquella ira profunda que siempre le dominaba, dijo:

—Dime cómo es.

Su voz era ronca, como la de quien grita mucho.

—Ya te lo he dicho —contestó Miranda con voz queda.

Estaba de pie al otro extremo de la mesa; no quería sentarse y estaba decidida a no dejarse intimidar. Ya conocía ella aquel tipo de ruso; había visto

muchos así.

—Pues vuelve a decírmelo, ¡maldita sea! —replicó él, levantándose y mirando la foto del lanzador de disco, sin verla.

—Frau Samson es unos dos centímetros más alta que yo. Tiene piernas más largas —contestó Miranda, dirigiéndose a Moskvín, vuelto de espaldas.

—Eso da igual —replicó él sin volverse.

—Tú qué sabes —espetó Miranda con desdén, pisando ya el terreno firme de su profesionalización—. Si tengo que imitar su modo de caminar, la diferencia cuenta.

La muchacha negra dio un ruidoso mordisco a la manzana. Moskvín la miró y ella sonrió. Todos le tenían manía; Moskvín lo sabía, estaba acostumbrado a aquella animadversión y era algo que jamás le había preocupado.

—Ya nos las arreglaremos para que no tengas que imitar su modo de andar —dijo, sin dejar de mirar a la negra. Luego se volvió y clavó la vista en Miranda—. ¿Puedes imitar su voz?

—La voz es fácil —contestó Miranda.

La joven negra dio otro bocado a la manzana.

—No hagas ruido —dijo Moskvín.

—Tengo que comer, camarada —contestó ella.

Moskvín se llegó a la mesa y conectó el magnetófono, del que surgió la voz de Fiona, diciendo: «Es un nombre muy bonito. —Pausa—. ¿Trabajaba en el teatro en Inglaterra? —Pausa—. ¿Y se vino con él a Berlín? —Pausa—. ¡Cuánto lo siento! —Pausa—. ¿A qué se dedicaba su marido?»

Moskvín apagó el aparato.

—Ahora, tú —indicó.

Miranda se lo pensó un solo instante, se puso rígida y seria y, observándose las manos como si estuviese a punto de entonar un Heder, recitó la cantinela:

—Es un nombre muy bonito. —Hizo una pausa respiratoria—. ¿Trabajaba en el teatro en Inglaterra? —Se humedeció los labios y, ya totalmente relajada, recitó de un tirón las tres últimas frases—. ¿Y se vino con él a Berlín? ¡Cuánto lo siento! ¿A qué se dedicaba su marido?

Luego sonrió. Era impresionante el parecido, y lo sabía. Siempre había tenido aquel don de imitar voces y a veces hasta imitaba, sin proponérselo, la voz de quien hablaba con ella, lo cual podía acarrearle complicaciones.

—Bien —asintió Moskvín.

—Extraordinario —comentó Stinnes.

La muchacha negra aplaudió discretamente, acción que Miranda no acabó de entender si era por manía a todos o sólo a Moskvin.

—Tengo que verla otra vez.

—Ya lo arreglaremos y te daremos muchas, muchas grabaciones.

—Las grabaciones ayudan, pero tengo que verla hablar. Necesito observar la boca. Si tengo que entablar una conversación, todo depende de la lengua. Y necesito oír más su vocabulario.

—Ya se te dirá lo que tienes que decir exactamente; no hace falta que te desvíes en ningún tipo de conversación. Basta con que digas las palabras que queremos. Simplemente es cuestión de que la voz suene natural y esté bien imitada.

—Bien —repuso Miranda.

—Tenemos de nuestra parte el elemento sorpresa —añadió Moskvin—. Antes de que salgan de su asombro, habrás hablado con su marido y con su hermana.

—Por teléfono es fácil, pero...

—El otro problema lo tengo resuelto —continuó Moskvin—. Su marido estará en un coche, delante, en el asiento del conductor, y no le dejarán volverse. De eso se encarga Harmony, que es una especialista. ¿No es cierto, Harmony?

—Bien puede decirlo, jefe —contestó la negra en un tono burlón que Moskvin no pareció advertir.

Sin dejar de mirar a Miranda, el ruso añadió:

—Tú irás en el asiento de atrás, cerca, pero sin que pueda mirarte.

—Bien. Me pondré ese perfume Arpége que gasta ella y él reconocerá el olor.

—Te olerá, pero no te verá —añadió Moskvin.

—Es que no conseguiría parecerme a ella —dijo Miranda—. Bastaría con que me viese de reojo para que...

—En eso también he pensado —replicó Moskvin—. No es necesario que te caracterices como ella; al contrario, te pondrás una peluca morena, gafas oscuras y mucho maquillaje. No les sorprenderá que se disfrace para entrar en Inglaterra; les parecerá más lógico.

—Se me quita un peso de encima, porque me sería imposible hacerme pasar por ella físicamente. La Samson es muy guapa —dijo mirando a los dos rusos—. En realidad, me gusta.

—A todos —asintió Stinnes—. Esto lo hacemos por ayudarla.

—Eso no lo sabía —dijo Miranda, dubitativa.

—Pero ella no debe saberlo —añadió Stinnes.

—No debe adivinarlo bajo ningún concepto —añadió Moskvin, dando una fuerte palmada en la mesa— o te arrepentirás de haber nacido.

—¡Okay! —dijo Miranda, con más tranquilidad de la que aparentaba.

Le fastidiaba admitirlo, pero Moskvin le daba miedo, y eso que ella no se asustaba fácilmente.

—Está enterada —dijo Harmony—. ¿Puedo ya comerme la manzana, jefazo?

BOSHAM, SUSSEX, Inglaterra. Octubre de 1983

Pocos actos dentro de la ley procuran mayor satisfacción que la evaluación desapasionada del fallo de un colega. Y así fue con la operación proyectada por Pavel Moskvín contra la Central de Londres, celebrada de palabra, por escrito y quién sabe si en canciones, mucho después de que Moskvín estuviese muerto y enterrado.

Algunos atribuyeron toda la culpa a Moskvín, aduciendo que era un burócrata sin la experiencia práctica que procura el servicio activo del espionaje (eran mayormente los agentes secretos en activo los que así opinaban), y no cabía la menor duda de que Moskvín era un avasallador que siempre se precipitaba y que no entendía la mentalidad inglesa. Pero también muchos de sus colegas eran así; precipitados eran todos, e incluso en Inglaterra había pocos que pudieran decir que entendían a los ingleses.

Una explicación más convincente del fracaso la aportaron observadores menos apasionados, quienes detectaron el fallo en la dualidad del directorio de la operación: Pavel Moskvín, oficial de escalafón en el KGB y excesivamente confiado en su influencia en Moscú, y Erich Stinnes, experto agente secreto quien, aunque de mayor categoría que Moskvín, no esperaba ventaja alguna del éxito que pudiera obtenerse.

Otros achacaban el desastre a las dos mujeres que habían intervenido: la negra jamaicana nunca se había plegado a la disciplina del KGB en todos los años de servicio, y a la inglesa la habían obligado a participar en una fase fundamental de la operación por el simple hecho de que sabía imitar voces. Hubo quien comentó que las mujeres eran muy ásperas; otros, que su lengua materna —el inglés— las vinculaba, creando una rebeldía potencial. Otros, finalmente, todos ellos hombres, creían que las mujeres no valían para esos trabajos.

—¡Primer premio de bobos, cara de culo! —dijo Harmony Jones a Moskvín. Estaban en una casita de Bosham, en la costa sur de Inglaterra, en la

que Moskvin planeaba hacer caer en la trampa a Bernard Samson—. De Londres a Berlín, y vuelta a Londres. ¡Cariño, es la operación más tonta en que intervengo!

Moskvin no estaba acostumbrado a semejante descaro, pero contuvo su furia y replicó:

—Forma parte del plan.

Erich Stinnes alzó la vista de la guía turística Chichester and the South Downs y los miró desapasionadamente. No era una operación suya y, aunque le capturasen los ingleses, ya los había él sondeado a propósito de pasarse a ellos; en Moscú había contado que los primeros contactos los habían efectuado ellos, y tenía permiso para proseguirlos; así que, independientemente de lo que sucediera, a él le daba igual.

Pavel Moskvin había razonado siguiendo un esquema de similar infalibilidad. La operación iba a darle fama y, por consiguiente, tenía que ser espectacular: haría caer a Bernard Samson en una celada, le interrogaría hasta la muerte y luego abandonaría su cadáver mutilado en un piso franco del propio SIS en Inglaterra. Si sacaba algo del interrogatorio de Samson capaz de poner en tela de juicio o arruinar la reputación de su nueva superiora, Fiona Samson, mejor. Incluso habían elegido aquel piso franco porque era Fiona Samson quien había revelado su existencia en una de las sesiones iniciales de verificación. Si el sitio resultaba comprometedor, sería traición de Fiona Samson y no un fallo de él.

Miranda observó a sus tres compañeros y sintió un estremecimiento. No había pensado en que aquello fuera a ser así. Ella había hecho su papel tal como se había previsto.

Apostándose en un parterre de césped al borde de la carretera, cerca del terminal número 3 del aeropuerto de Londres, Miranda vio llegar un coche con Bernard Samson al volante y Harmony sentada a su lado. El coche se detuvo muy cerca de ella para que montase en el asiento de atrás e imitase la voz de Fiona Samson.

Había habido un momento, al subir al coche detrás de aquel Samson, en que creyó que iba a desmayarse. Pero fue como salir a escena y en el momento decisivo su profesionalismo se impuso y todo había salido de perlas.

—Fiona, ¿estás loca? —había replicado Samson sin volverse y, además, con el espejo retrovisor desviado de su campo visual. Todo tal cual había dicho Harmony: Bernard Samson era un profesional y los profesionales no se arriesgan a morir, sino que piensan, había dicho Harmony.

A Samson le había engañado. Había sido la mejor interpretación de su carrera teatral. ¡Lástima que nada más hubiese tenido un público de dos personas, teniendo, además, en cuenta que el cincuenta por ciento de la audiencia se hallaba sobrecogido y amenazado por una repugnante jeringuilla hipodérmica a escasos milímetros del muslo!

—¿Por venir aquí? —había replicado Miranda—. No hay orden de detención contra mí y he cambiado de fisionomía y de nombre... No, no te vuelvas. No quiero que quedés inconsciente.

Lo había ensayado sílaba a sílaba tantas veces que le salía de forma automática. El pobre estaba más que perplejo. A Miranda le daba pena. Era evidente que, después, intentaría seguir a Harmony. ¿Qué marido no lo haría?

Cuando Miranda regresó a la casa de pesca, tras la farsa del aeropuerto de Heathrow, Moskvin ni le dio la enhorabuena. ¡Era un cerdo!

—¿Y si Bernard Samson no sabe seguir la pista de Harmony? —dijo ella—. ¿Y si no viene? ¿Y si va a la policía?

—Vendrá —contestó Moskvin—. A él no le pagan para que llame a la policía, y su oficio es seguir a la gente. Ya verás cómo sigue a Harmony; él cree que su mujer está en Inglaterra y vendrá aquí.

—Y luego, ¿qué? —inquirió Miranda, que seguía sin quitarse la lujosa peluca y el maquillaje que había decidido Moskvin. Con la peluca esperaba quedarse.

Harmony sonrió amargamente. Había sido ella la que había facilitado la pista a Samson, a base de preguntar tres veces el itinerario antes de sacar los billetes y haciendo unas tonterías que cualquiera con sentido común jamás habría hecho. La máxima vulgaridad de Moskvin había sido designar a una guapa joven negra para que no pasase inadvertida. ¿Qué imbécil no iba a sospechar en seguir aquel reguero de migas hasta allí? Y el poco rato que había estado con Bernard Samson no le daba en absoluto pie para pensar que fuese un imbécil. A ella no le gustaría estar cuando llegase.

—¿Qué más da? —replicó Harmony—. Nosotras nos vamos. Miranda, nena, sube a quitarte el puñetero maquillaje y salimos pitando. Lo que necesitamos es un día en Roma después de estas tres jornadas con ese gordo cara de pedo —añadió, poniéndose en pie.

—Estoy en media hora —dijo Miranda.

Moskvin estaba enfurruñado por haberse dejado engatusar por Harmony para que les sacase a ellas dos billetes con escala en Roma. La jamaicana había elegido persuasivas razones operacionales, pero ahora veía claramente que lo que deseaba era un viajecito de placer.

—A lo mejor os necesito —indicó, ya con su anterior capacidad de aterrorizar minada, debido primordialmente a la insolencia con que la negra replicaba a todas sus órdenes.

—Lo que tú necesitas, jefazo... —comenzó a decir, pero optó por no provocarle más y cogió el estuche de maquillaje y comenzó a subir la escalera, seguida de Miranda.

—Y no me llames cara de pedo —añadió Moskvín en tono solemne cuando las dos mujeres cruzaban la puertecita que conducía a la escalera.

Fuera de su campo visual, Harmony hizo un gesto obsceno con la mano, mientras Miranda lanzaba una risita.

Era una casa vieja estupenda: la tosca escalera, que ascendía entre paredes de tablón pintado, hacía resonar sus pasos. Arriba, la puertecita con picaporte tenía una esquina desmochada para no rozar en el techo inclinado. Su sencilla raigambre, tan inglesa, provocó en Miranda una súbita añoranza, aunque no tan imprevista, de volver a vivir en aquel país.

Como los pasos en el piso de arriba revelaban los movimientos de las mujeres, Erich Stinnes alzó la vista de la guía turística y preguntó:

—¿Sabías que este pueblo de Bosham aparece en el tapiz de Bayeux? Es donde el rey Canuto ordenó retroceder a la marea.

Moskvín sabía que Stinnes no pretendía más que provocarle un ataque de cólera y no contestó. Se levantó y se acercó a la ventana. Bosham no era más que una minúscula península entre dos ensenadas. Desde allí se veía el mar y las embarcaciones a motor y a vela de todo tipo y tamaño. Una vez que Samson estuviera muerto, ellos huirían en barco. Stinnes era buen navegante y, amparados en la noche, desaparecerían como si no hubieran estado allí. Fin modélico de una operación perfecta.

—Yo no me acercaría tanto a la ventana —previno Stinnes con buena voluntad—. Es un principio elemental en esta clase de operación.

Moskvín se apartó de la ventana. Sí, claro, Stinnes tenía razón. Le caía gordo.

—Tendría ya que estar aquí el equipo de apoyo —dijo.

Stinnes le miró con aire sorprendido.

—Hace media hora que ha llegado.

—¿Y dónde están?

—No esperarías que volviesen y llamasen a la puerta, ¿no? Tienen un colchón y estarán durmiendo en la furgoneta hasta que los necesitemos. Están aparcados junto a la taberna.

—¿Y tú cómo sabes todo eso?

—Pero ¿no lo he organizado yo? ¿Por qué crees que he estado yendo al servicio? ¿Por que tuviese diarrea? Y desde arriba se ve el aparcamiento.

—¿Llevas pistola?

Stinnes negó con la cabeza.

—Yo me he traído una —repuso Moskvín, dejando el arma en la mesa.

Era una Smith and Wesson Magnus calibre 44; un pistolón que él se había procurado esforzadamente de antemano para tenerla en Inglaterra.

Stinnes miró al pistolón y a Moskvín.

—Con eso tenemos de sobra para los dos —dijo.

—Bueno, pues sólo queda esperar —añadió Moskvín.

Stinnes hizo una señal en la página de la guía y la cerró.

—No lo olvides: este Bosham es donde el rey Canuto ordenó retroceder a la marea.

—¿Y qué sucedió? —inquirió Moskvín, que no sabía quién era el rey Canuto.

—Que la marea siguió subiendo —contestó Stinnes, cogiendo su bolsa de tirante—. Voy a ir preparando las cosas. Mejor será que compruebe si el barco está bien amarrado y a punto. Ya sabes el número de teléfono.

—Sí —contestó Moskvín. Esperaba haber contado con la ayuda de Stinnes, pero no pensaba pedírsela.

Arriba, Miranda seguía limpiándose el maquillaje con los últimos restos de crema, mirándose minuciosamente en el espejo.

Harmony, que estaba haciendo la maleta, exclamó:

—¡Qué cerdo! Recojo todo lo del coche, tal como ordena el reglamento, y el tío me chilla por llegar tarde. Y, además, casi todo era de él, que es un guarro. —Y le mostró una bolsa de plástico transparente en la que había metido todos los objetos que habían quedado en el coche de alquiler: dos mapas del sur de Inglaterra, trozos de papel, un bolígrafo roto, un pintalabios viejo, tres peniques y un cristal de reloj de pulsera—. ¿Algo de esto es tuyo, querida? —añadió.

—No —contestó Miranda.

—Las compañías de alquiler nunca limpian bien los coches; se contentan con vaciar el cenicero —indicó, dejando la bolsa libre para guardar en ella el maquillaje.

—Ya casi estoy —dijo Miranda—. Creo que me quedaré un par de días en Inglaterra. Me reuniré contigo en Roma pasado mañana. ¿Te parece bien?

—Como quieras, nena —contestó Harmony Jones—. Yo en Roma tengo mucho trabajo atrasado.

Stinnes durmió aquella noche en el yate. Había tres camarotes dobles y se acomodó en uno de ellos. Puso en marcha el generador y estuvo hasta tarde leyendo *The White Company*: era un asiduo lector de las aventuras de Sherlock Holmes y perseveraba en desentrañar aquella aventura medieval de su autor preferido. Hacía buen tiempo y le complacía escuchar los ruidos y el movimiento del barco anclado y sentir el olor de la madera mojada y el salitre.

A las cinco de la mañana, Moskvín le llamó por teléfono.

—Ven inmediatamente —dijo el ruso, y Stinnes se llegó apresuradamente a la casa en ocho minutos, bajo el tenue rosa del amanecer.

—¿Qué sucede? —inquirió.

—Lo tengo aquí —dijo Moskvín—. Llegó Bernard Samson hacia medianoche y el equipo de apoyo le descubrió; le hemos capturado con suma facilidad.

—¿Y dónde le tenéis?

—Arriba. No te preocupes, está atado. Mandé irse al equipo de apoyo, aunque tal vez no habría debido hacerlo.

—¿Y a mí para qué me quieres? —inquirió Stinnes.

—No consigo sacarle nada interrogándole —reconoció Moskvín—. Creo que conviene que lo haga otro.

—¿Qué le has preguntado?

Moskvín se dio un puñetazo en la palma de la mano en gesto de frustración.

—Sé que esa Samson es una espía inglesa. Lo sé y pienso sacárselo al marido, aunque sea lo último que haga.

—¡Ah! Ésa es la pauta de interrogatorio —recordó Stinnes.

A él se le antojaba una obsesión absurda, propia de una persona que había confesado que no le gustaba en absoluto recibir órdenes de una mujer.

La sorna en el comentario de su colega era evidente, pero Moskvín se había acostumbrado a aquel aire de superioridad que constantemente Stinnes mostraba hacia él.

—Sube tú a hablarle y haz el papel de amable.

Stinnes se dirigió al piso de arriba seguido de Moskvín, que era incapaz de quedarse abajo sentado esperando el resultado; él tenía que verlo todo. Y permaneció en la puerta, a espaldas de Stinnes.

El cuarto de arriba era muy reducido, y casi todo el espacio lo ocupaba una cama arrimada a la pared, con cojines para que hiciera de sofá; en el

rincón había un probador con espejo grande en el que se reflejaba la imagen del cautivo.

—Voy a quitarte la mordaza y tú me... —Stinnes se detuvo de golpe, miró a Moskvín a su espalda y luego al prisionero—. Éste no es Bernard Samson —dijo.

El que estaba atado a la silla era Julián MacKenzie, un agente que hacía prácticas en el departamento y a quien Bernard Samson había encomendado el seguimiento de la negra. Y lo había hecho a la perfección. Bien que se daba cuenta MacKenzie, a juzgar por la mirada de terror con que observaba a Moskvín esgrimiendo la pistola.

—¿Qué quieres decir? —replicó Moskvín, enfurruñado, cogiendo a Stinnes por el brazo y arrastrándole al pasillo para cerrar la puerta.

El único fulgor luminoso procedía del piso de abajo.

—Pues que no es Bernard Samson —contestó Stinnes con voz pausada.

—¿Y quién es? —inquirió Moskvín, zarandeándole rudamente.

—¿Y cómo coño voy a saber quién es?

—¿Estás seguro de que no lo es?

—Pues claro. Samson tendrá unos quince años más. Yo le he visto de cerca y le conozco bien. Claro que estoy seguro.

—Espera abajo. Voy a averiguar quién es ése.

Mientras bajaba oyó vociferar a Moskvín y al joven contestar en voz tan baja que era imposible entenderle. Stinnes se sentó en el sillón y sacó del bolsillo *The White Company*, pero no hacía más que leer una y otra vez el mismo párrafo. De pronto se oyó el fuerte disparo de la Magnum y un grito. Más disparos. Stinnes se puso de pie de un salto, preocupado porque el ruido despertase al vecindario. Su primer impulso fue escapar, pero era un profesional y aguardó a su compañero.

Moskvín bajaba la escalera tan despacio, que Stinnes estuvo a punto de creer que se habría disparado sin querer o le habría herido una bala rebotada. Venía totalmente demudado, blanco como el papel. Tiró la pistola sobre el aparador y se apoyó en el borde de la mesa de la cocina. Luego se inclinó en el fregadero y vomitó.

Stinnes lo observaba de lejos. Moskvín apartó la pistola y continuó dando arcadas. Finalmente, despacio y con cuidado, se limpió la cara con un trapo y dejó correr el agua del fregadero.

—Ya está —dijo, tratando de darse ínfulas.

—¿Estás seguro de que está muerto? —inquirió Stinnes, acercándose despacio a las dos ventanas. No parecía que los disparos hubiesen llamado la

atención de las casas cercanas.

—Estoy seguro.

—Pues vámonos de aquí —decidió Stinnes—. ¿Podrás llegar hasta el yate?

—¡Maldita sea tu cara de bobo risueño! —replicó Moskvín—. Ya reiré yo el último. Ya verás.

Pero Stinnes no sonreía, sino que se estaba preguntando hasta cuándo iba a aguantar las ridículas extravagancias de aquel bestia.

En Berlín, aquella misma noche, Fiona acudía a la ópera. El indispensable Hubert Renn siempre le conseguía entrada para la ópera o un concierto, aunque se la pidiera en el último momento, y aquella tarde ella se había dado cuenta de que era el último día en que representaban *Der Freischütz* en un polémico montaje vanguardista.

Escuchaba extasiada. Era una de sus óperas preferidas, y la extraordinaria combinación de sencillas melodías tradicionales y el complejo romanticismo paliaba transitoriamente sus preocupaciones laborales. Y hubo un momento en que hasta se olvidó de su sufrimiento y soledad.

Llegado el entreacto, aún absorta en la música, no pudo soportar las apreturas del bar, atestado de berlineses del Oeste, fácilmente distinguibles por las joyas y elegante atuendo, y se dio la vuelta para pasear por el vestíbulo y ver la exposición de «La electricidad del futuro» con fotos aéreas de las centrales de la República Democrática de Alemania. Estaba mirando la foto en color de un gran edificio de hormigón reflejado en un lago, cuando alguien a sus espaldas exclamó:

—¡Aquí estás, tesoro! ¿Te apetece una copa de vino blanco?

Se volvió y se quedó atónita al ver a Harry Kennedy con dos copas de vino en las manos y una gran sonrisa.

—Realmente, el espectáculo empieza en el entreacto, ¿verdad?

Su primera reacción fue de disgusto. Llevaba tiempo temiendo un encuentro en la calle con algún viejo amigo, colega o conocido que la reconociese, y ahora se sentía a punto de desmayarse. Se había quedado de piedra y el corazón le latía aceleradamente. Notó que el rubor le subía al rostro y agachó la cabeza para que él no lo advirtiera.

—¿Te encuentras bien? —inquirió Harry al ver lo afectada que estaba—. Perdóname... Habría debido...

—Es igual —dijo ella. Lo más probable es que estuvieran vigilándola. Si así fuera, quedaría constancia de aquella reacción.

Harry comenzó a hablar apresuradamente para subsanar la turbación de ella:

—Sabía que no te perderías Der Freischütz, por supuesto. ¡Madre mía, qué montaje y qué público!, ¿verdad? ¿Y los árboles? ¡Y qué voz el tenor!

—Harry, ¿qué haces aquí? —inquirió ella despacio y muy tranquila.

—Buscarte, dulzura —respondió él, tendiéndole la copa—. Siento haberte abordado de esta manera.

—No te entiendo...

—Es que vivo aquí —añadió él.

—¿En el Este? —inquirió ella, dando un sorbo sin saborearlo. No sabía ni lo que hacía, ni si seguir charlando con él o cortarle de golpe y marcharse.

—Llevo aquí un año. Vino a Londres un profesor del hospital Charité a ver el trabajo que hacíamos en la clínica y me invitaron a pasar un año trabajando aquí. No me pagan, pero me las apañé para conseguir una modesta beca... Lo suficiente para pasar el año. Fue una satisfacción dejar a esos imbéciles de Londres y supongo que ellos también se alegraron de que me fuese.

—¿Aquí, en el Berlín Este? —repitió ella, dando otro trago.

Necesitaba beber para tener tiempo de examinarle. Tenía aspecto de más joven aún de lo que ella le recordaba; un pelo ondulado más ondulado, y su rostro curtido parecía aún más curtido por el gesto de preocupación ante la posible reacción por parte de ella.

—Sí, en el Charité. Y sabía que no te perderías Der Freischütz. No me he perdido una sola representación... Fiona, cariño, te amo y tenía que encontrarte...

Y no dijo más.

—¿Has asistido a todas las representaciones?

—En cierta ocasión me comentaste que era tu ópera preferida.

—Creo recordarlo —dijo ella. No estaba muy segura; ya no estaba muy segura de nada.

—¿Estás enfadada conmigo? —inquirió él.

Parecía un berlinés occidental con su traje oscuro con corbata. Era un Harry Kennedy distinto al que ella conocía de Londres; precavido y tímido, pero por encima de su timidez y casi dominándola, mostraba el orgullo y la alegría de haberla encontrado.

—No, claro que no —contestó ella.

—¿Es que hay otro? —inquirió él, angustiado de pronto por su actitud displicente.

—Sólo mi marido en Londres.

Fue como si le hubieran quitado un peso de encima.

—Cuando supe que le habías dejado, comprendí que tenía que encontrarte. ¿Sabes que eres la única que he amado, Fiona?

No era una explicación, sino una auténtica declaración.

—Aquí no es como en Londres —replicó ella, torpemente, tratando de hacerse a la idea de tenerle allí.

—Di que me quieres.

Se había tomado tantas molestias que esperaba más de ella.

—No. No es tan fácil, Harry. Aquí trabajo para el gobierno.

—¿Y qué más da en lo que trabajes?

¿Por qué no lo entendería?

—Harry, me he pasado al Este.

—Me da igual lo que hayas hecho. Otra vez estamos juntos, y eso es lo único que importa.

—Te ruego que procures entender las implicaciones.

Por primera vez logró calmar su excitación y mirarla tranquilamente.

—¿Qué tratas de decirme, nena?

—Si me ves muy seguido, tu carrera está acabada; no podrás volver a Londres y reanudar tu vida.

—No me importa si te tengo a ti.

—Harry, tú no me tienes.

—Te amo... Haré lo que sea; viviremos donde sea. Te esperaré. Mi amor es desesperado.

Ella le miró y sonrió, aunque consciente de que no era una sonrisa convincente. Sentía venir una de aquellas horribles cefaleas y le entraron ganas de gritar.

—No se puede contar contigo, Harry. Todo ha cambiado, y yo también.

—Tú me dijiste que me amabas —replicó él en ese tono de reproche normal en los amantes.

«¡Ojalá se marchara!», pensó Fiona.

—Quizá, y puede que siga queriéndote. No lo sé —hablaba marcando las palabras—. De lo único que estoy segura es de que en este momento no puedo asumir las complicaciones de una relación.

—Pues no prometas nada. Nada te pido. Esperaré; pero no me pidas que deje de decir que te quiero, porque sería una prohibición insoportable.

Sonó el timbre que anunciaba el final del entreacto, y el público, con ese sentido del orden tan alemán, comenzó a reintegrarse a la sala.

—No puedo seguir aquí —dijo ella—. Tengo la cabeza hecha un lío y necesito pensar.

—Pues vamos al Palast a cenar.

—Te perderás la ópera.

—Ya la he visto nueve veces —replicó él con una sonrisa triste.

Ella sonrió y miró el reloj.

—¿Tan tarde dan de cenar? —inquirió—. En este sector de Berlín los establecimientos cierran muy temprano.

—La precavida Fiona... Si, aún sirven a esta hora. Hace dos días estuve yo cenando. Dame el resguardo del guardarropa y te recojo el abrigo.

De la ópera en Unter den Linden hasta el hotel Palast no hay mucha distancia y, a pesar del persistente olor a carbón de Berlín, el paseo le sentó bien a Fiona. Una vez acomodados a la mesa del comedor del hotel, se encontraba ya casi en su estado normal. Pero aquel encuentro con Harry había sido algo más que una sorpresa, pues le había demostrado el poco dominio que tenía de sí misma; estaba afectada físicamente y aún le latía el corazón con fuerza.

Le observó mientras leía la carta. ¿Le amaba? ¿Qué explicación tenía aquella conmoción? ¿O es que simplemente estaba desequilibrada?

Cualquier sentimiento que tuviera por Harry era muy distinto al cariño estable y perdurable que sentía por su hogar, sus hijos y su marido. La ausencia de Harry no le había causado aquella agonía de la separación de su familia, una agonía que no cesaba; su pasado amor por Harry era algo distinto y totalmente ajeno a aquel sentimiento. Pero era incapaz de olvidar que el amor que había sentido por Harry la electrizaba; había sido un amor ilícito y más físico que el que sentía por Bernard, y el hecho de estar sentada allí frente a él revivía en ella la sensación de que no hacía tanto que una simple mirada de Harry la excitaba.

—¿Cómo dices? —inquirió distraída, al darse cuenta de que le preguntaba algo.

—Yo lo tomé la otra noche y estaba bastante bueno —dijo él.

—¡Perdona: tenía la cabeza en otra cosa!

—El Kabinet es la variedad más seca; al menos ésa es mi experiencia en el tiempo que llevo aquí.

—Estupendo —exclamó ella sin convicción, contenta de que él hiciese seña al camarero para pedir una botella de un vino que había descubierto y le gustaba.

Su alemán era bueno e incluso su acento no hacía daño al oído. Miró por el restaurante para ver si había alguien que pudiera reconocerla y vio que estaba lleno de extranjeros, los únicos que podían tener las divisas con que había que pagar.

—El dinero de la beca me lo dan al cambio de Occidente, y como aquí siempre —refirió él.

¿No podría, por casualidad, ser un emisario de la Central de Londres? No. No era la clase de hombre a quien Bret o sir Henry considerasen idóneo para el delicado trabajo de contacto. Sin embargo, un amante sería la cobertura ideal para un contacto de Londres. Si ése era su papel, no tardaría en saberlo; esas cosas se hacían así. Esperaría a ver lo que sucedía. Mientras, seguiría siendo la comunista inflexible.

—Entonces, ¿qué sugieres que cenemos? —preguntó.

Él alzó la vista y sonrió. Estaba tan contento que aquel júbilo se le contagiaba a ella.

—Yo siempre pido bistec, trucha o chuleta.

—Pues trucha, y nada de primero —dijo ella.

Y en aquel momento la asaltó otra sospecha: ¿no sería un hombre de Moscú? Era muy poco probable; en aquel primer encuentro en Londres, le había confesado que no tenía permiso de trabajo, y si ella hubiese avisado a Inmigración le habrían detenido. Pero, un momento, vamos a ver: era precisamente su precaria situación legal lo que la había impulsado a omitir una investigación oficial. Eso y el hecho de que Bernard podría haber empezado a plantearle preguntas sobre él. Revivió aquel primer encuentro en la estación paso a paso y palabra por palabra. Podrían haberlo preparado. No había ningún detalle que no hubiese podido ser un montaje.

—Fiona —dijo él.

—Dime, Harry.

—Te amo desesperadamente. —Era evidente su sinceridad; era imposible fingir semejante adoración con la mirada. Pero el componente neurótico, suspicaz y lógico de su ser le decía que el hecho de que estuviera enamorado no significaba que no pudiera enviarle Moscú—. Lo sé todo de ti —añadió de pronto, despertando de nuevo su alarma—, salvo por qué te gusta Der Freischütz. Me conozco la partitura de pe a pa, y entiendo a Schönberg y Hindemith, pero ¿quieres decirme dónde hay diez minutos escasos de melodía en esa maldita ópera?

—A los alemanes les gusta porque el tema es una Alemania unificada.

—¿Y eso es lo que tú quieres, una Alemania unificada? —inquirió él.

Luz roja. ¿Cuál era la consigna oficial sobre la unificación?

—Sólo en las debidas condiciones —contestó prudentemente—. ¿Y tú?

—¿Quién dijo que le gustaba tanto Alemania que prefería que fuesen dos?

—No recuerdo.

Él se inclinó hacia ella y dijo en tono confidencial:

—Olvida lo que he dicho. Me gusta con locura Der Freischütz, hasta la última corchea.

LONDRES. OCTUBRE de 1983

Eran las dos de la madrugada y Bret se encontraba en su casa de Thameside, sentado en la cama, leyendo las últimas páginas de Nana de Zola. Influido por Sylvester Bernstein, había descubierto el placer de leer novelas: Sylvvy le había prestado primero *Germinal*, y ahora Bret —siempre movido por pasiones profundas y repentinas— había decidido leerse los veintidós tomos de la obra de Zola. Sonó el teléfono, pero él dejó que sonara un rato, hasta que vio que no paraba y lo cogió.

—Diga.

Bret siempre contestaba así; no era partidario de identificarse al aparato.

—Bret, muchacho, espero no haberle despertado.

—Estaba leyendo un libro conmovedor, estupendo, sir Henry.

—Bien, espero no haberle interrumpido en medio de algo importante —replicó el director general, imperturbable—. Ya sé que usted es algo búho. En fin, es una cosa urgente.

—Ya —repuso Bret, dejando el libro a un lado y cerrándolo entristecido.

—Hace unos minutos me ha llegado comunicación de la Brigada Especial y, por lo visto, hay una mujer joven, inglesa, desde luego, que se ha presentado en la comisaría de Chichester diciendo que quería hablar con alguien de nuestro oficio.

—Sí, señor —asintió Bret.

—Ya me lo imagino bostezando. Sí, desde luego, hemos tenido muchos casos así, ¿no es cierto? Pero esta señora dice que quiere contarnos algo sobre uno de los nuestros en Londres y ha mencionado a uno a quien hace poco dejó su mujer. Además, hace poco, ha conocido a su esposa en Berlín. ¿Me escucha, Bret?

—Palabra por palabra, sir Henry. ¿Que la ha conocido? ¿Por su nombre? ¿Mencionó su nombre?

—Eso parece; pero las cosas siempre resultan un tanto vagas cuando me llegan en informes verbales. Dijo que era muy urgente y que estaban a punto de matar a alguien. Ya sabe. Pero sí, el nombre se lo dio. En la Brigada Especial juzgaron conveniente verificar si ese nombre nos sonaba y el oficial de servicio pensó que el asunto era importante y merecía la pena despertarme.

—Efectivamente, señor.

—Un inspector de la Brigada Especial viene a Londres con la mujer. Dijo llamarse Miranda Keller. Debbs es su apellido de soltera. Lo que no nos dice nada, claro, porque la guía telefónica alemana está plagada de Kellers. ¿Podría usted hablar con ella y mirar este asunto?

—Sí, señor.

—Estarán aquí en menos de una hora.

—Voy inmediatamente, señor.

—Sí, Bret, por favor. Se lo agradezco. Mañana estaré en el despacho y hablaremos.

—Sí, señor.

—Claro que, a lo mejor, no es nada.

—Bien, no pierdo un minuto.

—O podría darse el caso de que nuestros amigos quieran ir por las malas. No se arriesgue, Bret.

—Así lo haré señor. Salgo inmediatamente.

—Claro, claro. Buenas noches, muchacho. Aunque casi debería darle los buenos días —añadió el director general, con una risita, colgando.

Razón tenía, pues él iba a seguir durmiendo.

La señora Miranda Keller tenía treinta y seis años y la peluca que llevaba no la hacía más joven. Eran casi las cuatro de la mañana y había aguantado un largo viaje en coche bajo la lluvia hasta aquella vieja mansión de Kensington, un barrio residencial destartado del centro de Londres. Miranda apoyó la cabeza en la desgastada tapicería del sillón. Bajo el implacable fulgor azulado de la luz cenital —que emitía un zumbido constante— su aspecto no era nada halagüeño.

—Como le digo, no tenemos a nadie con ese nombre que trabaje con nosotros —dijo Bret.

Estaba sentado detrás de un escritorio, tomándose un café rancio en una taza de esa delicada loza de rigor en las oficinas de jóvenes activos con profesión de agentes de la propiedad. En la bandeja antigua había un cuenco con azúcar y un bote de leche Carnation ya perforado.

—S-a-m-s-o-n —deletreó Miranda.

—Sí, la he entendido. Pero no hay nadie con ese apellido —replicó Bret.

—Es que van a matarle —prosiguió tenaz Miranda—. ¿Ha enviado a alguien a la casa de Bosham?

—Eso no estoy autorizado a comentarlo —contestó Bret—. Aunque lo supiera —añadió.

—Pues bien, si acude, esos hombres le matarán. Y yo sé cómo las gastan. El viento azotó la ventana.

—¿Dice que son rusos?

—Ya ha apuntado usted sus nombres —replicó ella, cogiendo la taza, husmeando el café y dejándola a un lado.

—Sí, naturalmente. Y dice que hay otra mujer.

—De ella no puedo decirle nada.

—¡Ah, sí! Eso es lo que me ha dicho —musitó Bret, dirigiendo la vista a sus notas—. Mi escritura no es muy elegante, señora Keller, pero creo que es legible. Me gustaría que repasara las notas que he tomado. Empiece por aquí: la conversación que sostuvo en el aeropuerto de Londres cuando imitó la voz de esa señora que ha conocido en Berlín-Grünau —añadió Bret tendiéndole la hoja.

Miranda la leyó vertiginosamente, asintió con la cabeza y se la devolvió. El viento produjo un rugido en la chimenea, haciendo vibrar la estufa eléctrica. La fuerte lluvia seguía azotando la ventana.

Bret no recogió la hoja.

—Tómeselo con calma, señora Keller. Le aconsejo que lo relea.

Ella volvió a mirar las anotaciones.

—¿Qué pasa? ¿Acaso no me cree?

—Esto parece un diálogo de sordos, señora Keller. ¿Merecería la pena que la hicieran pasar por tantas molestias para que en esa entrevista le dijera únicamente cosas sobre los niños y que dejara en paz a ese tal Stinnes?

—Sólo era para incitarle y que siguiese a la muchacha negra para ver a su mujer.

—Ya —dijo Bret Rensselaer no muy convencido, cogiendo las notas y ajustándolas con unos golpecitos sobre el escritorio.

Fuera se oyó el golpe de la portezuela de un coche y el motor que se ponía en marcha; una voz masculina dio las buenas noches y otra femenina le deseó buen viaje.

—Y no he pedido nada —añadió Miranda.

—Precisamente, eso me preguntaba —dijo Bret.

—No hay por qué ser sarcástico.

—Perdóneme; no pretendía serlo.

—¿No podría apagar alguna de esas luces? Me están dando dolor de cabeza.

—¡Y que lo diga! Detesto la luz fluorescente, pero esto es una oficina y se encienden con un interruptor general.

—Nada quiero a cambio de lo que le he contado. Nada.

—Pero...

—Pero si quiere que regrese allá, lo de ley es que me conceda algo a cambio.

—Como, por ejemplo...

—Un pasaporte para mi hijo de cinco años.

—¡Aaah! —exclamó Bret en tono inequívocamente de gemido agónico, pensando en la enojosa perspectiva de afrontar las interminables gestiones de obtener un pasaporte para un individuo que no tiene derecho a él. Los obstruccionistas profesionales con quienes trataba en Whitehall eran capaces de hacer horas extraordinarias para negarse con toda clase de pretextos.

—No le costaría nada —añadió Miranda.

—Lo sé —replicó Bret en tono amable—. Es una demanda bastante modesta, señora Keller. Seguramente se lo podría conseguir.

—Si no viajo mañana a Roma, o como mucho pasado mañana, tendré que dar muchas explicaciones.

—Usted es inglesa. Luego supongo que su hijo tiene derecho a la nacionalidad inglesa.

—Yo nací en Austria porque mi padre estuvo trabajando allí con un contrato de cinco años; y mi hijo ha nacido en Berlín, por lo que no tiene derecho a la nacionalidad.

—Grave inconveniente —dijo Bret—. Haré lo que pueda. —De pronto, su rostro se iluminó al ocurrírsele una solución. Tal vez podía hacerse un pasaporte falso, aunque, por supuesto, no iba a decírselo—. Supongo que cualquier tipo de pasaporte occidental puede servir para sacarle de allí: uno de la República de Irlanda, Brasil, Guatemala, Belice o Paraguay...

La mujer le miró con gesto de suspicacia.

—Bueno. A condición de que me expidan un certificado de residencia en Inglaterra; pero no me den un pasaporte del ratón Mickey que tenga que renovar cada dos o tres días untando a un funcionario de embajada.

Bret asintió con la cabeza.

—¿Tiene fotos adecuadas de su hijo?

—Sí —contestó ella, sacando del bolso tres fotos de pasaporte, que le entregó con una hoja en la que figuraban todos los datos necesarios.

—Así que esto lo tenía planeado antes de salir de Berlín...

—Esos cerdos rusos son inaguantables —contestó Miranda—. Llevo siempre fotos de pasaporte.

«¡Qué previsora!», pensó Bret.

—Eso es todo lo que podemos hacer de momento —dijo—. Déjelo en mis manos. ¿Cómo puedo ponerme en contacto con usted en el Berlín Este?

—Necesito ese pasaporte. Hasta que no lo tenga en mi poder, no haré nada por ustedes.

Bret se la quedó mirando. Era una mujer inteligente; debía de darse cuenta de que si volvía al Berlín Este estaba enteramente en sus manos, pero no lo daba a entender; era una de esas personas que esperan que los demás actúen como es debido. Alegraba saber que aún quedaba gente así. De momento no la desengañaría.

—¿Aceptaría usted algún dinero?

—Sólo quiero el pasaporte de mi hijo.

—Muy bien, señora Keller. Haré cuanto pueda para conseguírselo.

—Estoy segura.

—Una última e importante cuestión, señora Keller. Esa mujer que ha conocido en Berlín, la señora Fiona Samson, es funcionaría del KGB. Es una mujer muy lista. No la subestime.

—¿Afirma usted que trabaja para el espionaje ruso?

—Exactamente. Bajo ningún concepto debe confiar en ella.

—No lo haré.

—¿Así que no ha sido una pérdida de tiempo, Bret?

El director general hacía una de sus escasas visitas al magnífico despacho monocolor de Bret. Estaba sentado en el chester de cuero negro, tocando los botones y decidido a no fumar.

Había ocasiones en que la distante jovialidad del DG le recordaba a Bret el general Sassoon de la primera guerra mundial: «Es un tipo muy simpático y jovial, masculló Harry a Jack... Pero los fastidió a los dos con su plan de ataque».

—No señor. Ha sido muy interesante —contestó él, que estaba sentado tras su escritorio de sobre de cristal, luciendo camisa blanca y corbata moteada.

—¿Se trataba de un plan para liquidar a Bernard Samson?

—Eso dice.

—Y en vez de eso, ¿mataron a ese otro joven?

—Sí, pero ella no lo sabe. Y, naturalmente, yo no se lo he dicho.

—¿Ha informado Samson del contacto con esa joven negra?

—No, señor, no ha informado —contestó Bret, ordenando sin necesidad los papeles de la mesa.

—¿Y qué más ha revelado la casa de Bosham? ¿Le han pasado informe?

—No he hecho nada respecto a la casa de Bosham, ni pienso hacerlo.

Tras una deliberada aspiración audible, el director general se le quedó mirando y, finalmente, dijo:

—Muy prudente, Bret.

—Me alegro que esté de acuerdo, sir Henry.

—¿Dónde está Samson?

—Está vivo y se encuentra bien.

—¿No le ha prevenido?

—No, señor. Le he destinado a otro puesto.

—Sí, muy acertado —comentó sir Henry con un resoplido—. Así que han actuado siguiendo las informaciones de la señora Samson sobre la casa franca de Bosham. Rápidos han sido en eso. ¡Hummm!

—Nosotros salimos bien librados, señor.

—Preferiría que no cantara victoria, Bret. Aún no ha concluido el asunto. Y no me gusta el hecho de que Samson no informara de ese contacto. ¿Cree usted que habrá quedado convencido de que era su mujer quien le hablaba desde el asiento trasero del coche?

—Sí, es probable. Pero Samson piensa antes de actuar. Todos los agentes que han hecho trabajo clandestino se vuelven muy cautos. Por eso tenemos que retirarlos.

—Mejor será que informe usted a la señora Samson de esa suplantación —añadió con un resoplido—. Así que Bernard Samson no ha informado de lo sucedido... No me gusta, Bret.

—No, señor; pero no hay motivo para pensar que Samson nos traicione. Ni que piense hacerlo.

—Esa señora Keller, ¿podrá servirnos de agente?

—No, señor, ni mucho menos.

—Pero ¿podemos utilizarla?

—No veo cómo. Al menos de momento.

—¿Tiene fotos de ella?

—Sí, la oficina de Kensington ha hecho un buen trabajo. Hay muchas fotos claras.

El director general tamborileó con los dedos en el brazo del chester.

—En lo que respecta a las casas francas, Bret, cuando convinimos en que la señora Samson revelase la existencia de la de Bosham, yo interpreté que iba a ser mantenida una vigilancia.

Bret frunció los labios, sintiéndose como reñido por una cuestión fuera de su competencia.

—Actualmente me veo con las manos atadas..., pero en su momento adoptaré medidas disciplinarias —contestó.

—Eso espero, Bret. Entonces la pauta a seguir ¿es esperar a que los que hacen la limpieza encuentren el cadáver?

—Eso es, señor.

—Bien —dijo sir Henry con sonrisa de buena voluntad nada humorística—. Y ahora ese tal Stinnes del KGB. Silas no para de importunarme diciendo que no debemos dejar que se enfríen los contactos.

—Pensé que era de eso de lo que quería hablar, señor —dijo Bret, agachándose a coger un archivador del que sacó una carpeta roja de la que extrajo un acordeón de ese papel gris de ordenador que tanto costaba leer al director general y, luego, unas fotos brillantes de Stinnes de veinticinco por veinte centímetros, que puso sobre el escritorio para que las viese sir Henry, pero el director general no se molestó en alargar el cuello para mirarlas mejor.

Las había colocado cuidadosamente unas junto a otras; era lógico que Bret Rensselaer, acérrimo partidario de planos, gráficos, diagramas y diapositivas, sacase las fotos en la entrevista, cual si fuesen a ayudarle a adoptar una decisión.

—¿Ha dado alguna prueba de buena fe? —inquirió el director general.

—A Samson le ha dicho que Moscú ha descifrado el nuevo código diplomático. Por eso lo hemos hecho todo mediante mensajero «en mano».

El director general alargó un dedo y tocó una de las fotos, cual si hubiera estado impregnada de algo contagioso.

—¿Usted le cree?

—Seguramente habrá usted hablado con Silas Gaunt —replicó Bret, que quería saber el terreno que pisaba antes de dar una opinión.

—Silas tiene una idea fija con este hombre; por eso yo quiero tener una opinión más objetiva.

Bret no quería decir nada que posteriormente pudiera esgrimirse en contra suya.

—Si la oferta de Stinnes de desertar es una maniobra de Moscú... —dijo marcando las palabras.

—La manera en que hemos reaccionado hará que los de Moscú se sientan muy contentos, ¿no, Bret? —añadió el director general para acabar la frase.

—Yo procuro dejar al margen mis impresiones personales de triunfo o desastre cuando adopto semejantes decisiones, sir Henry.

—Y muy bien que hace.

—Si Stinnes cumple órdenes de Moscú, es más probable que nos entregue algún documento secreto que hayamos estado tentados de transmitir palabra por palabra, o al menos en secuencia.

—¿Para que podamos compararlo y descifrar nuestro código? Sí, supongo que sí. Entonces, ¿piensa usted que es de fiar?

—Silas cree que eso es lo de menos; su opinión es que debemos trabajar con él y enviarlo allá creyéndonos lo que queremos que ellos crean desde su perspectiva —contestó Bret, aguardando la reacción del director general y dispuesto a inclinarse en un sentido u otro. Pero no le pareció que a sir Henry le gustara la idea.

Tras una larga pausa reflexiva, el director general dijo:

—De momento, no quiero que hable de esto con Silas.

—Muy bien, sir Henry.

—Y más adelante separe a Stinnes de Curyer, Samson y todos los demás. Esto tiene que hacerlo usted solo, Bret. Mano a mano con Stinnes. Necesitamos una persona que entienda el juego completo con todas sus minucias y derivaciones. Basta con una persona, y esa persona tiene que ser usted.

Bret guardó las fotos y los papeles en la carpeta. El director general hizo una serie de movimientos como indicando que iba a dar por terminada la entrevista.

—Una última cosa, Bret: cierto aspecto de este...

—Dígame, señor.

—¿Usted diría que Samson ha matado alguna vez?

Bret se sorprendió, y lo dejó traslucir por un instante.

—Imagino que sí señor. De hecho..., bueno, lo sé... Sí, muchas veces.

—Exacto, Bret. Y ahora le estamos sometiendo a una tensión bastante fuerte, ¿no es cierto?

Bret asintió con la cabeza.

—Un hombre como Samson quizá carezca de la flexibilidad que usted tendría en tales circunstancias y podría tomarse la justicia por su mano.

—Supongo que sí —contestó Bret, no muy convencido.

—Vi a Samson el otro día, y lo lleva muy mal.

—¿Quiere que le dé permiso por enfermedad, o unas vacaciones?

—Ni mucho menos; sería lo peor para el pobre hombre. Le daría tiempo a sentarse y reflexionar. Y yo no quiero que reflexione, Bret.

—¿Puede usted darme una orientación de lo que...?

—Suponga que llega a la conclusión de que su esposa le ha engañado y traicionado a su país; de que ha abandonado a sus hijos y se ha burlado de él... ¿No podría inclinarse a hacer con ella lo que ha hecho con tantos otros?

—¿Matarla? Un momento, sir Henry. En realidad, ella no ha hecho nada de eso, ¿no es así?

—Lo que nos lleva a otro aspecto de la horrible situación en que ahora se encuentra Samson —dijo el director general, incorporándose pesadamente del chester. Bret se puso en pie, observándolo pero sin decidirse a ayudarlo—. Samson está preguntando demasiado. Suponga que descubre la verdad... ¿No le parecerá que le hemos gastado una broma cruel? ¿Y con perversa indiferencia? Descubre que no hemos confiado en él y se siente marginado y humillado. Y él es un hombre acostumbrado a responder a sus adversarios con la violencia. ¿No podría darse el caso de que decidiera vengarse de nosotros?

—No lo creo, sir Henry. Samson es un hombre civilizado —dijo Bret, cruzando el despacho y abriéndole la puerta.

—¿Sí? —replicó el director general con aquella actitud animosa que tan rápidamente era capaz de adoptar—. Entonces es que no le hemos formado debidamente.

BERLÍN ESTE. Noviembre de 1983

Una docena de obreros estaban colocando en la fachada del edificio de la Karl Liebknecht Strasse una gigantesca pancarta roja con la consigna de «Viva la patria del socialismo». La anterior, prometiendo prosperidad y paz, se había quedado rosa por efecto del sol.

Desde la ventana del despacho de Fiona sólo se veían las borlas, pero parte de la estructura invadía la ventana, reduciendo la luminosidad.

—Siempre he tenido ilusión por ir a Estados Unidos —dijo Hubert Renn, recogién-dole los papeles de la mesa.

—¿Ah, sí, herr Renn? ¿Y por qué? —inquirió Fiona mientras tomaba el té.

No había que dejarlo, porque era auténtico té indio, no aquel té ruso insulso que cosechaban en Georgia; no tenía ni idea de cómo lo había conseguido Renn, pero no iba a preguntárselo.

—Por curiosidad, frau Direktor. Es un país muy contradictorio.

—Pero es una sociedad reaccionaria —replicó Fiona, fiel a la línea ideológica de que siempre hacía gala—. Un país en el que los trabajadores están esclavizados.

—Pero son una gente tan enigmática... —replicó Renn, poniéndole el capuchón a la estilográfica y guardándosela en el bolsillo—. ¿Sabe usted, frau Direktor, que, durante la guerra contra Hitler, los norteamericanos comenzaron a lanzar en paracaídas agentes secretos en Alemania y que los primeros eran miembros del ISK?

—¿*Der Internationaler Sozialistischer Kampfbund*?

Era una organización de la que ella no había oído nunca hablar hasta que Renn le había dicho que su madre había estado afiliada a ella, y por eso se había documentado en la biblioteca.

—Sí, del ISK, el partido más radical de todos. ¿Por qué lo eligieron los norteamericanos? Es como si nuestros amigos de Moscú nos hubiesen

enviado a la nobleza blanca rusa como emisarios de Stalin.

Fiona se echó a reír y Renn la secundó con una tímida sonrisa. Había habido una fase en que aquellos comentarios de Renn le habían hecho creer que el hombre simpatizaba con Estados Unidos, pero ahora ya le conocía mejor. Si había algo más exacto a deducir de sus observaciones, era más bien una actitud crítica hacia Rusia que un elogio de los norteamericanos. Renn era un seguidor a rajatabla de las teorías de Marx, quien, según él, era el preclaro profeta y fuente de ilustración para todo intelectual alemán; cualquier pequeña incongruencia e imperfección que pudiera encontrarse en el socialismo real —y Renn nunca había admitido que hubiese alguna— debía atribuirse fundamentalmente a los fallos rusos de Lenin y Stalin.

Pero Fiona se había acostumbrado a la fe ciega de Hubert Renn en el socialismo marxista y no cabía duda de que el contacto diario con él servía para abrirle las puertas de un mundo que ella jamás había llegado a imaginar.

Estaban, por ejemplo, aquellas cartas que regularmente escribía a Renn su hija Lisa, de veintidós años, orgullo de su progenitor. Lisa aprendía ruso y, después de graduarse en la universidad, seguía un cursillo de biología marina —uno de los pocos estudios para posgraduados femeninos autorizados por el régimen— en la Universidad de Irkutsk, cerca del lago Baikal, el lago más profundo del mundo, con mayor cantidad de agua dulce que todos los lagos de Estados Unidos juntos, y en cuyas inmediaciones existe una fauna y flora únicas. ¡Y ella sin saber dónde estaba el lago Baikal hasta que Renn le había enseñado la carta! ¿Qué no aprendería?

—Le confiaré un secreto —dijo Renn, al devolverle ella la prolija carta recién recibida.

—¿Cuál, herr Renn?

—Le van a conceder un premio, frau direktor.

—¿Un premio? Primera noticia.

—Está aún por decidir de qué clase, pero es en recompensa a los años de heroico trabajo en Inglaterra por la causa de la revolución. Moscú ha dado el visto bueno y puede que le concedan también una medalla de la R. D. A.

—Me siento abrumada, herr Renn.

—Ya era hora, frau direktor Samson.

A Renn le había sorprendido lo bien que se había adaptado Fiona a su trabajo en Berlín, ignorante de hasta qué punto el sistema educativo inglés le había servido para acoplarse al régimen comunista, ya que en el internado había aprendido rápidamente a ocultar los sentimientos tan humanos de triunfo, desilusión, alegría, cariño o vergüenza. Su autoritario padre le había

demostrado la utilidad de la virtud de la contemporización y la ventaja de la respuesta suave; sus orígenes de clase media —con sus crueles palabras de doble sentido, indirectas y humillante indiferencia— habían sido como la reválida que la facultaba sobradamente para hacer frente en buenas condiciones a los peligros del Berlín Este. Y, por supuesto, Renn no tenía ni idea de los episodios depresivos de Fiona, de su pena por los hijos y de sus horas de desesperación suicida y de soledad.

Con el pelo peinado hacia atrás, en un estilo que era austero y que, sin embargo, no le sentaba mal, y con muy poco maquillaje, Fiona, con aquel ligero acento berlinés que ahora aplicaba en las conversaciones, se había convertido en un miembro más del equipo KGB-Stasi. Su despacho no estaba en la sede principal de la Normannenstrasse de Berlín-Lichtenberg, pero, como había dicho Renn, no era nada halagüeño ser uno más de aquella horda que, al final de la jornada, salía del enorme edificio de la Stasi para tener que abrirse camino hasta el metro de Magdalenenstrasse a esperar el tren.

Había muchas ventajas trabajando en Karl Liebknecht strasse: estaban en el centro, a tiro de piedra de las tiendas, bares y teatros, y la avenida Unter der Linden, que la cruzaba, estaba a un paso. Lo que el viejo zorro de Hubert Renn quería decir, naturalmente, era que se hallaban muy cerca de los demás centros oficiales, a los que se podía ir a pie, y la estación del metro de Alexanderplatz, que le dejaba en casa, no quedaba lejos.

—Le he pedido un coche para las dos y media —dijo Renn, deteniéndose a admirar el abrigo con forro de piel que acababa de comprarse Fiona, quien, no queriendo llamar demasiado la atención sobre su economía, había estado pensando bastante qué clase de abrigo de invierno le convenía. Y era Hubert Renn quien le había resuelto el problema al conseguirle una autorización para comprar con moneda de la R. D. A. un abrigo de lujo, exclusivamente a la venta para visitantes extranjeros—. Tiene una reunión a las tres en la clínica de enfermedades nerviosas —añadió—. Miraré si el chófer sabe la dirección, porque está en Pankow, cerca de donde acaba la autopista, en un lío de callejas en las que uno puede perderse fácilmente.

—Gracias, herr Renn. ¿Hay orden del día?

Renn la miró con un gesto extraño que ella no conocía.

—No hay orden del día, frau direktor. Es una visita de estudio para entrevistarse con el doctor Wiczorek.

—¿Y no puede venir aquí ese doctor?

Renn se aprestó a mirar unos papeles que había sobre el archivador.

—Siempre se va allí —contestó secamente sin volverse.

Estaba a punto de decir que aquello le parecía muy misterioso y hacer un chiste, pero había aprendido que las bromas de esa clase no estaban bien vistas en el Este, y optó por decir:

—¿Tengo que llevar documentos o expedientes?

—Sólo un bloc de notas, frau direktor.

—¿No viene usted para tomar notas? —inquirió ella, extrañada.

—No me está permitido asistir a las reuniones con el doctor Wieczorek.

Ella le miró, pero él no se volvió.

—En ese caso, mejor será que almuerce antes —dijo Fiona—. Por cierto, herr Renn...

—Diga, frau direktor.

—Hay un médico, Henry Kennedy... Mire, le escribo el nombre. —Lo hizo y le dio el papel, que él leyó cuidadosamente, como si se tratase de descubrir algún significado oculto—. Viene de Londres y está trabajando en el hospital Charité con un contrato de un año...

—Sí, frau direktor.

Fiona quería que la siguiente frase sonara lo más natural posible.

—Vea de traerme el expediente.

—No estará en este edificio, frau direktor. —Fiona clavó en él la mirada—. Pero puedo traerlo.

—No necesito el expediente; ni siquiera una fotocopia.

—Únicamente saber si hay alguna complicación —añadió Renn.

—Eso es, herr Renn. Hemos hecho amistad y vamos a vernos de vez en cuando.

—Está claro, frau direktor.

Ya hacía tiempo que Pankow era uno de los barrios residenciales más atractivos de la zona central de Berlín, centro de reunión de los alemanes occidentales elegantemente vestidos que acudían en coches de importación para asistir a cenas. Y, para su gran sorpresa, en él había descubierto Fiona casas con criados.

Pero aquella clínica no estaba en el sector más elegante de Berlín-Pankow. Era un edificio de tres plantas con revestimiento de mármol de imitación; su crudo estilo renacentista, proporciones monumentales y las cicatrices de la guerra, daban a entender que era un resto de la arquitectura berlinesa del tercer Reich.

Iba muy contenta con su abrigo de forro de piel; nevaba, y los grandes copos caían lentamente en espiral como serpentinas, produciéndose una

especie de crujido al pisarlos. La temperatura había descendido tan sorprendentemente, que hasta los nativos se habían quedado en casa.

El chófer dio con la clínica sin dificultad. Era un edificio rodeado por una tapia; la verja de acceso se abrió para dar paso al coche. Una escalinata de piedra con bajorrelieve de columnas a ambos lados conducía a la ornamental puerta de entrada.

El vestíbulo estaba inundado por una luz tenue y gris que entraba por dos claraboyas sobre la puerta. El suelo era un complicado mosaico con doncellas romanas recogiendo flores, y las puertas de ambos lados estaban cerradas. En un gran tablero detrás del recepcionista vio el nombre del doctor Wieczorek en una placa de madera, insertada junto a otras de los médicos del servicio.

—Dígame.

Atendía la recepción un joven de pelo negro con abundante brillantina y una chaqueta gris lavable, camisa blanca y corbata negra. Una especie de uniforme. En aquel momento escribía en un registro sin levantar la vista.

—Soy la doctora Samson —dijo Fiona.

El profundo respeto que sienten los alemanes por todo tipo de doctorado, la había impulsado a utilizar su título académico.

—¿Qué desea? —inquirió el joven sin apartar los ojos del libro de registro.

—Póngase en pie para dirigirse a mí —exclamó Fiona sin levantar mucho la voz, pero con suficiente énfasis para recordar al joven que se trataba de la visita del Stasi que esperaban aquella tarde.

El de la brillantina se puso en pie de un salto, juntando los talones.

—Sí, frau doktor.

—Condúzcame ante el doctor Wieczorek.

—El doktor Wieczorek..., herr, dok dok dok... —tartamudeó el joven, rojo como un tomate.

—Ahora mismo. Vengo para asuntos oficiales —añadió Fiona.

—Inmediatamente, frau doktor, inmediatamente.

El doctor Wieczorek era un elegante facultativo de cuarenta años, que había trabajado en el instituto Serbsky de psiquiatría forense en Moscú y en el hospital psiquiátrico que formaba parte de la cárcel de Cherniakhovsk. Tenía pelo ondulado, que comenzaba a encanecerle en las sienes, y unos modales que daban a entender una gran maestría profesional. Bajo la bata blanca se le veía una buena camisa con corbata de seda. Su voz firme y gestos paternalistas hicieron que Fiona se relajara inmediatamente, a lo cual

contribuyeron igualmente las bromitas que hizo sobre la burocracia con la que se veía obligado a enfrentarse, casi siempre sin grandes resultados.

—¿Le apetece un café?

—No, gracias —contestó Fiona.

Se advertía en aquel despacho una voluntad de hacerlo más acogedor, por la alfombra oriental y un reloj antiguo que daba las horas.

—¿Un té con leche? —añadió él, sonriendo. Era lo único que recordaba de su infancia respecto a los ingleses: que echaban leche en el té, estropeándolo—. ¿No? Bien, sigamos con la «visita de familiarización». Aquí no hay mucho que ver. Tenemos en este momento veintitrés pacientes, y a uno de ellos espero poderle enviar a casa dentro de un par de meses. Algunos, mucho me temo que nunca saldrán de aquí; pero yo me resisto a afirmar que en psiquiatría clínica no haya esperanzas. —Le dirigió otra sonrisa—. ¿Sabe usted lo que hacemos aquí?

—No —contestó Fiona.

Wieczorek se volvió y cogió de una estantería un enorme tarro que guardaba un cerebro en formol turbio.

—Mire —dijo, poniéndolo en el escritorio—. Es el cerebro de «Der Grosse Gustaf», un artista de variedades de los años treinta. El público le hacía preguntas. «¿Quién peleó contra Max Schmeling en 1933?», por ejemplo, y él respondía sin vacilar: «Max Baer, que le batió por K. O. técnico en Nueva York en el décimo asalto».

—Impresionante —comentó Fiona.

—A mí me interesa el boxeo —añadió Wieczorek, dando unas palmaditas en el tarro—, pero «El gran Gustaf» era capaz de contestar cualquier pregunta porque poseía un cerebro enciclopédico.

—¿Y por qué se conserva aquí?

—En la Unión Soviética queda un reducido grupo de médicos, aunque muy influyente, convencidos de que el estudio de la sustancia cerebral al microscopio puede revelarnos secretos de la naturaleza. Lo hicieron con el cerebro de Lenin y con el de Stalin, e igualmente con una serie de cerebros de menor categoría antes y después de ellos.

—¿Y qué se ha descubierto?

—Por lo visto, es secreto de estado.

—¿Quiere decir que no se ha descubierto nada?

—¿Acaso he dicho yo eso? —Volvió a dar unas palmaditas al tarro—. Pero yo al cerebro de Gustaf le he evitado semejante indignidad y aquí está intacto.

—¿De dónde lo sacó?

—Lo trajeron del hospital Charité al acabar la guerra. En todos los hospitales hay un cuarto lleno de cerebros. Cuando en 1945 la infantería del ejército rojo entró en el hospital, se encontró con los cadáveres de los generales y otros altos oficiales ahorcados por el atentado contra Hitler; los habían conservado en las cámaras frigoríficas de la sala de autopsias porque se los habían mandado de la cárcel de Plötzensee sin decirles qué hacer con ellos. Existía también un museo médico con toda clase de artículos, pero al alto mando del ejército rojo no le pareció bien aquel tipo de exposición y los repartió por otros centros. Y a nosotros nos llegó el cerebro de Gustaf —añadió, agitando el tarro para mover el cerebro—. Ese reparto dio origen a cantidad de absurdos rumores: decían que el corazón de Ernst Röhm lo habían enviado al hospital universitario de Leipzig en un tubo de ensayo. —Volvió a poner el tarro en la estantería—. Me perdonará, pero es que los médicos son muy dados al humor macabro.

—¿Qué tasa de curaciones obtiene usted, doctor?

—Los que ingresan aquí son todos casos desahuciados —replicó Wieczorek—. Sólo nos llegan los pacientes que no pueden someter a tratamiento en otros centros, y lo único que logramos en la mayoría de ellos es mantenerlos controlados. Igual que el trabajo de su departamento de seguridad, ¿no es eso? ¿Diría usted que es un trabajo equiparable?

—No me cabe duda de que usted está mejor calificado para contestar a esa pregunta —replicó Fiona.

—En su caso, no puedo asegurarlo, pero para mí y muchos colegas como yo, tengo la impresión de que trabajar con casos malogrados sirve para justificar la falta de resultados. Y quizá, igual que en el caso de usted, me gusta el reto de estas disciplinas tan frágiles, complicadas y frustrantes. ¿Qué seguridad se tiene? —Hizo una pausa—. Prácticamente ninguna.

—A veces sí —dijo Fiona—. Aún no me ha explicado usted sus métodos.

—Carl Jung dijo en cierta ocasión: «Traedme un hombre cuerdo y yo os lo curaré». Es una afirmación que invita mucho a la reflexión. ¿Métodos? ¿Y qué podría decirle? —replicó él, mirándola con cortés interés—. El tratamiento de pacientes gravemente trastornados ha cambiado radicalmente con los años. El primero y principal sigue siendo la anticuada sesión analítica en la que se los estimula a que ahonden en su propia mente, como descubrió Freud tras lento proceso. Luego vinieron los neurocirujanos que trepanaban el cráneo y destruían células cerebrales y fibras nerviosas con instrumentos quirúrgicos. —Aguardó a que el horror se reflejara en el rostro de Fiona—.

Después hubo una época en la que parecía que las descargas eléctricas en el cerebro procuraban buena curación, y ello se consideró la panacea que todos esperaban. Pero también los químicos aguardaban su oportunidad y se estuvo administrando a los pacientes dosis masivas de Dexedrina, seguida de Seconal y cualquier tipo de nueva droga que los laboratorios de la Alemania occidental querían comercializar. Ahora supongo que muchos especialistas comienzan a pensar que, pese a toda su farfolla, Freud acertó en algunas ideas válidas. Pero el psicoanálisis de diván es un proceso muy largo y nunca tendremos bastantes psicoanalistas para luchar contra la enfermedad con un procedimiento tan laborioso.

—¿Y en qué nivel se encuentran?

—¿En cuestión de tratamiento? Yo soy un facultativo veterano, pero al personal a mis órdenes se le concede bastante libertad en cuanto a la elección que consideren más adecuada para sus pacientes. La mayoría de ellos son depresivos y esquizofrénicos, y, algunos, catatónicos que requieren gran habilidad y mucha dedicación. No obstante es característico de nuestra función de cubo de la basura en el que se arroja a estos pacientes, tratar una gran diversidad de afecciones. Tras muchos años de experiencia, yo me inclino por no impedir ningún tipo de tratamiento que el médico considere beneficioso tras un debido estudio de su paciente.

—¿No prohíbe ningún tratamiento?

—Es mi postura oficial.

—¿Ni la lobotomía?

—A los pacientes con trastorno profundo que degenera en violencia, a veces se les puede hacer regresar a un estado parecido al normal —dijo, poniéndose en pie—. Voy a enseñarle las salas.

En la clínica reinaba la calma, pero no un silencio absoluto. Casi todos los pacientes estaban en cama, durmiendo con esa pasmosa tranquilidad producto de la medicación. Había una sala pequeña en penumbra con seis enfermos dormidos que llevaban sedados una semana. El doctor Wieczorek le explicó que era el tratamiento preliminar de la mayoría de los recién ingresados. Por encima del olor a desinfectante, se detectaba toda gama de hedores desagradables que producen los cuerpos calientes juntos en una habitación cerrada. El doctor se llegó a la ventana y levantó un poco la persiana para que viera mejor a los enfermos. Fuera seguía nevando con mayor intensidad; ya había cuajado la nieve en los árboles y el suelo y los coches dejaban surcos negros en la calle. El doctor Wieczorek arregló las colchas removidas y le

dijo con sorna que, a veces, tardaban un par de semanas en llegarles los historiales.

Todas las salas estaban recubiertas de baldosín blanco desde el suelo hasta el techo y había algo cruel en el fiel reflejo que daban de las mantas grises. Un paciente de rostro ceniciento se la quedó mirando sin la más mínima señal expresiva. Fiona sentía mala conciencia por ese intrusismo que se adueña de cualquier persona en presencia de enfermos. Wieczorek bajó la persiana y restableció la penumbra. Uno de los durmientes, como en reacción a la oscuridad, lanzó un grito, pero enseguida se quedó tranquilo.

En la planta baja había una gran «salón de asociación» en el que media docena de enfermos se hallaban sentados en sillas metálicas con una manta cubriéndoles las piernas. Dos de ellos, ambos hombres ya maduros, llevaban gorro de lana. No se veía ningún libro ni periódico y todos dormitaban o miraban con la vista perdida. En un rincón, el televisor emitía una película de dibujos animados en la que un ratón esgrimiendo un hacha perseguía a un gato, pero no tenía sonido y nadie lo miraba.

—Tiene usted que ver a un paciente —dijo el doctor Wieczorek—. Se llama Franz y es el que más tiempo lleva aquí. Cuando ingresó en 1978 había perdido totalmente la memoria, pero podemos sentirnos orgullosos de haber conseguido cierta mejoría. —La condujo a un cuarto desnudo con un fregadero cuadrado destinado a lavar las bacinillas y cuñas. Había un hombre en una silla de ruedas, muy gordo como consecuencia del internamiento. Su piel era amarillenta y tenía los labios muy apretados, como quien reprime un grito—. Vamos, Franz, ¿qué te parece un café?

El de la silla de ruedas no contestó ni hizo gesto alguno, salvo un movimiento de ojos como si intentase ver la cara del médico sin desplazar la cabeza.

—Te he traído una visita, Franz. Hace tiempo que no tienes visitas, ¿verdad? En este tipo de pacientes la enfermedad oscila mucho de un día a otro —añadió Wieczorek, dirigiéndose a Fiona.

—Hola, Franz —saludó Fiona, sin saber muy bien lo que se esperaba que hiciera.

—Saluda, Franz —dijo el doctor—. Lo entiende todo, pero quizá hoy no quiera hablarnos.

Cogió la silla de ruedas y la inclinó hacia atrás para rebasar el escalón y sacarla al pasillo, mientras continuaba hablando sin al parecer preocuparse porque Franz no contestase. Fiona le siguió hasta un cuarto pequeño en cuya puerta decía: «Salón de tratamiento número 2», y donde el médico colocó la

silla de manera que los dos pudieran sentarse frente al enfermo. Aunque aún no había movido la cabeza, Franz dio muestras de inquietud nada más entrar allí y miró un armarito metálico gris que había en un rincón, con un indicador calibrado en voltios, un cronómetro y unos cables que acababan en una especie de auriculares. El interno no quitaba los ojos del aparato, luego miró a Wiczorek y otra vez al aparato.

—No le gusta el tratamiento de electrochoque —dijo el médico—. A ningún paciente le gusta —añadió, tocando a Franz con gesto tranquilizador—. Franz, no te preocupes; hoy no hay tratamiento, muchacho. Sólo un café.

Como si todo hubiera estado preparado, apareció una mujer con guardapolvo azul y una bandeja con tazas, platillos y una cafetera. Las tazas eran de loza gruesa y basta, de las que no se rompen al caerse.

—Creo que he cambiado de idea, si me permite —dijo Fiona al ver a Wiczorek servir el café.

—Bien. Ésa es nuestra especialidad: hacer que la gente cambie de idea. ¿No es cierto Franz? —dijo el médico, conteniendo la risa.

Franz movió los ojos y se quedó mirando a Fiona. Era como si entendiera todo lo que se decía. Al fijarse en él, creyó reconocerle ligeramente de algo, pero ahuyentó la idea.

—El pobre Franz era un diligente tercer secretario del agregado en Londres, pero un buen día tuvo una crisis nerviosa. Supongo que sería la tensión por hallarse por primera vez lejos de su familia en un país extranjero. Hay personas a las que les cuesta mucho adaptarse. La embajada le hizo regresar a Moscú y vieron que estaba enfermo, hicieron todo lo que pudieron y, aunque hubo momentos en que parecía que mejoraba, con el tiempo fue empeorando cada vez más. Es un caso lamentable. En cierto modo, es una muestra fehaciente de las limitaciones de nuestra ciencia.

Fiona miró a Blum conforme cogía su taza alargando las dos manos y sujetándola con cuidado.

—En informe confidencial, remitido por el KGB de Londres, se informó que Franz era espía de los ingleses —añadió Wiczorek—. Aunque, por lo visto, no había pruebas terminantes de la culpabilidad y nunca se le sometió a juicio; pero nos comunicaron los antecedentes por si podían servir para el diagnóstico. Efectuaron una investigación, pero ni siquiera con los interrogatorios de la Stasi pudieron sacarle nada.

Fiona se dominó para mantenerse impávida, pero apartó la vista de Franz. Aquél era el hombre que ella había denunciado a Martin Pryce-Hughes,

sentenciándole a una muerte en vida. ¿Estaría el doctor Wieczorek implicado en la historia, o sólo se lo contaba a título informativo?

—A veces tenemos este tipo de pacientes. El tratamiento de Franz no ha sido nada fácil; ya hace tiempo que ingresó, pero lo recuerda como si fuese ayer. Como no reaccionaba a las píldoras, se hizo evidente que el electrochoque era el único tratamiento paliativo, y no en sesiones limitadas como las que se aplican a los deprimidos, sino que hubo que probar experimentalmente con sesiones intensivas.

Franz se derramó un poco de café en la barbilla y Wieczorek se la limpió con un pañuelo. Luego le quitó el gorro de lana para mostrar a Fiona los puntos afeitados en que se le aplicaban los electrodos.

—Choque —farfulló de pronto Franz en voz alta al tocarle el médico el cuero cabelludo.

—Muy bien —dijo el doctor Wieczorek, ufano—. ¿Lo ha oído? Habla clarísimo. Sigue haciendo progresos, Franz, y pronto te enviaremos a casa —dijo, poniéndole el gorro torcido, con lo que Franz Blum cobró un airoso aspecto. Como si la demostración hubiese acabado, Wieczorek se levantó, cogió la silla de ruedas y la sacó al pasillo, donde aguardaba una enfermera para hacerse cargo de ella—. No se ha tomado usted el café —añadió para Fiona, como si se acordara de ello de pronto.

—¿Queda mucho por ver de la clínica? —inquirió ella.

—Nada importante. Tómese tranquila el café. Espero que no le haya afectado ver al pobre Franz.

—Claro que no.

—No saldrá nunca de aquí para ningún sitio —añadió Wieczorek—. Mucho me temo que esté internado toda su vida. Pobre Franz.

—Sí, pobre Franz —dijo Fiona—. Pero si el informe del KGB era cierto, se trata de un enemigo del Estado, ¿no?

—Mucho peor: un enemigo del pueblo —corrigió con sorna Wieczorek.

Ella se lo quedó mirando y vio que sonreía. No le cabía duda alguna de que aquello era como un acertijo, un acertijo que le planteaban para que adivinara la palabra. Y esta palabra era «traición», y el deplorable zombi en que habían convertido a Franz Blum era el ejemplo de lo que le harían si traicionaba a sus amos del KGB. ¿Sería por eso que el médico había citado la frase de Carl Jung: «Traedme un hombre cuerdo y yo os lo curaré»?

—Es un buen café, ¿verdad? —inquirió Wieczorek—. Tengo un proveedor especial.

—Suerte tiene —reconoció Fiona.

Quizá aquella terrible advertencia era un protocolo rutinario al que sometían a todos los altos cargos de la Stasi. No podía asegurarlo, pero así era como gobernaban el país: zanahoria y palo, premio por la mañana y advertencia por la tarde. Aquella destartalada clínica en que curaban a los «cuerdos» era la imagen que ella se hacía del «Estado de los proletarios» en el que los dirigentes vivían a todo lujo en residencias tapiadas vigiladas por guardias armados.

—Sí, tengo suerte —replicó el doctor Wiczorek, saboreando el café—. Y usted también. Todos tenemos suerte.

LONDRES. NOVIEMBRE de 1983

Bret Rensselaer se estaba pasando de la raya. Por intentar afianzar la posición de Fiona Samson había incluso dejado recaer sospechas sobre Bernard Samson, insinuando que había sido cómplice en la defección de su mujer. Era un recurso eficaz, dado que el departamento era tan vulnerable a los rumores y a las medias verdades murmuradas como cualquier otro colectivo de seres humanos en pugna. La dificultad estribaba en que había división de opiniones respecto a la integridad de Samson y por ello corría el rumor de que lo que sucedía era que había otro topo en el departamento. Se estaba creando un malsano ambiente de desconfianza y suspicacia.

El descubrimiento del asesinato de Julian MacKenzie en una casa franca de Bosham del propio departamento había servido para reavivar los chismorreos. Gracias a lo que Miranda Keller le había contado, Bret sabía que era un caso de error de identidades, porque el KGB iba, en realidad, por Bernard Samson. Pero Bret no tomó cartas en el asunto antes de convocar a Samson en el salón de conferencias número 3, para amonestarle en presencia de testigos ad hoc. Samson se defendió, como Bret sabía que lo haría, y él concluyó la reunión diciendo a todos que Bernard Samson estaba «por encima de toda sospecha».

Pero tejer una telaraña de falsedades que él consideraba imprescindible para la seguridad de Fiona, estaba haciendo mella en Bret Rensselaer. Él era por naturaleza un administrador, drástico a veces, pero siempre apoyado en la rectitud personal; dirigir la sección económica del servicio había sido una tarea para la que estaba particularmente dotado, pero Operación Plomo era distinto. Su primitivo plan de socavar la economía de la Alemania del Este, promoviendo la fuga de obreros especializados y de profesionales, no era tan fácil como parecía en un principio. Fiona le había facilitado información sobre la oposición y otros grupos reformistas, pero su unidad era imposible. El problema de fondo consistía en que el hecho de mantener tan secreta la

operación «Plomo» implicaba decir cada vez mentiras más complicadas a amigos y colegas. Era primordial que ninguno se enterara de aquel plan, y tal premisa imponía unas exigencias nada agradables. Era como jugar al tenis contra sí mismo, saltando al otro lado de la red para responder con un tiro cruzado y lanzar la pelota cada vez más voleada para que el adversario no la alcanzara.

Y aquella doble vida le dejaba muy poco tiempo para el descanso y el asueto. Aquel sábado, a la hora del almuerzo, ocasión en que habría podido disfrutar de unas horas de solaz con sus amigos en esa especie de fiesta de fin de semana que a él tanto le gustaba, tenía que dedicarla a las gestiones del divorcio y la maldita pensión alimenticia de su esposa.

Era característico de Nicola empeñarse en almorzar en Roma Locuta Est, un concurridísimo restaurante italiano de Knightsbridge, del que hasta el nombre le indignaba: «Roma ha hablado» era el modo de decir que no se admitían reclamaciones, y así era, efectivamente, como Pina dirigía el establecimiento. Pina era una matrona italiana de armas tomar, que acogía complacida a los ricos y famosos, eliminando sin contemplaciones de la clientela a los menos acomodados. Aquello se había convertido en el lugar de reunión de la bulliciosa jet-set de Belgravia, un colectivo que Bret evitaba por principio. Como era sábado, el alboroto estaba en su apogeo y la gente andaba de una mesa a otra, gritándose y pidiendo aquellos platos britanizados en un italiano deplorable. Y el almuerzo resultó aún menos agradable, dado que casi todos se dirigían a su mujer por su nombre de pila: Nicola.

—Y te lo crees tal como lo dices —decía ella—. ¡Por Dios, Bret! Pretendes ser pobre y te lo crees. Si no fuese tan burdo, me haría reír.

Era evidente que Nicola había puesto gran esmero en vestirse y acicalarse, pero era agua pasada y para él no tenía ningún atractivo.

—No tiene por qué enterarse todo el mundo, querida —replicó Bret en voz queda.

Sabiendo la clase de restaurante que era, había hecho las debidas concesiones vestimentarias y lucía una chaqueta de ante con jersey de seda ocre cuello de cisne, pues su atavío normal de buen traje hubiera resultado fuera de lugar allí un sábado a mediodía.

—Me importa un bledo que se enteren todos. Lo gritaría a voces desde la terraza.

—Todo esto ya lo hemos hablado antes de casarnos; tú viste a los abogados y firmaste los papeles del contrato.

—No leí lo que firmaba —replicó ella, dando un sorbo al Campari con soda.

—¿Y por qué diablos no lo hiciste?

—Porque estaba enamorada de ti; por eso.

—Tú creías que una separación era como en las viejas películas de Hollywood y pensaste que yo me iba a instalar en mi club y tú a quedarte con la casa, los muebles, los cuadros, el Bentley y el resto.

—Pensé que me correspondería la mitad de mi propio hogar. No sabía que la casa era propiedad de una corporación.

—No es una corporación, sino una compañía de inversiones.

—Igual me da que sea de los Boy Scouts de América. Tú me hiciste creer que era mi casa y ahora resulta que no.

—Por favor, no me vengas ahora con que me has dado los mejores años de tu vida —replicó Bret.

—Todo te lo he dado —dijo ella, agitando la copa y haciendo sonar el hielo.

—El infierno me has dado —replicó él, mirando en derredor—. No sé por qué esa Pina deja entrar perros; es antihigiénico —añadió, sacando el pañuelo y sonándose—. El pelo de los animales me afecta a la pituitaria.

—No te afecta a la pituitaria —replicó ella—. Padeces sinusitis y lo que haces es mirar algo para encontrar una excusa.

Bret advirtió que la comunicativa Pina estaba pasando revista; le gustaba dar grandes abrazos a los clientes, gritándoles palabras cariñosas al oído, antes de tomar nota.

—Sí, el infierno me has dado —repitió Bret.

—Te digo las verdades y para ti es el infierno —dijo Nicola, abriendo con grandes aspavientos el bolso para sacar los cigarrillos.

Debajo de él tenía un ejemplar de Vogue y un libro con el título de Alguien me robó el espía, en cuya portada decía: «Mejor que Ludlum» en letras mayúsculas mayores que las del nombre del autor. Bret pensó si realmente lo estaría leyendo o lo había traído a modo de provocación; ella disfrutaba haciendo chanzas sobre su «carrera de espía».

Al inclinarse a darle fuego, advirtió que temblaba. ¿Por qué sería? Le costaba creer que fuese capaz de causar semejante turbación a nadie.

—¡Oh, Dios! —exclamó Nicola expulsando humo tan alto que formó nubecillas en el emparrado de plástico del techo.

Bret vio con el rabillo del ojo que se aproximaba Pina; la detestaba y pensó en huir al servicio, pero no le dio tiempo.

—Y ya conoces a mi marido —decía Nicola con voz estrangulada por el abrazo de la tal Pina y la cascada de cháchara en italiano.

Bret se levantó, se hizo a un lado para interponer la mesa entre él y la italiana y dirigirle una leve inclinación de cabeza. Pina le miró, puso los ojos en blanco y gritó algo en italiano. Bret sonrió y efectuó otra reverencia en respuesta a lo que interpretaba como algún piropo romano, cuando en realidad era que Pina ordenaba que trajesen más cartas.

Una vez encargada la comida, o, mejor dicho, una vez puestos de acuerdo respecto a los platos decretados por Pina, Nicola continuó hablando del acuerdo.

—Tu abogado es un hijo de puta —le espetó.

—Los abogados de los demás siempre lo son. Es cosa del oficio.

—Hacen lo que tú les dices —insistió Nikki.

—Yo no les digo nada. No hay nada que decir. La ley es lo suficientemente explícita.

—Me voy a California para querellarme contra ti.

—No conseguirás nada —replicó Bret—. Yo no vivo en California ni tengo bienes allí. Como si te vas a Groenlandia.

—Voy a pedir allí la residencia. En California existen leyes sobre bienes gananciales. Mi cuñado me ha dicho que allí me es favorable la ley.

—No sé por qué no discurre un poquito, Nikki. El dinero que dejó mi padre es un fideicomiso y no somos realmente de la familia Rensselaer, dado que mi abuela se casó ya mayor y lo que hizo fue cambiar el apellido de sus hijos por el de Rensselaer; pero jamás hemos heredado los millones de los Rensselaer. Yo lo único que tengo es una modesta asignación. Ya te lo expliqué antes de casarnos.

—Esto no va a quedar así, Bret —replicó ella, esgrimiendo un dedo perfectamente cuidado por la manicura—. Conseguiré esa herencia aunque sea lo último que haga. Quiero lo que me pertenece.

—¡Maldita sea, Nikki! Fuiste tú quien me dejó para irte con Joppi.

—A Joppi no le metas en esto —replicó ella.

—¿Cómo quieres que no lo haga si es parte interesada?

—No lo es.

—Nikki, querida, los dos sabemos bien que sí.

—Bueno, pues demuéstalo. Intenta demostrarlo si puedes.

—No se te ocurra llevar el asunto a los tribunales, Nikki. Lo único que conseguirás es enriquecer a los abogados.

—¿Para quién la insalata frutti di mare? —les gritó el camarero, inclinándose sobre la mesa.

—Para mí —contestó Bret.

—¿Quiere que le quite las espinas al lenguado, madame?

—Sí, haga el favor —contestó ella.

Bret miró la mustia lechuga sobre la que habían dispuesto cuatro gambas cocidas y algunas rodajas de calamar como de caucho, y, luego, los deliciosos filetes de lenguado de Nicola. Nikki siempre acertaba. ¿Sería intuición, suerte? ¿O sería Pina?

—¿Mantequilla derretida y un poco de queso parmesano? —inquirió el camarero.

Bret advirtió que la mujer enjoyada de la mesa de al lado daba trocitos de escalopa de ternera a un terrier perfectamente peinado que tenía a sus pies.

—Esto parece un zoo —musitó, pero Nicola fingió no oírlo.

Nikki dejó los filetes de lenguado y tenedor y cuchillo sobre el plato.

—Te lo he dado todo —volvió a decir, después de pensárselo bien—. Incluso vine a vivir contigo a este asqueroso país, no lo negarás... ¿Y qué recibo a cambio?

—¿Que qué has recibido? Has vivido sin que te faltara nada en una de las casas más bonitas de Inglaterra.

—Era una casa bonita, Bret, pero no era un hogar. ¿Cuándo veía yo a mi marido? Me pasaba días enteros sin tener con quién hablar, aparte los criados.

—Tendrás que aprender a estar sola —replicó Bret.

—Sí, ¿verdad? Pues, amiguito, ahora te vas a enterar de lo que es estar solo. Porque ya no estaré yo cuando vuelvas a casa, y no va a haber ninguna mujer capaz de vivir contigo. Pronto lo comprobarás.

—No me da miedo vivir solo —contestó Bret con aire de suficiencia, dejando a un lado la ensalada de gambas. Su mujer siempre se quejaba de estar sola, pero aquel día él tenía preparada una respuesta—. Mucha gente ha vivido así: Descartes, Kierkegaard, Locke, Newton, Nietzsche, Pascal, Spinoza y Wittgenstein vivieron solos la mayor parte de su vida.

Ella se echó a reír.

—Eso lo he leído en las cartas al director del Daily Telegraph. Pero se trata de personas que eran genios, y tú no eres ni pensador ni filósofo.

—Tengo un trabajo muy importante —replicó él, indignado—. No pienses que es como estar en una fábrica de galletas. Trabajar para el gobierno no es grano de anís.

—¡Ah, sí! Ya sabemos lo que hacen los gobiernos.

—¿A qué te refieres? —inquirió Bret en un tono dubitativo que resultaba casi cómico.

—A que establecen reglas para los ciudadanos que luego ellos mismos violan. Suben los impuestos y ellos se aumentan el sueldo; te quitan el dinero y lo reparten entre todo tipo de repugnantes gobiernos extranjeros; envían tus hijos a Vietnam para que los maten; ellos van en helicóptero mientras tú te ves parado en un atasco de tráfico; dejan que los bancos y las compañías de seguros te frían a cambio de dinero para sus campañas políticas.

—¿De verdad es eso lo que piensas, Nikki?

Estaba perplejo; ella nunca había comentado cosas así. Se preguntó si no habría estado bebiendo por la mañana.

—Puedes estar seguro de que es lo que pienso. Lo que piensa todo el mundo que no mete mano en el pastel.

Aquello era alarmante.

—No sabía que fueras liberal —dijo él, preguntándose cómo la habrían fichado los del departamento de indagación de antecedentes. Menos mal que iba a quitársela de encima. Pero ¿figuraría aquello en su propio expediente?

—No soy ni demócrata, ni liberal, ni roja, ni nada. Lo que pasa es que los engreídos como tú, que hacen «un trabajo importante para el gobierno», me dais asco.

—Creo que de nada sirve que me pongas como un trapo —replicó Bret—. Comprendo que te decepcione lo de la casa, pero yo no puedo hacer nada.

—¡Vete al cuerno, Bret! ¡Necesito un sitio para vivir!

Se imaginó que Joppi le estaba dando pasaporte, y sintió lástima de ella; pero no quería que volviera.

—El apartamento de Montecarlo está vacío. Podías alquilarlo del fideicomiso por un pago simbólico.

—Alquilarlo del fideicomiso por un pago simbólico —repitió ella, sarcástica—. ¿Simbólico, hasta qué punto? ¿Un dólar al año, quieres decir?

—Si sirve para poner fin a esta inútil gresca, un dólar anual valdría la pena. ¿Quieres que acordemos eso? —dijo Bret, haciendo gesto de llamar al camarero en vano, dado que estaban todos concentrados en una mesa del rincón sonriendo a la imagen de un presentador del telediario que acariciaba un chihuahua—. ¿Quieres café?

—Sí —contestó ella—. Sí a las dos preguntas; pero quiero muebles (muebles buenos) en la primera, y leche y azúcar en la segunda.

—Trato hecho —dijo Bret.

¡Qué alivio! Si Nikki se hubiese empeñado en lo de la casa de Thameside, le habría puesto en un aprieto, porque habría tenido que dimitir en su trabajo, ya que el departamento no habría tolerado que iniciara un proceso de divorcio, con riesgo de que trascendiera. Y si él tenía que dimitir, ¿qué iba a ser de Fiona Samson? Él era el único que estaba al corriente de toda la trama, y se sentía responsable de aquella misión. Había muchos momentos en que se preocupaba por ella.

Levantó la vista y vio a su chófer Albert Bingham abriéndose paso por el atestado comedor.

—¿Qué pasará ahora? —exclamó, y Nicola se volvió a ver qué es lo que miraba.

—Buenas tardes, señora Rensselaer —dijo cortésmente Albert, pensando en que las exesposas a veces recuperan su autoridad y no se las debe desairar—. Perdone que le interrumpa, señor, pero han llamado del hospital al teléfono del coche.

—¿Qué han dicho? —inquirió Bret, que ya estaba en pie, sabiendo que Albert no interrumpiría el almuerzo de no ser algo muy importante.

—Que si puede estar pronto.

—Puedo estar pronto... —repitió Bret, dando con la tarjeta de crédito en su cartera.

—Han dicho que usted sabría lo que es.

—Tengo que marcharme —dijo Bret a su esposa—. Es un viejo amigo —añadió, dando un papirotazo a la tarjeta de plástico, que emitió un ruido seco, y Nicola recordó que aquél era uno de sus más irritantes hábitos.

—Es igual —dijo ella con voz enérgica que denotaba su indignación.

—Volvamos a vernos —dijo Bret, inclinándose con la tarjeta en la palma de la mano como un mago en escena y dándole un beso en la mejilla—. Ahora que todo está arreglado, volvamos a vernos.

Al dar un paso hacia la mesa de al lado, oyó al terrier lanzar un gruñido.

Nicola asintió con la cabeza; Bret no quería volver a comer con ella. Lo notaba inequívocamente por el alivio que demostraba por aquella oportunidad de irse. Sintió ganas de llorar. Ella quería separarse de Bret Rensselaer, pero resultaba humillante que a él le complaciera también. Cogió el estuche de maquillaje y se miró en el espejito, en el que se reflejaba Bret, a quien estuvo observando mientras liquidaba la cuenta.

Bret, en principio, había quedado con el director general para tomar copas en su casa de campo. Pero ahora el DG telefoneaba diciendo que se vieran en

la casa de las caballerizas de Cyrus Rensselaer en Londres. Es lo que había dicho en la llamada telefónica al coche que Albert acababa de anunciarle. Albert siempre anunciaba las llamadas del departamento como si se tratase de recados de un supuesto hospital, escuela o club, según la compañía en que se encontrara Bret y las circunstancias del aviso.

—¿Estás seguro de que ha dicho en la casa de las caballerizas? —inquirió Bret.

—Seguro —contestó el chófer.

—¡Qué memoria tiene! —farfulló Bret, admirado.

A principios de siglo, aquella vivienda era una dependencia que comprendía los establos y cocheras de la casa del centro de Londres de Cyrus Rensselaer. La primera vez que Bret había ido a aquella casona de la plaza era un club de oficiales de la Cruz Roja norteamericana, pero después de la guerra la habían vendido, conservando la vivienda de las caballerizas: un par de habitaciones con cocina, baño y garaje, que usaban algunos miembros de la familia Rensselaer y a veces abogados y agentes que iban a Londres por cuenta de la familia. Pero como Bret vivía en Inglaterra, era él quien tenía la llave y, merced al generoso consentimiento de los demás miembros de la familia, podía usarla a su criterio. A cambio de ello, él la vigilaba y reparaba las goteras de vez en cuando. Hacía años que no había dormido allí.

A Bret le sorprendió que el director general hubiese recordado que tenía llave de aquella casa y no le gustó que la eligiera para verse. No tenía consideración: aquel sitio era una vivienda totalmente descuidada, ya que nadie la habitaba.

—Pues vamos allá ahora mismo —dijo al chófer—. Intentaremos adecentarla un poco antes de que llegue sir Henry.

—Disponemos de media hora —contestó Albert—, y puede que sir Henry tarde algo más, según me ha dicho.

—Menos mal que no me he ido de Londres —añadió Bret—. Nunca se sabe por dónde va a salir sir Henry.

—Es cierto, señor —comentó Albert Bingham.

Bret se arrellanó en el asiento de cuero del Bentley. Él había sentido ganas de pasar el fin de semana con unos amigos que tenían caballos cerca de Newmarket, para, después, acercarse a la casa del director general en Cambridgeshire, pero su esposa había insistido en que almorzaran juntos aquel sábado y por eso se había quedado en Londres. Menos mal. Un regreso a toda prisa a la ciudad, sin previo aviso, por complacer los impulsos del viejo, era algo que le producía gastritis.

—Perdone que le haya citado aquí —dijo sir Henry Clevemore al llegar al pequeño cuarto encima del garaje. Se había dado en la cabeza con el marco de la puerta, pero una vez ya instalado su corpachón en una enorme y destartalada butaca, parecía complacido—, pero es que se trata de un asunto de cierta urgencia.

—Lamento no tener aquí comodidades —replicó Bret.

La habitación era polvorienta y húmeda, con huellas de dedos en el espejo, botellas de leche sucias en el fregadero y flores marchitas en la librería. La única nota alegre la daba la alfombra, enrollada y guardada en una funda con bolsitas de plástico rojo llenas de naftalina. Como sólo la utilizaban para dormir algunas personas de paso por Londres, carecía de todo confort. Ni siquiera funcionaba el infernillo eléctrico. ¡Lástima que Nikki fuera tan rara, porque la vivienda habría mejorado con una mano femenina!

Bret se agachó a ver si salía aire caliente del calefactor; había conectado la estufa nada más llegar, pero soplaba un aire rancio. Y en ese momento pensó en efectuar un arreglo a fondo; escribiría al administrador. Abrió el armarito y vio que había algunas botellas.

—Tengo una botella de whisky...

—Deje de revolver, Bret. Necesitábamos un sitio para hablar en privado y éste es ideal. No, no quiero beber nada. Tengo noticia de que Erich Stinnes ha salido en avión de México, acompañado del joven Bernard Samson. Creo que lo hemos conseguido.

—Buena noticia, señor —dijo Bret, bajando la vista a ver si el perro labrador negro del director general se había tumbado.

¿Por qué habría traído sir Henry aquel animal tan viejo y maloliente?

—De esto se va a encargar exclusivamente usted, Bret. Que Samson lo dirija, pero mantenga usted un firme control de los acontecimientos. Tenemos que convencer a Stinnes y hacerle volver allá.

—Sí, señor.

—Pero he pensado, Bret... —Hizo una pausa—. No quiero entrometerme... Es usted quien lo lleva, exclusivamente usted.

—Por favor, señor, continúe —dijo Bret, quitando el polvo de una silla tapizada y sentándose con mucho cuidado. No quería ensuciarse la ropa.

El director general estaba recostado indolentemente con las piernas cruzadas, sin preocuparse por el destartalado aspecto del cuarto. La tenue luz invernal que entraba por la ventana llena de polvo apenas dejaba ver su perfil y hacía brillar la punta de sus lustrados zapatos.

—¿Debemos echar el guante a ese maldito Martin Pryce-Hughes?

—¿El comunista? ¡Hummm!

El tono de Bret había sido demasiado ambiguo para convencer al director general.

—Esa garrapata que hizo contacto entre la señora Samson y los gorilas del KGB —dijo con energía—. ¿Le echamos el guante? No me diga que no lo ha pensado...

—Lo he pensado mucho —contestó Bret en aquel tono de voz estrangulado con que respondía a las críticas injustificadas.

—Usted recomendó no hacerlo demasiado aprisa después de la marcha de la señora Samson. Pero ¿hasta cuándo hay que esperar?

—Mire, señor... —comenzó a decir Bret.

—Ahora que llega ese Stinnes —le interrumpió el director general— tenemos que considerar hasta qué extremo nos interesa que Moscú le vincule con Pryce-Hughes. Si Stinnes tiene que volver allá, no nos interesa que crean que él ha delatado a Pryce-Hughes, ¿no es cierto?

—No, claro que no, señor.

—Bien. ¡Por Dios bendito, Bret, hable de una vez! ¿Qué es lo que piensa usted? ¿Cogemos a ese Pryce-Hughes para interrogarle? Decida usted. Ya sabe que yo no quiero entrometerme.

—Es usted muy considerado —replicó Bret, pensando, en realidad, lo que le habría gustado darle una patada y tirarle por la estrecha escalera hasta el suelo grasiento del garaje.

—Lo procuro —respondió el director general, apaciguado por el tono servil de Bret.

—Pero es que ha surgido otra perspectiva; algo por lo que no quería molestarle.

—Pues molésteme ahora —replicó sir Henry.

—En el verano de 1978... —dijo Bret, haciendo una pausa, pensando en si contarle todo y de qué manera— la señora Samson entabló relaciones con un tal doctor Henry Kennedy.

Como Bret volvía a hacer una pausa, el director general dijo:

—¿Que entabló relación? ¿Qué demonios quiere decir eso? ¡Por Dios bendito, Bret, no voy a querellarme por difamación! Hable claro.

—Quiero decir —prosiguió él mascando las palabras— que desde entonces hasta que marchó allá tuvo una historia amorosa con este hombre.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó el DG, conteniendo sofocado su sorpresa—. ¿La señora Samson? ¿Está seguro de ello, Bret? —añadió, aguardando hasta que Bret asintió con la cabeza—. ¡Cielo santo!

El labrador negro, al sentir la consternación de su amo, se levantó y se sacudió, llenando el ambiente con el polvo de su abrigo: Bret veía motas flotando en la corriente de aire que salía del calefactor.

Sacó el pañuelo y se lo llevó a la nariz a tiempo de contener un estornudo. Después volvió a aplicárselo repetidas veces a la cara y dijo:

—Estoy seguro, sir Henry; pero no es eso todo. Indagué en la vida de ese hombre y descubrí que es miembro del partido desde que estudiaba medicina.

—¿Miembro del partido? ¿Del partido comunista? ¿Ese con el que estaba liada? Bret, ¿por qué demonios no me lo contó? ¡Qué enormidad...!

Estaba inclinado hacia delante, como si fuese a levantarse, y el perro miraba con mala cara a Bret.

—Aprecio su preocupación, señor —dijo Bret con su pastoso acento norteamericano, que utilizaba cuando le convenía—. Ese Kennedy es canadiense; su padre era ucraniano y tenía un apellido imposible de escribir con una máquina occidental y lo cambió por el de Kennedy.

—No me gusta nada esto, Bret. ¿Se trata de un ruso con certificado de nacimiento canadiense? Ya hemos visto muchos casos así, ¿verdad?

—En los archivos policiales de Ottawa no figura nada. Sirvió en las fuerzas aéreas con un historial modélico, igual que en la facultad de medicina y una vez graduado. Lo único que hay contra él es una exesposa que le reclama una pensión alimenticia; pero ninguna actividad política, excepto alguna asistencia a reuniones del partido en la universidad.

Bret calló. El hecho de que a Kennedy le reclamasen una pensión alimenticia suscitaba sus simpatías.

—Bueno, no lo deje así, Bret. No estará tratando de decirme que la señora Samson puede haber...

La voz del director general flotó en el aire como considerando las terribles complicaciones derivadas de cualquier duda a propósito de la lealtad de Fiona Samson.

—No, no hay nada que temer en ese aspecto, sir Henry. De hecho, ninguno de los dos tiene nada en contra, ni tengo pruebas de que el doctor Kennedy haya sido activista en nada de nada durante el tiempo en que se veía con la señora Samson ni después.

—¿Y cómo lo sabe?

—He estado vigilándole.

—¿Usted mismo?

—No, claro que no, sir Henry. Se lo encargué a una persona.

—¿A una persona? ¿A quién? ¿A alguien del departamento?

—No, claro que no, señor. A un detective privado.

—¡Ah, claro! Pero no pagándolo de su bolsillo, ¿no? Figurará en recibos. ¡Dios mío! ¿Cómo se le ha ocurrido?

—No figura en recibos, sir Henry. Lo pagué yo y al contado.

—¿Está loco, Bret? ¿Que lo ha pagado usted? ¿De su bolsillo? Pero ¿qué se trae entre manos?

—Tenía que mantenerlo en secreto —replicó Bret.

—Claro. ¡Eso no necesita decírmelo! ¡Dios mío! Nunca había oído nada igual —dijo el director general, repachingándose en el sillón como derrumbado—. ¿Qué whisky tiene ahí? —añadió finalmente.

Bret cogió una botella de Bell's y le sirvió un vaso. Sir Henry, tras dar un sorbo, dijo:

—¡Demonio, Bret! Dígame lo peor, vamos. Ya estoy preparado.

—No hay nada «peor». Ya se lo he dicho: no hay pruebas de que Kennedy esté en contacto con los rusos.

—No me engañe, Bret. Si hubiese sido tan simple como dice, me lo habría contado hace tiempo sin esperar a que le pusiera en el brete de apresar a ese Pryce-Hughes.

Bret seguía de pie junto a las botellas. Él nunca había bebido, pero se sirvió un poco de whisky por cortesía social y se acercó con el vaso a la ventana. Quería apartarse lo más posible del perro, pero le repugnaba el olor del whisky y dejó el vaso. Apoyó los dedos en el frío cristal de la ventana. ¡Qué bien conocía aquella casa! Allí le había llevado Glenn Rensselaer cuando aún lucía el uniforme de general del ejército norteamericano. Bret había querido mucho más a Glenn que al lamentable alcohólico que era su padre.

—Es un simple presentimiento —dijo, tras mirar un buen rato los adoquines del callejón y los relucientes coches aparcados—, pero sé que ese Kennedy está en el ajo. Lo sé. Estoy seguro de que pusieron a ese Kennedy para vigilar a la señora Samson. Se conocieron en una estación de ferrocarril; seguro que estaba todo preparado —añadió, mojándose los labios con un poco de whisky—. Y ella debe haber superado la prueba, porque todo apunta a que ese doctor Kennedy está enamorado de ella. Pero en cualquier caso, Kennedy es una bomba de relojería y no me gusta. He estado vigilando a Pryce-Hughes, porque imaginaba que establecerían algún contacto, pero ha transcurrido mucho tiempo y creo que me equivocaba.

—Demasiadas suposiciones, Bret.

—Sí, sir Henry.

—Los hechos pueden a los presentimientos, ¿no cree?

—Sí, desde luego, señor.

—¿Va a echar el guante a Pryce-Hughes?

—Prefiero dejarlo un poco más, señor director. Hace unos años traté de provocarle haciendo que alguien le enseñase un elaborado expediente que «demostraba» su vinculación con la Central de Londres. Era un trabajo excepcional, con documentos y fotos de todo tipo, que me costó un ojo de la cara, y yo mismo fui testigo cuando se lo enseñaron.

—¿Y qué?

—Se nos rió en las narices, señor. Tal como se lo digo. Yo estaba presente, y se echó a reír.

—Me alegra haber tenido esta charla, Bret —dijo el director general a guisa de reprimenda.

—Pero ese expediente puede servirnos ahora, señor.

—Explíquese, Bret.

—Quisiera rehacerlo por completo para incriminar al coronel Pavel Moskvín del KGB.

—¿Ese matón que asesinó al muchacho en la casa franca de Bosham?

—Creo que representa un peligro para Fiona Samson.

—¿Está seguro de que no es un simple pretexto para aprovechar el puñetero expediente?

—No costará mucho, señor. Podemos infiltrarlo fácilmente en la red del KGB, y esa Miranda Keller hará el papel perfecto de contacto de Moskvín.

—Un poco duro para la pobre, ¿no? —replicó el director general.

—Hemos de pensar en Fiona Samson —adujo Bret.

—Muy bien, Bret. Si lo plantea así, no digo que no.

INGLATERRA. NAVIDADES de 1983

Gloria Kent se sentía desalentada. Se había traído a los niños de Bernard Samson a pasar la Navidad en casa de sus padres. Era una mujer alta, rubia, muy guapa y lucía un vestido verde corto que se había comprado para causar impresión en Bernard.

—¿Y él por qué no está con los niños? —inquirió la madre de Gloria por enésima vez, metiendo en el lavavajillas automático los platos del almuerzo de Navidad que su hija había retirado de la mesa.

—En el último momento le asignaron una misión —contestó Gloria— y la niñera ya se había marchado.

—Estás loca, Gloria —dijo la madre.

—¿Por qué me dices eso?

—Bien sabes por qué lo digo —replicó la madre—. Él acabará volviendo con su mujer, como hacen siempre —añadió, echando un montón de tenedores y cuchillos a la cestilla de plástico—. Un hombre no puede tener dos esposas.

Gloria le pasó los platos de postre y tapó con un plástico los restos del pudín para guardarlo en la nevera.

Billy Samson entró en la cocina, luciendo aún el gorro de papel y la trompeta de plástico del surtido navideño.

—Sally va a ponerse mala —dijo, sin ocultar su alegría ante tal perspectiva.

—No, Billy; está haciendo el rompecabezas. ¿Se ha acabado el vídeo?

—Yo lo había visto ya.

—¿Y el abuelo también lo ha visto?

Habían convenido que el padre de Gloria era el abuelo.

—Se ha dormido —contestó Billy—. Ronca.

—¿Por qué no ayudas a Sally a hacer el rompecabezas? —dijo Gloria.

—¿Me das un poco más de natillas?

—Ya has comido muchas, Billy —replicó Gloria, muy seria—. Nunca había visto yo comer de ese modo.

Billy se la quedó mirando, pensó que tenía razón y se volvió al salón. La señora Kent miró al pequeño y pensó que se parecía al padre, a juzgar por las fotos que ella había visto. Le daba pena aquel crío sin madre, pero estaba segura de que su hija sólo iba a sacar amarguras de aquella imprudente aventura con «un hombre de la oficina».

—Sé todo lo que querrías decir, mamá —dijo Gloria—, pero amo a Bernard desesperadamente.

—Lo sé, tesoro —iba a añadir algo más, pero vio que su hija tenía ya los ojos bañados en lágrimas. Eso era lo descorazonador, que Gloria sabía que sólo la aguardaban decepciones.

—Él no quería ir —dijo Gloria—, pero ese hombre detestable de la oficina le obligó. Y yo me he ocupado de todo porque quería que él y los niños se sintieran felices.

—¿Y él que dice de todo esto? —inquirió la madre, animada por el vino que había bebido en la comida.

—Lo mismo que tú —respondió Gloria—. Que es veinte años mayor que yo y que debía estar con alguien más joven...

—Pues eso es que no te ama —dijo la madre, con énfasis.

—¡Oh, mamá! —replicó Gloria, forzando una carcajada—. Para ti todo lo de él está mal.

—Tu padre, cuando nos lo contaste, estuvo varias semanas sin poder hablar de ello.

—Es mi vida, mamá.

—Eres muy joven, hija, y confías en todos. Y el mundo es muy cruel —dijo la mujer, metiendo el último plato sucio en la máquina y cerrando la tapa—. ¿Qué está haciendo hoy él que sea tan importante? ¿O no debo preguntar?

—Está en Berlín, identificando un cadáver.

—Me quedaré contenta cuando te matricules en Cambridge.

—Sí —dijo Gloria sin entusiasmo.

—¿Y no está su mujer en Berlín? —inquirió de pronto la madre.

—A ella no la va a ver —contestó Gloria.

En el salón, Billy arrimó una silla a la mesita en que Sally hacía el rompecabezas «Paisaje de Devon», regalo de la niñera; ya había formado dos esquinas. Sin decir palabra, Billy comenzó a ayudarla.

—Echo de menos a mamá —dijo Sally—. ¿Por qué no habrá venido a vernos en Navidad?

—Gloria es muy buena —contestó Billy, que le había tomado mucho cariño—. ¿Qué quiere decir separados? —Había oído decir que sus padres estaban separados, pero no acababa de saber qué quería decir exactamente.

—Dice la chacha que mamá y papá tienen que vivir en distintos países para encontrarse a sí mismos —contestó Sally.

—¿Acaso no pueden encontrarse a sí mismos? —inquirió Billy, conteniendo la risa—. Debe de ser horrible no poder encontrarse a uno mismo.

—Mamá volverá cuando se encuentre a sí misma —añadió Sally, a quien la circunstancia no le hacía ninguna gracia.

—¿Y se tarda mucho?

—Se lo preguntaré a la chacha —contestó Sally, que tenía más habilidad para tirar de la lengua a la tranquila muchacha de Devon.

—¿Y papá también se está encontrando a sí mismo?

Pero antes de que Sally pudiese contestar, él encontró una pieza de cielo y la colocó.

—La tenía vista antes yo —dijo Sally.

—¡No la habías visto, no la habías visto!

—Tal vez podía casarse con mamá y con Gloria —dijo Sally.

—No —replicó Billy muy seguro—. Un hombre no puede tener dos esposas.

Sally le miró admirada. Billy lo sabía todo, pero en su rostro advirtió un gesto conocido.

—¿Te encuentras bien? —inquirió temerosa.

—Creo que me voy a poner malo —contestó él.

BERLÍN ESTE. Febrero de 1984

Hubert Renn rara vez expresaba sus sentimientos más profundos, pero si lo hubiera hecho en relación con su trabajo a las órdenes de Fiona Samson, habría dicho que sus relaciones habían resultado mejor de lo que habría podido esperar. Y, cuando en enero de 1984, le ofrecieron la oportunidad de cambiar de empleo para trabajar en la sede central de la Stasi en Normannenstrasse, no aceptó y tuvo complicaciones para explicar el porqué.

Hubert Renn prefería el ambiente de la modesta unidad de mando conjunto KGB-Stasi en la Karl Liebknecht Strasse y el dinamismo cotidiano que representaba el trabajo «operacional». Además, había asumido una responsabilidad paternalista para con Fiona Samson, aunque no lo diera a entender en su modo estricto y formalista de llevar los asuntos de la oficina. Por su parte, Fiona Samson tampoco exigía ni parecía esperar de él más que una absoluta dedicación en el trabajo.

A Renn no le costaba entender a Fiona Samson, o al menos llevarse bien con ella. Contribuía a su mutua avenencia el modo en que ella había eliminado y transformado su femineidad. La inseguridad y celos causados por la maternidad no influían ya en sus ideas; no es que se hubiera vuelto masculina —los hombres y su manera de pensar seguían atrayéndola tanto como antes—, pero sí se había vuelto resuelta y simplista igual que los varones. Incluso en su más íntima femineidad jamás había asumido el papel de víctima, tal como ella había visto hacer a su madre, a su hermana y a tantísimas mujeres. Ahora, siempre que surgía algo que no se veía capaz de resolver a su manera, reflexionaba sobre lo que Bernard habría hecho en semejante circunstancia y muchas veces eso la ayudaba a solucionarlo de prisa.

Si se hubiese encontrado psíquicamente bien, habría podido soportarlo todo a la perfección, pero Berlín le podía. Para Bernard, aquella ciudad era una segunda patria y se encontraba a sus anchas, pero para ella era un lugar de

pesadilla; había llegado a la conclusión de que sus crisis depresivas y los malos sueños de los que a veces se despertaba sudando y temblorosa, no sólo los motivaban la soledad y el sentimiento de duplicidad por haber abandonado a su marido y a sus hijos: el motivo era Berlín. Berlín estaba socavando de tal modo su espíritu que nunca se recuperaría. Sabía que era una bobada, pero comenzaba a sentirse desequilibrada y era bien consciente de ello.

En la intimidad de su apartamento de la Frankfurter Allee, cuando la abrumaba el trabajo, o mientras estudiaba alemán y ruso para mejorarlos, encontraba a veces tiempo para reflexionar sobre los motivos que la habían llevado a tan desesperante situación. Descartó el análisis cronológico, esa pauta cara a psicólogos y novelistas, porque, sin duda, daría una línea recta de causa-efecto que la conduciría hasta su autoritario padre, el internado, su empleo de agente secreto y su apoteosis al asumir aquella nueva vida. Pero no era ésa la génesis. La capacidad para desempeñar aquel papel era algo que ella había forjado esforzadamente hasta la perfección; aquella parte de su mal no era síntoma de ningún fallo de personalidad.

Ella se había desembarazado de la personalidad de aquella niña que había llegado al internado temblando de miedo, no por medio de manifestaciones ni gritando consignas, sino sigilosamente; por eso la transformación era tan radical. En realidad, se había convertido en otra persona, y, aunque jamás lo admitiría ante nadie, había incluso dado un nombre a la disciplinada funcionaría que acudía al trabajo a diario a la Karl Liebknecht strasse al servicio del estado socialista alemán: esa persona era Stefan Mittelberg — nombre que había leído en una guía telefónica—, un nombre de varón, por supuesto, ya que en el despacho tenía que actuar como un hombre. «Vamos, Stefan —se decía todas las mañanas—, es hora de levantarse». Y cuando se cepillaba el pelo ante el espejo antes de salir, veía reflejada en él la imagen de aquel Stefan de mirada dura. ¿Era «Stefan» manifestación de algún cambio emocional? ¿Un endurecimiento? ¿Una liberación? ¿O era «Stefan» quien había mantenido la espontánea aventura amorosa con Harry Kennedy? ¿Cómo, si no, explicar algo tan curioso? Sí, «Stefan» representaba la génesis de un proceso positivo; el problema era que ella odiaba a «Stefan». Pero no importaba; tal vez con el tiempo llegara a querer a aquel nuevo ser estricto.

En el despacho se esforzaba en todo momento por ser la apparatchik perfecta, la clase de jefe que gustaba a un hombre como Renn. Pero era extranjera y mujer, y a veces necesitaba ayuda y consejo en aquellas turbias intrigas del trabajo.

—¿Cuánto tiempo va a estar trabajando aquí ese joven nuevo? —preguntó a Renn un día en que estaban ordenando los archivadores y el escritorio.

Renn se la quedó mirando, perplejo de que pudiera ser tan ingenua. Y más ahora que le habían concedido el premio de Moscú, entregado en una ceremonia en Normannenstrasse, en la que él mismo había participado.

—¿El joven nuevo? —repitió él, que nunca se apresuraba a contestar a la primera en asuntos así.

—Ese joven... de pelo rubio ondulado... —Hizo una pausa—. ¿Acaso he dicho algo...?

Aquella ignorancia se le antojaba a Renn apabullante y despertaba su simpatía. Todos los que trabajaban allí sabían reconocer a un oficial del servicio de seguridad política de Moscú.

—¿Se refiere al teniente Bakushin? —preguntó.

—Sí. ¿Qué es lo que hace aquí?

—Es uno de los oficiales responsables de la encuesta sobre Moskvin.

—¿La encuesta sobre Moskvin? ¿Pavel Moskvin?

—Claro. Se celebró la semana pasada en Moscú.

—¿Qué clase de encuesta?

—De conducta.

—¿De conducta?

—Es lo habitual. Son encuestas secretas, desde luego.

—¿Y se ha anunciado el veredicto, o es también secreto?

—El teniente Bakushin está alegando más pruebas. Seguramente hablará con usted, frau direktor.

—Pero si a Moskvin acaban de ascenderle a coronel... —dijo Fiona. No acababa de entender lo que quería decir Renn.

—Eso lo hicieron simplemente para facilitarle la tarea de dar órdenes a los de la embajada de Londres en su viaje. Aquí la graduación no cuenta tanto como en Occidente. Es el cargo de la persona lo que confiere autoridad.

—¿Y el teniente Bakushin tiene un alto cargo?

—El teniente Bakushin puede detener y encarcelar a cualquiera de los que trabajan aquí sin pedir permiso a Moscú —contestó Renn sin inmutarse, mientras a Fiona se le ponía la carne de gallina.

—¿Tiene usted idea de qué se le acusa al coronel Moskvin? —inquirió.

—De delitos graves —contestó Renn.

—¿Qué son delitos graves?

—Los cargos contra el coronel Moskvin son asunto del que más vale no hablar.

—Yo he oído que el coronel tiene muchos amigos influyentes en Moscú —dijo Fiona.

Renn se quedó parado. Por un instante, Fiona pensó que iba a musitar alguna excusa para abandonar el despacho —cosa que había hecho en más de una ocasión cuando ella planteaba preguntas escabrosas—, pero esta vez no fue así; dio la vuelta a la mesa y se puso a su lado.

—El mayor Erich Stinnes está en Londres trayendo de cabeza al servicio secreto inglés y causando un lío monumental, y el coronel Moskvin colabora allí también en la operación. Pero a Moscú no le gustó nada que muriese un inglés en esa casa de Bosham porque el coronel Moskvin se excedió en su autoridad. Como él ahora no está aquí, se ha iniciado una investigación. La problemática del coronel está en que si la operación de Londres sale bien, será el mayor Stinnes quien se lleve el mérito por su valor, habilidad e ingenio; pero si sale mal, echarán la culpa al coronel por su intervención. —Renn volvió a mirarla—. De este modo, mientras tanto, es usted el oficial con más poder de la sección. —Otra mirada de Renn, quien, al advertir que no acababa de entenderlo, prosiguió—: El teniente Bakushin lo ve así y tratará de buscar pruebas de que usted también lo interpreta así.

—¿Quiere usted decir que Bakushin espera que yo le facilite pruebas que le ayuden a plantear los cargos acusatorios contra el coronel y que yo tome el mando?

—Frau direktor, corren muchos rumores. Dicen que el coronel Moskvin hace tiempo que es agente de los ingleses. También se acusa a la señora Keller. No sé si la recordará de la fiesta de mi cumpleaños... Ella huyó a Occidente con su hijo con un pasaporte inglés, que se cree era falso. —Renn sonrió para relajar su tensión—. Estoy seguro de que con las indagaciones de Moscú se demostrará la inocencia del coronel Moskvin; él tiene allí amistades y parientes con altos cargos. Yo sé cómo funciona el sistema. El teniente lo único que hace es recoger pruebas para la investigación. Convendría que fuese cauta cuando hable con él.

Fiona lanzó un profundo suspiro.

—¿Ha leído usted Alicia en el país de las maravillas, herr Renn?

—¿Qué es, un libro inglés? No, creo que no lo he leído —dijo el hombre, prescindiendo cortésmente de hablar del libro—. Pero, frau direktor, esto significa que será usted quien decida de la reunión de Holanda. No hay quien firme órdenes estando fuera el coronel Moskvin y el mayor Stinnes, y necesitamos un oficial de alta graduación que hable bien inglés. Espero que no elijan a nadie de otra unidad.

—No, si yo puedo evitarlo —dijo Fiona—. Usted comprende mi indecisión, ¿verdad, herr Renn?

—¿Irá usted?

—Creo que no —contestó Fiona.

Sí que deseaba ir: un viaje a Occidente —aunque sólo fuese para respirar aire fresco durante veinticuatro horas— le daría fuerzas.

—Si es por el riesgo de detención, puedo prepararle documentación diplomática para el viaje.

—No.

—¿Quién más hay allá?

Fiona se lo quedó mirando. Lo había pensado y tentada había estado de preguntarlo, pero ahora que lo planteaba Renn no sabía qué decir.

—Tengo que consultarlo con Normannenstrasse. Ellos tienen que saberlo.

Renn cogió una caja de plástico con disquetes blandos que había en el escritorio de Fiona y jugueteó con ella.

—Yo no se lo aconsejaría, frau direktor —dijo, desviando la vista, ruborizado por la indisciplina.

—Hay que comunicárselo —replicó Fiona—. Técnicamente estamos a sus órdenes.

—Frau direktor, pedir instrucciones a Normannenstrasse y en una cuestión que no es estrictamente operacional, crearía un precedente muy importante. Un precedente peligroso —dijo el hombre, sacudiendo la caja de disquetes, que hizo ruido—. Independientemente de lo que suceda en la carrera del coronel Moskvin y el mayor Stinnes, este departamento debe continuar funcionando como lo ha hecho durante más de doce años. Pero si pide permiso a Normannenstrasse para algo tan normal como es un viaje a Holanda, nos pondrá prácticamente bajo su autoridad. ¿Y qué sucederá en el futuro? Que aquí no volveremos a tener autonomía en el trabajo. Sería como cerrar la unidad e irnos a trabajar en Normannenstrasse.

Fiona le quitó la caja de disquetes y volvió a ponerla en el escritorio. Luego bajó la vista hacia su bloc de notas como si fuera a reanudar el trabajo.

—Pues eso no me gustaría, herr Renn. Usted mismo me ha comentado lo que detesta esa multitud en la estación de metro de Magdalenenstrasse a la hora de salida.

Herbert Renn se puso tieso y apretó los labios. Ya debería haber sabido Fiona que las bromas normales en cualquier conversación en una oficina inglesa o norteamericana, en Alemania no sentaban bien.

—Pero, frau direktor...

—Es una simple broma —dijo Fiona—. Haré exactamente lo que usted dice, herr Renn.

—¿Le preparo los papeles?

—Sí. Iré yo —contestó ella, mirando cómo recogía el trabajo.

Herbert Renn era, a pesar de sus modestas protestas, un complejo personaje. Aún no entendía bien cómo era capaz de compaginar sus prejuicios antirrusos con aquella absoluta sumisión a Marx y a sus obras.

¿Sería aquel consejo de Renn para que asumiera más autoridad de la que le correspondía para hacer un viaje al extranjero, el señuelo de sus enemigos para hacerla caer en alguna trampa? No creía, pero no las tenía todas consigo. ¡Cuidado, Stefan! Allí nadie podía estar seguro de nada. Era lo más importante que había aprendido.

—Y queda pendiente el asunto del médico del hospital Chanté —dijo, poniéndose en pie.

—Sí, frau direktor. Esas cosas siempre tardan. Ahí tiene una nota.

—Pero la nota sólo dice que todo está correcto.

—Sí, buenas noticias, frau direktor —contestó Renn, llegándose a su lado—. El doctor Kennedy no tiene antecedentes; es un simple compañero de viaje del que nos hemos valido para algunas tareas secundarias en Londres. Podría haber servido para cosas más importantes, pero entró en el partido siendo estudiante de medicina.

Fiona se sentía morir. Volvió a sentarse y por un instante fue incapaz de respirar, hasta que pudo musitar: «¿En el partido... comunista?». Menos mal que no se había sincerado con Kennedy, pese a que en más de una ocasión había tenido ganas. Parecía un capitalista tan empeinado en sus ventas y entregas de aviones... Pero, claro, aquello era la coartada; bien sabía ella por su trabajo que el KGB financiaba miles de negocios parecidos para tener cobertura para sus agentes.

—Sí. ¡Qué lástima que nadie advirtiera sus dotes y le disuadiera de hacerlo! Porque, claro, a los miembros del partido no se les pueden encomendar tareas importantes.

—¿Se citan fechas?

—Nada desde julio de 1978. Aunque ya sabe usted que no hace mucho hemos visto lo descuidados que son esos administrativos actualizando los expedientes.

Comenzaba a dolerle la cabeza y a sentirse mal.

—¿Qué misiones ha realizado?

—Esos detalles no están reflejados en los expedientes. La embajada de Londres los habrá comunicado directamente a Moscú. Supongo yo que asuntos de vigilancia, alojar a gente o amañar referencias; la clase de trabajo que se encarga a personas como él.

Así que eso era: en julio de 1978, un mes antes de su «casual» encuentro en la estación de Waterloo. Ella había alertado a Martin y Moscú había buscado otro medio para controlarla. Sí, habría sido el tiempo necesario para aleccionar y dar instrucciones a Harry. Así que Moscú le había encargado de vigilarla. ¿Sería ese también su cometido en Berlín? ¿Ninguna misión desde 1978?

—¿Pregunto a Moscú si aún sigue operando?

—No, herr Renn, no lo creo prudente.

Él la miró y notó que no se encontraba bien.

—Lo que usted diga, frau direktor —dijo, cogiendo unos papeles y abandonando discretamente el despacho.

Se tomó tres aspirinas. Tenía tubos por todas partes, pero el máximo efecto que obtenía era una disminución del dolor. Se tapó los ojos con las manos. Concentrándose en antiguos recuerdos, lograba a veces contrarrestar los ataques a fuerza de voluntad. Por su mente desfilaron velozmente imágenes de sus hijos y su marido, borrosas y deformadas, cual retazos de películas antiguas. Estuvo un largo rato sintiéndose muy mal, como alguien que acaba de salir indemne de un terrible accidente de coche.

BERLÍN. MARZO de 1984

El director general —inquieto y exigente— hacía uno de sus viajes oficiosos a Berlín en avión. Frank Harrington, el mandamás en Berlín, lanzó improperios por verse obligado a cambiar precipitadamente su programa, pero el viejo era así. Siempre lo había sido, y, últimamente, cada vez peor. A sir Henry no sólo le venían absurdas inspiraciones repentinas a las que todos tenían que adaptarse sin rechistar, sino que, además, hacía perder el tiempo miserablemente. Instalado en un cómodo sillón, con un buen vaso de Hine en la mano, sir Henry Clevemore hablaba sin parar, intercalando constantemente que tenía que marcharse; como si alguien le estuviera reteniendo en contra de su voluntad.

Y así había sido aquella tarde. El aviso del despacho del DG señalaba que sería un «almuerzo alemán», y Tarrant, el viejo mayordomo al servicio de Frank Dios sabe los años, lo había dispuesto todo. Almorzaron en el comedor de la vieja mansión de Grunewald a que tenía derecho el director de equipo de Berlín. El cocinero de Frank hizo un Hasenpfeffer^[7] celebrado de siempre, y la criada revistió su mejor delantal almidonado con cofia de encaje. Limpiaron la antigua cubertería de plata y dispusieron la vajilla antigua de porcelana de Meisen, dando a la mesa un aspecto sensacional, cosa que el director general comentó en presencia de Tarrant, quien se permitió una discreta sonrisa de suficiencia.

Después de la comida pasaron los dos al salón a tomar el café. De eso ya hacía horas y el director general no daba señales de querer marcharse. Frank se decía que ojalá le hubiese preguntado a qué hora salía su vuelo, pero hacerlo en aquel momento habría resultado descortés. Así que se limitó a asentir con la cabeza a lo que decía el viejo, anhelando desesperadamente poder encender la pipa. El viejo detestaba el tabaco de pipa —en especial el de la marca que fumaba él— y sabía que no era cuestión de hacerlo.

—Bien, tengo que irme —dijo el DG, igual que había expresado ya varias veces aquella tarde, aunque en esta ocasión sí que hizo gesto de arrancar. A Dios gracias, pensó Frank; si a las siete se había marchado, aún le daría tiempo a acudir a la partida de bridge con sus amigos del ejército—. Sí —añadió sir Heniy, mirando su reloj —tengo que irme.

Tenía Frank un amigo, que había conocido en Eton y que acabó de médico rural en una rica zona agrícola de Yorkshire, quien decía que él se había acostumbrado a que le llegaran los pacientes con alguna afección y se pasaran media hora hablando de todo lo habido y por haber, para luego levantarse y, cuando ya estaban despidiéndose en la puerta, decirle como si tal cosa el mal que les había inducido a ir a la consulta. Lo mismo sucedía con el director general. Allí se había estado toda la tarde contando cosas graciosas, y ahora cogía el vaso, le daba vueltas en el aire para agitar el último sorbo y se lo bebía de golpe. A continuación dejó el vaso, se puso en pie y volvió a decir que tenía que marcharse. Y sólo en ese momento inquirió:

—¿Ha visto últimamente a Bret Rensselaer?

—La semana pasada —contestó Frank, asintiendo con la cabeza—. Me preguntó mi opinión sobre el informe del tiroteo en Hampstead.

Frank se puso en pie e hizo un ademán no muy enfático con la botella de coñac, pero el viejo rehusó la invitación.

—¿Puedo preguntarle qué le aconsejó?

—Le dije que no hiciese ningún informe, al menos no por escrito. Le aconsejé que hablase con usted y redactase un oficio dando cuenta de la entrevista.

—¿Y él qué dijo?

Frank cruzó el salón para dejar la botella en su sitio. Seguía siendo esbelto y de porte atlético, y, con su traje de pana de Bedford, se le habría fácilmente confundido con un oficial cuarentón de la guarnición de Berlín. Costaba creer que Frank y el director general se hubiesen formado juntos y estuvieran a punto de jubilarse.

—Lo recuerdo perfectamente. Me contestó: «¿Quiere decir, para no pillarme los dedos?».

—¿Y era eso lo que usted insinuaba?

Frank se detuvo de golpe en medio de la alfombra, pensándose bien lo que iba a contestar.

—Yo sabía que usted abriría un expediente por escrito con lo que él le dijera de palabra.

—¿Ah, sí? —replicó el director general, con particular énfasis en la segunda palabra.

—Si la acción fue adecuada —dijo Frank.

El director general se contentó con asentir someramente con la cabeza.

—Bret estuvo a punto de morir. Bernard Samson disparó contra dos rusos.

—Eso me dijo Bret. Suerte que los nuestros ya habían desaparecido cuando llegó la policía.

—Aún no hemos salido del todo del lío —dijo el director general.

Y Frank se preguntó si sir Henry aguardaba a que ampliase su opinión, pero optó por dejar que él mismo se lo pidiera.

—Por lo que he oído en Berlín —añadió—, un jefe del KGB llamado Moskvín fue quien lo organizó todo. Ese mismo rufián que mató al joven agente en la casa de Bosham.

—Es la misma pauta seguida por Instrucción e Investigación, y ésa parece ser la versión —dijo el DG, volviéndose al sillón en que había estado sentado y mirando a Frank—. Hay que hacer una investigación.

—¿Qué puede afectar al futuro de Bret?

—No, no se trata de eso; pero el consejo de ministros vive una de esas fases en que le causa horror cualquier protesta por parte de los rusos.

—¿Por dos matones del KGB? ¿Armados? Es muy poco probable que Moscú vaya a mostrar interés por semejante payasada, sir Henry.

—¿Es una opinión objetiva, basada en su experiencia en Berlín?

—Eso es.

—Es lo mismo que opino yo, pero el consejo de ministros no escucha las opiniones de expertos y sólo se preocupa por la política de partido —dijo el DG sin resentimiento ni repulsa—. Cosa que, por supuesto, ya sabía yo cuando acepté el cargo. Nuestra estrategia como departamento, igual que la de cualquier ministerio, está supeditada a la influencia del ambiente político del momento.

—La última vez que me dijo eso —comentó Frank—, añadió usted: «... pero tengo manga ancha para las tácticas».

—Tengo manga ancha para las tácticas hasta que los patinazos aparecen en la primera página de los periódicos sensacionalistas. ¿Ha visto las fotos de esa lavandería?

—Así es, señor.

El director general se refería a unas fotos enormes en primera página, con los cadáveres despatarrados y sangre por doquier, que habían causado gran impresión en los lectores. Pero, independientemente de lo que se comentara

sobre el tiroteo en bares y en redacciones de la prensa londinense, se había publicado que se trataba de un ajuste de cuentas entre gánsters y se especulaba que en todas las tiendas y lavanderías de horario nocturno se vendía droga.

—Los del «Cinco^[8]» están presionando para que se abra una investigación y el secretario del Consejo está convencido de que sus peritos no serán útiles.

—¿Una investigación conjunta?

—Al consejo de ministros no puedo oponerme, Frank. Lo plantearé ante el comité y espero que usted me apoye.

—Si está usted seguro de que es lo mejor... —dijo Frank con un tonillo que daba a entender que él no lo creía así.

—Es cuestión de recoger velas antes de que me den una orden tajante. Así podré nombrar un comité presidido por Bret —replicó el director general.

—¿Cree que Bret necesitará esa cobertura?

—Sí, pero quiero que me diga si considera que Bret tendrá arrestos para seguir adelante. Piénselo antes de contestar, Frank. Es muy importante.

—¿Arrestos? A eso puedo contestarle inmediatamente sí o no, sir Henry. Habrá visto usted lo que ha sucedido en el departamento desde que desertó Fiona Samson.

—¿En lo que a ánimo respecta?

—En cuanto a ánimos y a muchas otras cosas. Por mencionar la tensión psicológica, mire al joven Samson. Está pasando por una fase de enorme tensión y, para empeorar las cosas, hay gente en el departamento que dice que él tenía necesariamente que estar al corriente de lo que ella planeaba.

—Sí, algunos ha habido que me han manifestado sus sospechas —replicó cariacontecido el director general.

—Cuando un hombre lo pasa mal por culpa de su mujer, no puede trabajar bien; una persona que esté pasándolo mal en el trabajo, en casa puede desahogarse con su familia. Pero Bernard Samson está sometido a una tensión constante.

—Tengo entendido que ha establecido cierta relación con una joven del departamento —dijo el director general.

—Samson es un hombre desesperado —dijo Frank con gran convencimiento.

No quería comentar nada sobre su vida privada; vivir y dejar vivir, era la divisa de Frank.

—Le he hecho una pregunta sobre Rensselaer —dijo el DG.

—Samson es un hombre desesperado —repitió Frank—, pero es capaz de encajar muchas críticas. Él es un rebelde nato y sabe defenderse si le llaman traidor, libertino o lo que sea. Bret tiene un carácter muy distinto; él ama Inglaterra como sólo es capaz de hacerlo un extranjero romántico. Para esas personas, el mínimo atisbo de sospecha es como una tempestad capaz de arrastrarlos.

—¡Bravo, Frank! ¿Qué leía en Wadham, Literae Humaniores?

Frank sonrió entristecido, pero no contestó. Conocía al director general desde joven y habían compartido el alojamiento durante la guerra. El DG sabía de sobra sus conocimientos clásicos y con cierta secreta envidia, sospechaba él.

—¿Se derrumbará Bret? —inquirió el director general—. Si el comité se revuelve contra él, como sucede en Inglaterra con los presidentes en situación delicada, ¿cree que Bret aguantará?

—¿Se ha dado un nombre a esta investigación? —replicó Frank.

—Es una investigación sobre el asunto Erich Stinnes y el modo que se ha llevado a cabo desde que se pasó a nosotros —contestó el DG sonriendo.

—Bret aguantará lo que sea —sentenció Frank.

—¿Así lo cree?

—Sir Henry, en el departamento siempre circulan rumores. Usted lo sabe; si no, no estaría aquí haciéndome preguntas.

—¿Y qué dicen esos rumores?

—Pues que Erich Stinnes se ha burlado de Bret Rensselaer y del departamento.

—Bret no tenía experiencia bastante para tratar con un tipo astuto como Stinnes. Yo pensé que Samson le serviría para estar alerta, pero me equivoqué. Ahora parece que a Stinnes nos lo enviaron en misión de desinformación.

—¿Es la explicación oficial? —inquirió Frank.

—No, aún no estoy seguro del juego que se trae Stinnes.

—Un alto cargo como Stinnes, enviado en misión de desinformación, puede hacer lo que quiera sin temor a las consecuencias. Incluso puede optar por pasarse a nosotros.

—Comparto su opinión —dijo el director general, sacando su cigarrera y, por un instante, pareció que iba a encender un puro, pero no se decidió. El médico le había aconsejado dejar de fumar, pero siempre llevaba un par de habanos para caso de no poder contenerse. Quizá fuese una equivocación,

porque a veces era un tormento—. Dice usted que corren rumores de que se han burlado de Bret. ¿Y qué piensa el resto del personal?

—En su mayoría cree que Bret es muy hábil y digno de confianza.

—Usted ya sabe a lo que me refiero, Frank.

—Sí, lo sé. Bien, hay algunos obcecados que piensan que quizá Bret estuviera en connivencia con Fiona Samson.

—¿Conspirando con ella? ¿Piensan que Bret Rensselaer y Fiona Samson llevaban todo ese tiempo a las órdenes de Moscú?

—Es una opinión extremada, sir Henry, pero lo cierto es que se los veía mucho juntos. Se comenta que si era una historia de amor por haberse dejado ver un par de veces en ciertos hoteles. Ya sabe. Ni siquiera el joven Samson está muy seguro de que no sea verdad.

—No sabía que circularan esas historias absurdas.

—La gente se pregunta qué es lo que motivó a Bret, después de toda una vida en un despacho, para coger una pistola, acudir apresuradamente a esa lavandería y darle al gatillo. Tenemos gente entrenada para esas tareas.

—No fue así —replicó el director general.

—«Tiroteo en el OK Corral», lo titulaba un periódico. Y mucho me temo que esos titulares hayan dado pábulo a no pocos chistes de mal gusto.

El director general lanzó dos sonoros bufidos.

—En Berlín huele a cerveza, ¿lo ha advertido usted, Frank? Claro que no es la única ciudad de Alemania con ese olor, pero yo lo noto más que en ningún sitio. Será el lúpulo o la malta, o qué sé yo... —añadió dubitativo, como si quisiera afirmar su ignorancia respecto a bebida tan plebeya.

—Tiene que darle su apoyo, sir Henry. Ostensiblemente y sin reservas.

—No podré, Frank. Tiene que correr ese riesgo.

—¿Qué quiere decir, señor?

—Existen buenas razones por las que no debo ayudarle: respaldo de ninguna clase.

Frank no salía de su estupor y, pese a los buenos modales que le daban fama, estuvo a punto de preguntar para qué diablos estaba el director general si no era para apoyar a un subordinado cuando se encontraba en apuros.

—¿Razones operacionales o políticas? —inquirió.

Era la única ocasión en que Frank rozaba el enfrentamiento abierto, pero el director general asumió el reproche. Por otro lado, la decisión de no decir la verdad sobre Fiona Samson era inquebrantable. Stinnes tenía que volver a Moscú convencido de que Fiona Samson era una traidora. Decir que había

razones operacionales para no defender a Bret Rensselaer era el primer paso para desvelar toda la historia de la misión de Fiona Samson.

—No puedo, Frank —contestó el DG en un tono que ponía punto final a la discusión. Si se sospechaba que Bret Rensselaer era cómplice de Fiona Samson, que así fuera.

—Una pregunta más, señor director —dijo Frank en tono y formalismo oficiales—. ¿Hay que dejar que Rensselaer caiga? ¿Es ése el propósito de la investigación? Debo saberlo para formular mis propias respuestas.

—¡No, por Dios! Lo último que desearía es arrojar a Bret Rensselaer a los perros, y menos a esos lobos de Whitehall. Quiero que salga de esto bien flamante, pero no puedo acudir en su ayuda.

—Me alegro de que lo diga claramente, señor.

El intercambio de opiniones había dado por resultado un empate, como reconoció el propio director general.

—Aún tengo mucho trabajo por delante para Rensselaer, y él es el único capaz de hacerlo.

Frank asintió con la cabeza, pensando en que era una alusión a los contactos de Bret en Washington, que siempre habían sido de importancia para el departamento.

La historia del tiroteo en la lavandería de Hampstead, que tan de cabeza traía al director general y que los periódicos, y Frank Harrington, se complacían en llamar «Tiroteo en el OK Corral», databa aproximadamente de una semana antes del viaje del DG a Berlín.

Si Bret Rensselaer hubiese conservado su habitual sentido común, habría evitado intervenir en aquel asunto. Aquello competía a los agentes de campo del departamento; pero Bret estaba fuera de sí.

Echaba terriblemente de menos a Fiona Samson. Durante el tiempo en que habían estado trabajando juntos se habían estado viendo a escondidas periódicamente como amantes, y esto aguijoneaba su entusiasmo. Bret no podía, naturalmente, contarle a nadie sus sentimientos, y no palió su pasión ver a Bernard Samson, privado de aquella mujer perfecta, desempeñar su cometido con su habitual desparpajo. Por mucho que algunos hablaran de un Bernard Samson destrozado, Bret no veía más que el Bernard de siempre. Y lo que más le indignó fue enterarse de que ahora vivía con una joven espléndida de la oficina. A saber cómo estarían reaccionando los hijos. Aquella noticia abrumó a Bret, pero se cuidó muy mucho de ocultar sus sentimientos al respecto; él no veía modo alguno de influir sobre lo que

podiera sucederles a los hijos de Samson, y esperaba que Fiona no le acusara en el futuro de mala fe.

La participación de Bret en el tiroteo de la lavandería lo cambió todo. Para él no fue más que un asunto traumático, y en sentido literal, ya que los acontecimientos violentos de aquella noche le causaron una lesión mental de la que nunca se recuperaría.

Para Bret, todos los indicios apuntaban a que el contacto con el equipo del KGB en la lavandería sería pura rutina, pues no había habido ningún aviso de que las cosas fueran a tomar tal cariz. La cosa fue que en un momento determinado estaba sentado al lado de Bernard Samson en aquella lavandería nocturna de Hampstead y segundos después se hallaba viviendo una pesadilla de las más horrorosas de su vida.

Estaban contemplando las camisas de Samson dar vueltas en el agua jabonosa, porque Samson se había empeñado en que fuesen los dos con ropa para lavar, y hasta se había traído una bolsita de plástico con detergente, alegando que no le gustaba el que tenían en el establecimiento. Bret no sabía si aquello era muestra del detallismo de Samson o una especie de broma. Luego, Samson se había puesto a leer un periódico sobre las rodillas. A él no le había dicho nada de que ocultase un pistolón —con silenciador— bajo aquel ejemplar de *The Times*, y no hacía más que hablarle de su padre, como a quien no le preocupa ninguna otra cosa.

Aquel Bernard Samson era una agradable compañía si estaba de buen humor; sus cáusticos comentarios sobre sus superiores, el gobierno y el mundo que los rodeaba eran en parte su aparato defensivo contra un sistema que nunca le había dado una buena oportunidad, pero a veces había en ellos algo más que la simple verdad. Bernard tenía fama de ser hombre de suerte, pero una suerte dimanante de una actitud profesional y una infatigable actividad laboral. Era un hombre duro, y no cabía duda de que la decisión de Bret de intervenir en aquel lío se debía fundamentalmente al hecho de que con él se sentía seguro.

Bret se había puesto un abrigo viejo comprado a propósito en una tienda de Oxford para aquella aventura nocturna, y, en la bolsa, bajo la ropa sucia, llevaba un sobre marrón con cuarenta y un mil dólares: fondos a entregar a un intermediario del KGB cuando mencionara la palabra clave «Bingo». Apostados en la calle había suficiente número de agentes para acechar la llegada del intermediario y detenerlo si Bret lo decidía. A él le parecía todo muy sencillo, pero no resultó así.

Para empezar, los agentes de la calle no dieron ningún aviso y uno de los del KGB estaba ya escondido en un altillo de la lavandería y, cuando apareció de repente, esgrimía una escopeta recortada. Luego entró un segundo individuo armado con pistola y uno de los dos dijo «Bingo», que era la consigna. Bret permaneció absolutamente tranquilo —o eso era lo que recordó después— y echó mano a la bolsa para entregarle el dinero.

La secuencia de acontecimientos que siguió tuvo su polémica, aunque hay que señalar que todo sucedió muy rápido. Samson dijo que él actuó al estallar el coche en la calle, mientras que Bret recordaba que Samson había tomado la iniciativa antes de aquello.

No es que Samson se irguiera para disparar, sino que permaneció sentado, escudándose en Bret, y la rabia que este detalle le produjo a Rensselaer cuando se percató de ello, no se le pasaría en el resto de su vida. Inclinandose hacia delante para ver bien a los intrusos —los dos de la lavandería—. Samson apuntó tranquilamente y disparó sin siquiera sacar la pistola de debajo del periódico; el arma llevaba silenciador y por eso lo que Bret oyó fueron dos impactos sordos y vio a uno de los agentes del KGB retroceder, soltar la pistola, llevarse las manos al vientre y desplomarse sobre las lavadoras chorreando sangre.

Ya Samson se había puesto en pie, cambiando de posición; Bret recordaba que le había dado un empujón y que él había tropezado con la pistola caída en el suelo, aunque, en versión de Samson, lo que él había hecho era obligarle a agacharse para cubrirle y acercarle el arma de una patada. Samson le había incluso reprochado no haberla cogido para seguirle a la trastienda en persecución de los otros.

Bret se vio de pronto en aquella lavandería, ante un joven agente del KGB agonizante, que vomitaba, desangrándose, y lloriqueando como un niño. Algo brutal y repugnante que él nunca había visto. Del altillo le llegó el sonido de otros disparos —Samson había matado a otro—, y ahí acabó todo. Bret vio que le metían precipitadamente en un coche que arrancaba a todo gas en plena noche y se cruzaba con el coche de la policía que acudía al escenario de los hechos. Para estupor de Bret, Samson le dijo en aquel momento que le había salvado la vida.

—¿Qué me ha salvado la vida, hijo de puta? —replicó Bret con voz chillona—. Ha disparado escudándose en mí y luego ha echado a correr, dejándome con el muerto...

Samson se echó a reír. Hasta cierto punto su carcajada era en reacción nerviosa a la tensión que acababa de vivir, pero fue una risa que Bret nunca

olvidaría.

—Así es la vida del agente de campo, Bret —le replicó—. Si hubiese estado entrenado, se habría tirado cuerpo a tierra. Mejor aún, se habría encargado del segundo pistolero en vez de dejármelos todos a mí.

Bret ni le escuchaba; no se borraba de su mente la imagen del agente agonizante del KGB, doblado sobre una lavadora, aferrándose a ella, con la sangre mezclándose con el agua jabonosa del suelo.

—Mejor habría sido que le hiriese —graznó.

—¡Eso es en las películas, Bret! —replicó Bernard con desdén—. Cosas de Wyatt Earp y Jesse James, pero en la vida real nadie arrebató el arma a otro de un tiro ni le hiere en el brazo. En la vida real haces blanco o fallas. Ya es de por sí difícil acertar un blanco en movimiento como para apuntar a partes difíciles de la anatomía. Así que déjese de bobadas.

No había manera de discutir con él, pensó Bret, pero el rencor no se borró de su espíritu y le fastidiaba aquella desenvoltura de Samson para adoptar rápidas decisiones con tan firme convencimiento, sin que posteriormente mostrara pesar alguno. Las mujeres admiraban esas cualidades, por lo visto. Pero a Bret cada vez le costaba más adoptar decisiones.

Bret comenzaba a vislumbrar que su propio planteamiento habría implicado una violencia prácticamente igual a la de Bernard, pero su actual estado mental no facilitaba el análisis. Se pasaba a veces media hora sentado en su despacho mirando fijamente al infinito, incapaz de llegar a una conclusión aun en cosas claras como el agua. Quizá no habría debido ir al médico. El médico del departamento era competente y atento, sin reproche alguno desde el punto de vista profesional, pero su obligación era informar al departamento.

Todo había comenzado con un leve trastorno de su proverbial poder de concentración y una tendencia a despertarse de madrugada sin poder volver a conciliar el sueño. Luego comenzó a darse cuenta de que le trataban como a un extraño. Notaba que le miraban con frialdad y despreocupación cuando presidía el comité, y sus sospechas tomaron cuerpo cuando se formaron dos subcomités de los que quedó deliberadamente excluido. Eso significaba que tres cuartas partes de los que componían el comité mantenían reuniones a las que él no tenía acceso.

Lo que no sabía Bret era el modo en que Moscú estaba programando su caída. Le habían marcado no porque Moscú sospechase que a Fiona Samson la habían infiltrado en Berlín, ni por ningún motivo concreto, sino por el simple hecho de haberse visto envuelto en la clase de operación provocadora

en que tanto éxito ellos habían alcanzado en el pasado. Moscú no sólo supo reavivar los rescoldos y acrecentar los rumores, sino que, conforme se desarrollaba la operación, presentó pruebas falsas. Algunas eran demasiado burdas para que los especialistas —como Ladbroke, jefe de la encuesta— no se dieran cuenta de que Moscú intentaba desacreditar a Rensselaer, pero no por eso podían dejarlo pasar todo por alto.

El director general tenía cierta idea de lo que estaba sucediendo y decidió ir a Berlín a hablar con Frank Harrington, que era viejo amigo suyo y miembro de alto rango en el consejo. Aquel almuerzo y la ulterior charla con Frank toda la tarde no habían logrado calmar las inquietudes del director general. Lo que Frank le había dicho no eran más que chismorreos, pero le habían servido para estar en guardia cuando los de Seguridad Interna telefonaron solicitando audiencia urgente a Ladbroke y Tiptree. El que llamaba dijo sin ambages a Morgan —secretario del DG— que no era cuestión de dejarlo para el día siguiente.

Estaban esperando al director general en la sala de reuniones número 2. Eran Ladbroke, encuestador jefe, un hombre pacífico de cincuenta y cinco años que nunca se encrespaba, y Harry Strang, un curtido veterano de Operaciones. Los acompañaba Henry Tiptree, un joven de Seguridad Interna con fama entre los mejores. En el rincón, como al margen de la reunión, estaba el subdirector general, sir Percy Babcock.

Habían dispuesto en la mesa blocs de notas con lápices y jarras de agua con vasos.

—¿Falta alguien? —inquirió el director general después de contarlos.

—A Cruyer no le hemos podido localizar, pero he dejado recado a su secretaria —contestó Strang.

—¿Va a ser una reunión larga, Percy? —inquirió el director general al subdirector.

—No, muy breve, señor director. Seguridad Interna quiere exponerle un asunto.

—Cuánta gente —comentó sir Henry, que era un hombrón de metro noventa, cuadrado de hombros y que dominaba a todos con su envergadura.

—Necesitamos cinco firmas —añadió el subdirector, con voz queda.

—Hummm —musitó el director general, sintiendo que el alma se le caía a los pies: todos sabían la clase de formulario que requería cinco firmas—... ¿Y nadie toma notas?

—Eso es, señor director.

Bien, eso era. La única manera de evitar a Bret aquella humillante investigación era revelar el secreto de Fiona Samson. Pero eso quedaba descartado. Bret tendría que apear con las consecuencias.

Se sentaron y el subdirector esgrimió su bolígrafo de oro, mientras Harry Strang sacaba sus cigarrillos, guardándose los acto seguido al recordar que estaba el DG. Tiptree, un individuo alto y delgado de pelo rojo bien peinado y tez rosada, se sirvió un vaso de agua y se lo bebió con elegante precisión.

Ladbrook miró en torno a la mesa. Todos le observaban expectantes, menos Tiptree, que trazaba círculos en el bloc.

—¿Quiere usted empezar, sir Percy? —preguntó Ladbrook, tímido.

—Diga usted al director lo que me ha contado a mí —respondió el subdirector.

—Mucho me temo que atañe a un alto cargo —dijo Ladbrook.

El director general le miró impasible.

—A Bret Rensselaer —añadió Tiptree, levantando la vista del bloc; al caerle un mechón de pelo en la cara, se lo echó hacia atrás con la mano.

—¿Una filtración? —inquirió el director general, consciente de lo que se avecinaba.

—Algo más grave —repuso Ladbrook.

—Yo tengo el expediente —añadió Tiptree, señalando un archivador que había en una mesa supletoria.

—No quiero estudiar expedientes —replicó el DG con gesto de aburrimiento que pareció de irritación.

Todos esperaban que volviese a hablar, pero él se arrellanó en la silla y suspiró.

Sir Percy volvió a emitir un clic con el bolígrafo y observó:

—Como Bret suele recibir órdenes directas de usted, pensé que querría intervenir.

—¿Ha hablado alguien con él? —inquirió sir Henry.

—Con su permiso —terció Ladbrook—, propongo una «síntesis» en cuanto se haga oficial.

—Es el método habitual, ¿no?

—Sí, sir Henry, es lo habitual.

—El jefe de investigación quería tener la seguridad de que Bret no se escudaba en la persona de usted para no contestar —añadió el subdirector.

—En este tipo de investigación —añadió Ladbrook—, una interrupción semejante es difícil de superar después.

—Comprendo —dijo el director general, advirtiendo que Harry Strang cogía una estilográfica del chaleco. Así que Strang ya sabía cómo iba a terminar la cosa.

—Seguramente querrá hablar con usted por teléfono —hizo notar Ladbrook—. Me refiero a cuando le interrogue por primera vez. Seguramente querrá llamarle.

—¿Y quiere usted que no conteste a esa llamada? —inquirió el director general.

—Lo que usted juzgue más conveniente, señor —respondió Ladbrook.

—Pero si respondo, le fastidio el interrogatorio. ¿Es eso lo que quiere decir?

Ladbrook sonrió cortésmente sin decir nada.

—Deme el formulario —ordenó el director general— y acabemos cuanto antes.

El subdirector le entregó el bolígrafo y extendió unos papeles en la mesa.

—Yo me encargaré del resto de los trámites —añadió el subdirector, con voz suave—. Morgan puede firmar la nota por poder.

—Esto será un absurdo —advirtió el director general mientras firmaba—. Lo digo desde este mismo momento. Conozco a Bret Rensselaer hace años; es de lo mejor que hay, Bret Rensselaer.

INGLATERRA. ABRIL de 1984

¿Hasta dónde se puede correr en un bosque?, dice el viejo chiste escolar. La mitad; luego, ya corres fuera. Hasta un misil detiene su vuelo para comenzar a caer en tierra, un deportista alcanza un apogeo en su carrera y luego comienza a declinar; una flor se marchita, el agua acaba por evaporarse y la mayor parte de las cosas de la naturaleza tiene un momento de aparente esplendor que es, en realidad, el principio del fin. Lo mismo sucedió con Pavel Moskvín aquel espléndido día en Berlín en que los primeros brotes de la primavera anunciaban el final del invierno.

Erich Stinnes también llevaba buena carrera. Todo había salido conforme él había previsto. Los ingleses parecían haberle aceptado por lo que les había contado, porque les costaba creer que nadie pudiera resistirse a su nivel de vida. Había hecho su papel a la perfección; había ido minando el diamante de la fama de Bret Rensselaer Tropfenweise, gota a gota, hasta que, ante el comité, lo destrozó completamente.

La culminación de todo lo que Stinnes había ideado llegó con lo que, en apariencia, no era más que una visita rutinaria del «Comité Stinnes» a Berwick House, donde estaba confinado. Era una mansión solariega del siglo XVII en una finca de siete acres de la campiña inglesa, con tapia de cuatro metros y foso, fácil de transformar en centro de detención. Los funcionarios de Whitehall, que se habían apoderado de casa y enseres en virtud de una ley de confiscación, poco habían hecho por reparar los daños causados por las bombas de la Luftwaffe. En la mansión reinaba un olor mohoso y, mirando detenidamente la dañada estructura, se advertía que la carcoma trabajaba más que nadie.

Los del comité hicieron el viaje en autocar, pero Bret llegó en el Bentley conducido por su chófer, tras aprovechar la hora del almuerzo para hacer una visita al médico. Tenía aspecto de cansado y se le notaban unas profundas ojeras que avejentaban su aire eternamente juvenil.

Eran tantos, que tomaron asiento en la gran mesa de lo que otrora había sido el comedor. En la pared forrada de madera había un gran óleo representando un grupo familiar, posando muy tieso en un promontorio junto a la recién construida Berwick House y mirando al artista que había hecho en aquel cuadro un sincero homenaje a Gainsborough.

Todos competían por demostrar lo que sabían y lo importantes que eran. Bret Rensselaer estaba sentado en un extremo, haciendo valer su condición de presidente, y Stinnes tomó asiento en el otro extremo, posición enfrentada que Bret ulteriormente pensó que había influido en su fracaso. Bret no dejaba de mirar el reloj, pero, salvo esto, mantuvo esa actitud genial de fingida atención que tan bien dominan los que están acostumbrados a presidir, disimulando que están medio dormidos. Todo lo que se estaba diciendo lo sabía él de sobra. «Bien —pensaba Stinnes—, ya veré yo el modo de despertarle, señor Rensselaer».

En un comité como aquél siempre hay un par de sabihondos. Y la misma situación se daba en Moscú: Stinnes habría podido nombrar los homólogos del otro bando. El más pasado era Billy Slinger del MI5, un individuo escuálido de bigotito muy bien recortado y con un acento contenido de Tyneside que a Stinnes se le antojaba provocador; le habían incluido en el comité para que asesorase en asuntos de transmisión y, por supuesto, se sentía obligado a demostrar lo listo que era.

Erich Stinnes había superado los altibajos de su detención sin grandes cambios, pero no había mucho que cambiar. Stinnes era un hombre maduro, muy entero, de rostro cetrino y pelo que le gustaba llevar lo más corto posible. Cuando se quitaba las gafas de montura metálica —cosa que hacía con frecuencia—, parpadeaba como un mochuelo y miraba a los del comité como si prefiriera verlos desenfocados.

Stinnes respondía hábilmente a las preguntas, dejando que Slinger demostrase sus conocimientos técnicos, hasta que llegó al tema de los procedimientos de señales. Era un asunto que Moscú le había autorizado revelar, por lo que, tranquilo y con sencillas palabras, comenzó a explicar los procedimientos de la embajada; empezó con las pautas rutinarias cotidianas y explicó varios códigos cifrados del KGB. Eran aspectos técnicos que Slinger difícilmente podía conocer y, menos aún, que hubiesen sido cambiados o que sólo se empleasen para comunicación trivial.

Con el rabillo del ojo, miraba a Bret Rensselaer desenroscarse como una serpiente molesta por ruido de pasos que se aproximan.

—Todo esto es nuevo para mí —dijo Slinger en varias ocasiones, notándosele cada vez más el deje provinciano, al tiempo que llenaba de anotaciones las hojas del bloc con tal excitación y apresuramiento que se le rompió el lapicero y hubo de coger otro y rogar a Stinnes que hablase más despacio.

Los otros miembros del comité también estaban entusiasmados. Entre hábiles preguntas de Slinger, uno de ellos comentó por qué no había revelado antes aquellas maravillas. Stinnes se tomó un tiempo para contestar. Miró a Bret Rensselaer y luego apartó la vista, mientras encendía morosamente un purito.

—Bien —dijo finalmente Bret—. Díganoslo.

—Sí que lo hice —contestó Stinnes—. Lo hice en los primeros días, pero creí que eran cosas que ya sabían.

Bret se puso en pie de un salto, como dispuesto a vociferar. Todos se le quedaron mirando, y enseguida comprendió que una discusión con Stinnes delante del comité en pleno sólo iba a servirle para quedar en ridículo. Volvió a sentarse y dijo:

—Adelante, Slinger; anótelos.

Stinnes aspiró humo y miró a todos con aire de asistente social ante una familia reacia. Y, acto seguido, comenzó a dar más datos: rutas de comunicación con países extranjeros, horarios de las secciones de transmisión de las embajadas, procedimientos y hasta listas de contactos de las mismas.

Estuvo hablando casi una hora, incluidas largas pausas en las que se estrujó el cerebro e hizo algunos chistes que todos rieron debido a la tensión que reinaba. Al final, el comité se mostraba eufórico de satisfacción. Se les notaba en el rostro y corría por sus venas. Y en aquel ánimo pletórico intervenía no menos el hecho de que veían que Bret Rensselaer, tan flemático y patricio, tan eficiente y patriota, iba a tener que responder sin escapatoria.

Cuando Stinnes abandonó la sala para subir al piso de arriba, miró a Bret Rensselaer. Ninguno de los dos dejó entrever el más mínimo cambio de expresión, pero cruzaron una mirada que daba a entender que uno de ellos había ganado una baza.

Pero Bret Rensselaer no era hombre que se amilanara para hacerse el muerto y complacer al enemigo. Bret Rensselaer era norteamericano: un hombre pragmático, emprendedor y sin esa capacidad innata de los europeos para conservar el rencor. Cuando Bret se vio ante aquel muro defensivo construido ladrillo a ladrillo por Moskvín y Stinnes, hizo algo que ninguno de los dos rusos había previsto. Rensselaer fue a Berlín y suplicó ayuda a

Bernard Samson, a un hombre que a él le desagradaba, en base al razonamiento de que Samson era aún menos convencional que él y, desde luego, más duro de pelar.

—¿Qué hacemos ahora? —inquirió Bret.

Obligado por Stinnes a escapar a toda velocidad y con la perspectiva de que le detuviesen, Bret huía hacia delante. Era un fugitivo y así lo parecía por su aspecto asustado, despeinado y carente de todo indicio de seguridad, tan natural en él.

—¿Que qué hacemos? —repitió Samson. Estaban en una ciudad en la que Bernard se movía como pez en el agua, y ambos lo sabían—. Vamos a meterles miedo, eso es lo que vamos a hacer.

—Pero ¿cómo?

—¿Y si les decimos que vamos a arrancar a Stinnes las uñas una por una? Bret tuvo un estremecimiento. No estaba él para bromas.

—Sea juicioso, Bernard, ellos tienen allá a su amigo Volkmann. ¿No lo entiende?

—A Werner no le tocarán.

—¿Por qué no?

—Porque saben que, por mucho que ellos le hicieran a él, yo le haría el doble a Stinnes y más despacio.

—¿Vale la pena correr ese riesgo? —inquirió Bret—. Creí que Volkmann era su mejor amigo.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Entiéndalo bien, Bernard —añadió Bret, alarmado—. Hay mucha carne en el asador.

Samson siempre había sido un jugador audaz, pero ¿sería la respuesta adecuada una escalada de violencia? ¿O acaso Bernard se había vuelto loco?

—Yo sé cómo piensa esa gente, Bret. Moscú tiene verdadera obsesión por evitar complicaciones con sus agentes.

—Entonces, ¿les proponemos cambiar a Stinnes por Werner Volkmann?

—Pero primero les haremos saber que vamos a hacer cantar a Stinnes.

—¡Dios mío! No me gusta. ¿Será Fiona una de las personas que adopten la decisión? —inquirió Bret.

Bernard le miró, tratando de leer su pensamiento, cosa bastante ardua.

—Yo creo que sí —contestó.

—Frau Samson —dijo Moskvín con exagerada cortesía y sonrisa zalamera—, ¿ha preparado las acusaciones contra ese ciudadano de la

Alemania occidental llamado Volkmann?

—Estoy en ello —contestó Fiona.

Había aprendido mucho sobre Moskvín en el tiempo que llevaba trabajando allí. Algunos pensaban que era un imbécil, pero se equivocaban. Moskvín era mentalmente rápido y astuto; era dominador y torpe, pero tonto no era. Ni tampoco torpe, al menos físicamente, porque bajaba todos los días al sótano a levantar pesas en el gimnasio, nadar en la piscina, disparar en la galería de tiro o a practicar alguna otra clase de ejercicio físico. No era ya joven, pero aún desbordaba una especie de energía que sólo suele darse en la infancia.

—¿Tiene algún otro expediente de él, camarada coronel? —preguntó Moskvín con voz ramplona.

A Fiona le desconcertó la pregunta. Ella había confeccionado el expediente de Volkmann que había encima de la mesa.

—Sólo el que ha visto usted.

—¿Nada más? —replicó Moskvín en tono nada halagüeño.

—Yo sé que... —comenzó a decir Fiona.

—¿Qué es lo que sabe?

—Que anteriormente trabajó para el SIS en Berlín.

—Si Moscú quisiera ver el expediente de Volkmann —replicó Moskvín, mirándola—, ¿es esto lo que enviaríamos? —añadió, dando un papirotazo al cartón del archivador, que sonó a vacío.

—Sí —contestó Fiona.

Moskvín se la quedó mirando sin ocultar el desprecio que sentía. La intimidación formaba parte de su método de actuación, pero ella ahora ya le conocía y había conocido a otros muchos como él, ya en su época en Oxford: deportistas pendencieros muy pagados de su fuerza física, que se recreaban con la violencia latente de sus personas.

—Yo conozco a Volkmann —dijo ella—. Le conozco hace años, y sé que trabaja para el SIS de Berlín. Y para el SIS de Londres también.

—Y, no obstante, ¿no ha hecho usted nada? —replicó Moskvín con desdeñosa mirada.

—Aún no —contestó Fiona.

—Aún no —repitió él—. Bien, ahora haremos algo, ¿no? —Jugaba a dominarla, sonriéndole como hacen los déspotas con los niños—. Hablaremos con ese Volkmann y quizá... le asustemos un poquito.

—¿Cómo?

—Tiene usted que saber una cosa, frau Samson. A él no le han dicho que se le va a intercambiar por el mayor Stinnes. Así que tenemos que hacerle sudar.

—Volkmann se gana la vida haciendo negocios con nuestra república. Sin eso se arruinaría; hay que convencerle para que trabaje para nosotros.

—¿Y por qué iba a acceder? —replicó Moskvin, clavando sus ojos en ella.

—Volkmann entra y sale constantemente; por eso fue fácil detenerle. ¿Por qué no se avendría a decirnos lo que sucede allá?

—¿Lo lograría usted?

—Puedo intentarlo. ¿Dice que está detenido en Babelsberg?

—Necesitará un coche.

—Conduciré yo misma.

—Tráigale aquí, que yo también quiero verle —dijo Moskvin.

—Naturalmente, coronel Moskvin —dijo ella con fría sonrisa—. Pero si le asustamos demasiado, no volverá.

Ya había sucedido anteriormente. Ésa era la pega con los agentes: se los envía a Occidente y, a veces, se quedan allí y se ríen de ti.

—Él aquí no tiene familia, ¿verdad? —añadió Moskvin.

—Trabjará para nosotros, coronel Moskvin. Es la clase de persona a quien encantan los asuntos secretos.

Por la comparación mental de Moskvin con aquellos fortachones de Oxford, dio en pensar en sus tiempos de universitaria. Era una época que detestaba y de la que había olvidado los buenos ratos; recordó los hombres que había conocido, las largas veladas en la ciudad, viendo aquellos groseros estudiantes emborrachándose y haciendo el memo; siempre dispuestos a hacer que sus compañeras se sintieran inferiores. Muchachos con ambiguas inclinaciones sexuales, que sólo se encontraban a gusto en compañía de otros hombres, cogiéndose del brazo y cantando a voz en grito para, de vez en cuando, apartarse tambaleantes a mear contra una tapia.

Fue a Babelsberg, en el sudoeste de Berlín, a traerse a Werner Volkmann. No era muy lejos en vuelo recto de pájaro; pero los pájaros volaban por encima del sector occidental de la ciudad, mientras que los buenos comunistas tenían que dar un buen rodeo. Quedaba fuera de Berlín, en la zona que en la R. D. A. era el distrito de Potsdam, por lo que las potencias «protectoras» inglesa y norteamericana no tenían derecho a husmear por allí. Volkmann

estaba confinado en el Ausland Block, unos edificios que habían sido oficinas de los famosos estudios cinematográficos de la UFA.

Detrás del edificio vacío de lo que había sido biblioteca y talleres, había un solar con restos de un pueblo del siglo XVIII construido para el decorado de la película El barón de Münchhausen.

—Ése era el camerino de Marlene Dietrich —dijo el viejo policía que la conducía a la sala de visitas, señalando un cuarto con candado.

—Sí —dijo Fiona.

Aquel mismo hombre le había dicho aquello la última vez que había estado allí.

La sala de visitas tenía una ventana enrejada a través de la cual vio el patio adoquinado en que había dejado el coche.

—¿Traigo al preso?

—Tráigalo.

Werner Volkmann parecía atónito cuando le hicieron pasar. Con las manos esposadas a la espalda, llevaba un abrigo de cuero desgastado con rayas de pintura blanca. Iba despeinado y sin afeitarse.

—¿Me reconoces, Werner?

—Claro que la reconozco, frau Samson —contestó él, hosco y enfadado.

—Voy a llevarte a mi despacho en Karl Liebkecht strasse. ¿Necesito un policía armado para tu custodia?

—No voy a escaparme, si lo dice por eso.

—¿Te han comunicado de qué se te acusa?

—Quiero un abogado, un abogado occidental.

—Es una tontería pedir eso, Werner.

—¿Por qué?

Era fantástico que Werner, un alemán que entraba a menudo en el país, no lo entendiera. Bien, quizá la mejor manera de empezar fuese hacerle entender la situación en que se encontraba.

—Werner, estamos en la R. D. A. y en 1984; bajo un régimen socialista, y el pueblo...

—El gobierno.

—El pueblo —repitió ella— no sólo manda en la política y la economía, sino igualmente en los tribunales, los abogados y los jueces. Manda en la prensa, las asociaciones juveniles, las asociaciones femeninas, los clubs de ajedrez y las cofradías de pescadores. El privilegio de escribir libros, coleccionar sellos, cantar en la ópera o trabajar frente a un torno (en realidad, el derecho a trabajar en lo que sea) puede ser retirado en cualquier momento.

—Pues no se pide un abogado a Occidente.

—No se pide un abogado a Occidente —repitió Fiona—. Tendrás que ir en el asiento de atrás y no puedo quitarte las esposas. Ni siquiera estoy autorizada a llevar la llave. Es el reglamento.

—¿Puedo lavarme y afeitarme?

—Una vez allí. ¿Tienes aquí objetos personales?

Werner se encogió de hombros sin contestar.

—Vamos.

—¿Por qué tú? —preguntó Werner, conforme cruzaban el patio adoquinado hacia el Wartburg.

—Matchpolitik —contestó Fiona. Una palabra que significaba negociaciones bajo coacción.

Ninguno de los funcionarios municipales, muertos ya hacía tiempo, que habían trazado los estafalarios límites del extrarradio de la ciudad, podría haberse imaginado que algún día Berlín se hallaría dividido de aquella manera. Sobresaliendo en dirección sur, Lichtenrade —lugar en el que la línea de metro estaba cortada y convertida en final de trayecto, y donde Mozart, Beethoven y Brahms son calles que acaban en el Muro— constituía un obstáculo que Fiona tenía que rodear de vuelta a su despacho en el centro de Berlín.

La ruta de vuelta normal seguía la carretera principal que discurre por Mahlow, pero ella tomó por calles secundarias para ganar unos minutos, y, al pasar por Mahlow, dobló hacia un pequeño barrio más allá de Ziethen. Era una zona en la que las casas-jardín de antes de la guerra se extendían cruzando el Muro hasta la R. D. A. Rodeadas en sus tres lados por el sector occidental, aquellas calles bordeadas de árboles estaban vacías y tranquilas.

—Werner —dijo Fiona, deteniendo el coche bajo los árboles de un parquecillo, parando el motor y volviéndose hacia él—, tú eres una carta más en este juego de póquer. Me consta que debes saberlo.

—¿Y qué sucede con esa carta en la partida de póquer? —inquirió Werner.

—Que al final de la partida se te cambia y se te deja en reserva.

—¿Y duele?

—Dentro de unos días estarás en Occidente. Te lo garantizo.

Por la calle apareció un coche que avanzó despacio hasta donde estaban, los rebasó y se detuvo unos cien metros más adelante. Ninguno de los dos dijo nada. El coche inició una maniobra como para dar la vuelta, pero se detuvo a

medio camino e hizo marcha atrás. Finalmente, pasó por delante de ellos y giró en el indicador de Selchow.

—Era un coche de escuela de conducción —dijo Fiona.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —inquirió Werner, a quien el coche le había puesto nervioso.

—Porque quiero que lleves un mensaje.

—¿Escrito?

El bueno de Werner. No era tan simple.

—No, Werner, de palabra.

—¿A Bernard?

—No. En realidad, tienes que prometerme que Bernard no va a enterarse.

—¿Qué clase de juego es éste?

—Tú vienes aquí a menudo, Werner. Podrías ser el contacto ideal.

—¿Me estás pidiendo que trabaje para Moscú?

—No.

—Ya —dijo Werner, arrellanándose incómodamente en el asiento por los brazos esposados a la espalda y, al pensarlo, la sonrió—. ¿Y qué garantía tengo?

—Werner, siento lo de las esposas, pero no autorizan a llevar la llave con los presos en traslado.

—¿Cómo puedo fiarme de ti? —insistió él.

—Quiero que vayas a hablar con sir Henry Clevemore. ¿Disipa eso tus dudas?

—Yo no le conozco. Ni siquiera le he visto una vez.

—A su casa; no en la oficina. Te daré un número de teléfono y dejas recado en el contestador automático.

—No sé...

—¡Por Dios, Werner! Sobreponete y decídetelo —gritó Fiona.

Cerró los ojos; se había dejado llevar por los nervios. Por culpa de aquel coche-escuela.

Werner la miró atónito y, de pronto, comprendió el pánico que acababa de sentir.

—¿Y por qué a mí? ¿Por qué ahora, precisamente? ¿Y tus contactos normales?

—No tengo contactos normales. Me las he estado arreglando sola con «buzones». Dentro de un mes o así, Londres habría enviado a alguien, pero esta oportunidad es única. Te contrataré como agente de la Stasi y te pondrás

directamente en contacto conmigo; cada vez que lo hagas, te entregaré los datos que tengas que trasladar allá.

—Podría funcionar —dijo Werner, pensándose—. ¿Y sir Henry me entregará material para traer aquí?

—Todos mis informes deberás aprendértelos de memoria —contestó Fiona.

Ya estaba: se había puesto en manos de Werner. No pasaría nada. Más adelante haría que él le explicase la situación a su marido y a sus hijos. Pero ahora no. Cada cosa a su tiempo.

Werner ya empezaba a creerla. Se le iluminó el rostro y abrió los ojos asombrado. Iba a participar en algo sensacional.

—¡Vaya golpe! —exclamó en voz baja con ferviente admiración. Acababa de convertirse en su rendido esclavo.

—Bernard no tiene que enterarse —añadió ella.

—¿Por qué?

—Por incontables motivos: se preocuparía y descubriría el juego. Él no sabe ocultar sus emociones. Tú debes saberlo.

Werner miró por la ventanilla. Fiona había elegido bien su hombre. Él siempre había anhelado ser agente secreto; era algo que le traía de cabeza, como a otros el ser artistas de cine, meter goles para el equipo nacional o figurar de invitados en un programa televisivo. Él sabía lo que era el espionaje; había leído novelas, tenía recortes de periódico y se sabía de memoria sucesos, con una dedicación rayana en la obsesión. No tenía necesidad de decir que sí: los dos sabían que no podía negarse.

—Aún no acabo de creérmelo —dijo.

Volvió a aparecer el coche-escuela doblando la esquina; aminoró la marcha y se detuvo, no sin hacer las innecesarias señales reglamentarias.

—Vamos a seguir —repuso Fiona.

—Acepto —asintió Werner en voz queda.

—Lo sabía —añadió Fiona, poniendo en marcha el motor.

Rebasó al coche del principiante y giró como si se dirigiese a Mahlow. Era una precaución tonta innecesaria.

—Eres una mujer valiente, Fiona —reconoció Werner de pronto.

—Únicamente hablas con sir Henry —dijo ella—, y con nadie más, a menos que él te lo autorice de palabra.

—¿Cuánto durará esto? —inquirió Werner.

—Un año; dos, quizá.

—Creí que iban a ficharme como persona non grata y perdería mi negocio —comentó Werner.

—Ahora no tendrás problemas. Será una combinación perfecta.

—Bernard no tiene que enterarse —repitió él.

La idea de tener un secreto no compartido por su mejor amigo le seducía. Algún día sorprendería a Bernard. Valía la pena esperar.

—Te voy a explicar lo que tienes que decir cuando lleguemos. Verás a un coronel ruso que se llama Moskvin. No te dejes avasallar ni impresionar. Yo me encargo de que no te pase nada.

—¿Moskvin?

—Será un problema pasajero.

—¿Qué quieres decir?

—Será una dificultad pasajera, porque le van a despachar —contestó Fiona—. Créeme. Ahora voy a decirte cómo haremos para establecer contacto.

Dos días después se producía el intercambio y Erich Stinnes regresaba al Este a reanudar su trabajo en el KGB, mientras Werner Wolkmann marchaba libre a Occidente. Como consecuencia de la investigación del KGB sobre la traición, Pavel Moskvin fue condenado a muerte, y el tribunal decretó que veredicto, sentencia y ejecución fuesen secretos. Era el modo de actuar del KGB en los casos de altos cargos. El comandante local del KGB —un general que había sido muy amigo del padre de Moskvin— decidió que el marbete de «muerto en acto de servicio en Occidente» era más piadoso y eficaz, y así se quiso organizar, pero Moskvin no aceptaba tan tranquilamente su destino y trató de escapar. El tiroteo consiguiente se produjo en la abandonada estación de metro de Nollendorfplatz, del Berlín Oeste, convertida en rastro. Moskvin murió y Bret Rensselaer, que, para demostrar su lealtad a la Corona, dirigía el acoso al ruso, resultó tan gravemente herido que no pudo reemprender sus actividades en Londres.

La versión oficial inglesa de los acontecimientos es muy breve y fue obra de Silas Gaunt, quien omitió toda mención al intercambio de agentes, dado que ninguno de ellos era ciudadano inglés. Afirma que Pavel Moskvin — coronel del KGB de servicio en el sector occidental de Berlín— se había vuelto loco en la estación abandonada, comenzando a disparar indiscriminadamente hasta que la policía municipal de Berlín pudo reducirle; habían resultado muertos dos peatones y cuatro habían quedado heridos, dos de ellos de gravedad. Moskvin se disparó un tiro en el momento de la detención.

El expediente confidencial confeccionado por el gobierno alemán de Bonn presentaba la ventaja de beber su información en datos de la policía del Berlín occidental y de sus propios servicios secretos. Decía que Moskvín formaba parte de un equipo que había viajado a Occidente para proceder al intercambio de un alemán occidental y un ciudadano ruso capturado por el SIS. El relato afirma que la muerte de Moskvín había sido una ejecución llevada a cabo por un equipo del KGB que utilizó dos motos para seguir al coche del coronel y, mientras se encontraba parado en Tauentzienstrasse, cerca de los almacenes KaDeWe, un cómplice había arrojado una bolsa de plástico con pintura blanca sobre, el parabrisas, obligando a Moskvín a apearse y echar a correr hacia la estación de metro, disparando contra sus agresores. Fue en aquel tiroteo en el que habían resultado heridos algunos paisanos. Cuando Moskvín saltó del andén a las vías, quizá pensando en que podría escapar siguiéndolas hasta cruzar el Muro, cayó acribillado por los disparos de rifle de un francotirador del ejército ruso. No se supo quién había sido, pero se creía que formaba parte del equipo de ejecución del KGB que había cruzado un puesto de control aquel mismo día a primera hora. En apoyo de esta tesis se señalaba que no habían reclamado el traslado del cadáver de Moskvín al Este.

Pocos días después del tiroteo, una mención oficiosa del cadáver por parte de los contactos ingleses que venían del sector oriental había servido para que los soviéticos dijeran sorprendidos que el coronel Pavel Moskvín no había existido. No se efectuó autopsia y el cadáver recibió sepultura en el pequeño cementerio de Berlín-Rudow, muy cerca del Muro. Fue entonces cuando los rusos ofrecieron el traslado de los restos de Max Busby, un norteamericano abatido cuando intentaba cruzar el Muro en 1978; algunos dedujeron que aquello formaba parte de un acuerdo secreto. Los dos cadáveres quedaron enterrados en tumbas contiguas y se hizo durante la instalación del nuevo alcantarillado del camposanto, por lo que a la ceremonia sólo asistieron los obreros, un funcionario municipal y dos representantes no identificados de las potencias de ocupación. No se puso rótulo en las tumbas.

Hubo otras versiones; algunas menos extrañas y otras mucho más. Uno de los informes, bien encuadernado y con fotos de Kleiststrasse, Nollendorfplatz y la estación de metro, más un plano callejero con colores, mostrando el itinerario de Moskvín con una línea de trazos rojos discontinuos, fue el elaborado por la CIA de Berlín en coordinación con sus delegaciones de Bonn y Londres; en él se llegaba a la conclusión de que el KGB había decidido que

Moskvín no cayese vivo en manos de los ingleses para que no fuese sometido a interrogatorio.

Se había visto a Bernard Samson disparando contra el coronel ruso, pero en el informe se aseguraba que no había hecho blanco, y hubo quien comentó que los numerosos disparos que Samson había efectuado en anteriores ocasiones siempre había acertado. Frank Harrington podría haber esclarecido algo el misterio, puesto que él había estado en la estación de metro esgrimiendo una pistola —detalle que se había quedado grabado en la mente de los testigos de los hechos, porque a Frank nunca se le había visto con una arma en la mano—, pero la Central de Londres nunca pidió explicaciones a Harrington.

Bret Rensselaer también había estado allí, pero a él nada le preguntaron al respecto; había sido gravemente herido y, cuando estuvo suficientemente recuperado para dar su versión, ya estaba cerrado el caso y el incidente había quedado enterrado como uno más de la turbulenta historia de Berlín. Los médicos de la clínica Steglitz le salvaron la vida en tres horas de intervención quirúrgica, luego pasó a una unidad de cuidados intensivos y al día siguiente volaba a Estados Unidos en un aparato especial de las fuerzas aéreas norteamericanas rodeado de médicos y enfermeras.

INGLATERRA. MARZO de 1987

Bernard Samson pasaba aquel sábado con Gloria en la modesta casa de Balaklava Road número 13, en Raynes Park, de la periferia londinense. Estaba limpiando el jardín y había metido casi toda la basura en unas cajas de cartón con la marca de la empresa de mudanzas que había trasladado los muebles.

Gloria se encontraba arriba en el dormitorio; tenía abierto el armario y se contemplaba en el espejo alargado, sujetando un vestido que había encontrado en una de las cajas de cartón; era una prenda cara con etiqueta de París, un vestido corto de cóctel gris y negro con rayas simulando la barra de anuncio de los peluqueros, en diagonal sobre el corte al sesgo. Un vestido de Fiona Samson.

Con aquel vestido superpuesto a su persona trataba de imaginarse qué tal le sentaría, preguntándose cómo sería realmente Fiona y cómo habría sido su matrimonio con Bernard.

Éste estaba en zapatillas y subió la escalera sin hacer ruido. Al entrar en el dormitorio sin llamar, exclamó:

—¡Oh! Te vendrá muy pequeño —añadió al reconocer el vestido—. Y el gris no te sienta, tesoro.

Turbada por haber sido sorprendida, Gloria dejó el vestido en la percha y cerró el armario.

—Lleva varios años fuera. Ya no volverá, Bernard, ¿verdad?

—No lo sé.

—No te enfades. Siempre que intento hablar de ella te pones de mal humor. Es una manera de coaccionarme para que no la mencione.

—¿Tú lo ves así?

—Es que es así, Bernard —replicó ella aún turbada, tocándose el pelo—. Quieres que viva contigo y al mismo tiempo te aferras a la posibilidad cada vez más remota de volver a verla.

Bernard se la acercó y la rodeó con su brazo, lo cual pareció aplacarla, pero cuando él quiso besarla le espetó furiosa:

—¡Estate quieto! Siempre intentas escamotearlo. Me besas, me dices que me quieres y me tapas la boca.

—Tú me preguntas y yo te digo lo que es. La verdad es que no sé qué contestar.

—Me haces sentirme enteramente insegura.

—Tú sabes que estoy siempre en casa; no bebo ni salgo con otras mujeres.

Era la clase de respuesta indignante que siempre daba; una respuesta típicamente machista. Era incapaz de comprender que eso no bastaba. Gloria probó a aplicar la lógica masculina:

—¿Cuánto vas a tardar en asumir que ella se ha ido para siempre?

—Te amo y somos felices juntos. ¿No te basta? ¿Por qué las mujeres queréis una garantía de permanencia? Mañana puede arrollarme un tren o puedo volverme loco. Y después ya nunca más serías feliz. ¿Te entra eso en la cabeza?

—¿Por qué estás mirando el reloj? —replicó ella, tratando de zafarse de su abrazo.

—Perdona, es que el director general va esta tarde a Whitelands a ver a Silas Gaunt y creo que van a hablar de Fiona. Daría cualquier cosa por saber qué dicen.

—Tú crees que Fiona sigue trabajando para Londres, ¿verdad?

La pregunta revestía el tono de una acusación y le conmocionó. Pero no hizo ningún movimiento, pese a que su rostro traicionaba sus pensamientos. Él nunca le había dicho nada a Gloria.

—Por eso no quieres saber nada de que nos casemos —añadió ella.

—¡Qué va!

—¡Mientes! Te lo noto. Crees que a tu mujer la enviaron allá de espía.

—Nunca se sabrá la verdad —replicó Bernard sin convicción, con la esperanza de poner punto final a la discusión.

—Es una locura no haber visto desde un principio que no soy más que una simple sustituta, una con quien ir a la cama, una conveniencia para que cuide de tus hijos y de la casa, vaya a la compra y guise. No me extraña que me quitases de la cabeza que fuera a la universidad. ¡Eres un malnacido! Te has burlado de mí.

—No es cierto.

—Ahora entiendo por qué conservas toda su ropa.

—¡Sabes que no es cierto, Gloria! ¡Por favor, no llores!

—¡Qué demonios voy a llorar! ¡Te odio, cabrón!

—¿Quieres escucharme? —exclamó él, zarandeándola con fuerza—. Fiona es agente soviética y se ha ido para siempre. ¡Y deja ya de darle vueltas!

—¿Lo juras?

Él retrocedió un paso. Gloria le miraba furiosa y eso hacía que se le cayera el alma a los pies.

—Te lo juro —dijo.

Ella no le creyó. Notaba cuando mentía.

En aquellos momentos, la reunión del director general y Silas Gaunt estaba en su apogeo.

—¿Cuánto tiempo lleva ya infiltrada la señora Samson? —inquirió Silas Gaunt.

Era una pregunta formalista, pero quería que el director general compartiese su satisfacción.

—Se pasó al Este en el ochenta y tres: así que unos cuatro años —contestó sir Henry Clevemore.

Los dos habían hecho maravillas y estaban orgullosos de su éxito. La economía de la Alemania del Este hacía agua, el gobierno era una gerontocracia senil y carecía de voluntad y recursos para atajar los problemas. Los informes de Fiona decían que las tropas rusas permanecerían acuarteladas independientemente de los cambios políticos que se produjeran. La URSS tenía sus propios problemas. La terca profecía de Bret Rensselaer de que el Muro caería en 1990 —considerada en su día una simple hipérbole, como era lo normal con todos los proyectos del SIS— tomaba ahora visos de realidad.

Habían recibido datos de Fiona Samson que les había permitido dirigir la campaña y facilitarles contactos con los grupos de oposición más sensatos. Para protegerla habían permitido que ella se apuntase algunos triunfos, y ahora se complacían enormemente con lo que habían conseguido.

En ciertos aspectos eran dos hombres muy parecidos. Por sus orígenes familiares, estudios, comportamiento y porte, por ejemplo; pero Silas Gaunt había servido en el extranjero y había adquirido un cosmopolitismo del que carecía el introvertido y formalista sir Henry Clevemore. Silas Gaunt era telúrico, astuto, adaptable y carente de escrúpulos, y, pese a los años que hacía que le conocía, sir Henry no dejaba de mantener reservas respecto a su amigo.

—¿Recuerda cuando el joven Volkmann vino a llamar a su puerta en plena noche? —inquirió Silas.

—El memo había olvidado el número de teléfono.

—Estaba usted desesperado —añadió Silas.

—Ni mucho menos.

—Lamento contradecirle, Henry, pero cuando llegó aquí, me dijo que Fiona Samson había cometido un tremendo error de cálculo.

—Es que parecía de cajón... —replicó Clevemore, conteniendo la risa—. Era lo único que tenía que saberse de memoria y se le había olvidado.

—Ese Volkmann resultó de primera. No sabía yo que lo llevara dentro.

—Le concederé una recompensa —dijo el director general—. Cuando todo haya acabado, le conseguiré algún tipo de premio. Sé que es la clase de persona a quien encanta esas cosas.

—¿Sabe que sus asuntos bancarios caen en picado? —dijo Silas, que ya había tratado aquel tema con el DG.

—Ahora va a hacerse cargo del piojoso hotel de esa horrenda alemana. ¿Cómo se llama?...

—Lisl Henning.

—Ésa. Una auténtica arpía.

—Todo lo bueno tiene su final —dijo Silas.

—Hubo momentos en que pensé que no tendríamos más remedio que sacar a la señora Samson y abandonar el proyecto —agregó el director general.

—Ese Samson sí que es un endemoniado terco —añadió Silas Gaunt, expresando lo que ambos pensaban.

Estaban sentados en el poco usado salón de la casa de Gaunt, y en el cuarto contiguo se oía reparar a los obreros la chimenea del despacho de Silas. Aquel salón no había prácticamente cambiado en cien años y, cómo todos los salones de casa de campo con gruesas paredes de piedra y ventanas pequeñas, era oscuro todo el año; en un aparador había platos de estilo chino muy usados y un florero con narcisos recién cortados.

Silas estaba arrellanado en el destartado sofá que iluminaban las llamas danzantes del fuego; sobre él, un antepasado de gesto hierático miraba impasible desde un inmenso cuadro al óleo muy barnizado, y a su lado había una mesita en la que Silas hacía provisionalmente sus comidas. Sir Henry Clevemore había efectuado aquel viaje a Whitelands al saber que Silas comenzaba a recuperarse de una caída del caballo. Aquel viejo loco no habría

debido acercarse a ningún caballo, pensaba el director general, decidido a decírselo; pero al final se lo calló.

—¿Samson? —dijo sir Henry—. No sea injusto con él. Verdaderamente me reprocho no haberle dicho la verdad. Bret Rensselaer era partidario de habérselo dicho.

—Eso no se lo había oído yo decir, sir Henry. Usted era quien...

—Sí, es cierto. Pero se lo podríamos haber dicho al final del primer año.

—Bueno, ya no tiene remedio —indicó Silas, que tenía una manta de viaje sobre las piernas, con la que se arropaba de vez en cuando—. ¿O acaso insinúa usted que se lo digamos ahora?

—No, no, no —replicó el director general—. Pero cuando empezó a husmear en los apuntes bancarios de Pagaduría, creí que íbamos a vernos obligados a contárselo.

—Perdone que le diga que eso de intentar detenerle cuando llegó a Berlín no fue el método más adecuado —reconoció Silas con una sonrisa.

Aquel fallo no era tema que al director general le gustara comentar. Se puso en pie y se llegó a la ventana desde la que se veían el camino de entrada y las colinas del horizonte.

—Esos olmos parecen muy enfermos, Silas —observó—. Muy enfermos.

Eran tres árboles gigantescos, plantados en el césped a igual distancia, a guisa de columnas griegas, y era lo primero que se veía al cruzar la tapia de entrada antes de que apareciese la casa.

De pronto, Silas se sintió enfermo también. Miraba todos los días aquellos árboles y rogaba al cielo que sus descoloridas y deformadas hojas volvieran a recobrar el verdor y la lozanía.

—El jardinero dice que es por la escarcha.

—¡Qué escarcha ni qué demonios! Que los examine alguien de un vivero. Si es la enfermedad holandesa del olmo, tendrá que talarlos inmediatamente.

—Las heladas han causado verdaderos estragos esta temporada —explicó Silas, como para tranquilizarse, aún con un razonamiento tan poco convincente como los que solía hacer su emprendedora ama de llaves la señora Porter. Cualquier cosa mejor que aquel brutal diagnóstico—. Lo puede comprobar en los rosales y en el césped, Henry.

—Que venga el perito, Silas. Esa enfermedad ha atacado ya a la mayor parte de los olmos del país, y si deja que vaya a más, se ganará la enemistad de sus vecinos.

—Quizá tenga razón, Henry, pero yo no creo que sea nada grave.

—Aún hay muchas cuestiones pendientes, Silas. Si ha llegado el momento de sacarla, ¿por qué no lo hacemos sin más?

Silas se lo quedó mirando hasta estar seguro de que se refería a Fiona Samson.

—Porque tenemos una montaña de material que no podemos usar sin perjudicarla. Y cuando regrese, traerá más material.

—Hemos tenido buenas oportunidades, Silas —dijo el DG, regresando al sillón tapizado de cretona y dejándose caer en él con un leve gruñido.

—No cortemos de repente, Henry. Por lo que recuerdo y dados mis conocimientos privilegiados, Fiona Samson es el mejor agente secreto que ha tenido el departamento. No sería lógico tirar por la borda lo que aún nos falta.

—Lo que verdaderamente no entiendo es ese plan para mantenerla viva —replicó el director general.

Silas lanzó un suspiro. El DG era duro de mollera a veces. Tendría que explicárselo en términos más sencillos.

—El plan consiste en convencer a los soviéticos de que ha muerto.

—¿Mientras la sometemos a interrogatorio de servicio a su regreso aquí?

—Exacto. Si saben que está viva y nos lo está contando todo, podrán paliar el daño que les hagamos.

—Convencerlos, ¿cómo? —inquirió el director general.

—No es la primera vez que se hace con un agente.

—Pero ¿cómo vamos a convencerlos? No lo veo claro.

—Por poner un ejemplo extremo: se la ve entrar en una casa, se produce un terremoto y desaparece la calle. Pensarán que ha muerto.

—Pero ¿qué gracia es ésa, Silas? ¿Un terremoto?

—No, director, es un simple ejemplo. La sustitución del cadáver es un viejo recurso.

—Hoy día nuestros adversarios son muy sofisticados, Silas. Podrían darse cuenta.

—Sí, pueden; pero si ése es el caso, no será el fin del mundo. Un inconveniente más, pero no el fin del mundo.

—Con tal que ella no corra peligro...

—Eso es lo que yo quiero decir —añadió Silas.

El director general guardó silencio un instante.

—Los norteamericanos van a desilusionarse ante la perspectiva de perder la fuente de información.

—¿No cree usted que se imaginan de dónde procede?

—No creo. Washington la recibe de Bret en California, y por entonces habremos eliminado cualquier dato que pudiera valerles para identificarla.

—Funcionó bien ese asunto con Bret.

—Tardé muchísimo en entender que yo no podía parar los pies al comité de investigación sin revelar el papel que él desempeñaba en la misión de Fiona Samson.

—Me refería más bien a lo de su convalecencia en California.

—Sí, Bret se ha organizado muy bien allá, y utilizarlo a él como conducto, nos distancia del material de Berlín.

—Yo no creo que Fiona Samson entregue nada que permita identificarla —dijo Silas. Él nunca manejaba material y había momentos en que lo lamentaba.

—Estoy seguro de que no —añadió el DG, para dar a entender que él tampoco manejaba el material—. Es una mujer muy inteligente. ¿Cree que conviene utilizar a Bernard Samson para sacarla?

—Creo que debería intervenir —contestó Silas—. Me parece que ya debe imaginarse lo que sucede.

—Sí —añadió el director general—. Por eso quiere hacerla volver, ¿no es cierto?

—No exactamente, pero sí en parte —contestó Silas.

—A un agente infiltrado así, los soviéticos lo dejarían para siempre —dijo el director general.

—Pero nosotros no somos los soviéticos —repuso Silas—. ¿Se siente bien, sir Henry?

—Ha sido un simple vahído. No habría debido fumar ese puro. Prometí al médico que dejaría de fumar.

—Todos los médicos son iguales —comentó Silas, que se había abstenido y se había pasado el rato oliendo con envidia el habano que el DG había encendido después de comer.

El director general se arrellanó en el sillón y respiró despacio y profundamente antes de hablar:

—Este asunto..., el asunto ese de cambiar el cadáver... No sé cómo vamos a llevarlo a cabo, Silas.

—Yo conozco un norteamericano... Un tipo muy competente.

—¿Un norteamericano? ¿Lo cree prudente?

—Es la persona idónea. Va por libre, es un especialista y autónomo. Incluso ha hecho un par de trabajos para la competencia...

—Un momento, Silas. No quiero que intervenga en esto ningún matón del KGB.

—Deje que me explique, Henry. Nos hace falta una persona que sepa moverse allá; alguien que conozca la mentalidad rusa. Y ese tipo está en la lista de fugitivos «más buscados» de la CIA, y no irá con el cuento a los de Grosvenor Square.

Sir Henry lanzó un resoplido para significar sus dudas.

—Si lo plantea así... —cedió.

—Persona grata al KGB, desvinculado de la CIA y le tenemos disponible. Es la persona ideal para esa tarea. Hará toda la función por dinero.

—¿La función? ¿Qué quiere decir?

—Habrá derramamiento de sangre, Henry. Es inevitable.

—No quiero repercusiones —manifestó el DG, angustiado—. Aún estoy dando la cara por la gresca de Moskvín.

Silas Gaunt bajó con un gesto de dolor su pie hasta el suelo y se inclinó sobre la mesa para coger unos cuchillos de mango de marfil en el cajón de la cubertería. Colocó tres en la mesa y los cogió uno por uno.

—Voy a exponer los resultados posibles. Cadáver número uno: con quemaduras leves y fácil de identificar. Cadáver número dos: muy quemado, pero identificado por numerosas comprobaciones forenses. —Miró a sir Henry antes de coger el tercer cuchillo—. Cadáver número tres: carbonizado, pero por la dentadura se demuestra que es Fiona Samson.

—Muy convincente —reconoció el director general tras pensárselo un instante.

—Saldrá bien —aseguró Silas, cogiendo los cuchillos y echándolos en el cajón con estrépito.

—¿Y no habrá nadie que haga preguntas?

—¿Ha visto los informes sobre Erich Stinnes y el asunto de las drogas?

—Drogas. Luego ¿es cierto?

—Nuestros colegas del KGB tienen mucho poder. Seguridad, espionaje, contraespionaje, control fronterizo, delitos políticos, fraude, corrupción y drogas son asuntos que se han convertido en tema de gran preocupación para los soviéticos.

No dijo más; no quería entrar en detalles, porque era una parte crucial de la operación merced a la cual se le imputaba a Stinnes como traficante y a Tessa Kosinsky como adicta, pero el DG se pondría muy nervioso si se enteraba de aquel asunto de la droga.

—¿Y Stinnes? —preguntó el director general—. ¿Nos ha entregado datos interesantes desde que está allá?

—Está jugando con dos barajas. Se sabe a salvo de que le detengan, tanto nosotros como el KGB. Eso es lo que le ha impulsado a meterse en el tráfico de drogas, supongo. Debe de estar ganando una fortuna.

—Creo que me hago idea de lo que tiene pensado: unos gánsters traficantes se enfrentan a tiros y Fiona Samson desaparece.

—Exactamente. Por eso tenemos que planificar los acontecimientos para que coincidan con el envío de la droga. Cuando Stinnes traslade el alijo de heroína desde el aeropuerto, llevaremos a la señora Samson a uno de sus puntos de contacto en la autopista, dentro de la R. D. A., por supuesto, y allí estará Samson esperándola. Stinnes creerá que es una simple cita para entregar la droga. Nosotros pondremos el vehículo; un vehículo con matrícula diplomática es lo ideal para este trabajo.

—¿Y mandamos a Samson a recogerla?

—Sí, pero no a Samson solo. Un marido abandonado y una esposa fugitiva que se encuentran después de tanto tiempo son ingredientes ideales para acarrear complicaciones. Dispongo de otra persona; una persona tranquila y de toda confianza para tener la seguridad de que todo sale bien.

—¿Y dice que tenemos que contar con ese norteamericano? ¿No podrían hacerlo los nuestros solos?

—No, Henry, no se puede —replicó Silas, mirándole.

—¿Puede decirme por qué, Silas?

—Ese norteamericano ya ha tenido tratos con Stinnes.

—¿En asunto de drogas, se refiere?

Silas dudó y contuvo un suspiro. No quería entrar en detalles. Reunir a toda aquella gente allí sería complicado, porque a cada uno habría que contarle una historia distinta que aún no tenía pensada. Como todos los de la Central de Londres, sir Henry sólo tenía una ligera idea de lo que se hacía en las operaciones, mientras que Silas había estado más cerca de la acción.

—Voy a darle una idea de lo que está en juego, Henry. Tendremos que tener allí un cadáver para dejarlo en sustitución del de la señora Samson; un cadáver de mujer inglesa. No quiero decir que tengamos que pasar un cadáver por el control del sector, y menos en un vehículo diplomático, porque, de suceder cualquier incidente, la propaganda sería horrorosa. Además tenemos que dejar un cráneo con la dentadura precisa; no nos interesa que los rusos se pregunten por qué hay dos cráneos. Así que habrá que decapitar el cadáver. Decapitarlo in situ.

—¿Y cómo va a llevar el cadáver allá? —inquirió el director general sin salir de su estupor.

—El cadáver andará e irá en coche... todavía no lo sé bien.

—¿Viva, quiere decir? —inquirió sir Henry, estupefacto, incorporándose muy tieso—. ¿Quién va a ser la mujer? ¿Cómo lo hará?

—Más vale que no me lo pregunte, Henry —contestó Silas Gaunt con voz queda—. ¿Comprende ahora por qué no podemos utilizar a los nuestros? —Hizo una pausa para que el DG se repusiese—. Bernard Samson estará allá, por supuesto, pero a él sólo le utilizaremos para que saque a su mujer. De lo demás, él no se enterará.

—¿Y él no...?

—Será el norteamericano a sueldo quien se quede un rato más para disponer las pruebas tal como nos interesan para que los rusos se crean la historia.

—¿Y tratará usted directamente con ese norteamericano?

—No, Henry. Eso pondría en evidencia la intervención del departamento. Hay un tipo llamado Prettyman a quien Bret utiliza para trabajos sucios y que ha colaborado con nosotros un par de veces. Nos servirá de intermediario. Por supuesto que nadie sabrá la historia completa. Nadie.

—Si cree que puede hacerlo de esta manera...

—Sin que Bret Rensselaer lo supervise, ¿quiere decir? —inquirió Silas con una mueca—. Nos hemos arreglado todos estos años.

—Me alegraré cuando todo haya acabado, Silas.

—Claro, Henry. Pero ¿a que nosotros, los carcamales, hemos enseñado unas cuantas cosas a los jóvenes?

Intercambiaron una sonrisa de satisfacción.

Se oyó llamar a la puerta y entró la señora Porter con el té. En Whitelands el té era todo un rito gracias a ella. Lo puso en la mesita de Silas y el director general acercó una silla. Había tostadas con mantequilla, miel y pastel de semilla de alcaravea, especialidad de la señora Porter. Aquel pastel le recordaba al director general su época de colegial y le encantaba. La mujer sirvió las tazas y los dejó solos.

Estuvieron unos minutos absortos tomando el té y comiendo las tostadas, como dos niños que meriendan.

—¿Cuál fue la verdad en el asunto del padre de Samson? —inquirió el director general mientras Silas servía más té—. Quiero decir: ¿qué es lo que pasó realmente con esos dos alemanes contra los que supuestamente disparó?

—Bueno, de eso hace mucho tiempo y yo...

—Ahora ya no tiene importancia, Silas. Brian Samson ha muerto (Dios le tenga en su gloria) y Max Busby también.

Silas Gaunt no acababa de decidirse: había guardado tanto tiempo el secreto, que algunos detalles no los recordaba. Al principio, el DG creyó que no iba a querer contárselo, pero finalmente dijo:

—Hay que situarse en el ambiente de aquella época, en que Hitler acababa de ser derrotado. Europa estaba en ruinas y todo el mundo creía ver «hombres-lobo» nazis saliendo de los escombros para reanudar la lucha.

—Lo recuerdo perfectamente —asintió el DG—. ¡Ojalá pudiera olvidarlo! O, mejor dicho, ojalá fuera más joven para no haberlo vivido.

—Los norteamericanos no disponían de un auténtico servicio de espionaje; los del OSS perdían el tiempo buscando nazis que estaban muertos, y el primero en la lista era Martin Bormann.

—Berchtesgaden. Ahora lo recuerdo —repuso el director general—. ¿Fue una especie de trampa?

—Acababan de capturar a un criminal de guerra nazi llamado Esser (el ministro del Reich Esser) en una cabaña cerca del Berghof de Hitler. Por los alrededores habían encontrado gran cantidad de oro del Estado; los oficiales norteamericanos de mediana graduación robaron muchas toneladas que nunca se recuperaron. Bueno, después de detener a Esser, el cuerpo de contraespionaje sometió a vigilancia la cabaña, que era, en realidad, una casa, un gran chalet. La residencia de Martin Bormann estaba entre el Berghof de Hitler y ese lugar en que habían capturado a Esser. Se dijo que había penicilina, dinero y Dios sabe qué escondido para que Martin Bormann fuese a recogerlo antes de marcharse a Sudamérica. Todo absurdo, naturalmente, pero por entonces no lo parecía tanto.

—¿Y qué hacía Brian Samson en zona norteamericana?

—Tenía a su cargo un prisionero de Londres, un paisano alemán llamado Winter —contestó Silas, ofreciéndole pastel.

El director general se sirvió una porción.

—Winter, sí, claro —repuso, dando un bocado al pastel y saboreándolo como si fuese un vino de reserva.

—Paul Winter era un abogado nazi que había trabajado en la Gestapo y que, por lo visto, tenía enorme influencia en Washington... Un congresista o alguien. Se daba un enfrentamiento entre el Departamento de Estado norteamericano, que quería que le pusieran en libertad, el ejército, que quería encarcelarle, y el tribunal militar internacional, que deseaba que actuase de

abogado de la defensa. Mientras tanto nosotros tuvimos al tipo encarcelado en Londres.

—La madre era norteamericana: Verónica Winter; su otro hijo se marchó a Estados Unidos y regresó con el flamante uniforme de coronel del ejército yanqui. ¡Qué gente más poco cuidadosa, los norteamericanos!, ¿no? Ni siquiera estaba naturalizado.

—Muy pragmático —comentó Silas, que no compartía semejantes generalizaciones.

—Creo recordar que la madre era de buena familia. Me dijeron que murió de pulmonía durante uno de aquellos inviernos de la posguerra. Era amiga de «Boy» Piper. Sir Alan Piper, que fue director general.

—Sí, «Boy» Piper fue quien me envió allá por cuenta del departamento para arreglar el asunto.

—Siga, Silas, quiero enterarme de la historia.

—No hay mucho que contar. La esposa..., quiero decir la mujer de Winter, envió un mensaje a su marido...

—Al nazi...

—Sí, Paul Winter, el abogado nazi.

—¿A la cárcel? —inquirió el DG, que deseaba tener claros todos los detalles.

—No estaba en la cárcel; se hallaba en una casa particular. Le habían puesto en libertad para que defendiese a Esser; a los acusados nazis de Núremberg se les permitió elegir abogado, incluso de entre los prisioneros de guerra encerrados. En el mensaje, ella decía que estaba en aquella maldita montaña y allá se dirigió él inmediatamente. No había visto a su mujer desde el final de la guerra y, como su hermano era coronel del ejército norteamericano, cogieron un jeep o un coche militar y se pusieron los dos en camino sin autorización.

—¿Camino de Berchtesgaden?

—Y era un invierno crudísimo. Bien que recuerdo aquel invierno. Cuando Paul Winter llegó a la casa de la montaña, se encontró con su mujer Inge que le esperaba: había tenido un niño y quería dinero.

—¿Y él tenía dinero?

—Tenían enterrado allí un cofre que había llevado Esser, quien, durante las entrevistas en la cárcel para la defensa, había comunicado a Paul el sitio en que estaba enterrado. Y supongo que Esser debió de decir a Inge que su marido lo sabía. Lo desenterraron y vieron que contenía oro en diversas

modalidades, que Esser había recogido de las cajas fuertes del Reichsbank en Berlín, con recibo firmado.

—Y el niño era de Esser —añadió el director general.

—¿Cómo lo sabe?

—Es la única parte de la historia que recuerdo.

—Sí, y Paul Winter debió de sospechar que no era el padre, ya que después de muchos años de casados no habían tenido descendencia. Me imagino lo que sentiría.

—Y los dos hermanos Winter murieron. Pero ¿quién les disparó?

—Ahí está el quid. Si quiere saber la verdad: los mató un sargento norteamericano borracho que los tomó por aparecidos, desertores, bandidos o cualquier memez que le pasara por la cabeza: Aquella región estaba llena de desertores de ambos bandos que formaban bandas, robaban pertrechos militares a gran escala, montaban emboscadas a los convoyes de abastecimiento, asaltaban bancos y no se andaban con muchos miramientos.

—Lo que a mí me contaron...

—Sí, circulaban muchas historias. Hubo quien dijo que les dispararon por error, alguien que quería matar a Samson y al general que le acompañaba. Otros, que les disparó el sargento siguiendo órdenes secretas de Washington, y hubo quien aseguraba que Max Busby les disparó porque estaba enamorado de la mujer de Paul Winter, o según otra versión, implicado con ella en una operación de mercado negro. Es imposible demostrar lo erróneo de esas versiones; pero, créame, yo tuve a mi disposición todos los datos y fue como le he dicho.

—Pero en el informe se decía que fue Brian Samson quien disparó —replicó el director general—. Lo recuerdo muy bien. Él estuvo amargado hasta el final de sus días.

—Sí, claro. Eso fue después. Pero en aquel momento nadie tenía dudas. Fue el sargento borracho a quien arrestaron y encarcelaron. Sólo cuando los norteamericanos reclamaron a Samson para que declarara en la investigación cambiaron las cosas. Nosotros no podíamos consentir que Samson se prestara a ningún interrogatorio, como comprenderá, porque ésa ha sido la política de siempre del departamento. Y al negarnos a que compareciera, los yanquis vieron la oportunidad de cerrar rápidamente el caso y sin levantar revuelo, de forma que cuando yo llegué allí había desaparecido el atestado y habían confeccionado otro incluyendo testigos presenciales dispuestos a jurar que había sido Samson quien efectuó accidentalmente los disparos.

—Es despreciable —exclamó el director general—. Ese veredicto quedó incorporado al historial de Samson.

—No necesita decirlo, Henry. Yo protesté y, como «Boy» Piper no me apoyó, organicé una buena. Pienso, a veces, que aquello fue un borrón en mi carrera que me dejó marcado para siempre como rebelde.

—Estoy seguro de que no —repuso con mucho énfasis el DG.

—Yo no les reprocho a los norteamericanos la maniobra, pero lo que me sacó de quicio es que pudieran salirse con la suya —observó Silas con voz queda—. No se les puede reprochar sin paliativos el perjurio, porque eran soldados norteamericanos que llevaban mucho tiempo sin ver a sus familias, y de haber continuado la investigación, habrían tenido que quedarse otro año en Europa.

—¿Y qué intervención tuvo Busby?

—Busby era el oficial de operaciones de servicio en el despacho del Comité Internacional de Núremberg, y se llevó un buen rapapolvo por ser quien estaba al mando de la patrulla y prefirió achacar la culpabilidad accidental a un oficial extranjero.

—Ahora entiendo la animadversión de Samson cuando fue a trabajar a Berlín.

—Por eso Busby se fue con el grupo de Lange; Brian Samson no le quiso en su equipo.

—¿Y la esposa?

—Cogió el oro, seguramente cambiaría de nombre y desapareció. Cuando Samson llegó a la casa no había rastro de ella y yo no pude localizarla. Dejó a Esser en la estacada, condenado a la horca, cogió a la hija y se escondió. Tal vez es lo que Esser quería que hiciera. Era una joven muy lista y decidida; estuvo trabajando en un club nocturno de Garmisch, así que no tendría dificultad para entrar en contacto con alguien que pudiera facilitarle un permiso para vivir en el sector francés, que es lo que hizo. Así quedaba fuera de la jurisdicción norteamericana. Finalmente obtuvo un pasaporte francés y se fue con el oro y la niña...

—Viviendo como una reina —añadió con sorna el director general.

—A veces el delito queda impune —dijo Silas—. Quizá no nos guste admitirlo, pero es así —añadió, dando un sorbo de té.

—¿Y cuánto oro había? —inquirió el director general, sirviéndose otro trozo de pastel.

—Yo ví el cofre de metal y era grande. Lo habían enterrado y aún había restos de tierra. Fue la prueba número uno del fiscal. Sería de un tamaño así

—dijo Silas separando las manos.

—¿Tiene idea de lo que podría pesar? —inquirió el DG.

—¿Dónde quiere ir a parar, sir Henry?

—Es imposible transportar tanto oro: pesaría una tonelada.

—Si no podía llevarlo, ¿qué habría hecho con ello? ¿A qué desenterrarlo para no llevárselo?

—Yo, por mi parte —replicó el DG con aviesa sonrisa—, lo desenterraría porque había muchos que sabían dónde estaba.

—¿Su marido, Esser, etcétera?

—Y quién sabe si muchos más.

—Para volverlo a enterrar —añadió Silas, siguiendo la pauta de razonamiento del director general—. ¡Hummm!

—Ahora habría tres personas que sabrían dónde estaba.

—Dos de ellas murieron minutos después.

—Así que sólo Inge Winter sabe dónde está.

—¿Insinúa que hizo que ese sargento norteamericano disparara contra su marido y su cuñado?

—Yo no conozco a los protagonistas —replicó el director general—. Me limito a razonar sobre la historia que me ha contado.

Silas Gaunt permaneció callado. Trataba de recordar las pruebas que él había examinado y lo que le habían contado los soldados con los que había hablado. El sargento era un joven elegante con alhajas y un Mercedes antiguo de coleccionista que se disponía a llevarse a Estados Unidos. ¿Estaría verdaderamente borracho aquella noche o sería una artimaña para hacer más creíble el «accidente»? Y, sí, estaba la amiga del sargento, que era cantante de orquesta. Silas no había dado con ella. ¿Serían ella e Inge Winter la misma persona? Bueno, ahora era demasiado tarde. Se sirvió té, bebió y ahuyentó la incógnita de su mente.

Pronto se jubilaría el director general, pensó, y de ese modo quedaría cortado su último vínculo con el departamento. Una perspectiva poco halagüeña.

El DG se levantó, se sacudió una migaja de la corbata y le espetó:

—Quiero que me prometa que va a hacer que alguien examine esos árboles, Silas. Es un bicho, ¿sabe?

—Creo que no podría soportar perder esos olmos, Henry. Deben de tener doscientos años. Mi abuelo los veneraba; conservaba una foto de la casa en la que estaban la mitad que ahora. Por aquel entonces había cuatro. Dicen que el que falta se vino abajo la noche en que murió él.

—Nunca he oído yo una historia tan sentimentaloides. Los olmos tienen raíces muy profundas y no caen así como así.

—Me lo contó mi madre, que cayó al morir el abuelo —replicó Silas, cual si el honor de su familia dependiera de la autenticidad de aquella anécdota.

—No sea tonto, Silas. Hay que sacrificar a veces lo que se ama. No queda más remedio. Usted lo sabe.

—Sí, claro.

—Voy a enviar a la señora Samson a California, con Bret, cuando la saquemos. ¿Qué le parece?

—Sí, fabuloso —contestó Silas—. Así estará bien librada de cualquier intromisión. ¿Y a Bernard Samson también?

—No. A menos que usted...

—Yo creo que sí, Henry. Si deja aquí a Samson, andará dando vueltas como loco buscándola y creando complicaciones. Empaquételo y que Bret se haga cargo de los dos.

—Muy bien. —El reloj del abuelo, que Silas había llevado a aquel cuarto por temor a que los obreros se lo estropearan, dio las cinco—. ¿Ya es esa hora? Tengo que irme.

—Bien, Henry, ¿lo deja todo en mi mano? —inquirió Silas para mayor claridad y que luego no le viniesen con reprimendas—. Hay mucho que hacer y, además, me tiene que preparar el dentista una dentadura y eso tarda una eternidad.

—En sus manos lo dejo, Silas. Si necesita dinero, llame a Bret.

—Supongo que el mecanismo especial de fondos quedará bloqueado una vez que ella esté a salvo —indicó Silas.

—No, habrá un remanente para caso de urgencia. Nos ha costado tanto montarlo, que sería absurdo desmantelarlo.

—Creí que la intromisión de Samson en lo del dinero implicaba un riesgo.

—Samson estará en California —musitó el director general—. Cuanto más pienso en ello, más me gusta la idea. Volkmann dice que la señora Samson ha envejecido mucho últimamente. La dejaremos al marido para que la cuide.

BERLÍN ESTE. Müggelsee. Mayo de 1987

—¡Qué fantástico tener el Müggelsee para nosotros dos! —exclamó Harry Kennedy, al timón de un yate de competición de seis metros en el que Fiona hacía de marinero.

En días calurosos de verano el lago se llenaba de embarcaciones a vela, pero aquel día hacía frío y tenían el lago para ellos dos solos. Era ya tarde avanzada y el sol, en descenso tras los cúmulos, que se desgarraban y encogían en la fría atmósfera, creaba efímeros nimbos dorados y brucas sombras, pero no calentaba mucho.

El viento arreciaba empujando con uniformidad de artesano la vela y el casco hendía el agua con fuerte silbido dejando una estela de espuma rizada.

Fiona iba sentada cerca de la proa, bien abrigada con su anorak amarillo, el grueso jersey de Guernsey y un pañuelo de Harry, pero aun así tiritaba. La encantaba la amplitud del lago, pues eso le permitía ir sentada sin necesidad de ocuparse de las bordadas, ni atender el foque o la orientación de las velas, faenas que tanto gustaban a Harry, o, mejor dicho, vérselas hacer a ella. A él no parecía afectarle el frío; era otro hombre en ropas deportivas. El corto anorak rojo y los pantalones vaqueros le hacían más joven, encarnando mejor al personaje intrépido que volaba en avión por tundras y desiertos, el hombre que no aguantaba estar encerrado en un despacho.

Se habían visto mucho durante aquel año que había trabajado en el hospital y a ella la había ayudado a superar mentalmente las penas de la separación en un momento en que necesitaba acuciantemente a alguien que le diese cariño y la quisiera. Ahora ya trabajaba otra vez en Londres y sólo la veía cuando disponía de algún fin de semana largo; aproximadamente cada mes y medio. A veces un amigo suyo del hospital le prestaba aquel barquichuelo y ella preparaba emparedados y un termo de café y pasaban el día en el lago. Eran unos viajes que debían de causarle a él no pocas

complicaciones y gastos, pero nunca se quejaba. Fiona no podía menos de pensar si aquello formaba parte de su cometido de vigilarla, pero no lo creía.

Y, por otra parte, él tampoco había insinuado lo imposible: que ella fuera a verle a él a Londres. Estaba claro que él estaba al corriente de lo que ella hacía, o al menos debía imaginárselo. En cierta ocasión, por la noche, en su apartamento, después de haber bebido bastante vino, le espetó: «Me enviaron», pero inmediatamente transformó aquella afirmación en una especie de comentario metafísico, en el sentido de que estaban hechos el uno para el otro, y ella no quiso preguntarle nada. Era inútil saber la verdad respecto a su primer encuentro; mejor vivir sobre la marcha aquella aventura en la que ambos acechaban sus mutuos pensamientos y emociones, no del todo auténticos por parte de los dos.

—¿Estás contenta? —le preguntó de pronto.

Ella asintió con la cabeza. No era mentira, porque todo era relativo. Estaba lo contenta que se puede estar en sus circunstancias. Harry se encontraba sentado al timón, con la cabeza vuelta, el brazo estirado apoyado en la rodilla y los dedos extendidos hacia la caña, con aspecto del Adán del Juicio final de la Capilla Sixtina.

—Muy contenta —dijo ella.

Él le hizo seña de que se acercase y Fiona fue a sentarse a su lado.

—¿Por qué no podremos estar siempre así? —inquirió él con aquel aire de desamparo con que a veces los niños plantean preguntas parecidas.

Nunca le entendería, del mismo modo que nunca había podido entender a Bernard. Nunca entendería a los hombres por aquella actitud mental madura y pueril al mismo tiempo.

—¿Conoces el delta del Danubio? Es un inmenso parque natural. Río abajo navegan grandes barcos, como hoteles flotantes, hasta el mar Negro. Pasaríamos unas vacaciones estupendas. ¿No te gustaría?

—Deja que lo piense.

—Sé cómo funciona todo. Uno del departamento de cardiología estuvo con su mujer y lo pasaron muy bien.

Fiona no le escuchaba; no paraba de pensar en el reciente encuentro que había tenido con Bernard en una granja de Checoslovaquia, y él le había instado a que volviera. Tendría que haberla complacido volver a verle, y sin embargo, se había sentido rara y triste; habían vuelto a despertar todos sus temores respecto a lo difícil que sería volver con su familia. Bernard había cambiado, ella también, y seguramente que los niños más que nadie. ¿Cómo iba a ser capaz de reintegrarse?

—Perdóname, Harry.

—¿Qué tengo que perdonarte?

—Que no soy buena compañía. Lo sé.

—Estás cansada: ¡trabajas demasiado!

—Sí.

A decir verdad, comenzaban a preocuparle aquellos lapsos de memoria. A veces no recordaba lo que había hecho el día anterior, mientras que, curiosamente, las cosas del pasado las recordaba mejor: aquellos días espléndidos con Bernard cuando los niños eran pequeños y vivían todos tan felices...

—¿Por qué no te casas conmigo? —le espetó él sin preámbulos.

—Harry, por favor.

—Como residente de la R. D. A. podrías obtener el divorcio con pocas gestiones.

—¿Cómo lo sabes?

—Me he informado.

—No deberías haberlo hecho.

Si había hablado con un abogado, habría llamado inconvenientemente la atención sobre ella.

—Fiona, querida, tu marido vive feliz con otra mujer.

—¿Cómo lo sabes?

—Los ví juntos una noche. Casi me doy de bruces con ellos en el tropel de la estación de Waterloo. Iban a coger el tren de Epsom.

—¿Tú los reconociste?

—Claro. Me enseñaste una vez una foto de él. Le acompañaba una mujer rubia muy alta.

—Sí, es ella.

Dolía como una puñalada. No es que ella no lo supiera, pero dolía más por el hecho de que se lo dijera Harry.

—¿Tú la conoces? —inquirió él.

—Sí, de vista —contestó Fiona—. Es guapa.

—No quiero entristecerte, pero tenemos que hablar de ello. Es una locura seguir así.

—No precipitemos acontecimientos.

—Vienes diciendo lo mismo desde que nos conocimos. ¿Sabes cuánto tiempo hace?

—Sí. No... mucho tiempo.

—Vivir sin ti es un infierno, y sin embargo a ti no te importa que estemos separados —dijo él, recriminándose, a ver si ella lo negaba, pero Fiona se contentó con encogerse de hombros—. No tenemos tanto tiempo, Fiona.

—Harry —adujo ella, besándole en la mejilla—, así somos felices. Y tiempo tenemos de sobra.

Era la repetición de un diálogo que habían sostenido muchas veces.

—No, si queremos tener hijos. No tanto tiempo.

—¿Es eso lo que tú quieres?

—Lo sabes bien, Fiona; los hijos lo son todo para mí.

—¿Y vendrías a vivir aquí?

Ahora le ponía a prueba.

—Ya he vivido antes.

—No es lo mismo que vivir para siempre —replicó ella.

—¿Es una nota de disonancia en la armonía marxista?

—Digo lo que es.

—No te pongas a la defensiva, cielo.

—Tú dijiste que eras marxista —insistió ella. No era justo recordarle algo que había afirmado en una sola ocasión y durante una discusión acelerada.

—Sí, dije que lo era, que había sido marxista hace mucho tiempo.

La vela comenzó a batir.

—¿Y ya no?

Él tiró de la vela mayor para ajustarla antes de volver la cabeza. Era un buen navegante, rápido y diestro, como en todo.

—Me planteé una pregunta —contestó.

—¿Y?

—Y me bastó. El marxismo no es una ideología para los que se plantean preguntas.

—¿Independientemente de la respuesta? ¿Lo dices en serio?

—Sí, sea cual sea la respuesta, porque una pregunta lleva a otra y motiva miles de preguntas. Y no hay nada que aguante mil preguntas.

—¿Nada? ¿Ni el amor?

—No te burles. —Se acercaban a la orilla, totalmente bordeada de bosques y sin un alma a la vista—. ¡Listos para virar! —exclamó con aquella voz neutra que ponía para la maniobra.

Fiona avanzó cuidadosamente hacia delante, aflojó el trinquete y le observó doblar el timón.

El batallón zumbó de través al situarse el barco contra el viento y él agachó instintivamente la cabeza. Ella recogió el foque y afirmó el trinquete

antes de volver a sentarse.

—¿Has jugado alguna vez al juego de imaginar? —inquirió él, volviendo a sentarse.

Era otra faceta de su puerilidad. También era infantil lo de volar en avión; a lo mejor había ingresado en el partido comunista por simple gusto por la aventura.

—No —contestó ella.

—Yo sí. Ahora, estando los dos aquí, navegando por el Müggelsee, me imagino que tú eres una Mata Hari fascinante y yo un audaz joven enamorado que ha venido a rescatarte.

Fiona no contestó. No le gustaba el cariz que tomaba la conversación, pero más valía llegar al final.

—Perseguidos por los malos, ponemos rumbo a la orilla salvadora, donde podremos vivir felices para siempre y criar a nuestros hijos.

—Suenan como Adiós a las armas —recordó Fiona, sin gran entusiasmo por la idea—. ¿Lo has leído?

—Sí, claro, Hemingway. La travesía por el lago hasta Suiza. Sí, lo leía cuando estudiaba en el instituto. Quizá todo empezara ahí.

—Llegan a Suiza, pero ella muere —continuó Fiona—. Ella muere en el hospital —añadió, volviéndose a mirarle y viéndole tan anonadado que casi se echó a reír.

—No me vengas con bromas de ésas —protestó él—. Todo va perfectamente.

Ella le dio un apretón para consolarle.

Sí, todo iba perfectamente para Harry. Para él era fácil. Pero ella estaba a punto de agotar sus energías. Se hallaba profundamente deprimida, incluso estando allí en aquel lago con un hombre que la amaba. Había comprobado que la depresión no respetaba la realidad lógica; era como una turbia nube tóxica que caía informe sobre ella y la corroía.

Y de nada servía decirse que era absurdo. Había abandonado hijos y matrimonio. ¿Sería la paranoia por pensar que Bernard habría inculcado en los niños odio hacia ella? Si los había dejado, era lógico que la repudiaran. ¿Cómo iba a poder volver a ser esposa y madre?

Sus hijos eran el mayor sacrificio que había hecho, pero había otras heridas. Había perdido la familia y las amistades; ahora la despreciaban por traidora. ¿Y todo para qué? No podía juzgar los resultados de la operación ni la parte que ella había jugado, y comenzaba a pensar que era el cordero sacrificial en el altar de la ambición de Bret Rensselaer. Las heridas de Bret

eran físicas, pero su reputación estaba intacta. Era Bret Rensselaer quien salía ganando. Igual que Silas y el DG. Los viejos la habían enviado allí, y los laureles se los llevarían ellos tres. ¿Qué les importaba ella? Ella era prescindible, material de usar y tirar, como un Kleenex.

Sí, ella era la que salía perdiendo por partida triple; en su persona, en su marido y en sus hijos. Nunca se repondrían por lo que había hecho. ¿Valía la pena aquella victoria política, o económica, como Bret gustaba decir? No.

Sentía a veces ganas de poner a salvo lo poco que le quedaba; le venían ganas de aferrarse a aquella posibilidad de felicidad con Harry, romper los contactos con Londres y quedarse en el Berlín Este de simple ama de casa; pero eso no sería más que un bálsamo pasajero. La pérdida irremplazable eran Bernard y los niños: necesitaba sentirse querida y necesaria.

—Te compro lo que piensas —dejó ir Harry.

—Pensaba en mi pelo —contestó ella—. En dejármelo más corto...

Los hombres siempre se avenían fácilmente a creer que las mujeres piensan en la peluquería.

Él sonrió y asintió con la cabeza. Últimamente se la veía avejentada; él también. A los dos les sentarían bien unas vacaciones en el delta del Danubio.

Aquella noche se vio con Werner Volkmann. Le estuvo esperando en su anticuado apartamento que daba a la Frankfurter Allee, la amplia avenida orientada hacia Moscú que, quizá por eso, se había llamado Stalin Allee. El reglamento impedía que los agentes que entraban y salían se vieran en el trabajo, y tenían que hacerlo en lugares privados. Miró el reloj y vio que Werner se retrasaba.

Intentó leer, pero estaba muy nerviosa para concentrarse y se dio cuenta de que se esforzaba por no mirar aquel grabado de Pariser Platz que había en la cabecera de la cama. Tenía un sencillo marco negro de ébano; una tarde lo había descolgado para abrirlo y sustituir aquella vista kitsch de Kirchner por algo abstracto y más de su gusto, y detrás de la escena callejera había descubierto horrorizada una reproducción de El juicio final de Lochner. Como todos los cuadros medievales, era una ingenua muestra de los horrores que en el otro mundo aguardan a los pecadores; pero a ella, cansada y preocupada, le habían impresionado aquellas figuras retorcidas y enloquecidas de los demonios. Era como si hubiera estado previsto que lo encontrara, acechándola a escondidas detrás de la alegre escena urbana de Berlín. Con manos temblorosas, había vuelto a dejar El juicio final tapado por el grabado de

Kirchner, pero desde entonces no le abandonaba la obsesión de aquel mundo de tormentos que acechaba detrás de la juguetona Pariser Platz.

Werner se excusó por el retraso. Venía calado por la lluvia y cansado. Explicó que era debido al esfuerzo por simultanear sus negocios con la gestión del hotel de Lisl, pero ella se preguntó si no sería la tensión de ser agente doble. Werner era ciudadano de la Alemania federal, y, si los servicios de seguridad sospechaban que los traicionaba, desaparecería sin dejar rastro o, peor aún, acabaría internado en la clínica de Pankow.

Charlaron unos diez minutos de las cosas insustanciales que habrían hablado de haber sido Fiona quien fingía ser, y luego ella desconectó el micrófono que había descubierto el primer día. A los altos cargos sólo les grababan las conversaciones de vez en cuando, pero más valía prevenir.

—¿Has visto a mis hijos?

Antes de contestar, Werner fue a sentarse en el único sillón cómodo, sin quitarse el abrigo. Era friolero y solía dejarse el abrigo puesto; parecía como si quisiera estar preparado para marchar en cualquier momento. Hasta conservaba el sombrero; ahora jugueteaba con él, agarrándolo con las dos manos, como quien sujeta el volante de un camión pesado en una carretera con mucho tráfico.

—Los veré la semana que viene —contestó y reparó en la decepción en el rostro de ella—. No es fácil hacerlo sin que Bernard plantee preguntas raras. Pero están bien, te lo aseguro. Bernard es un buen padre.

—No hace falta que me lo digas —añadió Fiona, y Werner comprendió que se lo había tomado como un reproche. Últimamente era difícil tener una conversación con ella: se mostraba muy suspicaz. Estaba agotada. Él no dejaba de decírselo al director general—. Resultaría más fácil si estuviera en Moscú o en China, pero aquí, tan cerca, me es imposible no pensar en quienes quiero.

—Pronto estarás en Inglaterra. Aquí todo está cambiando —observó Werner—. Hasta empedernidos comunistas hay que comienzan a darse cuenta que no sólo de pan vive el hombre.

—No cambiará nada —replicó Fiona—. No se puede construir un paraíso capitalista sobre un cementerio leninista.

—¿Por qué tienes esa visión tan pesimista, Fiona?

—Aunque declarasen libre, con una varita mágica, todo el Este de Europa, nadie se movería. Esas ideas tan optimistas de Bret sobre la economía no tienen en cuenta el factor humano ni las inmensas dificultades que representa el cambio, datos evidentes para cualquiera que venga aquí y vea la situación

con sus propios ojos. Él habla de «mercado», pero toda la economía del bloque Este va a seguir lastrada por el sector público durante muchísimos años. ¿Cómo van a fijar los precios del mercado? ¿Quién va a adquirir esas destartadas acerías, esas fábricas textiles anticuadas, esas empresas ruinosas? Bret dice que en el Este resucitará el sector privado. ¿Cómo? Los europeos del Este se han pasado toda su vida trabajando a medio gas en empresas sobrecargadas de plantilla; aquí nadie se arriesga. Incluso en el edificio del KGB-Stasi se ve gente poco dispuesta a aceptar nuevas responsabilidades o a adoptar una decisión. Cuarenta años de socialismo sólo han servido para que la gente sea incapaz de adoptar decisiones. Aquí la población no quiere pensar por sí misma y el capitalismo no va a aparecer por el hecho de ser algo prohibido. —Se detuvo. Había sido un arrebató poco habitual en ella—. Lo siento, Werner. A veces creo que llevo aquí demasiado tiempo.

—Es lo que piensa Londres. El director general va a sacarte.

—¿Cuándo? —inquirió ella, cerrando los ojos.

—Muy pronto. Tienes que empezar a preparar las cosas —añadió él, esperando su reacción—. Volverás con Bernard y los niños.

Ella asintió con la cabeza, sonriendo entristecida.

—¿Sientes miedo? —inquirió Werner, sin pensar para nada que pudiera tenerlo.

—No.

—No hay de qué tener miedo, Fiona. Te quieren y desean que vuelvas.

Por un instante creyó que no le había oído.

—¿Y si se me olvidan?

—¿El qué?

—Cosas de ellos —respondió ruborizándose—. Se me olvidan cosas, Werner. ¿Qué pensarán de mí? ¿Cómo vamos a hacerlo, Werner? —añadió, cambiando de tema sin esperar su respuesta.

—Puede que lo modifiquen, pero, de momento, el plan consiste en dejar aparcado un coche en la calle con las llaves debajo del asiento. Habrá también un carnet de identidad, que llevarás hasta la autopista; luego lo tiras a una alcantarilla o donde no puedan encontrarlo. Sigues por la autopista, dejas el coche en el arcén y montas en otro con matrícula inglesa, en el que el chófer tendrá un pasaporte diplomático para ti.

—Tal como lo expones, parece sencillo, Werner.

Londres siempre lo planteaba todo como si fuese muy sencillo, en el convencimiento de que así infundía confianza a los agentes.

Él sonrió, haciendo girar el sombrero sobre un solo dedo.

—Fiona, Londres quiere que hagas una lista de tus contactos aquí.

Durante años se había imaginado a Werner como un ser criado entre algodones y dominado por su horrenda esposa, pero desde que le servía de contacto con Londres había descubierto que el auténtico Werner era duro como el pedernal y más implacable que Bernard.

—No tengo —contestó.

—Contactos: buenos y malos. Yo consideraría cuidadosamente los malos, Fiona. Personal de la oficina, el portero... ¿Hay alguien que te haya comentado algo, aunque haya sido en broma? —dijo él, cogiéndose la nariz entre el índice y el pulgar y mirándola con cara triste.

—¿Qué clase de cualquier cosa?

—Bromas de que trabajases para los ingleses..., de que fueses espía.

—Nada a tomar en serio.

—Esto no es ningún juego, Fiona. Mejor es que me lo digas —añadió él, dejando el sombrero en el suelo para ponerse el faldón del abrigo sobre las rodillas.

—Harry Kennedy..., un médico que viene a veces a Berlín.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—Londres le tiene vigilado desde el primer día en que viniste aquí.

—¡Dios mío, Werner! ¿Cómo no me lo habías dicho?

—No tenía nada que decirte.

—Hoy he estado con él. ¿Lo sabías también?

—Sí. Londres me informa de sus movimientos. Como trabaja en el hospital, tiene que planificarlo todo con antelación.

—Estoy segura de que no está...

—¿Vigilándote? Pues claro que sí. Debe de ser uno del KGB dedicado a controlarte. Fue él quien preparó ese encuentro contigo en Londres. Bret está convencido.

—¿Has hablado con Bret? Creí que estaba en California.

—En California hay servicio de avión, teléfono y telefax.

—¿Quién más lo sabe?

Werner no, contestó.

—Kennedy es del partido hace muchos años. No me digas que no lo has verificado, Fiona...

—Sí, lo he comprobado —contestó ella mirándole.

—Por supuesto. Ya le dije a Bret que tú debías de saberlo. ¿Qué mujer resistiría la tentación?

—Me parece un comentario paternalista, Werner.

—¿Ah, sí? Perdona. Pero ¿por qué no me has dicho la verdad desde un principio?

—Hoy me ha hablado de lo maravilloso que sería que yo fuese Mata Hari y me fugara a Occidente con él. O algo parecido.

Werner se tiró de la nariz, se levantó y se acercó a la ventana. Era de noche y, a la luz de unos focos, unos obreros engalanaban la Frankfurter Allee con las vistosas banderas de un país africano. Todos los dignatarios extranjeros desfilaban por aquella avenida para contemplarla adornada con la bandera de su país: eran disposiciones del Ministerio de Asuntos Exteriores.

En el otro extremo, el cielo se veía rosado por el destello de los anuncios de neón del sector occidental. ¡Qué cerca! Tan cerca y tan distante como la luna. Fiona seguía tan guapa como siempre, pero la encontraba avejentada. Estaba pálida y tensa, como esforzándose por ver claro.

—Fiona, si por casualidad Kennedy está aquí cuando vayan a sacarte, habrá que neutralizarlo —dijo.

—¿Y por qué iba a estar aquí cuando me saquen?

—Eso digo yo —replicó él, cogiendo el sombrero, doblándole el ala y poniéndoselo.

Fiona se subió a la silla y volvió a conectar el micrófono.

BERLÍN. JUNIO de 1987

El pelo ondulado era lo que hacía que «Deuce» Thurkettle pareciese más joven. Tenía sesenta y un años, pero el ejercicio regular y la cuidada dieta le mantenían en una buena forma física. Se puso las bifocales para leer la carta, aunque se apañaba sin ellas para casi todo, incluido el disparar contra la gente, que era su profesión.

—Bistec con ensalada —pidió—. Poco hecho.

—Hoy hay Tafelspitz —indicó Werner.

—No, gracias, que engorda —respondió Thurkettle.

Sabía lo que era: la versión local del almuerzo de Nueva Inglaterra: buey hervido con patatas y verdura también hervida. No quería volver a probar aquella bazofia. Era lo que daban en la cárcel, y, con sólo ver u oler un plato de buey cocido con col, se acordaba de aquellos años que había pasado entre rejas por condena a muerte, esperando la hora, en una prisión de máxima seguridad con otros reclusos convictos de asesinato.

—Tal vez yo tampoco debiera comer Tafelspitz —repuso Werner con pesar—. Dos de bistec poco hecho con ensalada —añadió, dirigiéndose al camarero.

Era una mañana de domingo y estaban en el Berlín occidental, en Leuschner's, un célebre café grandote con una pared cubierta de espejos con marco dorado y un largo mostrador, tras el cual servía uno de los hermanos Leuschner. Del tocadiscos automático llegaba una canción de los Beatles interpretada por la banda de música de la Guardia Irlandesa; la máquina solía tener discos de rock duro, pero uno de los hermanos había decidido llenarla con otros de la que a él le gustaba. Werner miró aquellos rostros familiares. Los domingos por la mañana, aquel lugar, nada integrado en los circuitos de moda, atraía una bulliciosa clientela de contrabandistas ociosos, músicos, revendedores, taxistas, chulos y ganchos, que se reunían en el bar. Una clientela que no disminuía por efecto de la misa dominical.

Thurkettle balanceó la cabeza al ritmo de la música. Con su corbata de lazo, barba bien recortada y traje de evidente corte norteamericano, parecía un turista. Pero Thurkettle estaba en Berlín para cometer un asesinato por orden de la Central de Londres, y se preguntaba hasta qué punto le habrían informado a Werner de los detalles.

El cometido de Werner era enseñarle unas fotos de identidad y prestarle toda la ayuda que necesitase. Una vez hecho el trabajo, él se encontraría con Thurkettle en la Autobahn de madrugada y le pagaría en metálico.

—¿Tiene ya vehículo? —inquirió Werner.

—Una motocicleta: es rápida y pasa más sin ser advertida para esa clase de jaleo.

Werner miró por la ventana. Por la calle circulaba la gente inclinada con sus relucientes paraguas.

—Se mojará —dijo—. Han anunciado chubascos.

—No se preocupe por mí —replicó Thurkettle—. Ese golpe de la Autobahn es una rutina para mí. La lluvia es lo que menos me preocupa.

Había sido una decisión de última hora y todo había habido que arreglarlo precipitadamente. Se había recibido un mensaje de Erich Stinnes que anunciaba la llegada de un envío de heroína al aeropuerto de Berlín; él iba a pasarla aquella noche. Nada más saberlo, Thurkettle comunicó con Londres para decir que podían sacar a Fiona Samson del Berlín Este aquella misma noche. Y Werner había confirmado que Fiona estaba preparada.

—Ésta es la gente que encontrará en el sitio de la reunión —dijo Werner sacando unas fotos del bolsillo y dándoselas a través de la mesa.

A él no le habían dicho qué iba a suceder exactamente ni a quién había que matar. Mejor, porque aquella noche tenía que estar en una fiesta en casa de tía Lisl; una elegante fiesta de disfraces a la que irían todas sus amistades del Berlín occidental. No obstante, la preocupación por la fuga de Fiona Samson iba a amargársela.

Thurkettle hizo como si examinase las fotos tamaño pasaporte, pero él ya conocía a los protagonistas de diversas ocasiones. Él era un individuo que preparaba minuciosamente sus trabajos y lo hacía sin fallos; por eso le pagaban tan bien. Tras mirarlas un par de minutos, se las devolvió a Werner.

El alemán señaló la de Stinnes.

—Éste es su contacto para la entrega de la droga, ¿no?

Thurkettle dio un gruñido a modo de respuesta.

—Stinnes llegará con esta mujer —añadió Werner, señalando la foto de Fiona Samson—. Y ella tiene que marcharse con ese hombre —indicó la foto

de Bernard—. Seguramente ése también estará presente —señaló la de Harry Kennedy.

Thurkettle miró a Werner, las fotos y, de nuevo, a Werner.

—Yo me encargo de ellos.

—No se equivoque —advirtió Werner.

—Pierda cuidado —contestó Thurkettle con fría sonrisa.

—A Bernard Samson y a Fiona Samson que no les pase nada.

Thurkettle asintió con la cabeza. Ahora sí que estaba seguro de que Werner Volkmann no estaba al corriente del verdadero secreto: la muerte de Tessa para hacer pasar el cadáver por el de su hermana.

—En la salida de Brandeburgo —añadió Werner, que estaba angustiado ante la posibilidad de que hubiera un malentendido.

—No se preocupe. Conozco el sitio. Es donde están las obras que hacen para la ampliación de la autopista. Estuve ayer echando un vistazo. Me llevaré la pala, mono y una lata de gasolina.

—¿De gasolina? —inquirió Werner, poniendo un plano en la mesa.

—Para incendiar el coche. El que me dio las órdenes en Londres quiere que el coche arda.

—Luego nos encontraremos aquí —refirió Werner, señalando un punto de la autopista—. Pondré el dinero en una cartera de cuero, y, si no quiere llevárselo en ella, venga con algo para guardarlo. Una vez que haya cobrado, vuelva por la autopista al Berlín occidental y entre por el puesto de control de Drewitz. No tendrá problemas. Luego, una vez en Berlín, telefonee al número que le he dado y diga que el trabajo está hecho. A partir de entonces se las arreglará por su cuenta. ¿Tiene el billete de avión? No regrese al Berlín Este.

—No volveré al Este.

—¿Se ha procurado una pistola? Me encargaron que le buscase una en caso necesario.

—La última vez que estuve sin pistola fue en Memphis, Tennessee, y estrangulé con mis manos a dos tipos —contestó Thurkettle, poniendo en la mesa una caja de cartón—. Éste es uno —añadió abriendo un par de centímetros la tapa.

Werner miró a los fríos ojos de Thurkettle sin saber si hablaba en broma y luego miró dentro de la caja. Exclamó: «Gott im Himmel!»^[9]. Era una calavera.

—Así que no me venga con monsergas —añadió el matón cerrando la caja y dejándola en la silla—. Usted tenga preparada la pasta.

—Tendré listo el dinero.

—Si quiere cancelar el asunto, ahora es el momento —añadió Thurkettle—. Pero una vez hecho el trabajo, si no me pagan, yo soy como el flautista de Hamelin: vuelvo y empiezo de nuevo, ¿me comprende?

—Entendido.

—Billetes usados de cincuenta dólares —añadió con siniestra sonrisa.

Werner lanzó un suspiro y se puso a trazar círculos en la mesa con el vaso húmedo de la cerveza.

—Ya se lo he dicho antes: lo tendré listo tal como usted quiere.

—Usted haga lo que tenga que hacer como le dijeron; yo hago lo que me han dicho, y todos contentos. Pero si me viene con tonterías... —No acabó la frase. No había conocido a nadie tan estúpido como para no pagar a un asesino a sueldo—. Repitémoslo: nos encontramos en la autopista, en dirección oeste. Tomo la salida en que pone Ziesar y Górzke; usted me está esperando en el ramal de salida. Los occidentales no pueden salir de la autopista, así que me espera al final del ramal.

Todo aquello ya lo habían hablado.

—Allí estaré —aseguró Werner.

Se preguntaba si la calavera sería de verdad o sería una de esas de plástico que hacen para estudiantes de medicina. Desde luego, parecía de verdad. Aún pensaba en ello cuando les trajeron los bistecs; eran enormes entrecots, sangrantes y estupendos, hechos y servidos por el propio Willi Leuschner, quien les acercó un gran cuenco de salsa casera de rábanos picantes, sabiendo que a Werner le gustaba. Willi había ido al colegio con Werner y ambos intercambiaron unas bromas; los Leuschner asistían aquella noche a la fiesta de disfraces. Por lo visto, iba a acudir medio Berlín.

—¿Quieren más cerveza? —inquirió Willi finalmente.

—No —contestó Werner—, que tenemos que conservar la cabeza despejada.

Willi anotó la cuenta en un salvamanteles de cerveza y la dejó a un lado.

Deuce Thurkettle dejó que pagase Werner. Tenía la motocicleta BMW fuera; una enorme máquina con dos bolsas en las que llevaba sus útiles. Rugió el motor y apretó un pelín el acelerador antes de montar; hizo un saludo con la mano al pasar frente al restaurante y desapareció.

Tenía mucho que hacer antes de ir al punto de la autopista, pero era necesario ver a aquel Werner, porque él, Thurkettle, tenía por regla amenazar a los clientes: formaba parte de la minuciosa laboriosidad con que lo hacía todo.

Otra de las razones de su eficacia radicaba en el hecho de que sabía cuándo había que tener la boca cerrada. Quienquiera que fuera el que había dado las instrucciones a Werner Volkmann, lo que le había contado era un cuento, porque las instrucciones que a él le había dado Prettyman en una lujosa suite del Hilton de Londres, eran más completas y, desde luego, más específicas. Prettyman había dicho que bajo ningún concepto debía quedar nadie vivo, salvo Bernard y Fiona Samson. Nadie vivo. Prettyman lo había dicho bien claro.

La salida de Brandeburgo —lugar convenido para que Fiona Samson cambiara de coche— estaba en una zona de la Alemania del Este, en un punto de la autopista construida por Hitler para unir Berlín con Holanda y las localidades del Oeste. Además de ser una de las principales autopistas de la Alemania comunista, era una de las rutas por las que se permitía el tránsito de los occidentales hacia el Berlín Oeste.

En aquella llanura del occidente de Berlín, zona agrícola y forestal, los ríos se ensanchan como lagos y, una vez fuera de la zona urbana, el viajero se tropieza con pueblecitos de calles adoquinadas que han cambiado bien poco desde los tiempos en que la foto del káiser presidía las aulas escolares.

Si hasta uno de aquellos coches con motor de dos tiempos de la Alemania del Este llega allí desde Berlín en menos de una hora, para la potente moto de Thurkettle fue un paseo. Estaba en el sitio ya antes del anochecer; los obreros ya habían abandonado el tajo, dejando las máquinas terraplenadoras perfectamente alineadas, cual tanques listos para la revista del general.

Thurkettle rompió el candado de la caseta portátil de los trabajadores y, a la luz de la linterna, revisó armas, munición y la sierra de carnicero de acero inoxidable que llevaba. Luego revistió el mono, se puso los guantes médicos de goma y observó la blanca dentadura de la calavera. Después se sentó a contemplar la lluvia torrencial y a esperar pacientemente a que anocheciera.

Aquel tipo de cosas nunca salen exactamente según lo previsto. Era lo más importante que había aprendido en todos aquellos años. Prettyman le había dicho que Erich Stinnes recogería a Fiona Samson y llegaría con ella a aquel sitio. Y allí tenía que quedar muerta alguien como ella.

Thurkettle tenía instrucciones para matar y dejar en aquel sitio a una mujer de la misma contextura que Fiona Samson. Era precisamente a él a quien se le había ocurrido lo de utilizar a la hermana de Fiona Samson, y le complacía la idea: aquella mujer era una drogadicta, una persona fácil de manejar. Su cometido consistía en meter a la tal Fiona en el coche con su

marido y dejarlos marchar. Luego tenía que matar a Stinnes y a la hermana, enterrar a éste en el foso de las obras y quemar el coche con el cadáver de la hermana dentro.

La policía soviética no encontraría el cadáver de Stinnes, porque cuando se dieran cuenta de que él no había cruzado la frontera con Samson, el ruso ya estaría bajo cien toneladas de hormigón y una buena capa de asfalto; identificarían al cadáver calcinado como el de Fiona Samson porque las dos mujeres eran muy parecidas, salvo en la dentadura, pero aquél cráneo que él había enseñado a Werner estaba preparado para dar el cambiazo. Lo peor era decapitar a la hermana; y la cabeza tendría que enterrarla con el cadáver de Stinnes, porque si no el forense encontraría un cadáver de mujer carbonizado con dos cabezas, y eso era algo capaz de despertar sospechas en el ayudante de laboratorio más inepto.

Todo salió mal desde un principio. Tessa —imprevisible como suelen ser los drogadictos— no llegó a la hora, y, a pesar de todo lo dispuesto por Thurkettle, acudió a la fiesta de disfraces de Werner. Y Tessa era quien tenía que haber llegado primero. Por eso Thurkettle se puso tan nervioso que montó en la moto, pero, al reconocer el coche en que venían Fiona y Stinnes, regresó al lugar. Cuando finalmente llegó Tessa, venía en la parte trasera de una furgoneta Ford con Bernard Samson. Stinnes había aparecido en un Wartburg con Fiona Samson y Harry Kennedy.

¡Y quién iba a imaginarse que Bernard Samson se presentaría con un loco de la Central de Londres, que quién sabe si se pensó que era una gracia venir directamente de la fiesta de Werner disfrazado de gorila! La furgoneta había llegado cinco minutos después que el Wartburg y aparcó en un punto que Thurkettle juzgó muy conveniente para la huida; el Wartburg había parado con el morro de frente y con luces de posición. Thurkettle esperaba que Stinnes sacase del coche el alijo de heroína, pero no se apeaba nadie.

Todos parecían esperar a que sucediera algo. Thurkettle permaneció emboscado en las sombras, al acecho. Se hallaba detrás de uno de los bulldozers cuando empezó la función: un hombre delgado, disfrazado de gorila, se apeó de pronto de la furgoneta y empezó a saltar, dando gritos, con un arma en la mano.

¡Un gorila! Por un instante le pareció tan auténtico que creyó era un animal de verdad, y la sorpresa le cogió desprevenido. Y debió también de sorprender a Stinnes o al que estuviera al volante del Wartburg, porque encendieron los faros del coche para verlo mejor.

El gorila alzó la pistola, dispuesto a disparar contra el Wartburg, y Thurkettle vio de pronto comprometida su reputación y la recompensa. La Samson tenía que salir ilesa; Prettyman se lo había dicho taxativamente en Londres. Si Fiona no llegaba sana y salva a Occidente, no le pagarían más que la «señal» entregada a cuenta.

Por eso Thurkettle disparó contra aquel gorila enloquecido. Su pistola con silenciador produjo un ruido parecido al que se hace al descorchar una botella de vino. Pero Thurkettle estaba nervioso y no dio en el blanco.

Y en ese preciso momento el gorila disparó: debió de ser por haber oído la detonación de Thurkettle, ya que prácticamente estaba en línea con el cañón, sobre el cual el silenciador es menos efectivo. El parabrisas del Wartburg saltó hecho añicos, y Thurkettle pensó que Fiona Samson habría resultado herida, pero luego vio que se apeaba, gritaba algo y, a continuación, entraba en escena su hermana la drogada, como flotando. Iba bailando, con los brazos abiertos para exhibir un vestido transparente amarillo, una especie de disfraz.

Esta vez no podía fallar. Cogió la escopeta y apuntó bajo. Fue como si Tessa le viera, pues le sonrió mientras apretaba el gatillo dos veces y la alcanzaba. Al caer, el gorila disparó de nuevo, destrozando uno de los faros del Wartburg. A Thurkettle no le gustaba nada el cariz que iba tomando el asunto. Con la oscuridad que reinaba allí, podían escabullirse uno o dos de los que había. Pero el caso es que no estaba muy seguro de cuánta gente había.

Se produjo otra serie de disparos muy rápidos, señal de nerviosismo. Probablemente a Stinnes se le había ido la mano. Uno de ellos dio en el blanco y el gorila lanzó un grito, corrió unos pasos, se tambaleó y se desplomó en el barro. Thurkettle continuó en la oscuridad: en algún punto de aquel escenario lleno de barro estaba Bernard Samson escrutando las sombras, y Samson era un profesional. A continuación fue Stinnes quien se adelantó para cerciorarse de que el gorila estaba muerto. ¡Qué imprudencia! Thurkettle se quedó muy quieto en la oscuridad.

—Puede salir, éste está apañado —dijo en voz alta Stinnes, haciendo seña a otro hombre, un tipo alto con una elegante gabardina: Kennedy.

—¿Cuántos han enviado? —inquirió éste, mirando en derredor nervioso, con el rostro iluminado por la luz del único faro.

Desde su escondrijo, Thurkettle vio claramente a los dos y los reconoció sin posibilidad de error. Sí, eran Erich Stinnes y Harry Kennedy.

Luego Fiona Samson avanzó desde el coche. Por instinto, o por alguna turbación comprensible, se apartó del haz de luz. Londres debía de haberle dado instrucciones de dirigirse hacia la furgoneta, porque avanzaba hacia ella

dejando atrás a los hombres. En aquel momento sonaron dos disparos: procedían de un punto tan próximo a Thurkettle que éste dio un respingo. Ya no veía a Fiona Samson. ¡Maldita sea!

¡Bang! Un disparo de pistolón y Kennedy cayó hacia atrás con los brazos abiertos como un muñeco de trapo y allí quedó inmóvil en el barro como un saco. Éste ya no lo contaba. A veces ocurre eso, una afortunada casualidad y no hace falta disparar por segunda vez.

¡Bang! Otro cañonazo. Stinnes dio un tumbo, disparando con una mano y llevándose la otra al cuello, mientras la sangre le corría entre los dedos, salpicando por todas partes y mojando a Fiona. Aquel segundo disparo bastó para que Thurkettle comprendiera que no habían hecho blanco por simple casualidad. No: había alguien, alguien puñeteramente cerca de él, que se había encaramado sigilosamente a un tractor para tener mejor campo de tiro; alguien con sangre fría que no decía manos arriba, alguien que no había aprendido a disparar en galería de escuela: Samson.

A Thurkettle se le quedó la boca seca. Él tenía por costumbre no habérselas con tiradores profesionales o agentes como Samson. Ya tenía él bastante con enfrentarse a los gorilas del KGB; pero aquel Samson era un fuera de serie.

Alguien apagó el faro sano del Wartburg y todo quedó en la más negra oscuridad, salvo cuando los haces de los faros de los coches que circulaban por la autopista barrían el barro, los materiales de las obras y los cadáveres. Thurkettle sintió un estremecimiento, confiando en que no le hubieran localizado. Ni Bernard Samson ni su mujer conocían su participación en aquel drama. Sólo Tessa y Stinnes le esperaban y ahora ya eran cadáveres.

Se agachó lo más que pudo tras la oruga del tractor y miró el cielo hacia el este. Pronto amanecería y él no quería encontrarse allí cuando hubiera luz, porque podía verle cualquiera que circulase por la autopista. Y podía presentarse la policía.

—Samson, ¿vamos a estarnos así toda la noche? —exclamó finalmente—. Puedes llevarte a la mujer y el Ford. Márchate y llévate también tu gorila. Yo no los quiero para nada.

Como nadie contestaba, añadió:

—¿Me oyes? Trabajo para los tuyos. Márchate, aún me quedan cosas que hacer.

Era un incumplimiento de contrato, pero muy leve. El matrimonio Samson era del bando del que lo había contratado a él. Tendrían que callar la

boca. De todos modos, cuando hicieran el informe verbal, él ya habría cobrado y puesto tierra por medio.

Fiona Samson aún habría estado sentada de no haber puesto en acción sus últimas reservas de fuerza de voluntad para levantarse. Algo se había quebrado dentro de ella. ¿Era la depresión o sería lo que hacía tanto tiempo se estaba temiendo? Sentía en su cabeza un fragor desconocido que le enturbiaba el pensamiento y deformaba su visión. No recordaba quién era ni quién tenía que ser.

Con gesto inerte de sonámbula, surgió de las sombras, salpicada de sangre y tambaleándose en aquel terreno reblandecido, y avanzó despacio hacia la furgoneta. Había quedado estupefacta al ver a Kennedy, a su querido Harry, a quien tanto amaba, brutalmente abatido y no por un marido vengador, sino por un profesional y a sangre fría. Y a Tessa. Aquella hermana a quien tanto quería yacía muerta allí en un charco de sangre.

Aquello era El juicio final que ella había descubierto con espanto; allí estaban todos los monstruos que la atormentarían toda la eternidad. Presa del pecado, había transitado del alegre mundo de la Pariser Platz a aquella pesadilla sanguinaria y no tenía escape. Estaba obnubilada, sentía una angustia de la que no se recuperaría jamás y deambulaba por aquel escenario de locura como una autómata.

Bernard Samson vio cómo Fiona montaba en la furgoneta. Luego, desconfiado hasta el último momento, echó a correr para parapetarse y, al ver que no disparaban, montó en el Ford con su esposa. El motor se puso en marcha y, despacio, con cuidado, dando tumbos por los baches, la furgoneta se alejó del lugar. Sólo cuando todo quedó en silencio decidió Thurkettle salir de su escondrijo.

Ya a solas, Deuce Thurkettle se quitó la gabardina para únicamente ensuciarse el mono, cogió la sierra y, con sumo cuidado, comenzó su macabra tarea. Una vez decapitado el cadáver de Tessa, lo arrastró hasta el coche y lo juntó al cráneo que había traído. Los otros tres cuerpos, el del gorila, el de Harry Kennedy y el de Stinnes, los tiró en la parte más profunda del foso del terraplenado.

Tras lo cual, con gesto de alivio, arrojó el ensangrentado mono de trabajo al foso enfangado, tiró también las armas y, con la pala, lo cubrió todo con barro y cascotes.

Incendiar el coche no revistió dificultad. Contempló cómo ardía el Wartburg y se cercioró de que las llamas consumían todo lo que había dentro. Y acto seguido montó en la moto y fue a cobrar su dinero.

Werner Volkmann esperaba sentado en un Skoda en la recta de salida de Ziesar, como había convenido con Thurkettle. Había pasado la noche en la fiesta de disfraces de la que era anfitrión y no había bebido más que agua mineral, pero estaba cansado. Siempre había deseado ser agente secreto, y ya desde jovencito se había iniciado en la profesión haciendo trabajos para los ingleses porque lo del espionaje le atraía. Pero aquello era el epílogo definitivo; lo sabía porque el director general le había estrechado la mano, musitando algo sobre una recompensa. No se trataba de dinero, sino de una medalla o un diploma. En su última visita a California, Bret Rensselaer le había dado el último adiós. Por la mañana estaría en su hotel del Berlín occidental, volvería a ser un simple ciudadano y habría concluido su carrera de espía. No se lo contaría a nadie. Él, un secreto, no lo compartía.

Miró la pistola de la Central de Londres que le habían entregado aquella misma mañana. Él esperaba que le hubiesen dado algo en consonancia con sus anhelos novelescos: un precioso Colt modelo 1911, una estilizada Walther P. 38 o una Luger clásica, pero Londres le había enviado otra de aquellas pequeñas y baratas armas «sin recámara y desechable», que más bien parecía uno de esos artilugios para encender estufas. Tenía cachas rugosas para que no resbalase ni quedasen huellas dactilares; gastaba cartuchos de sección triangular en un peine y casi todo estaba fabricado por empresas norteamericanas del sector de plásticos. Era nueva, inidentificable y en perfecto estado, pero a Werner no le procuraba la satisfacción de una buena pistola antigua. En fin, había que adaptarse a los tiempos actuales. Se la guardó en el bolsillo interior para tenerla a mano.

Comenzaba a amanecer cuando vio llegar a Thurkettle en la moto, saludándole con gesto de contento, al tiempo que aceleraba un poco. A Deuce le gustaba montar aquella moto enorme, pero había llegado el momento de deshacerse de ella. Tenía aparcado un Volkswagen-caravana allí mismo y, en cuanto recogiese el dinero de aquel tipo tristón, se largaría con el vehículo. Dentro tenía ropa limpia, jabón, toallas y comida, y cerca de él había dejado enterrado, y envuelto en plástico, un pasaporte suizo con visado de tres semanas para hacer turismo por la Alemania del Este; se afeitaría la barba, cambiaría de fisonomía y se dedicaría a ver paisajes como un forastero más hasta que las cosas se hubiesen calmado. Luego iría en dirección norte y tomaría el transbordador para Suecia.

Thurkettle se bajó de la moto y se fue hacia el coche de Werner. Iba calado hasta los huesos y con los músculos entumecidos por el ejercicio;

recordó que el Volkswagen tenía ducha y pensó cuánto tiempo tardaría en calentarse el agua.

Werner bajó el cristal de la ventanilla.

—¿Alguna complicación? —inquirió.

—Nada que no pudiera resolver, pero Fiona Samson ha muerto —contestó en cumplimiento de lo que le habían ordenado—. Se la cargó uno de los rusos. Escapó Bernard Samson con otra mujer, que no sé quién era. Llevaba un vestido de fiesta amarillo. Se fue con Bernard Samson.

Werner sabía quién era la otra mujer: Tessa. Él la había visto abandonar la fiesta con Bernard.

—¿Qué ha muerto Fiona Samson? ¿Está seguro?

—No puedo equivocarme —respondió Thurkettle sonriendo. Le gustaban los secretos. Él cambio de identidad de las dos mujeres era un secreto que Prettyman le había pedido que no dijese a nadie—. Los demás han muerto todos.

—¿Kennedy también?

—Sí, también. Y un tipo disfrazado de gorila. Menudo tiroteo. Suerte he tenido de salir con vida. —Siempre exageraba la acción cuando llegaba la hora de cobrar del cliente, porque así quedaban más contentos de haber gastado su dinero—. Los hijos de puta de los rusos se presentaron decididos a cargarse a todo quisqui. Si no llego a estar allí, Bernard Samson no sale vivo.

—¡Dios mío, pobre Fiona! —exclamó Werner.

En aquellos meses que habían trabajado juntos, había llegado a venerarla. No debía haber asumido una misión como aquella; era demasiado para ella. Él la había visto agobiada por la tensión y había sido testigo, en una entrevista que habían tenido poco antes, de una amnesia momentánea que había sufrido. Ella alegó que era por quedarse muchas noches trabajando hasta altas horas, y le había rogado que no lo comentase. ¡Pobre Fiona! Salió del coche y fue a abrir el maletero. Llovía. Miró a su alrededor en la luz creciente del amanecer. No quedaba mucho tiempo.

—Pues sí, cosas de la vida —dijo Thurkettle en plan filosófico, sonriendo. Parecía un tipo ingenioso, y Werner también sonrió.

—No me había dado cuenta de que seguía lloviendo —indicó.

—¿Ah, no? —replicó Thurkettle, que estaba completamente calado.

—¿Quiere sentarse en el coche a contarlo? —inquirió Werner—. No me gusta estar aquí mojándome —añadió mientras buscaba la llave del maletero.

—Me basta con un vistazo para comprobar que son auténticos.

—Y tan auténticos —replicó Werner—. En billetes usados como pidió. Los saqué ayer del Commerzbank.

Abrió el maletero y sacó una cartera de piel, que puso cuidadosamente en las manos de Thurkettle, diciendo:

—No me la ponga encima del coche, que acabo de pintarlo.

Thurkettle sonrió con desdén. Estaba acostumbrado al nerviosismo de Werner. Los clientes siempre se mostraban timoratos tratando con un matón. Cogió la cartera con las dos manos, mientras Werner se inclinaba sobre ella y manipulaba la cerradura.

—Es de combinación —dijo. Notaba el olor a sangre y porquería de la ropa de Thurkettle: un hedor a matadero—. Se puede poner la combinación que se quiera. Yo la he ajustado en el 123. No se olvidará, ¿no? 123.

—No —contestó Thurkettle, al tiempo que Werner la abría. Allí estaba: todo en montones de billetes de cincuenta dólares—. No se puede olvidar: 1-2-3.

Y mientras Thurkettle sostenía la cartera nueva de piel con las dos manos, Werner, asiendo la curiosa pistola que tenía escondida debajo, apretó el gatillo. Un peine de ocho balas tan rápido como el de una ametralladora se hundió de entero en el vientre del asesino.

Ocho balazos. Era una simple pistola «desechable», pero, disparada a quemarropa, una arma no necesita ser una obra maestra para ser mortal.

El impacto de aquellas pequeñas balas de velocidad media no tumbó a Thurkettle, sólo le hizo tambalearse hacia atrás unos pasos, sin que soltara la cartera y mirando intensamente a Werner con expresión de incredulidad. Por efecto de los aspavientos que hacía, el dinero se volcó de la cartera y una ráfaga de aire y lluvia lo esparció aún más. Thurkettle agarró unos billetes entre muecas de dolor y sin acabar aún de creerse que aquello le había sucedido a él. Él era un asesino profesional y Werner no era nadie...

El dinero siguió diseminándose conforme reculaba y le llegaba a la boca el sabor de sangre. Se sabía perdido. Ahora aferraba contra su pecho la cartera como si fuese un escudo protector contra otros disparos o un asidero en sus últimos instantes; la abrazaba fuerte como a una amante, mientras el dinero ensangrentado iba desparramándose por el suelo.

Justo en el momento antes de desplomarse comprendió Deuce Thurkettle la trampa que le habían tendido, y abrió los ojos desesperadamente, lleno de rabia: él era el único que sabía que Fiona Samson estaba viva. Incluso aquel payaso que acababa de dispararle creía que Samson había huido con Tessa.

Pues ahora lo diría. Abrió la boca para decir la verdad, pero de ella sólo brotó sangre a borbotones. Acto seguido se desplomó.

Werner tiró la pequeña pistola. Eso era lo bueno de las armas «desechables». Contempló la agonía de Thurkettle, porque sabía que Londres quería un informe fidedigno. No sentía compasión por él; no era más que un psicópata y la sociedad está mejor sin semejantes individuos. Y, además, cualquier deferencia que hubiese podido sentir por Thurkettle había quedado anulada al enterarse de que Fiona había muerto. Le había dicho que era de primordial importancia que Bernard y Fiona se salvaran y no lo había cumplido.

Removió el cadáver con la punta del zapato y luego lo echó al arcén de una patada. Había elegido aquel lugar por lo profundo que allí era el arcén. También en él echó la moto. Acabarían por descubrirla —porque alguien vería los dólares revoloteando por el suelo—, pero mejor ocultarla. Empujó la cartera hasta la yerba y el resto del dinero flotó por el aire. No cogió ningún billete; seguramente estarían marcados o serían falsos. El pagador era la Central de Londres, y los ingleses eran muy mirados en cuestiones de dinero; era una de las cosas que había comprobado al poco tiempo de empezar a trabajar con ellos.

Bret Rensselaer vivía en «La Buona Nova», una finca en la montaña de Ventura County, en California. Estaba desayunando temprano junto a la piscina, cuando llegó el mensaje cifrado en él que le comunicaban que Fiona y Bernard Samson iban a reunirse con él.

Hacía una mañana espléndida. Se tomó el zumo de naranja y se sirvió la primera taza de café de la jornada; le encantaba estar sentado al aire libre, respirando aquella fresca brisa marina. La piscina estaba rodeada de muros encalados con jazmines, rosales y buganvillas siempre en flor. Había naranjos, limoneros y unos árboles que daban unos frutos llamados majas, que su anfitriona llamaba «brets»; eran como limones, pero sabían a naranja, y llamarlos «brets», tal vez fuese el modo de que ella se valía para insinuar que él era dulce y agrio. O inglés y al mismo tiempo norteamericano. Ignoraba lo que quería insinuar, pero él le seguía la broma porque se conocían hacía mucho tiempo.

Quienes conocieran a Bret de tiempo atrás, habrían opinado que estaba avejentado desde aquel tiroteo en Berlín del que había salido gravemente herido; pero para quien no le conociera, estaba tan esbelto, en forma y ágil como cualquier ciudadano de su edad. Nadaba, esquiaba y hacía gimnasia

porque quería tener un buen aspecto cuando llegasen aquellos invitados que esperaba.

No pudo contener una sonrisa de satisfacción: había llegado el momento. Su plan de infiltrar un agente en el Kremlin, como decía irónicamente Nikki, había salido conforme él había previsto cuando se lo propuso al director general, precisamente después de que ella le abandonase. Ahora sólo restaba el largo e interesante trabajo del informe verbal.

Estaría también Bernard Samson. Él había intentado que el viejo le enviase a otro sitio, pero era buena medida de seguridad tenerle allí a la vista. Había que tener en cuenta la desaparición de Tessa, porque la tesis de que se había fugado con Bernard era perfectamente creíble.

Aquella mañana repasaría todas sus notas para estar preparado para cuando llegase Fiona. Sería el último trabajo que hiciese para la Central de Londres y estaba decidido a darle una culminación perfecta. El último informe de Werner Volkmann indicaba que Fiona estaba al borde de una crisis nerviosa, pero Bret no le daba mucho crédito; eso lo había oído con suma frecuencia de otros y solía ser el preámbulo para pedir más dinero. Allí Fiona estaría muy bien. Con buena comida, descanso y el aire de California, pronto volvería a ser la misma.

Bernard Samson no podría salir, desde luego. Su carrera había concluido. Era curioso pensar lo cerca que había estado de ocupar un puesto importante en el SIS. Aquel día tan lejano en que él había ido a ver al director general estaba totalmente decidido a nombrar a Bernard supervisor de la operación en Alemania, y de ahí habría ascendido a puestos más altos, llegando quizá a director general. Dios sabe si no se habría tenido que enfrentar a todos aquellos parásitos que ahora formaban la cúpula. De haber llegado a director general, ¿se habría avenido Bernard Samson con sir Henry, Silas, Frank Harrington y el resto de la camarilla con mando real? Siempre andaban comentando lo estupendo que era aquel Bernard Samson, y algunos opinaban que el departamento le debía una compensación por lo mal que se habían portado con su padre, pero de eso a nombrarlo DG... Todas sus posibilidades se habían esfumado aquella noche en que sir Henry le había comunicado a él, Bret, que Fiona era el agente que había elegido para ir al Este.

De pronto se le ocurrió una idea y dejó la taza de café: sin duda el director general debía de ser consciente de que la elección de Fiona significaba marginar a Bernard. Podía haber elegido a otros en vez de a Fiona, pues había mucha gente valiosa, como él mismo había confesado muchas veces. Luego,

¿habría estado influida la elección de Fiona por parte del DG por el hecho de que así impedía el acceso de Bernard al cargo?

Se tomó el café pensándolo. Por mucho que se profundice, siempre queda otra capa de cebolla. Pues sí, ciertamente, el viejo nunca lo confesaría y era el único que sabía la respuesta. Bret se daba cuenta de que él nunca podría ser enteramente inglés; eran una extraña gente, gregarios en sus complejas lealtades. Apuró el café y ahuyentó aquellos pensamientos. Había mucho trabajo que hacer.

Notas

[1] Literalmente, material de juego, sin importancia. (*N. del t.*) <<

[2] Traje sastre. (*N. del t.*) <<

[3] Variedad de té. (*N. del t.*) <<

[4] Joven que trabaja de criada en una familia a cambio de manutención y un reducido salario o alojamiento. (*N. del t.*) <<

[5] Salón de armas. (*N. del t.*) <<

[6] Palabra compuesta de los vocablos Oxford y Cambridge, las dos mejores universidades inglesas. (*N. del t.*) <<

[7] Estofado de menudillos de liebre. (*N. del t.*) <<

[8] El MI5, sección del servicio de inteligencia inglés que opera dentro del país.
(*N. del t.*) <<

[9] Literalmente, ¡Dios del cielo! (*N. del t.*) <<